

UN MISTERIO DE ERAST FANDORIN



EL *de*
**GAMBITO
TURCO**



BORIS AKUN Lectulandia

Año 1877, Varia, una joven rusa, decide ir al encuentro de su prometido en el frente búlgaro. Acompaña a la valiente muchacha Erast Fandorin, agente de contraespionaje que se mueve con seguridad en los escenarios más traicioneros. Al poco tiempo de llegar a la primera línea, cuando la atractiva Varia procura sacar de la cárcel a su novio, acusado de espionaje, la perspicacia de Fandorin resulta providencial.

Lectulandia

Boris Akunin

El gambito turco

Erast Fandorin - 2

ePub r1.1

FLeCos 02.05.16

Título original: *Турецкий гамбит*
Boris Akunin, 1998
Traducción: Rafael Cañete Fuillerat
Retoque de cubierta: FLeCos

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

se

3^{er} Aniversario



Más libros, más libres

Capítulo Primero

*Donde una mujer progresista
cae en una situación sin salida*

*Revue Parisienne (París)
14 (2) de julio de 1877*

Nuestro corresponsal, que lleva dos semanas en la zona del Danubio ocupada por el ejército ruso, informa de que en un ucase fechado ayer, 1 de julio (13 de julio según el calendario occidental), el zar Alejandro agradeció a sus tropas victoriosas el éxito conseguido al forzar el frente del río Danubio e irrumpir dentro de los límites del Estado otomano. El ucase imperial asegura que el enemigo ha sido completamente derrotado y que la cruz ortodoxa coronará con toda seguridad la catedral de Santa Sofía de Constantinopla en un plazo máximo de dos semanas. La ofensiva del ejército ruso no encuentra ninguna resistencia, a menos que se consideren así los leves ataques que asestan contra las comunicaciones rusas los volátiles destacamentos de los llamados bashibuzuki («cabezas locas»), famosos por su temperamento salvaje y su crueldad sanguinaria.

San Agustín decía que la mujer es una criatura débil e inestable. Y aquel santo misógino tenía razón, toda la razón del mundo; al menos en lo que se refiere a una señorita que responde al nombre de Varvara Suvorova.

Todo comenzó como una aventura divertida y terminó en lo que van a ver. Se lo mereció por tonta. Su madre auguraba que Varia se pasaría de la raya tarde o temprano y acabaría metida en un lío desagradable: y así ocurrió. Durante una de las tempestuosas conversaciones que solía mantener con ella, su padre, un hombre de gran sabiduría y bondadosa paciencia, dividió en tres etapas el desarrollo vital que su hija había recorrido hasta la fecha: la etapa del «diablillo con faldas»; la del «castigo divino» y, por último, la de la «nihilista chiflada». Y Varia tuvo siempre a gala esta definición paterna, e incluso insistía en que no se quedaría ahí; pero tanta presunción le jugó una mala pasada.

¿Por qué habría aceptado parar en aquella maldita fonda, o como se llamara en la región aquella especie de guarida infecta? El cochero, el infame ladrón de Mitko, había empezado a quejarse: «Hay que dar de beber a los caballos», «Hay que dar de beber a los caballos». Y vaya si les habían dado de beber... Dios mío, ¡qué podía hacer ahora!...

Varia tomó asiento tras una mesa de madera sin cepillar, en un rincón oscuro de aquel cobertizo lleno de salivazos, sintiendo un miedo que no le cabía en el cuerpo. Sólo había sentido aquel temor contrito y desesperado en una ocasión, a los dieciséis años, cuando hizo añicos la taza de té preferida de la abuela y no se le ocurrió otra cosa que esconderse detrás del sofá a aguardar el inevitable castigo.

Le entraron ganas de rezar, pero pensó que las mujeres progresistas no rezaban. Mientras tanto, la situación alcanzaba un punto en el que ya no parecía haber salida.

Pero comencemos por el principio. Había salvado con rapidez, incluso con comodidad, el tramo entre Petersburgo y Bucarest. El tren expreso (dos vagones de pasajeros y diez plataformas con armamento) había transportado velozmente a Varia hasta la capital del reino rumano en apenas tres días. Durante el trayecto, los oficiales y funcionarios militares que seguían el curso de las operaciones bélicas habían estado a punto de matarse entre sí por culpa de los ojos castaños de aquella señorita que fumaba *papirosi*, cigarrillos liados, y tenía como principio inquebrantable no dejarse besar la mano. En todas las estaciones regalaban a Varia ramos de flores y azafates de mimbre repletos de fresas. Los ramos, ¡menuda vulgaridad!, los tiraba inmediatamente por la ventanilla y, a su pesar, pronto tuvo que empezar a rechazar también las fresas, porque le sentaban mal. El viaje resultó agradable y divertido, pese a que desde el punto de vista ideológico e intelectual todos los que viajaban con ella eran unos auténticos parásitos sociales. La verdad es que uno de los cornetas leía a Lamartine, había oído hablar de Schopenhauer y le hizo la corte de una manera muy delicada, pero cuando Varia le informó amistosamente de que viajaba a Bucarest para encontrarse con su novio, se comportó como un caballero. Y eso que no estaba nada mal físicamente, incluso se daba cierto aire a Lermontov. Bueno, de todos modos no quería saber nada de él.

La segunda etapa del viaje también había transcurrido sin tropiezos. Entre Bucarest y Turnu Magurele había viajado en diligencia, dando tumbos y más tumbos y tragando bastante polvo, hasta que tuvo su objetivo al alcance de la mano: según decían, el cuartel general del ejército destacado en el Danubio se encontraba acampado al otro lado del río, en Tsarevitzi.

Pero aún le quedaba por ejecutar la última parte, la más decisiva, del Plan que había elaborado en Petersburgo (Varia lo llamaba así, el «Plan», con la inicial en mayúscula). La noche anterior, al amparo de la oscuridad, había cruzado el Danubio en barca, un poco más arriba de la aldea de Zimnicy. Dos semanas antes, la heroica División Decimocuarta del general Dragomirov se había apoderado de aquel obstáculo fluvial casi insalvable. A partir de allí empezaba el territorio controlado por los turcos y la zona de operaciones bélicas, de manera que al menor descuido podía ser capturada. Por los caminos cabalgaban constantemente partidas de cosacos que, si descubrían a la muchacha, la repatriarían a Bucarest en un abrir y cerrar de ojos. Pero Varia, una joven ingeniosa, ya había previsto esa posibilidad y había tomado las

medidas necesarias para evitarla.

Muy oportunamente, descubrió una posada en una aldea búlgara situada en la orilla meridional del Danubio. Y allí todo fue sobre ruedas. El posadero, que entendía el ruso, prometió buscarle un *vodachá*, un guía fiable, por sólo cinco rublos. Varia se compró unos pantalones anchos muy parecidos a los bombachos orientales, una camisa, unas botas, un chaleco y una ridícula gorra de paño. Se mudó de ropa y, en un santiamén, dejó de ser una señorita europea para convertirse en un flaco adolescente búlgaro. Vestida así no levantaría las sospechas de las patrullas cosacas. Finalmente, pidió al guía que diera un gran rodeo para evitar las maniobras militares de las columnas y poder llegar a Tsarevitz desde el sur y no desde el norte. Allí, en el cuartel general, esperaba encontrar a Petia Yavlovkov, o mejor dicho, a Varin, como ella lo llamaba, con el que mantenía una relación no muy clara. ¿Era su novio?, ¿un amigo?, ¿su esposo?... En fin, digamos que se trataba de su antiguo marido y su futuro esposo, además de su amigo, por supuesto.

Habían salido antes del amanecer en un carro chirriante que se bamboleaba de un lado a otro. Al principio el taciturno Mitko, un guía con bigotes canosos que masticaba tabaco y escupía sin cesar saliva de color pardo (a Varia se le revolvía el estómago con sólo mirarle), se puso a canturrear unas exóticas tonadillas búlgaras, pero luego calló como si estuviese tramando lo que a esas alturas Varia ya tenía claro.

Un individuo así era capaz de matarla, incluso de algo peor, había pensado Varia. Y sin correr ningún riesgo: ¿quién iba a investigar lo sucedido? Les echarían la culpa a aquellos hombres, ¿cómo se llamaban?, a los *bashibuzuki*.

Aunque no se produjo ningún asesinato, todo resultó de lo más ruin. El traidor Mitko condujo a su pasajera a una posada muy similar a una guarida de ladrones, la sentó a una mesa, encargó queso y una jarra de vino y se encaminó de nuevo hacia la puerta indicándole que volvería pronto. Varia le siguió porque no quería quedarse sola en esa posada oscura, sucia y maloliente, pero Mitko le dijo en búlgaro que debía ausentarse un momento para hacer sus necesidades. Como Varia no le comprendió, el guía tuvo que aclarárselo con un gesto, y ella, turbada, regresó a la mesa.

La urgencia fisiológica se prolongó más allá de todos los límites imaginables. Varia comió un poco de aquel queso salado e insípido, bebió un sorbo de vino agrio y luego, sin poder soportar por más tiempo la curiosidad que los siniestros clientes de la posada comenzaban a mostrar por ella, salió al patio.

Al salir se quedó petrificada.

No había ni rastro de la carreta, ni tampoco de la maleta donde guardaba sus cosas. Dentro llevaba un botiquín de viaje, y en el botiquín, escondido entre vendas y apósitos, su pasaporte y todo, absolutamente todo su dinero.

Su primera reacción fue echar a correr hasta el camino, pero en aquel instante salió el dueño de la posada, que vestía una camisa roja y tenía una nariz igualmente escarlata y mejillas sembradas de verrugas. Acompañándose de ademanes significativos, el dueño le gritó que debía pagar. Sobrecogida, Varia volvió a la

posada, consciente de que no tenía dinero para hacerlo. Ahora estaba sentada en su rincón, en silencio, mientras intentaba tranquilizarse y pensar que todo lo ocurrido era sólo un simple contratiempo. Pero no lograba convencerse.

No había una sola mujer en la posada y aquellos campesinos eran sucios y vocingleros, y se comportaban de manera completamente distinta a la de los aldeanos rusos, que eran pacíficos y hablaban muy bajo hasta que se emborrachaban. Los búlgaros gritaban a pleno pulmón, bebían jarras enteras de vino tinto y se reían con unas carcajadas de ave de rapiña (o eso se le antojaba a Varia). Unos cuantos jugaban a los dados en el rincón de enfrente, en una mesa alargada, y armaban un alboroto terrible cuando los lanzaban. En determinado momento, los jugadores empezaron a insultarse en un tono más fuerte de lo habitual y unos cuantos cogieron a otro, un hombrecillo muy bajito y borracho como una cuba, y le estrellaron una de las jarras de arcilla en la cabeza. El individuo cayó redondo debajo de la mesa y se quedó allí, sin que ninguno de los presentes se interesara por él.

El posadero señaló entonces con la cabeza a Varia e hizo un comentario aparentemente procaz, pues los campesinos de las mesas vecinas se volvieron a mirarla y soltaron unas carcajadas malintencionadas. Varia se encogió y se encasquetó la gorra hasta los ojos. Nadie llevaba la gorra puesta en aquel tugurio, pero ella no podía quitársela porque el cabello se le esparciría por los hombros y, aunque no lo tenía muy largo —Varia, como todas las mujeres modernas, llevaba el pelo corto—, se hubiera descubierto que pertenecía al sexo débil. Un término vergonzoso el que habían inventado los hombres, «sexo débil», pero ¡ay!, por desgracia acertado.

Los aldeanos observaban descaradamente a Varia desde todos lados con unas miradas desagradables y atrevidas. Sólo los que jugaban a los dados seguían ignorándola, además de otro hombre que estaba sentado de espaldas más lejos, cerca del mostrador, y que inclinaba la cara sobre su jarra de vino con aire abatido. Sólo se distinguía su corto cabello negro y sus sienes canosas.

Varia sintió un miedo terrible. «No llores —se dijo para animarse—, eres una mujer adulta y fuerte, y no una señorita pacata. Proclama a los cuatro vientos que eres rusa y que vas a visitar a tu novio que está alistado en el ejército. Somos los libertadores de Bulgaria, aquí todos nos aprecian. Hablar búlgaro es muy fácil, basta con añadir la partícula “ta” al final de cada palabra. El “ejercitota” ruso; la “noviata” de un “heroeta”; la “noviata” de un “heroicota soldadota” ruso. O algo así».

Dirigió la vista a la ventana: ¿y si Mitko regresaba?, ¿y si había llevado los caballos a beber y regresaba? Pero en la polvorienta calle no había rastro de Mitko ni de la carreta. En cambio, Varia advirtió entonces algo que le había pasado desapercibido: un minarete descascarillado y no muy alto sobresalía por encima de las casas. ¿Se encontraría acaso en una aldea turca? Pero los búlgaros eran cristianos ortodoxos. Y los campesinos de la posada bebían vino, cuando el Corán se lo prohibía a los musulmanes... Si la aldea era cristiana, ¿qué pintaba allí un minarete? Y si era

musulmana, ¿de qué lado estaría aquella gente, del suyo o del de los turcos? Dudaba que estuvieran de su lado y pensó que sería mejor reservarse lo del «ejercitota» para otra ocasión. ¡Dios mío!, ¿qué podía hacer?

Cuando Varia Suvorova tenía catorce años, le asaltó un día en clase de religión un pensamiento que le pareció irrefutable y absolutamente evidente: ¡era raro que no se le hubiera ocurrido a nadie hasta entonces! Que Dios hubiese creado primero a Adán y después a Eva no demostraba que el hombre fuese más importante que la mujer sino todo lo contrario, que la mujer era un ser más perfecto que el hombre. Mientras el varón vendría a ser como un boceto, un prototipo del ser humano, la mujer sería una versión definitivamente corregida, completada y validada. ¡Estaba clarísimo! Sin embargo, era evidente que lo mejor, lo más estimulante de la vida, pertenecía exclusivamente a los hombres, y que las mujeres sólo podían parir y bordar, bordar y parir. ¿Y cuál era la razón de tamaña injusticia? Sólo una, que los hombres eran más fuertes. En conclusión, había que ser fuerte.

Así que Varia decidió vivir de un modo distinto. En los Estados Unidos de América existía ya una doctora, Mary Jacoby, y también la primera mujer sacerdote, Antoinette Blackbell, mientras que en Rusia sólo había rutina y patriarcado. Que le dieran tiempo y ya verían.

Al terminar el gimnasio, Varia, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos de América, inició una victoriosa campaña por la independencia (pues su padre, el abogado Suvorov, resultó ser bastante blando) y se matriculó en unos cursos de comadrona. Así fue como saltó de la fase de «castigo divino» a la de «nihilista chiflada».

Los cursos no le fueron bien. Varia superó la parte teórica sin dificultad, pero, aunque gran parte del proceso de creación del ser humano le parecía asombrosa e increíble, cuando tuvo que presenciar un parto de verdad lo pasó muy mal. No pudo soportar los desgarradores gritos de la parturienta ni la terrible visión de la corona ovalada del recién nacido surgiendo de aquel cuerpo dolorido y ensangrentado, y se desmayó vergonzosamente. Tras aquella lamentable escena no le quedó más remedio que abandonar los cursos y matricularse en unas clases de telegrafía. Al principio, el hecho de convertirse en una de las primeras telegrafistas de Rusia le resultó bastante halagador, pues hasta el *Boletín de San Petersburgo* llegó a mencionar el nombre de Varia (en el artículo «¡Ya era hora!», publicado en el número del 28 de noviembre de 1875), pero juzgó el trabajo aburrido y con pocas perspectivas de futuro.

Entonces Varia, para alivio de sus padres, decidió instalarse en una finca que la familia poseía en la región de Tambov no para darse la buena vida, sino para enseñar y educar a los hijos de los campesinos. Fue allí, en aquella escuela recién construida que todavía olía a serrín de madera de pino, donde conoció a Petia Yavlovkov, un estudiante de Petersburgo. Petia enseñaba aritmética, geografía y nociones básicas de ciencias naturales a los niños, y Varia las demás disciplinas. Pero los campesinos

llegaron muy pronto a la conclusión de que la asistencia de sus hijos a la escuela no iba a reportarles ni dinero ni beneficio alguno, y se los llevaron de nuevo a casa («¡Nada de holgazanear, a trabajar!»). Para entonces Varia y Petia ya habían madurado el proyecto de una vida en común, libre, moderna y basada en el respeto mutuo y en una división razonable del trabajo.

Los dos pusieron fin a la humillante dependencia de las limosnas paternas. Arrendaron un pequeño piso en la calle Viborgskaya, con ratones pero también con tres habitaciones. Vivirían como Vera Pavlovna y Lopujov: cada uno dispondría de su propio espacio, y en la tercera estancia celebrarían sus tertulias y recibirían a las visitas. Los vecinos los tenían por marido y mujer, pero su convivencia era exclusivamente amistosa: por las tardes leían, tomaban el té y conversaban en la sala común, y luego se daban las buenas noches y se marchaban a sus respectivas habitaciones. Vivieron así durante casi un año, en perfecta armonía, sin estridencias ni obscenidades. Petia asistía a la universidad e impartía clases particulares. Varia aprendió taquigrafía y se puso a trabajar, ganando hasta doscientos rublos al mes. Llevaba los protocolos de los juzgados, copiaba las memorias de un viejo general que había participado en la toma de Varsovia y, luego, gracias a las recomendaciones de unos amigos, entró a trabajar como taquígrafa del Gran Escritor (cuyo nombre no citaremos porque la relación terminó de muy mala manera). La muchacha sentía auténtica veneración por el Gran Escritor y se negó a cobrar por su trabajo, puesto que estar allí era ya un privilegio. Pero aquel monarca del pensamiento entendió su actitud de otra manera. Era muy viejo —atravesaba la sexta década de su vida—, estaba cargado de familia y era considerablemente feo, pero lo cierto era que hablaba con persuasión y elocuencia. Afirmaba que la virginidad era un prejuicio ridículo; la moral burguesa, algo abominable, y que no había nada en la naturaleza humana de qué avergonzarse. Varia le escuchaba y luego pedía consejo a Petia durante horas enteras sobre cómo actuar. Petia, por su parte, estaba de acuerdo en que la castidad y el pudor eran grilletes creados arteramente por la sociedad para reducir y manipular a las mujeres, pero le desaconsejaba terminantemente entablar relaciones sexuales con el Gran Escritor. Se enfadaba, alzaba la voz e intentaba demostrarle que el sujeto no era tan Grande como se suponía: a pesar de sus antiguos méritos, muchos críticos progresistas le censuraban y le consideraban un reaccionario. Y todo terminó, como ya se ha dicho, de mala manera. Cierta día, el Gran Escritor, interrumpiendo el dictado de un pasaje de increíble fuerza literaria (Varia tomaba notas con lágrimas en los ojos), se puso a resoplar y a respirar ruidosamente por la nariz y, abrazando por los hombros con torpeza a su taquígrafa de cabello castaño claro, la arrastró hasta el diván. Ella soportó durante unos minutos aquellos susurros ininteligibles y las maniobras de sus temblorosos dedos —que se estaban haciendo un lío con los botones y los corchetes—, pero después comprendió —o, mejor, sintió—, clara y repentinamente, que aquello no estaba bien y que, por tanto, no podía consentirlo. Apartó de un empujón al Gran Escritor y salió de la casa para no volver a ella nunca

más.

Esa historia influyó negativamente en Petia. Corría el mes de marzo, la primavera se había adelantado y el Neva olía a inmensidad y a hielo desgajándose sobre el agua. Fue entonces cuando Petia pronunció su ultimátum: lo suyo no podía continuar así, porque estaban creados el uno para el otro y su relación ya se había visto probada con el tiempo. Al fin y al cabo, eran seres humanos y no tenía sentido que engañasen a las leyes de la naturaleza. Él podía conformarse con el amor corporal, por supuesto, estaba claro, pero lo más adecuado sería casarse según las normas para librarse de muchas complicaciones. El replanteamiento de la situación fue aceptado con tanta naturalidad que a partir de entonces sólo quedó un punto de disensión: qué modalidad de matrimonio escoger, el civil o el canónico. Las discusiones se prolongaron hasta el mes de abril, pero entonces estalló la tan largamente ansiada guerra de liberación de los pueblos eslavos hermanos, y Petia Yavlovkov, como hombre de bien que era, se alistó voluntario. En la despedida, Varia le prometió dos cosas: que pronto le daría una respuesta definitiva y que harían la guerra juntos; ella se las ingeniaría para reunirse con él.

Y se las ingenió; no inmediatamente, pero se las ingenió. No logró que la aceptaran como enfermera en ningún hospital de guerra o enfermería de campaña, pues no tuvieron en cuenta sus inconclusos cursos de comadrona, y el ejército movilizado tampoco aceptaba a mujeres para los puestos de telegrafía. Varia estaba ya a punto de caer en la más completa desesperación, cuando recibió una carta desde Rumania: Petia se quejaba de que no le habían aceptado en la infantería por culpa de sus pies planos, y contaba que como el voluntario Yavlovkov era matemático y el ejército ruso necesitaba desesperadamente especialistas en cifrado, al final le habían destinado al Estado Mayor del comandante en jefe de la ofensiva, el gran duque Nikolai Nikolaievich.

Varia pensó que quizá resultaría más fácil emplearse en algún servicio adscrito al cuartel general, o por lo menos llegar hasta allí aprovechando el tumulto de la retaguardia. Inmediatamente elaboró un Plan, el que hemos descrito, que en sus dos primeras etapas fue como la seda, pero en la tercera parecía que iba a terminar en catástrofe.

Ahora, aquella embarazosa situación estaba a punto de alcanzar el desenlace. El posadero de las narices bermejas farfulló algo en tono amenazador y, secándose las manos con una toalla gris, se dirigió con su camisa roja hacia Varia, contoneándose como un verdugo camino del cadalso. A Varia se le secó la boca y sintió náuseas. ¿Y si fingiera ser sordomuda o, mejor dicho, sordomudo?

Entonces el melancólico individuo que estaba situado de espaldas, un poco más allá, se levantó tranquilamente de su sitio, se acercó a la mesa de Varia y se sentó en silencio frente a ella. La muchacha contempló durante un momento su rostro pálido, casi infantil pese a las sienes canosas, sus fríos ojos azules, su delgado bigote, y la

boca, sellada con un mohín de tristeza. El de aquel hombre era un rostro extraño, muy diferente al de los demás campesinos que se encontraban allí, a pesar de que iba vestido de la misma manera, puede que con una chaqueta más nueva y una camisa más limpia.

El hombre de los ojos azules ni siquiera miró al posadero que se acercaba. Le bastó agitar desdeñosamente la mano y el torvo mesonero se retiró tras el mostrador. Pero Varia no se tranquilizó con esto sino que, por el contrario, pensó que lo peor estaba por llegar.

Arrugó el entrecejo, dispuesta a escuchar una parrafada en un idioma extranjero. Juzgó que lo más sensato sería no responder y limitarse a asentir y negar con la cabeza, sin olvidar algo capital: que los búlgaros entendían esos gestos al contrario y cuando movían la cabeza arriba y abajo indicaban «no», y cuando lo hacían de lado a lado señalaban «sí».

Pero el hombre de los ojos azules no le hizo ninguna pregunta. Suspiró como consternado y dijo en un ruso perfecto, aunque tartamudeando ligeramente:

—¡Ay, se-señorita!, habría sido mejor esperar a su no-novio en casa. Esto no es una novela de Thomas Mayne Reid. Po-podría haber terminado muy mal.

Capítulo Segundo

En el que aparecen muchos hombres interesantes

El Inválido Ruso (San Petersburgo)

2 (14) de julio de 1877

... Tras la firma del armisticio entre la Sublime Puerta y Serbia, multitud de paladines de la idea eslava, patriotas valerosos de la tierra rusa, enrolados como voluntarios bajo la dirección del bravo general Cherniaev, acuden a la llamada del zar libertador y, arriesgando sus vidas, se abren paso hacia la tierra búlgara a través de salvajes montañas y tenebrosos bosques, con el fin de unirse a los ejércitos ortodoxos y así lograr la deseada victoria de su santa campaña militar.

Varia no comprendió inmediatamente el sentido de lo que le decían. Por inercia asintió primero, luego negó con la cabeza y al final se quedó pasmada y boquiabierta.

—No se sorprenda —profirió el extraño campesino con tono aburrido—. Se advierte al instante que es usted una ma-*mademoiselle*. Mire, un mechón de pelo le asoma por debajo de la gorra. Punto uno. —Varia se recogió cautelosamente el bucle traicionero—. Que es rusa, también resulta evidente: la nariz respingona, ese contorno ruso de los pómulos, el cabello castaño y, lo más i-importante, esa piel tan pálida. Punto dos. Lo del novio también está claro: usted vi-viaja de incógnito y lo hace por interés personal. ¿Y qué interés privado puede tener una muchachita de su edad en un ejército en campaña? Sólo de corte romántico. Punto tres. Y a-ahora punto cuatro: ¿era su guía ese hombre bigotudo que la ha traído hasta aquí y después ha desaparecido?

Y el dinero, claro está, lo llevaría escondido entre sus cosas, ¿verdad? Qué e-estupidez. Todo lo importante hay que llevarlo e-encima. ¿Cómo se llama usted?

—Suvorova, Varia. Varvara Andreevna —susurró la muchacha, asustada—. ¿Y usted quién es? ¿De dónde viene?

—Erast Petrovich Fandorin. Vengo de Serbia, soy un voluntario. Regreso del cautiverio turco.

¡Gracias a Dios!, pues Varia se preguntaba ya si todo eso no sería una alucinación. ¡Voluntario en Serbia! ¡Cautivo de los turcos! Miró respetuosamente sus sienes canosas y, sin poder contenerse, le preguntó señalando indecorosamente con el dedo:

—Eso es de los tormentos que ha padecido allí, ¿verdad? He leído cosas sobre los

terribles suplicios del cautiverio turco. Supongo que su tartamudeo vendrá también de esos sufrimientos.

Erast Petrovich Fandorin frunció el entrecejo y respondió de mala gana:

—Nadie me ha sometido a ningún suplicio. Desde la mañana hasta la noche bebíamos café y conversábamos sólo en francés. Vivía como invitado en la casa del caimacán de Vidin.

—¿En la casa de quién? —No comprendió Varia.

—Vidin es una ciudad situada en la frontera rumana. Y el caimacán, una especie de gobernador. En cuanto a mi tartamudeo, es una secuela de una antigua conmoción cerebral.

—Ha logrado fugarse, ¿verdad? —siguió preguntando la muchacha, con envidia—. Y ahora quiere unirse al ejército para luchar de nuevo, ¿verdad?

—No. Bastante he guerreado ya.

Probablemente el rostro de Varia manifestara una perplejidad absoluta. En cualquier caso, el voluntario estimó oportuno añadir:

—La guerra, Varvara Andreevna, es una terrible monstruosidad. En ella no hay inocentes ni culpables. Y malos y buenos existen en los dos bandos. Sólo que a los buenos siempre los matan primero.

—Entonces, ¿por qué se fue voluntario a Serbia? —interrogó ella, furiosa—. No creo que nadie le obligara.

—Por egoísmo. Estaba enfermo y necesitaba curarme.

Varia se sorprendió:

—¿Curarse en la guerra?

—Sí. Cuando ves el dolor ajeno es más fácil soportar el propio. Llegué al frente dos semanas antes del desastre del ejército de Cherniaev. Luego vagué por las montañas hasta quedarme sin fuerzas, disparando hasta que se me agotó la munición. Afortunadamente no maté a nadie.

«O es un cínico o quiere llamar la atención», pensó Varia con cierto enojo, y advirtió malévolamente:

—Podía haberse quedado allí sentado con su caimacán hasta el final de la guerra. ¿Para qué fugarse?

—No me he fugado. El pachá me puso en libertad.

—¿Y qué le trae por Bulgaria?

—Tengo algo que hacer —respondió Fandorin lacónicamente—. ¿Usted adónde se dirige?

—A Tsarevitz, al Estado Mayor del comandante en jefe. ¿Y usted?

—A Bela. Por lo que dicen, allí se encuentra el cuartel general de su a-alteza, el zar. —El voluntario calló un momento, arqueó descontento sus finas cejas y suspiró—. Aunque lo mismo me da ir al campamento del general en jefe.

—¿De veras? —se alegró Varia—. Pues vayamos juntos, ¿qué le parece? No sé lo que habría hecho si no le hubiera encontrado a usted.

—¡Tonterías! Ordenarle al posadero que la condujera al campamento del destacamento ruso más próximo y allí habría acabado todo.

—¿Ordenarle, dice? ¿Al dueño de la posada? —inquirió Varia temerosamente.

—Esto no es una posada, sino una *mejana*.

—Muy bien, una *mejana*. Pero ¿esta aldea es musulmana o cristiana?

—Musulmana.

—Entonces ¡me habrían entregado a los turcos!

—No quiero ofenderla, Varvara Andreevna, pero no creo que los turcos tengan el más mínimo interés por usted. Sin embargo, el posadero re-recibiría con toda seguridad una recompensa de su novio.

—Prefiero ir con usted —comenzó a implorar Varia—. ¡Por favor!

—Sólo tengo un jamelgo, y además medio muerto. Un rocín en esas condiciones no puede cargar con dos. Y e-en cuanto al di-dinero, únicamente me quedan tres *kurushi*. Lo suficiente para pagar el vino y el queso, pero para nada más... Nos haría falta otro caballo, o al menos un burro, y eso como mínimo cuesta otros cien.

El nuevo conocido de Varia calló un momento y, como si sopesara algo, giró la cabeza hacia los jugadores de dados. Luego suspiró de nuevo con cierto fatalismo.

—¡Quédese aquí sentada! Vuelvo en un momento.

Se acercó lentamente a donde estaban los jugadores y se quedó mirando junto a la mesa unos cinco minutos. Luego dijo algo que Varia no pudo escuchar y que al instante hizo a todos apartar los dados y volverse hacia él. Fandorin señaló a Varia, que se removió inquieta al sentirse el centro de todas aquellas ansiosas miradas, y los campesinos estallaron en una carcajada amistosa —claramente obscena y ofensiva hacia Varia—, sin que Fandorin pareciera salir en defensa del honor de la dama. Por el contrario, intercambió un apretón de manos con un gordinflón bigotudo y se sentó en una de las banquetas. Los demás le hicieron sitio y alrededor de la mesa se formó inmediatamente un nutrido corrillo de curiosos.

Nuestro voluntario había organizado una partida. Pero ¿con qué dinero? Con sus tres *kurushi* tendría que jugar mucho rato para ganar un caballo. Al darse cuenta de que había depositado su confianza en alguien a quien apenas conocía, Varia sintió otra vez una gran inquietud. Un hombre de aspecto extraño, que hablaba de un modo extraño y se comportaba con extrañeza... Pero no tenía elección.

Del grupo de mirones surgió un murmullo: el gordo acababa de tirar los dados. Luego se oyó otra vez el ruido disperso de los dados al caer y, de pronto, un clamor estalló haciendo temblar las paredes.

—Do-doce —proclamó lentamente Fandorin poniéndose de pie—. ¿Dónde está el *magareto*?

El gordo se levantó también, agarró al voluntario por la manga y comenzó a farfullar algo con los ojos desorbitados.

—¡Padrecito mío, padrecito mío! —repetía una y otra vez.

Fandorin escuchaba y asentía con la cabeza, pero sorprendentemente al perdedor

no le satisfacía su anuencia y se puso a gritar en voz más alta y a agitar las manos. Fandorin asintió nuevamente de un modo aún más enérgico, y entonces Varia recordó que allí asentir con la cabeza, paradójicamente, equivalía a una negativa.

Entonces, el perdedor decidió pasar de las palabras a los hechos. Empezó a agitar un brazo y los mirones se echaron a un lado, mas Erast Petrovich no se movió del sitio; únicamente desplazó su mano derecha, que se zambulló como por descuido en el bolsillo. Un gesto casi imperceptible, pero que en el gordo surtió un efecto mágico. Pareció arrugarse a ojos vista, comenzó a sollozar y farfulló otra vez unas palabras con voz lastimera. Fandorin negó con la cabeza, tiró un par de monedas al posadero, que estaba por allí, y se encaminó hacia la salida. No miró en ningún momento a Varia, pero ella no necesitaba invitación. Saltó de la silla y tardó un segundo en reunirse con su salvador.

—El pri-primero por la punta —dijo Erast Petrovich, entornando los ojos con aire concentrado y deteniéndose en el porche.

Varia siguió la dirección de su mirada y vio, atada a un madero, una hilera de caballos, asnos y mulos que masticaban paja apaciblemente.

—Ahí tiene su *Bu-Bucéfalo* —dijo el voluntario señalando un burro pardo—. Es feo, pero si se cae no lo hará desde muy alto.

—¿Lo ha ganado a los dados? —dedujo Varia.

Fandorin asintió en silencio, mientras desataba al escuchimizado jumento gris.

Ayudó a su compañera a subir a la silla de madera, saltó con bastante destreza sobre su caballo pardo y los dos salieron a la calle de la aldea, iluminada vivamente por el sol del mediodía.

—¿Queda lejos Tsarevitzi? —pregunto Varia, balanceándose al compás de los pasos breves de su orejudo y peludo transporte.

—Si no nos extraviamos, llegaremos al anochecer —respondió el jinete con garbo desde lo alto de su penco.

Varia pensó con rabia que el voluntario se había «turqueizado» durante su cautiverio. ¡No ofrecerle el caballo a la dama era una muestra más del horrible narcisismo masculino! ¡Presumido pavo real! ¡Con qué gusto se pavoneaba delante del pobre pato feo! Además de que Dios sabría qué pinta tendría con aquella ropa, tenía que representar el papel de Sancho Panza cabalgando junto al Caballero de la Triste Figura.

—¿Qué lleva en el bolsillo? —recordó ella—. Una pistola, ¿verdad?

Fandorin puso cara de sorpresa:

—¿En qué bolsillo? ¡Ah, en el bo-bolsillo! Por desgracia, no llevo nada.

—¿Y si él no se hubiera asustado?

—No me habría sentado a jugar con uno que no se asustara.

—¿Y cómo ha podido ganar un asno en una sola apuesta? —inquirió Varia con curiosidad—. ¿Ha apostado el hombre el asno contra sus tres *kurushi*?

—Naturalmente que no.

—Entonces, ¿qué ha apostado?

—La he apostado a usted —respondió Fandorin sin miramientos—. Una muchacha contra un asno es una apuesta ventajosa... Le ruego que me perdone, Varvara Andreevna, pero no había otra salida.

—¿Que le perdone?! —Varia dio tal salto en su montura que estuvo a punto de caerse de lado—. ¿Y si hubiera perdido?

—Yo, Varvara Andreevna, tengo un don raro. No so-soporto los juegos de azar, pero cuando me veo obligado a jugar, siempre gano. *Les caprices de la fo-fortune*. Mi libertad también se la gané al pacha de Vidin jugando a los nardos.

Varia no supo qué responder a una declaración tan frívola y prefirió mostrarse mortalmente ofendida, de manera que continuaron cabalgando en un completo silencio.

La basta silla del asno parecía un instrumento de tortura y causaba a Varia muchas incomodidades, pero las soportaba cambiando de vez en cuando de centro de gravedad.

—¿Está dura? —preguntó Fandorin—. ¿Quiere po-poner mi chaqueta debajo?

Varia no respondió. En primer lugar, porque la proposición no le pareció decente del todo y, en segundo lugar, por principios.

El camino serpenteó un buen trecho entre bajas y boscosas colinas y luego descendió hasta el valle. Durante todo ese tiempo no encontraron a nadie, lo cual comenzó a inquietarla. Varia miró de reojo a Fandorin en varias ocasiones, pero él seguía imperturbable como una estatua, y no se esforzaba lo más mínimo por entablar conversación.

¡Iba a producir una extraña impresión en Tsarevitzi, entrando vestida de semejante guisa! Bueno, por Petia no importaba, pues no notaba ni que vistiera un saco, pero aquello era el cuartel general, una verdadera sociedad organizada. Presentarse de aquel modo, como un espantapájaros... Varia se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello, y al tocarlo acabó de desesperarse. Su pelo no era normalmente nada especial, con ese tono deslucido y ratonil al que llaman castaño claro, pero con aquel disfraz se le había enredado y los mechones le colgaban como pingajos. Se lo había lavado por última vez hacía tres días, en Bucarest. No, sería mejor que continuara con la gorra. En cambio, el disfraz de campesino búlgaro le quedaba muy bien: era práctico y sumamente eficaz. Los pantalones bombachos recordaban un poco a los famosos *bloomers* que no hacía mucho vestían las sufragistas inglesas para protestar contra los ridículos y humillantes *culottes* y las faldas hasta el tobillo. Si se los recogiera con un cinturón ancho de color escarlata, como en *El rapto en el serrallo* (una ópera que había visto con Petia en el teatro Mariinsky el otoño anterior), incluso resultarían pintorescos.

De pronto, las reflexiones de Varvara Andreevna fueron interrumpidas sin reservas. El voluntario se agachó, cogió las riendas del burro y aquel tonto animal se detuvo tan bruscamente que Varia estuvo a punto de volar por encima de su orejuda

cabeza.

—Pero ¿qué hace, se ha vuelto loco?

—Ahora, ocurra lo que ocurra, permanezca en silencio —le dijo Fandorin muy serio y en voz baja, mirando hacia delante, hacia un punto indeterminado.

Varia levantó la cabeza y vio que se acercaba un destacamento de jinetes que formaba una multitud amorfa, envuelta en una nube de polvo: unas veinte personas. Se distinguían sus gorros afelpados, las brillantes estrellas que centelleaban en las placas metálicas de sus caftanes, los arneses, las armas... Uno de los jinetes cabalgaba a la cabeza del grupo, y Varia advirtió el trozo de tela verde que llevaba alrededor del gorro.

—¿Son *bashibuzuki*? —preguntó Varia, en voz alta y temblorosa—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Estamos perdidos? ¿Nos matarán?

—Si se calla de una vez, no creo —contestó Fandorin no demasiado seguro—. Esa locuacidad suya tan intempestiva no nos beneficia en absoluto.

Había dejado completamente de tartamudear, y ese detalle alarmó a Varia.

Erast Petrovich volvió a coger las riendas del burro, llevó los dos animales a la cuneta y, encasquetándole la gorra a Varia hasta los ojos, le susurró:

—Mantenga la cabeza baja y no diga ni media palabra.

Pero ella no pudo aguantar la curiosidad y miró de soslayo a los famosos bandidos, de quienes los periódicos habían escrito tanto en aquellos dos últimos años. El que iba en cabeza (sin duda, el bey) lucía una barba pelirroja y una casaca sucia y raída, y llevaba un sable de plata. Pasó por delante de ellos sin dignarse lanzar una mirada a aquellos miserables campesinos, pero el resto del grupo se comportó de manera más abierta. Varios jinetes se detuvieron junto a Varia y Fandorin y comenzaron a hablar guturalmente entre sí. Las fisonomías de los *bashibuzuki* eran tan espeluznantes que Varia deseó poder cerrar los ojos: nunca habría imaginado que pudieran existir hombres con caras como aquéllas. De pronto, entre esos rostros de pesadilla, distinguió un semblante humano de carácter normal. Una cara pálida, con un ojo hinchado y tumefacto; el otro era de color castaño, expresaba una mortal angustia y la miraba fijamente.

Era un oficial ruso que cabalgaba entre los bandidos sentado al revés, con la guerrera polvorienta y hecha jirones. Llevaba las manos atadas a la espalda; del cuello, quién sabe por qué, le colgaba la vaina vacía de un sable y de la comisura de la boca le salía un hilillo de sangre. Varia se mordió los labios para no gritar y, sin poder soportar la desesperación que se leía en la mirada del prisionero, bajó los ojos al suelo. Pero un grito, o mejor, un gemido, se le escapó de la garganta, reseca por el miedo, al ver cómo uno de los bandidos llevaba atada al arzón de la silla una cabeza humana con una melena rubia y unos largos bigotes. Fandorin le apretó el codo con fuerza y murmuró algo en turco —reconoció las palabras «pachá Yusuf» y «caimacán»—, aunque eso no influyó en los *bashibuzuki*. Uno de ellos, con la barba estrecha y la nariz enorme y torcida, levantó el labio superior del caballo de Fandorin

y dejó al descubierto sus dientes largos y podridos. Escupió desdeñosamente al suelo, dijo algo que provocó las risas de sus compañeros y pegó al animal un zurriagazo en la grupa con su látigo de cuero. Asustado, el caballo saltó a un lado y se alejó trotando a trompicones. Varia golpeó los hinchados flancos de su burro con los talones y comenzó a trotar detrás del caballo, sin atreverse a creer que el peligro había pasado. De cualquier modo, no podía apartar la imagen de la horrible cabeza, con los ojos cerrados por el sufrimiento y la sangre reseca en las comisuras de los labios. «Los que cortan cabezas son degolladores», se dijo, y su mente martilleaba y daba vueltas a esa frase absurda y casi delirante.

—No se desmaye, por favor —rogó Fandorin en voz baja—. Todavía pueden regresar.

Fue como un mal augurio. Un minuto después oyeron a sus espaldas el golpeteo de unos cascos que se acercaban.

Erast Petrovich echó una mirada atrás.

—No se vuelva, siga a-adelante —murmuró.

Pero Varia se volvió de repente, algo que habría sido mejor que no hubiera hecho. Se habían alejado de los *bashibuzuki* unos doscientos pasos, pero uno de los jinetes, el que llevaba la cabeza, galopaba hacia ellos a toda velocidad, con el bárbaro trofeo balanceándose con macabra alegría en la grupa del caballo.

Varia miró con desesperación a su compañero de viaje, pero éste parecía haber perdido su sempiterna sangre fría y, con la cabeza echada hacia atrás, bebía nerviosamente agua de una gruesa cantimplora de metal.

El maldito asno movía parsimoniosamente las patas sin ninguna intención de apresurar la marcha. Un minuto más tarde, el fogoso jinete se puso a la altura de los dos indefensos viajeros y empinó su impetuoso caballo bayo sobre las patas traseras. Inclínándose, el *bashibuzuk* le arrebató el gorro a Varia de un papirotazo y lanzó una risotada de ave rapaz cuando los mechones castaños de la muchacha se esparcieron al aire.

—¡Yijahhh! —gritó, y sus blancos dientes relampaguearon.

Entonces el abstraído y sombrío Erast Petrovich, con un rápido movimiento de la mano izquierda, arrancó al bandido la gorra de felpa y descargó contra su nuca rapada la pesada cantimplora. Sonó un chasquido penetrante, se oyó el gorgoteo del líquido en la cantimplora y el *bashibuzuk* se desplomó sobre el polvo.

—¡Al diablo el burro! Deme la mano. A la silla. Pique fuerte al caballo. No mire atrás. —Fandorin habló imperiosamente, a toda prisa, dejando otra vez de tartamudear.

Ayudó a la enmudecida Varia a subir al caballo del bandido, sacó la escopeta de la funda de la silla y los dos arrancaron a galope.

El animal del *bashibuzuk* salió como una bala y Varia se encogió asustada, temerosa de no poder mantenerse sobre la silla. Le zumbaban los oídos y el pie izquierdo se le había escapado del estribo, demasiado largo para ella. Mientras detrás

retumbaban los disparos, notó de pronto que algo pesado le golpeaba dolorosamente en el muslo derecho.

Echó un fugaz vistazo hacia abajo y vio que la sanguinolenta cabeza se balanceaba de un lado a otro. Lanzando un grito ahogado, soltó las riendas, justo lo que de ningún modo debía hacer. Entonces cayó de la silla y, después de trazar un arco en el aire, se derrumbó sobre algo verde, mullido y crujiente: un arbusto de la cuneta.

El golpe tendría que haberla dejado sin sentido, pero por alguna razón no ocurrió así. Varia se sentó en la hierba y se palpó los arañazos que se había hecho en una mejilla, rodeada por las ramas rotas y bamboleantes del arbusto.

Mientras tanto, en el camino sucedía lo siguiente: Fandorin golpeaba con la culata del fusil a su infeliz caballo, que intentaba avanzar todo lo que podía con sus huesudas patas. Quedaba ya muy poca distancia hasta el arbusto donde estaba sentada Varia, atontada tras el golpe, pero a unos cien pasos y disparando sin cesar le alcanzaba ya la jauría de sus perseguidores, al menos una decena. De repente, el caballejo gris dio un traspié, sacudió lastimeramente la testuz y se dejó caer al suelo, donde quedó tendido, aplastando con el cuerpo la pierna de su jinete. Varia lanzó un chillido. Fandorin sacó a duras penas la pierna de debajo del animal, que hacía esfuerzos por levantarse, y se puso en pie. Miró a Varia, se echó la escopeta al hombro y apuntó contra los *bashibuzuki*.

No se apresuró a disparar, sino que se limitó a apuntar como exigen los cánones, y la pose debió de resultar tan imponente que ninguno de los bandidos quiso ser el primero en ponerse al alcance de sus balas. El grupo salió del camino, se dispersó por la pradera y formó un semicírculo para cercar a los fugitivos. Cesaron los tiros y Varia comprendió la maniobra: querían cogerlos vivos.

Fandorin comenzó a retroceder por el camino, apuntando alternativamente a los bandidos. La distancia que los separaba iba disminuyendo. Cuando el voluntario llegó casi a la altura del arbusto, Varia no pudo contenerse.

—¡Dispare de una vez! —le gritó.

Sin volverse, Erast Petrovich masculló entre dientes:

—El guerrillero tenía la escopeta descargada.

Varia miró a su izquierda (había *bashibuzuki*) y a su derecha (también se veían jinetes con gorro), giró la cabeza y entre los matorrales vio algo sorprendente.

Por el prado se acercaba a galope un grupo de hombres. Al frente, sobre un poderoso garañón negro, extendiendo los codos como un *jockey*, galopaba o, más exactamente, volaba un hombre tocado con un sombrero vaquero; detrás, a punto de alcanzarle, le seguía también a galope un hombre con un uniforme blanco con charreteras doradas; tras ellos, una decena de cosacos del Kuban trotaba en una hilera compacta; y finalmente, a la espalda de todos y a bastante distancia, un extraño señor con un sombrero hongo y levita daba saltos sobre la silla.

Varia contempló como hechizada la curiosa cabalgata, mientras los cosacos

comenzaban a silbar y a animarse con gritos de asalto. Los *bashibuzuki* también empezaron a agruparse y a gritarse unos a otros: se acercaba en su auxilio el resto de la partida, con el bey de la barba pelirroja a la cabeza. Los horribles individuos se olvidaron de Varia y Fandorin: ahora tenían otros de quienes ocuparse.

La lucha era inminente. Olvidando el peligro, Varia movía la cabeza de un lado a otro: el espectáculo era a la vez terrible y bello.

Pero el combate terminó nada más iniciarse. El jinete del sombrero vaquero (ahora se encontraba muy próximo a Varia y ésta pudo observar el rostro bronceado, la barba a lo Luis Napoleón y los retorcidos bigotes de color espiga) tiró de las riendas, se detuvo en seco y en su mano, como por encanto, apareció una pistola de cañón largo. El arma escupió dos enojadas nubecitas (¡bang, bang!), y el bey de la casaca ajada se balanceó sobre la silla como si estuviera borracho y luego se derrumbó por un flanco del caballo. Uno de los *bashibuzuki* alcanzó a sostenerlo, lo tendió sobre la cerviz de la montura y, sin presentar batalla, toda la banda inició la retirada.

Por delante de Varia y del agotado Fandorin, que estaba firmemente apoyado en su inútil escopeta, pasaron en fila el mágico tirador, el jinete del uniforme blanco (en cuyos hombros brillaban las charreteras doradas de general) y los cosacos armados con lanzas.

—¡Llevan a un oficial prisionero! —les gritó a su espalda el voluntario.

Entonces se aproximó sin prisa el último miembro de aquella fantástica cabalgata, el civil con sombrero, y se detuvo junto a ellos: la persecución, por lo visto, no le agradaba.

Sus ojos redondos y claros miraron con compasión a los rescatados por encima de las gafas.

—¿Sois *chetniki*? —preguntó el civil con un fuerte acento inglés.

—No, *sir* —respondió Fandorin y, en el idioma del extraño, añadió algo más que Varia no logró comprender porque en el gimnasio había estudiado francés y alemán.

Tiró con impaciencia de la manga del voluntario y éste le aclaró sus palabras con tono culpable.

—Le estoy diciendo que no somos *chetniki* sino rusos, y que estamos intentando alcanzar nuestras líneas.

—¿Y los *chetniki* quiénes son?

—Unos rebeldes búlgaros.

—¡Oh!, ¿usted es señora? —La estupefacción se dibujó en el bondadoso y carnoso rostro del inglés—. ¡Pues vaya baile de disfraces! No sabía yo que los rusos utilizaban a las «mujeras» para labores de «espionaje». Usted es una «jeroína». ¿Cómo se llama? Esto les «interresará» mucho a mis «lictos».

El jinete sacó una libreta de su morral de viaje, y entonces Varia advirtió que llevaba una banda de tres colores con el número 48 y la inscripción «corresponsal» alrededor de la manga.

—Me llamo Varvara Andreevna Suvorova y no participo en ninguna acción de espionaje. Mi novio está destinado en el cuartel general —respondió ella con dignidad—. Y éste es mi compañero de viaje, el voluntario serbio Erast Petrovich Fandorin.

Confuso, el corresponsal se despojó de su sombrero hongo y pasó al francés:

—Le pido perdón, *mademoiselle*. Seamus McLoughlin, corresponsal del periódico londinense *Daily Post*.

—¿El inglés que escribió sobre las bestialidades turcas en Bulgaria? —preguntó Varia, quitándose a su vez el gorro e intentando atusarse el cabello.

—Irlandés —la corrigió severamente McLoughlin—. No es lo mismo.

—¿Y quiénes son éstos? —Varia señaló con la cabeza el punto donde se levantaba un remolino de polvo y sonaban los disparos—. ¿Quién es el del sombrero ancho?

—Un *cowboy* sin igual: *monsieur* D’Hevrais en persona, una pluma brillantísima, el corresponsal preferido de los lectores franceses y el emblema del periódico *Revue Parisienne*.

—¿*Revue Parisienne*?

—Sí, un diario de París con una tirada de ciento cincuenta mil ejemplares, una cantidad enorme para Francia —aclaró el corresponsal con desdén—. Mi *Daily Post*, por ejemplo, vende diariamente doscientos cuarenta mil ejemplares, ésa es la realidad.

Varia movió la cabeza para que el pelo se le asentara y comenzó a limpiarse el polvo de la cara con la manga.

—Señor, han llegado ustedes en el momento más oportuno, les ha traído la Providencia.

—Ha sido Michel quien nos ha traído hasta aquí. —Se encogió de hombros el británico o, mejor, el irlandés—. Está desocupado, agregado al cuartel general, y la inactividad le irrita. Esta mañana, los *bashibuzuki* han estado molestando a la retaguardia rusa, y Michel en persona se ha lanzado en su persecución. D’Hevrais y yo somos como sus perros de lanas: allí donde va él, vamos los dos. En primer lugar, porque somos viejos amigos y ya cubrimos juntos la campaña en el Turquestán y, en segundo lugar, porque donde está Michel siempre hay una buena historia que escribir... Mire, ahí vuelven, con el morral vacío, como dicen los rusos, naturalmente.

—¿Por qué dice «naturalmente»? —preguntó Varia.

El corresponsal sonrió con indulgencia y calló, pero Fandorin, que hasta entonces apenas había participado en la conversación, respondió por él:

—Habrás notado, *mademoiselle*, que los caballos de los *bashibuzuki* estaban frescos, y los de sus perseguidores, extenuados.

—*Absolutely so* —asintió McLoughlin.

Varia los miró con hostilidad: qué dispuestos estaban a confabularse para dejar por tonta a una mujer. Sin embargo, Fandorin se hizo al instante merecedor de

perdón: extrajo del bolsillo un pañuelo increíblemente limpio y lo llevó a la mejilla de Varia. ¡Oh, hasta se había olvidado del arañazo!

El corresponsal se equivocaba al decir que los perseguidores volvían con el morral vacío... Varia constató con alegría que al menos habían recuperado al oficial prisionero: dos cosacos traían por los brazos y las piernas un cuerpo inerte con un uniforme negro. ¿Acaso, Dios no lo quisiera, estaba muerto?

Esta vez venía delante el petimetre a quien el británico había llamado Michel. Era un joven general con unos alegres ojos azules y una barba particular, cuidada, vaporosa y peinada por los lados en forma de alas.

—¡Han escapado, los muy canallas! —gritó desde lejos, y añadió una expresión extraña, cuyo sentido no entendió Varia.

—*There's a lady here.* —McLoughlin la señaló con el dedo y se quitó el sombrero hongo para secarse la sonrosada calva.

El general adoptó un aire jactancioso y miró a la joven, para desinflarse al instante de manera bastante comprensible: el pelo sucio, el rasguño en la cara, aquel atuendo tan ridículo...

—General de brigada Soboliev II, del séquito de su Majestad Imperial —se presentó Michel a la vez que miraba interrogativamente a Fandorin.

Pero Varia, irritada por la indiferencia del general, le preguntó con insolencia:

—¿Segundo? ¿Y quién es el primero?

Soboliev se sorprendió.

—¿Cómo que quién? Mi padre, el teniente general Dimitri Ivanovich Soboliev, jefe de la división cosaca del Cáucaso. ¿Nunca ha oído hablar de él?

—Jamás. Ni de él, ni de usted —cortó desabridamente Varia.

Mentía, porque a Soboliev II, héroe del Turquestán y conquistador de Jiva y Makran, lo conocía toda Rusia.

Respecto al general se decían cosas muy opuestas. Algunos lo calificaban como un valiente sin igual, una especie de caballero andante irreprochable y sin miedo, y ya le llamaban el futuro Suvorov e incluso el nuevo Bonaparte, mientras que otros lo consideraban un hombre presuntuoso lleno de ambición. Los periódicos habían escrito en una ocasión que Soboliev había repelido en solitario a una horda entera de turquestanos y que no retrocedió, a pesar de haber recibido siete heridas. También habían contado cómo, con un pequeño destacamento, había cruzado un desierto infernal y había destruido el ejército del feroz bey Abderramán, diez veces superior en fuerzas. Pero uno de los conocidos de Varia le había explicado unos rumores de cariz completamente diferente: que fusilaba a los prisioneros y también algo relacionado con el robo del tesoro del Kokand.

Observando con atención los ojos claros del general Adonis, Varia lo comprendió: los rumores de las siete heridas y del bey Abderramán eran pura verdad, mientras que lo de los prisioneros y el tesoro del kan eran disparates y calumnias de los envidiosos.

Y lo creyó todavía más cuando Soboliev la miró otra vez y pareció hablarle con

cierto interés.

—Pero, *mademoiselle*, ¿qué hace usted en este lugar, donde corre tanta sangre? ¡Y vestida de esa manera! Me siento intrigado.

Varia pronunció su nombre y relató en pocas palabras las peripecias que había vivido; su certero instinto le decía que Soboliev ni la traicionaría ni la repatriaría a Bucarest con escolta.

—¡Envidio a su novio, Varvara Andreevna! —exclamó el general, acariciando a Varia con la mirada—. Es usted una muchacha excepcional. Por favor, permítame presentarle a mis compañeros. Creo que ya conoce a mister McLoughlin. Éste es Sirioya Bereshaguin, mi ordenanza, hermano de Bereshaguin, el conocido pintor. —Turbado, un joven apuesto y delgado, vestido de cosaco, saludó a Varia con una inclinación—. Él también es un excelente dibujante. Durante el reconocimiento del Danubio representó las posiciones turcas de una manera..., una verdadera delicia. Pero ¿dónde se ha escondido D’Hevrais? ¡Eh, D’Hevrais!, acérquese, que voy a presentarle a una señorita encantadora.

Varia contempló con viva curiosidad al francés, que se había acercado el último. Éste (el brazalete de la manga rezaba «corresponsal n.º 32») era verdaderamente un buen ejemplar, y, a su modo, nada inferior a Soboliev: tenía la nariz aguileña, unos bigotes rubios y retorcidos, una pequeña perilla pelirroja y unos ojos grises e inteligentes. Los ojos, por cierto, mostraban una expresión enojada.

—¡Esos miserables son la vergüenza del ejército turco! —exclamó el periodista en francés y con vehemencia—. Sólo sirven para amedrentar a los civiles; a la hora de luchar, dan media vuelta. ¡Si yo fuera el pachá Kerim los desarmaría y los colgaría a todos!

—Cálmese, bravo *chevalier*, que hay una señora —le interrumpió con socarronería McLoughlin—. Ha sido afortunado porque le han presentado como un héroe romántico, no desperdicie la ocasión. Fíjese cómo le está mirando.

Varia se ruborizó y lanzó al irlandés una mirada iracunda, pero McLoughlin se limitó a reír con benevolencia. D’Hevrais, por su parte, se comportó como correspondía a un auténtico francés: desmontó del caballo y le hizo una reverencia.

—Charles D’Hevrais, a su servicio, *mademoiselle*.

—Varvara Suvorova —replicó ella afablemente—. Me alegro de conocerle y también les doy las gracias a todos ustedes, señores. Han llegado en el momento oportuno.

—Y, ahora, permítame conocer su nombre —le dijo D’Hevrais a Fandorin mirándole con curiosidad.

—Erast Fandorin —repuso el voluntario fijando la vista en Soboliev y no en el francés—. He combatido en Serbia y ahora me dirijo al cu-cuartel general con una información importante.

El general estudió a Fandorin de pies a cabeza y preguntó respetuosamente:

—¿Lo ha pasado mal? ¿A qué se dedicaba antes de ir a Serbia?

Erast Petrovich dudó un segundo y luego respondió:

—Trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Soy consejero titular.

Era una respuesta inesperada. ¿Un diplomático? A decir verdad, las nuevas impresiones habían debilitado un poco el profundo (¿por qué esconderlo?) efecto que había producido en Varia su lacónico compañero de viaje, pero entonces volvió a observarlo con admiración. Un diplomático que va voluntario a la guerra es un hecho, estarán de acuerdo, que no ocurre a menudo. No, indiscutiblemente los tres eran excepcionales, cada uno a su modo: Fandorin, Soboliev y D'Hevrais.

—¿Qué tipo de información? —Frunció el entrecejo Soboliev.

Fandorin titubeó, parecía claro que no quería hablar.

—¡Vamos, olvídense de esa historia de los grandes secretos de Estado! —le gritó el general—. No es muy gentil para con sus salvadores.

De todos modos, el voluntario decidió bajar la voz y sus interlocutores aguzaron el oído.

—Vengo de Vidin, se-señor general. El pachá Osmán avanza desde hace tres días con su cuerpo del ejército en dirección a Ple-Plevna.

—¿Qué Osmán? ¿Qué Plevna?

—El pachá Osmán Nuri, el mejor estratega del ejército turco, el vencedor de los serbios. Tiene sólo cuarenta y cinco años y ya es *mushir*, es decir, mariscal de campo. Los soldados que van con él tampoco tienen nada que ver con los que se encontraron ustedes en el Danubio. Y Plevna es una pequeña ciudad situada a treinta verstas al oeste de aquí. Hay que adelantarse al pacha y ocupar ese punto estratégico antes que él. Cierra el camino hacia Sofía.

Soboliev se dio una palmada en la rodilla... Su caballo piafó nervioso.

—¡Ay, si tuviera al menos un regimiento! Pero no tengo mando alguno, Fandorin. Debe acudir usted al cuartel general, al comandante en jefe. Yo tengo que terminar el reconocimiento, pero le daré un grupo de escolta hasta Tsarevitzi. A usted, Varvara Andreevna, le ruego que nos haga el honor de aceptar nuestra hospitalidad. En la tienda de los señores corresponsales casi siempre hay diversión.

—Encantada —aceptó Varia, y miró con temor hacia un lado, donde el oficial prisionero yacía sobre la hierba.

Dos cosacos estaban arrodillados a su lado y hacían algo con él.

—El oficial está muerto, ¿verdad? —preguntó Varia con un hilo de voz.

—¿Muerto? ¡Vivito y coleando! —respondió el general—. El diablo ha tenido suerte, ahora vivirá cien años. Cuando los alcanzábamos, los *bashibuzuki* le pegaron un tiro en la cabeza y huyeron corriendo. Pero la bala, como se dice, era de las tontas. Pasó de lado y sólo le ha arrancado un jirón de piel. ¿Qué, chicos, habéis vendado al capitán? —Se dirigió a los cosacos alzando la voz.

Los cosacos ayudaron al oficial a levantarse. Al principio, éste se tambaleó un poco, pero logró mantenerse en pie y apartó tercamente a los cosacos, que querían sujetarlo por los codos. Dio unos pasos inseguros sobre sus débiles piernas, que

parecían a punto de doblarse, apoyó los brazos contra los costados en posición de firmes y dijo con voz ronca:

—Capitán del cuartel general Eremei Perepiolkin, excelencia. Cabalgaba desde Zimmicy hacia el cuartel general del ala oeste, destinado a una sección operativa a las órdenes del teniente general Kridener. Por el camino fui atacado por un destacamento de la caballería irregular del enemigo y apresado. ¡Perdone!... Pero no podía imaginar que en nuestra propia retaguardia... No llevaba ni siquiera la pistola, sólo el sable.

En ese momento Varia examinó un poco mejor al herido. Era bajito, nervudo y con el cabello castaño y desordenado. Tenía la boca pequeña, casi sin labios, y sus ojos marrones resultaban severos. Mejor dicho, el único ojo marrón que se le veía, porque el otro seguía cerrado, pero al menos en la mirada del capitán ya no había aquella angustia mortal ni desesperación.

—Tiene suerte de seguir vivo —dijo Soboliev afablemente—. Pero un oficial, aunque sea del Estado Mayor, nunca debe ir sin pistola. Es como si una señora saliera a la calle sin sombrero: la tomarían por una mujer de vida alegre. —Se echó a reír, pero al advertir la mirada furiosa de Varia comenzó a toser—. *Pardon, mademoiselle.*

El ordenanza, muy diligente, se acercó al general y señaló con el dedo hacia un lado.

—¡Excelencia, parece Semionov!

Varia se volvió y sintió náuseas: cerca del matorral surgió, quién sabe de dónde, el caballo bayo del bandido que ella había montado hacía poco con tan poca fortuna. El animal mordisqueaba la hierba como si nada hubiera ocurrido y de su flanco colgaba como antes la bamboleante cabeza.

Soboliev echó pie a tierra, se acercó al animal y, entornando los ojos, giró el horrible óvalo de un lado a otro.

—¿Semionov, dices? —preguntó, con voz dubitativa—. Te equivocas, es Nechitailo. Semionov tiene otra cara.

—¡Que no, Mijail Dimitrich! —Se acaloró el suboficial—. Vea la oreja rota, y mire aquí. —Entreabrió los labios violáceos a la cabeza muerta—. Le falta también uno de los dientes de delante. ¡Es Semionov, sin duda!

—Puede ser —cedió el general, todavía dudando—. ¡Mira cómo ha quedado! Este hombre, Varvara Andreevna, era un cosaco de la segunda compañía que esta mañana fue atrapado por los *mesji*, los guerreros del bey Daud —informó volviéndose hacia la joven.

Pero Varia no le escuchaba: el cielo y la tierra habían cambiado de lugar y D'Hevrais y Fandorin apenas tuvieron tiempo de sostener a la señorita cuando ésta se desmayó.

Capítulo Tercero

Dedicado casi por entero a la perfidia oriental

Revue Parisienne (París)

15 (3) de julio de 1877

El escudo del imperio ruso, el águila de dos cabezas, ilustra a la perfección el sistema de gobierno de ese país, donde cualquier asunto importante, por pequeño que sea, se encarga no a uno, sino como mínimo a dos organismos administrativos distintos, cada uno de los cuales se estorba sin que ninguno asuma la responsabilidad. Eso mismo ocurre con su ejército de campaña. Formalmente, su comandante en jefe es el gran duque Nikolai Nikolaievich, que en la actualidad se encuentra acampado en la aldea de Tsarevitzi. Pero muy cerca de su Estado Mayor, en la ciudad de Bela, está acantonado el cuartel general del zar Alejandro II que tiene a sus órdenes directas al canciller, al ministro de la Guerra, al jefe de la Gendarmería y a un buen número de altos dignatarios. Si se tiene en cuenta además que el ejército aliado rumano sólo se supedita a las órdenes del comandante en jefe a través del príncipe Karl Hohenzollern-Zigmarengen, a nuestra cabeza no acude ya la imagen de la bicéfala emperatriz del reino de las aves, sino la ingeniosa fábula rusa del cisne, el cangrejo y el lucio, imprudentemente enganchados al tiro de un mismo carruaje...

—Entonces, ¿cómo debo dirigirme a usted, con el tratamiento de «señora» o de «señorita»? —preguntó el teniente coronel de gendarmes, negro como un escarabajo, haciendo una mueca desagradable con los labios—. No estamos en un baile de gala, sino en el cuartel general de un ejército en campaña, y no la estoy galanteando, sino interrogándola oficialmente, así que hágame el favor de responder.

El teniente coronel se llamaba Ivan Jaritonovich Kazanzaki y no deseaba en absoluto adentrarse en averiguaciones sobre el estado civil de Varia, así que la investigación parecía dirigirse resueltamente hacia la repatriación forzosa a Rusia.

El día anterior Fandorin y Varia habían llegado a Tsarevitzi ya de noche. Erast Petrovich se dirigió inmediatamente al cuartel general, y Varia, aunque agotada por el cansancio, se ocupó de muchas cosas. Las hermanas de la caridad del destacamento sanitario de la baronesa Vreiska le dieron ropa y le calentaron agua. Varia se aseó un poco y luego cayó rendida en una de las literas de campaña, ya que en las tiendas

habilitadas como hospital casi no había heridos. El encuentro con Petia quedó aplazado hasta el día siguiente, pues ahora que se conocía la crucial información facilitada por Fandorin todo el campamento estaba en situación de alerta.

Pero no la dejaron dormir todo lo que hubiese querido. A primera hora de la mañana, dos policías con cascos y carabinas condujeron «a la señorita que se hace llamar Suvorova» a la Unidad de Inteligencia del Destacamento Occidental sin concederle siquiera tiempo para peinarse.

Y allí Varia intentó aclarar por enésima vez a una especie de verdugo recién afeitado y con las cejas espesas qué clase de relación mantenía con el especialista en cifrado Piotr Yavlokov.

—Por favor, llame a Piotr Afanasievich y él le confirmará todo lo que le digo —repetía Varia.

Pero el coronel siempre le respondía lo mismo:

—Todo se hará en su debido momento.

Al policía le interesaban especialmente los detalles de su encuentro con «el sujeto que se hace llamar consejero titular Fandorin». Kazanzaki tomó nota de lo relativo al pachá Yusuf de la ciudad de Vidin, de las tertulias en francés tomando café y de la liberación del cautiverio ganada al juego de los nardos. El coronel se animó cuando supo que el voluntario había conversado con los *bashibuzuki* en turco, e inmediatamente quiso saber cómo había hablado él en esa lengua, si tartamudeaba o no. Sólo en la aclaración de aquella estupidez del tartamudeo se fue, como mínimo, media hora.

Cuando Varia ya estaba al borde de la histeria, acongojada pero sin lágrimas, la puerta de la casa de adobe donde se había instalado la unidad especial de policía se abrió de par en par y en la estancia irrumpió corriendo un arrogante general, con un bigote de exuberantes guías y unos ojos autoritarios desmesuradamente abiertos.

—Soy el general edecán Mizinov —anunció con voz sonora desde el umbral, después de lanzar al coronel una mirada severa—. ¿Es usted Kazanzaki?

Cogido por sorpresa, el policía se puso firme y comenzó a balbucear algo con los labios temblorosos, mientras Varia miraba estupefacta al gran «verdugo de la libertad», como los jóvenes progresistas llamaban al jefe de la Tercera Sección y del Cuerpo de Gendarmes, Lavrentii Arkadevich Mizinov.

—El mismo, su eminencia —respondió con voz ronca el torturador de Varia—. Coronel Kazanzaki, del Cuerpo de Gendarmes. Estuve destinado en la gendarmería de Kisinev hasta que fui nombrado jefe de esta unidad especial adscrita al Destacamento Occidental de nuestro ejército. Estaba procediendo al interrogatorio de una detenida.

—¿Quién es? —preguntó el general, levantando una ceja y mirando a Varia con desaprobación.

—Varvara Suvorova. Afirma que ha llegado al cuartel general por motivos personales, para encontrarse con su novio, Yavlokov, un especialista en cifrado de la

Sección Operativa.

—¿Suvorova? —se interesó Mizinov—. ¿No es usted pariente mía? Mi bisabuelo por línea materna se llamaba Aleksander Vasilievich Suvorov-Rimniksky.

—Espero no serlo —contestó Varia con sequedad.

El general comprendió la indirecta, sonrió y perdió el interés por la detenida.

—Kazanzaki, no me maree la cabeza con la primera estupidez que se le ocurra. ¿Dónde está Fandorin? El informe dice que le tiene usted en su poder.

—Exacto, le he detenido —informó el coronel con gallardía y, bajando la voz, añadió—: Tenemos fundadas sospechas de que se trata del efendi Anwar, el huésped que esperábamos desde hace tanto tiempo. Todo encaja perfectamente, su excelencia. Lo que dice del pachá Osmán y Plevna es una maniobra de desinformación calculada. ¡De nada le han servido sus tretas!...

—¡Imbécil! —aulló Mizinov, y su tono era tan amenazador que el coronel encogió la cabeza entre los hombros—. ¡Tráigalo aquí ahora mismo! ¡Dese prisa!

Kazanzaki salió corriendo a cumplir la orden y Varia se apretó nerviosa contra el respaldo de la silla, pero el alterado general se había olvidado completamente de ella. Empezó a resoplar como un toro, tamborileando nerviosamente con los dedos en la mesa, hasta que el coronel regresó con Fandorin.

El voluntario tenía un aspecto demacrado y unas marcadas ojeras mostraban que no le habían dejado dormir en toda la noche.

—¡Bu-Buenos días, Lavrentii Arkadevich! —saludó Fandorin con voz débil, y dirigió también a Varia una ligera inclinación.

—¡Dios mío, Fandorin!, pero ¿es usted? —preguntó lastimosamente el sátrapa—. ¡Está usted irreconocible! ¡Parece haber envejecido diez años! Ande, siéntese, amigo mío, no sabe cuánto me alegro de verle.

Ayudó a Erast Petrovich a sentarse y luego se sentó él. Varia quedó a las espaldas del general, mientras Kazanzaki permanecía en el umbral, en posición de firmes, igual que una estatua.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió Mizinov—. Desearía expresarle mi más profundo...

—No merece la pena, excelencia —le interrumpió amable pero resueltamente Fandorin—. Me encuentro a la perfección. Dígame, ¿le ha informado este se-ñor —indicó despreciativamente con la cabeza al coronel— sobre el asunto de Plevna? Cada minuto perdido es oro.

—Sí, sí. Aquí tengo la orden del comandante en jefe, pero antes quería asegurarme de que era precisamente usted. Oiga esto. —Sacó una hoja del bolsillo, se puso el monóculo y leyó—: «Al comandante del Destacamento Occidental, teniente general barón Kridener. Le ordeno ocupar inmediatamente Plevna y atrincherarse allí con una fuerza de al menos una división. Nikolai».

Fandorin asintió, satisfecho.

—Kazanzaki, ordene que cifren esta nota y se la transmitan inmediatamente a

Kridener por telégrafo —ordenó Mizinov.

El coronel cogió respetuosamente la hoja y echó a correr para cumplir la orden entre un tintineo de espuelas.

—Entonces, ¿se ve en condiciones de volver al trabajo? —preguntó el general.

Erast Petrovich arrugó el entrecejo:

—Lavrentii Arkadevich, creo que ya he cumplido con mi de-deber informándole de la maniobra del flanco turco. Pero luchar contra esta pobre Turquía que parece desmoronarse sola, sin necesidad incluso de nuestros valerosos esfuerzos, discúlpeme, pero...

—¡Pues sepa que no estoy dispuesto a prescindir de sus servicios, señor mío, nada de eso! —se encolerizó Mizinov—. ¡Si el patriotismo es para usted una palabra vacía, me permito recordarle, señor consejero titular, que usted no está retirado sino disfrutando de un permiso indeterminado y que, aunque esté adscrito oficialmente al cuerpo diplomático, siga teniéndole a mi servicio en la Tercera Sección!

A Varia se le escapó un gemido de decepción. ¿Así que aquel Fandorin, al que tenía por un hombre honrado, era en realidad un agente de la policía? ¡Y encima imitando a Pechorin, el héroe de la novela de Lermontov, con aquella atractiva palidez, su mirada lánguida y sus respetables canas! No se podía confiar en nadie después de aquello.

—Su excelencia —dijo tranquilamente Erast Petrovich, sin sospechar que había muerto de manera irrevocable a los ojos de Varia—, yo no estoy a su servicio sino al de Rusia. Y no deseo participar en una guerra que para Rusia no sólo es inútil sino hasta perniciosa.

—No es usted quien decide la guerra, ni tampoco yo. Decide nuestro zar soberano —repuso desabridamente Mizinov.

Se hizo un silencio embarazoso. Cuando el jefe de los gendarmes habló de nuevo, su voz sonó completamente distinta.

—Erast Petrovich, querido mío —comenzó vehementemente—. ¿No ve que cientos de miles de rusos están arriesgando sus vidas, que el país se siente aplastado por el peso de la guerra...? Tengo un horrible presentimiento... Las cosas están transcurriendo demasiado bien, pero me temo que terminarán mal.

Como no siguió respuesta alguna, el general se secó los ojos con un gesto de cansancio y reconoció:

—Tengo muchos problemas, Fandorin, muchos problemas. A mi alrededor todo es confusión, un caos completo. Necesito colaboradores, y sobre todo colaboradores capaces. No es un asunto rutinario el que quiero asignarle, es un trabajo muy difícil, hecho a su medida.

Erast Petrovich ladeó la cabeza con aire interrogante y el general continuó en un tono más zalamero:

—¿Se acuerda del efendi Anwar, el secretario personal del sultán Abdulhamid? Sí, su nombre surgió de pasada en el caso Azazel. —Erast Petrovich se estremeció

levemente, pero continuó callado. Mizinov rezongó con tono irónico—: ¡Ese idiota de Kazanzaki, que Dios le proteja, le confundió con usted! Pues bien, tenemos noticias de que ese turco tan especial está dirigiendo personalmente una acción secreta contra nuestras tropas. Es un hombre osado y con cierta propensión a la aventura, y muy capaz de infiltrarse en nuestro propio campamento; de él se puede esperar cualquier cosa. ¿No le parece interesante?

—Le e-escucho, Lavrentii Arkadevich —respondió Fandorin, mirando de reojo a Varia.

—Eso está mejor —se alegró Mizinov, y gritó—: ¡Novgorodzev! ¡La carpeta!

Un comandante entrado en años y con charreteras de edecán entró sigilosamente en la habitación, le entregó un cartapacio de percalina al general y se retiró de inmediato. Varia entrevió por el hueco de la puerta al sudoroso coronel Kazanzaki esperando en la antesala y le dirigió una mueca burlona de desprecio, saboreando su derrota.

—Bien, aquí está todo lo que sabemos sobre ese Anwar —susurró el general—. ¿Quiere tomar notas?

—Tengo buena memoria —respondió Erast Petrovich.

—Disponemos de escasísimos datos sobre su infancia. Nació hace aproximadamente treinta y cinco años, según algunas fuentes, en Jevrais, una pequeña ciudad musulmana de Bosnia, de padres desconocidos. Se educó en algún lugar de Europa, en una de las instituciones de *lady* Esther, a la que usted naturalmente recordará por el caso Azazel.

Era la segunda vez que Varia escuchaba aquel extraño nombre y también la segunda vez que Fandorin reaccionaba de un modo raro: giró bruscamente la barbilla, como si de pronto le asfixiara el cuello de la camisa.

—Nuestro efendi Anwar apareció en escena por primera vez hará unos diez años, justo cuando en Europa comenzó a hablarse del pachá Midhat, el gran reformador turco. Nuestro Anwar, que entonces no era efendi ni mucho menos, le servía como secretario personal. Escuche qué currículum el de ese Midhat. —Mizinov sacó una hoja aparte y se aclaró la garganta—: En aquel tiempo era gobernador del bayato del Danubio. Con su apoyo, Anwar estableció en estos parajes el primer servicio regular de diligencias, trazó líneas de ferrocarril y creó también una red de *islajjane*, centros benéficos para la educación de niños huérfanos, de religión musulmana o cristiana, él no tenía prejuicios.

—¿De verdad hizo todo eso? —se interesó Fandorin.

—Sí. Unas iniciativas dignas de elogio, ¿no? El pachá Midhat y Anwar hicieron tantas mejoras de ese tipo, que surgió una amenaza seria de que Bulgaria escapase de la órbita de influencia rusa. Nuestro embajador en Constantinopla, Nikolai Pavlovich Gnatiev, empleó toda la influencia que tenía sobre el sultán Abdulaziz y logró al fin que retiraran de aquí a un gobernador tan diligente. Luego, cuando Midhat fue nombrado presidente del Consejo de Estado, aprobó la ley de educación popular

general, una ley admirable de la que, a propósito, Rusia aún sigue careciendo. ¿Adivina usted quién redactó esa ley? Ha acertado: el efendi Anwar. Todo esto sólo habría merecido una aprobación unánime, si nuestro oponente, aparte de sus esfuerzos cívicos, no hubiera participado también en las intrigas palaciegas, ya que a su protector no le faltaban enemigos. Éstos enviaron unos asesinos contra Midhat, le pusieron veneno en el café, incluso intentaron meterle en la cama a una concubina infectada de lepra... De modo que una de las principales obligaciones de Anwar fue la de proteger al gran reformador de todos los ingeniosos ataques que dirigían contra él. Una vez más, la facción prorrusa de palacio resultó ser más fuerte y, en mil ochocientos sesenta y nueve, logró apartar al pachá al lugar más recóndito del imperio, como gobernador de la pobre y salvaje Mesopotamia. Cuando Midhat intentó establecer allí sus características reformas, en Bagdad estalló una revuelta. ¿Sabe usted lo que hizo entonces? Convocó a los alcaldes de las ciudades y a las autoridades religiosas y pronunció ante ellos un corto discurso con el siguiente contenido. Se lo leo textualmente porque admiro el estilo y la energía que empleó: «Respetables alcaldes y *mullahs*, si los desórdenes no cesan en el plazo de dos horas, ordenaré personalmente que los cuelguen, a todos ustedes, y prenderé fuego por los cuatro costados a la gloriosa ciudad de Bagdad. Y luego que el gran *padishah*, al que Alá proteja, me cuelgue también a mí por tamaña fechoría». Como es natural, la calma se impuso en la ciudad en menos de dos horas. —A Mizinov se le escapó un suspiro de admiración y movió la cabeza—. Fue entonces cuando pudo aplicar su política de reformas. En los tres años escasos de gobierno de Midhat, el efendi Anwar, su fiel colaborador, tendió líneas de telégrafo por todo el país, las líneas del tranvía en Bagdad, hizo navegable el Éufrates, impulsó la publicación del primer periódico de Irak y consiguió los primeros estudiantes para su Escuela de Comercio. ¿Ha visto usted qué cosas? Y para qué hablar de una menudencia como la creación de la Compañía Marítima por Acciones Otomana, cuyos buques navegan por el Canal de Suez y llegan hasta el mismo Londres. Después, Anwar, con una inteligente intriga, logró derrocar al gran visir, Mahmut Nedim, tan excesivamente dependiente del embajador ruso que los turcos preferían llamarle con el mote de «Nedimov». Midhat presidió el gobierno del sultanato, pero apenas se pudo mantener en ese elevado puesto unas dos semanas y media: nuestro Gnatiev volvió a ganarle la partida. Para los demás pachás, el más importante e imperdonable defecto de Midhat era su incorruptibilidad. Puso en marcha una campaña contra la malversación del erario público y pronunció ante los diplomáticos europeos una frase que a la postre sería la que acabara con él: «Ya es hora de demostrar a Europa que no todos los turcos somos unas deplorables prostitutas». Y por culpa de las «prostitutas» lo expulsaron de Constantinopla, nombrándole gobernador de Salónica. La pequeña ciudad griega comenzó a florecer al mismo ritmo que el palacio del sultán se precipitaba de nuevo en el ensueño, la voluptuosidad y la dilapidación de los recursos estatales.

—Veo que está usted completamente enamorado de ese hombre —interrumpió

Erast Petrovich al general.

—¿De Midhat? Del todo. —Se encogió de hombros Mizinov—. Y sería feliz si le viera presidir el gobierno ruso, pero no es ruso sino turco, y además turco anglófilo. Tenemos objetivos opuestos, por eso es nuestro enemigo, el más peligroso de nuestros enemigos. Europa no nos quiere, nos teme, mientras que a Midhat le miman, en especial desde que dio una constitución a Turquía. Y, ahora, Erast Petrovich, tenga paciencia. Le voy a leer la extensa carta que me envió Nikolai Pavlovich Gnatiev el año pasado. Eso le formará una idea exacta del enemigo con el que tendrá que verse las caras.

El jefe de los gendarmes sacó del cartapacio unas hojas escritas con la letra menuda y regular de un amanuense y comenzó a leer:

Querido Lavrentii, los acontecimientos en nuestra Constantinopla, protegida por Alá, se desarrollan tan impetuosamente que incluso a mí me cuesta seguirlos, y ya sabes que tu seguro servidor, sin falsas modestias, viene tomando el pulso a este «Enfermo de Europa» desde hace tiempo. Este pulso, no sin mi alícuota contribución, se ha debilitado progresivamente e incluso prometía detenerse del todo en poco tiempo, pero desde el mes de mayo...

—Se refiere al año pasado, mil ochocientos setenta y seis —consideró oportuno aclarar Mizinov.

... pero desde el mes de mayo el enfermo ha enfebrecido tan de repente que hasta parece posible que el Bósforo se desborde y los muros de Constantinopla se derrumben, y a ti no te quede lugar donde colgar el tablón de anuncios.

El pasado mayo regresó triunfalmente a esta capital del gran e incomparable sultán Abdulaziz, sombra del Altísimo y guardián de la Fe, el pachá Midhat de su destierro, trayendo consigo a su mano derecha, el hábil efendi Anwar.

Esta vez Anwar, que parecía haber aprendido la lección, siguió una estrategia mixta: en parte europea, en parte oriental. Empezó a la europea: sus agentes comenzaron a frecuentar los astilleros, los arsenales y la Casa de la Moneda y, al poco tiempo, los trabajadores de esos centros, que llevaban meses sin recibir sus salarios, salieron en masa a protestar a la calle. Luego continuó con una artimaña puramente oriental. El 25 de mayo, el pachá Midhat proclamó públicamente a los musulmanes que el Profeta se le había aparecido en sueños (como si se pudiese comprobar) y le había encargado a su humilde esclavo que salvara a la moribunda Turquía.

Mientras, mi bondadoso amigo Abdulaziz, como siempre, estaba tumbado en su harén disfrutando de la compañía de su esposa preferida, la encantadora Mijri Janum, que estaba a punto de dar a luz, tenía muchos caprichos y exigía a su

soberano que permaneciera a su lado a todas horas. Esa circasiana de cabello dorado y ojos azules era célebre, además de por su belleza sobrenatural, por su capacidad para agotar completamente el tesoro del sultán. Tan sólo en el último año había gastado más de diez millones de rublos en las tiendas francesas del Pireo, de manera que resultaba comprensible que los ciudadanos de Constantinopla, tan propensos al understatement, como dirían los ingleses, sintieran hacia ella una profunda antipatía.

Créeme, Lavrentii, es verdad que no pude hacer nada para cambiar la situación. Conjuré, amenacé e intrigué como un eunuco en un harén, pero Abdulaziz estaba sordo y ciego del todo. El 29 de mayo una vociferante multitud de miles de personas rodeó por completo el palacio Dolma Bajché (un feísimo edificio de estilo europeo-oriental), pero el padishah ni siquiera se molestó en salir para tranquilizar a sus súbditos: al contrario, se encerró en los aposentos femeninos de su residencia, donde tengo prohibido el acceso, y se dedicó a escuchar los vales vieneses que su Mijri Janum interpretaba al pianoforte.

Entre tanto, Anwar mantenía una desesperada entrevista con el ministro de la Guerra en la residencia de éste, intentando ganarse el apoyo de un ciudadano tan cauteloso y precavido como él para un cambio de orientación política. Según los datos proporcionados por uno de mis agentes, cocinero en la casa del pachá (de ahí el particular estilo de su informe), las trascendentales negociaciones transcurrieron de la siguiente manera: Anwar llegó a la residencia del ministro a las doce en punto del mediodía y el ministro ordenó que sirvieran café con churiekami. Un cuarto de hora más tarde, en el despacho del ministro se escuchó el indignado bramido de su excelencia y, a los pocos segundos, sus edecanes conducían a Anwar al Cuerpo de Guardia. Media hora estuvo el ministro paseando nervioso de un lado a otro en su despacho, el tiempo justo para engullir dos platos de turrón, al que era muy aficionado. Cuando acabó con ellos, expresó su deseo de interrogar personalmente al traidor y se encaminó hacia el Cuerpo de Guardia. A las dos y media de la tarde ordenaron servir fruta y dulces, y a las cuatro menos cuarto, coñac y champaña. A las cinco, después de tomar café, el ministro y su invitado salieron a entrevistarse con Midhat. Según ciertos rumores, al ministro se le prometió, por participar en la conjura, el puesto de gran visir y un millón de libras esterlinas pagado por el gobierno inglés.

Al atardecer los dos principales conspiradores habían llegado a un entendimiento completo y esa misma noche se produjo el golpe de Estado. La flota bloqueó por mar el palacio del sultán, el jefe de la guarnición de la ciudad cambió la guardia con gente de su confianza, y el sultán, junto con su madre y la embarazada Mijri Janum, fue trasladado en barca al palacio de Feriyye.

Cuatro días más tarde, el sultán quiso cortarse la barba con unas tijeras de manicura, pero lo hizo con tan mala fortuna que se cortó las venas de ambas manos y murió al instante. Los médicos de las embajadas europeas, que fueron

invitados a examinar el cadáver, reconocieron unánimemente que se trataba de un suicidio al no descubrir ninguna huella de violencia en el cuerpo del finado. En una palabra, fue una jugada sencilla y elegante, de esas que sólo se ven en una buena partida de ajedrez: tan sencilla y elegante como el propio estilo personal del efendi Anwar.

Pero eso fue sólo la apertura. Luego vino el medio juego.

El ministro de la Guerra había hecho bien su trabajo, mas empezó a convertirse en un estorbo, porque si su predisposición a las reformas y a la constitución era prácticamente nula, su interés en el cobro del millón prometido por Anwar parecía máximo. Por si fuera poco, se comportaba como si fuera la más alta autoridad del gobierno, proclamando sin descanso que él y no Midhat había derrocado a Abdulaziz.

El efendi Anwar convenció de estas razones a un valiente oficial que había servido como edecán del sultán muerto. El oficial, el bey Hassan, era hermano de la hermosa Mijri Janum y gozaba de una enorme popularidad entre las damas de palacio porque era guapo, valiente y cantaba las arias italianas como los ángeles. Todos llamaban al bey Hassan «el Circasiano».

A los pocos días de que Abdulaziz se cortara la barba de aquella manera tan torpe, la inconsolable Mijri Janum parió con dificultades un bebé muerto y poco después falleció ella también entre terribles sufrimientos. Fue entonces precisamente cuando Anwar y el bey Hassan se hicieron íntimos amigos. En cierta ocasión este último llegó a la residencia del pachá Midhat para visitar a su amigo, pero no encontró a Anwar en sus dependencias personales, a pesar de que en aquel momento el pachá estaba celebrando un consejo de ministros en otro salón del edificio. En la casa todos se habían acostumbrado al Circasiano y le tenían como uno más de la familia, así que tomó café con los edecanes, fumó y conversó de manera intrascendente con ellos. Más tarde se paseó por el pasillo haciendo tiempo, cuando de pronto irrumpió en la sala donde se celebraba el consejo. El bey Hassan no agredió ni a Midhat ni al resto de los dignatarios, pero disparó dos balas de su revólver al pecho del ministro de la Guerra y luego le remató con su enorme cuchillo. Los ministros más juiciosos huyeron en estampida, pero dos de ellos decidieron hacerse los héroes. Una decisión de lo más inútil, porque al furibundo joven le bastó un solo mandoble para matar a uno de ellos; al otro lo dejó gravemente herido. Entonces el pachá Midhat regresó al salón con dos de sus edecanes. El bey Hassan disparó contra ambos, pero tampoco esta vez le hizo a Midhat ningún daño. Al final lograron reducirle, pero para entonces ya había matado a otro oficial de policía y herido a siete soldados. En el momento en que ocurría este incidente nuestro Anwar rezaba piadosamente en una mezquita, de lo que pueden dar fe multitud de testigos.

El bey Hassan pasó la noche encerrado en el calabozo del Cuerpo de Guardia, cantando a pleno pulmón el aria de Lucía de Lammermoor,

interpretación que, según dicen, dejó al efendi Anwar completamente embelesado. Anwar intercedió para conseguir el perdón del intrépido criminal, pero los enfurecidos ministros no cedieron, y al amanecer el asesino fue colgado de un árbol. Las damas del harén, que con tanta pasión amaban al Circasiano, presenciaron su ejecución llorando amargamente y lanzándole besos.

A partir de entonces nadie más puso obstáculos a Midhat, salvo el destino, que lo golpeó rudamente desde el lado más inesperado. El autor de aquella mala pasada contra el insigne político no fue otro que su marioneta, el nuevo sultán Murad.

La mañana del 31 de mayo, justo después del golpe de Estado, el pachá Midhat visitó al sobrino del sultán derrocado, el príncipe Murad, a quien dio un susto de muerte. Es preciso en este punto hacer una pequeña digresión para explicar cuán desgraciado es el papel del heredero en el imperio otomano.

El asunto se remonta a la antigüedad. El profeta Mahoma tuvo quince esposas pero ni un solo hijo, así que no dejó ninguna instrucción concreta sobre la cuestión sucesoria. Por esta razón, durante siglos, todas y cada una de las innumerables esposas del sultán han soñado siempre con elevar al trono a su hijo, intentando anular por todos los medios a los hijos de sus rivales. Hasta tal punto que en palacio existe un cementerio especial para los príncipes inocentemente asesinados. Así que nosotros, los rusos, con nuestros Boris y Glev, además del zarevich Dimitrii, provocamos la risa si nos comparamos con los turcos a este respecto.

El trono del imperio otomano no se sucedía de padre a hijo, sino del hermano mayor al más joven, y cuando no existían más hermanos, los derechos sucesorios pasaban a la generación siguiente. Ése es el motivo de que los sultanes sintieran verdadero pavor hacia su hermano menor o hacia el mayor de sus sobrinos, y de que, en consecuencia, las posibilidades de vida de un heredero hasta su coronación fuesen extremadamente escasas. El príncipe heredero se sometía a un aislamiento total, le prohibían cualquier visita e incluso le escogían mujeres estériles como concubinas. Desde tiempos inmemoriales los esclavos al servicio del futuro padishah tenían la lengua seccionada y los tímpanos perforados. Imagínate cuál puede ser la salud mental de un soberano con una educación de ese tipo. Un ejemplo es el de Suleimán II, quien estuvo recluido treinta y nueve años copiando e ilustrando el Corán, y cuando por fin se convirtió en sultán, se echó atrás y renunció al trono al poco tiempo. Le comprendo perfectamente: colorear dibujos es una tarea mucho más agradable que gobernar.

Pero volvamos a Murad. Un joven hermoso, inteligente e incluso erudito, pero demasiado aficionado a las libaciones copiosas y poseído por una manía persecutoria más que justificada. Al principio confió a gusto las riendas del poder al prudente Midhat, de manera que para los intrigantes todo iba según sus planes. Pero al pobre Murad el brusco ascenso de su tío, y luego su asombrosa

muerte, le causó una impresión tan honda que comenzó a hablar demasiado y a entregarse a una vida escandalosa. Los psiquiatras europeos que en secreto asistían al padishah diagnosticaron que su mal no tenía remedio y que en el futuro no haría más que empeorar.

Repara ahora en la increíble perspicacia del efendi Anwar. Desde el primer día del reinado de Murad, cuando todo les sonreía aún, our mutual friend pidió por sorpresa que le nombraran secretario del príncipe Abdulhamid, hermano y heredero del sultán. Cuando conocí la noticia, comprendí con toda claridad que el pachá Midhat no confiaba en Murad V. Anwar estudió cuidadosamente al nuevo heredero y llegó a la conclusión de que era una persona aceptable. Entonces Midhat impuso sus condiciones a Abdulhamid: si prometía dar una constitución al país, él le haría padishah. El príncipe aceptó, naturalmente.

Lo que siguió después, ya lo sabes. El 31 de agosto, Abdulhamid II sustituyó en el trono al enajenado Murad V. Midhat fue nombrado gran visir y Anwar siguió al lado del nuevo sultán, manipulándole a su antojo entre bastidores, y además se hizo con la jefatura de la policía secreta. Es decir, irónicamente, Lavrentii, se convirtió en tu colega.

Resulta bastante significativo que nadie conozca al efendi Anwar en Turquía. Nunca se expone, ni le gusta aparecer en público. Yo sólo lo he visto en una ocasión, cuando presenté mis credenciales al nuevo padishah. Anwar estaba sentado al lado del trono, en la sombra, con una enorme barba negra (creo que postiza) y gafas oscuras, circunstancias estas que suponen una inaudita infracción de la etiqueta de palacio. Durante la audiencia Abdulhamid le miró varias veces, como si buscara ayuda o consejo.

Ése es el individuo con el que tendrás que verte las caras a partir de ahora. Si la intuición no me falla, colijo que en el futuro Midhat y Anwar seguirán manejando al sultán a su antojo, y dentro de unos cuantos años...

—Bueno, lo que sigue no tiene ningún interés. —Mizinov interrumpió su prolongada lectura y se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Sobre todo si tenemos en cuenta que la intuición le gastó una mala pasada a nuestro inteligentísimo Nikolai Pavlovich. El pachá Midhat no pudo mantenerse en el poder y fue enviado al destierro.

Erast Petrovich, que durante todo ese tiempo había escuchado con suma atención y no había cambiado de postura (al contrario que Varia, que no dejó de moverse en su rígida silla), preguntó sucintamente:

—La a-apertura la tengo clara, también el medio juego. ¿Pero qué sabemos del juego final?

El general asintió con un gesto de aprobación:

—Ahí está la clave del asunto. El juego final resultó tan alambicado que cogió de improviso incluso a un hombre tan experimentado como nuestro Gnatiev. El siete de

febrero de este año llamaron al pachá Midhat a presencia del sultán, lo arrestaron y después lo pusieron a bordo de un barco que condujo al primer ministro caído en desgracia al otro extremo de Europa. Nuestro pachá Anwar, tras traicionar a su antiguo protector, se convirtió en la mano derecha no ya del jefe de gobierno, sino del propio sultán. Hizo todo lo posible por torpedear las relaciones entre la Sublime Puerta y Rusia. Recientemente, cuando Turquía comenzó a pender de un hilo en la guerra, el efendi Anwar, según los informes de nuestros agentes, partió hacia el mismo campo de batalla con la intención de torcer el rumbo de los acontecimientos con unos planes secretos, cuyo contenido por ahora sólo podemos aventurar.

Entonces Fandorin se puso a hablar de un modo extraño:

—No aceptaré ninguna obligación impuesta. Punto uno. Tendré plena libertad de movimientos. Punto dos. Sólo le rendiré cuentas a usted. Punto tres.

Varia no comprendió el significado de esas palabras, pero el jefe de los gendarmes se puso muy contento y replicó al instante:

—¡Eso es! Ahora sí que reconozco al Fandorin que recordaba. Usted, querido, llevaba bloqueado bastante tiempo. Sea indulgente consigo mismo, no se lo digo como su superior, sino como un padre, como un anciano que sabe mucho de estas cosas... Nadie debe cavarse una tumba en vida. Deje las fosas para los muertos. Pero ¡cómo es posible, con sus años! Porque usted, como dice el aria, tiene *toute la vie devant soi*.

—¡Lavrentii Arkadevich! —Las pálidas mejillas del voluntario-diplomático-espía se tiñeron repentinamente de color púrpura y la voz rechinó con un timbre metálico —. Creo que no le he pedido consejo íntimo de ningún tipo...

La observación le pareció a Varia grosera e inadmisibles y encogió la cabeza entre los hombros. ¡Ahora vería cómo Mizinov, ofendido en sus más profundos sentimientos, estallaba en cólera y se ponía a gritar!

Pero el sátrapa se limitó a suspirar y añadió en tono seco:

—Bien, acepto sus condiciones. Plena libertad de acción, ésa era precisamente mi intención inicial. Usted límitese a observar, a escuchar, y si advierte algo raro... Bueno, no soy nadie para darle lecciones.

—¡Achísss! —Estornudó Varia, y se encogió nuevamente con temor.

Pero el general se asustó más que ella. Se volvió temblando y se quedó mirando con asombro a aquella involuntaria testigo de la confidencial entrevista.

—¡Señorita, qué hace usted aquí! ¿No ha salido de la habitación con el coronel? ¡Cómo ha podido tomarse esa libertad!

—¡Podría usted haberlo notado antes! —repuso Varia con orgullo—. No soy tan insignificante como para que me haya ignorado de esa manera. Estoy arrestada y hasta ahora nadie me ha autorizado a marchar.

Por un momento creyó que a Fandorin le temblaban los labios, pero eran imaginaciones suyas, un hombre así no sabía reír.

—¡Qué le vamos a hacer! —En la voz de Mizinov resonó un retintín de amenaza

—. Usted, señorita, con la que no guardo ningún tipo de parentesco como ya hemos visto, está ahora al tanto de algo que nunca debió conocer ni le atañe lo más mínimo. Por motivos de seguridad nacional, queda temporalmente bajo arresto administrativo. Será enviada bajo escolta al centro de aislamiento de Kisinev y permanecerá retenida allí hasta que termine la presente campaña. ¡La culpa ha sido completamente suya!

Varia empalideció:

—Pero si todavía no he visto a mi novio...

—Y a le verá cuando acabe la guerra —la cortó en seco aquel hombre que empezaba a parecerse a Maliuta Skuratov, el gran tirano; luego se volvió hacia la puerta para llamar a sus escoltas, pero entonces intervino Erast Petrovich.

—Lavrentii Arkadevich, creo que sería su-suficiente con que la señorita Suvorovnos diera su palabra de honor...

—¡Le doy mi palabra de honor! —gritó Varia inmediatamente, animada por aquella inesperada intercesión.

—Perdóneme, amigo, pero en esta operación no podemos correr ningún riesgo — cortó el general sin mirarla siquiera—. Además, está ese novio suyo. ¿Acaso se puede confiar en una niña? Usted misma conoce el dicho: «La trenza es larga, pero el seso es corto».

—¡Yo no llevo trenzas! ¡Y lo que dice de mi inteligencia se me antoja una bajeza! —La voz de Varia comenzó a temblar—. ¡Qué me importan a mí sus Anwares y su Midhates!

—Déjelo bajo mi responsabilidad, su e-excelencia. Yo respondo por Varvara Andreevna.

Mizinov arrugó el entrecejo cariacontecido y guardó silencio, y Varia pensó que no todos los policías eran obligadamente gente sin escrúpulos. Al fin y al cabo, aquél se había marchado voluntario a Serbia.

—Eso es una tontería —farfulló el general. Luego se giró hacia Varia y le preguntó con una voz desagradable—. ¿Qué sabe hacer usted? ¿Tiene buena caligrafía?

—¡Acabé un curso de taquigrafía! ¡Y he trabajado de telegrafista! ¡Y también de matrona! —mintió Varia al final, sin saber por qué.

—¿Taquígrafa y telegrafista? —se sorprendió Mizinov—. Está bien. Erast Petrovich, le hago responsable de esta señorita con una sola condición: que sea su secretaria. Usted de todas formas va a necesitar a alguien que le sirva de correo o de enlace y que no levante sospechas. Pero recuérdelo: es usted responsable de ella.

—¡De ningún modo! —gritaron al unísono Varia y Fandorin.

Y siguieron con su coro particular, aunque ahora interpretando canciones diferentes.

Erast Petrovich aseguró:

—Yo no necesito ninguna secretaria.

Y Varia:

—¿Trabajar yo con la policía secreta? ¡Jamás!

—Como quieran. —El general se encogió de hombros y se levantó—:
¡Novgorodzev, llame a la escolta!

—¡Acepto! —gritó Varia.

Fandorin permaneció en silencio.

Capítulo Cuarto

Donde el enemigo asesta su primer golpe

Daily Post (Londres)
15 (3) de julio de 1877

El destacamento de vanguardia del valeroso general Gurko, tras ocupar la ciudad de Tirno, antigua capital del reino búlgaro, se abre camino ahora a marchas forzadas hacia el paso montañoso de Shipkinsky, tras el cual se extienden las indefensas llanuras que llegan hasta la misma Constantinopla. El ministro de la Guerra, el pacha Redif, y el comandante en jefe, el pachá Abdul Kerim, han sido destituidos y puestos a disposición de la justicia. Ahora sólo un milagro puede salvar a Turquía.

Se detuvieron en el porche. Tenían que aclarar las cosas de algún modo. Fandorin tosió y dijo:

—Lamento muchísimo, Varvara Andreevna, que las cosas hayan salido así. Naturalmente, siéntase en total libertad, yo no voy a obligarla a colaborar de ningún modo.

—Se lo agradezco —replicó ella secamente—. Muy noble de su parte. Confieso que llegué a pensar que lo tenían todo organizado porque usted vio que yo seguía allí y podía imaginarse cómo iba a terminar la cosa. ¿Es verdad que le hace falta una secretaria?

Los ojos de Erast Petrovich relampaguearon de un modo que, en una persona normal, se habría podido considerar señal de alegría.

—Es usted muy intuitiva, pero injusta. Es cierto que he actuado así con un segundo fin, pero exclusivamente en su interés. Lavrentii Arkadevich le habría puesto los pies fuera de la zona operativa inmediatamente, y el señor Kazanzaki le habría asignado un policía de escolta. Al menos ahora puede quedarse aquí de manera completamente legal.

Varia no tenía nada que objetar, pero tampoco quería dar las gracias a aquel miserable espía.

—Veo que es usted muy valiente en su poco honorable profesión —observó venenosamente—. Se ha metido en el bote hasta a ese hombre, a ese jefe caníbal.

—¿El caníbal es Lavrentii Arkadevich? —se sorprendió Fandorin—. Pues no me lo parece. ¿Y juzga poco honorable defender los intereses del Estado?

¿Cómo se podía hablar con alguien así?

Varia le dio la espalda en un gesto significativo y se puso a contemplar el campamento: casitas con paredes blancas, tiendas en ordenadas hileras y postes telegráficos nuevos... Un soldado se acercaba corriendo por la calle, moviendo de modo familiar los largos y desmañados brazos.

—¡Varia, Varienka! —gritó el soldado desde lejos. Se quitó de la cabeza el quepis de larga visera y volvió a agitar los brazos—. ¡Al fin has llegado!

—¡Petia! —exclamó ella y, olvidándose repentinamente de Fandorin, se precipitó al encuentro de aquel por el que había superado un viaje de más de mil quinientos kilómetros.

Se abrazaron y se besaron con absoluta naturalidad, sin el embarazo de otras veces. Era una alegría volver a ver el rostro de Petia; aunque no fuera un rostro bello, era querido y ahora estaba radiante de felicidad. Estaba más delgado, bronceado, y se había encorvado todavía más. El uniforme de galones rojos le caía como un saco, pero su sonrisa era la de siempre, amplia, adorable.

—Entonces, ¿de acuerdo? —preguntó él.

—Sí —respondió sencillamente Varia, a pesar de que se había prometido no aceptar de inmediato, sino después de una larga y seria conversación, y de exigir algunas condiciones.

Petia lanzó una exclamación de contento e intentó abrazarla de nuevo, mas Varia ya se había repuesto.

—Pero tenemos que hablarlo todo con detalle. Primero...

—Lo hablaremos, claro que lo hablaremos. Pero no ahora, por la noche. Nos reuniremos en la tienda de los periodistas, ¿de acuerdo? Tienen una especie de club. Conoces al enviado francés, ¿verdad? A D'Hevrais. Es muy simpático. Ha sido él quien me ha dicho que habías llegado. Ahora estoy terriblemente ocupado, me he escapado sólo un momento. Si advierten que faltó, las pasaré canutas. ¡Hasta la noche, hasta la noche!

Y echó a correr otra vez, levantando polvo con sus pesadas botas y volviéndose a mirarla continuamente.

Pero por la noche tampoco se celebró el encuentro. Un ordenanza trajo una nota del cuartel general: «Estoy de servicio toda la noche. Hasta mañana. Te amo. P.»

Qué se le iba a hacer, el servicio era el servicio. Así que Varia se dedicó a instalarse en su nuevo alojamiento. Las hermanitas de la caridad le habían ofrecido sitio. Eran mujeres valientes y serviciales pero ya mayores, de unos treinta y cinco años, y un poco aburridas. Se apresuraron a proporcionarle todo lo necesario para sustituir el equipaje que había confiado al emprendedor Mitko: ropa, calzado, un frasco de colonia (¡ah, en su maleta guardaba unos perfumes franceses maravillosos!), medias, ropa interior, pasadores para el pelo, horquillas, jabón aromático, polvos para la cara, crema para el sol, crema hidratante, leche suavizante para contrarrestar los efectos del viento, esencia de margaritas para lavarse el cabello

y otras cosas útiles. Los vestidos, como es fácil imaginar, eran horribles, salvo uno de color celeste con un cuello de encaje blanco. Varia le quitó los puños, pasados de moda, y el resultado fue verdaderamente agradable.

Pero a la mañana siguiente comenzó a aburrirse. Las hermanas se habían marchado al hospital de campaña, pues habían llevado a dos soldados heridos cerca de Lovcha. Varia tomó el café sola y salió a enviar un telegrama a sus padres: primero, para que no se preocupasen, y segundo, para que le enviaran dinero (exclusivamente en préstamo, que no pensarán que volvía al redil). Dio un paseo por el campamento y se puso a contemplar un extraño tren sin raíles: un convoy de tracción mecánica llegaba de la otra orilla. Unas locomotoras de hierro que expelían vapor y tenían unas ruedas enormes arrastraban unos pesados cañones y unos furgones repletos de munición. Era un espectáculo impresionante, un verdadero triunfo del progreso.

Más tarde, para entretener el rato, fue en busca de Fandorin, al que habían asignado una tienda individual en una zona del cuartel general. Pero Erast Petrovich también mataba el tiempo: tumbado en la litera, leía un libro turco del que copiaba alguna palabra.

—¿Protegiendo los intereses del Estado, señor policía? —preguntó Varia, que había decidido que el mejor modo de dirigirse al agente era en un tono despreocupado y burlón.

Fandorin se levantó y se echó sobre los hombros una casaca militar sin galones (también él se había aprovisionado de vestuario en algún sitio). Bajo el cuello desabrochado de la camisa, Varia vio una cadena de plata. ¿Un crucifijo? No, seguramente un medallón. Sería interesante echar una ojeada a lo que llevaba al cuello. ¿De manera que el «soplón secreto» era inclinado al romanticismo?

El consejero titular se abrochó el cuello y respondió con seriedad:

—Si vives en un pa-país, o lo defiendes o lo abandonas: lo demás es parasitismo o chismorreos de lacayos.

—Hay una tercera posibilidad —rebatía Varia, ofendida por lo de «chismorreos de lacayos»—. Se puede destruir un Estado injusto para construir otro en su lugar.

—Por desgracia, Varvara Andreevna, un Estado no es una ca-casa, más bien se parece a un árbol. No viene construido, sino que crece por su cuenta de acuerdo con las leyes de la naturaleza, y es un proceso largo, de muchos años. No se necesita un albañil sino un ja-jardinero.

Olvidándose de los modales, Varia repuso, enfadada:

—¡Vivimos tiempos muy duros y difíciles! La gente honrada sufre, oprimida por la estupidez y la arbitrariedad, ¡y usted discurrea como un viejo y habla de no sé qué jardinero!

Erast Petrovich se encogió de hombros.

—Querida Varvara Andreevna, estoy harto de oír quejas sobre «nuestros duros tiempos». En la época del zar Nikolai la vida era mucho más difícil que ahora, y su

«gente honrada» obedecía sin rechistar y elogiaba continuamente su vida feliz. Si ahora, además, podemos quejarnos de la estupidez y el despotismo, querrá decir que los tiempos están mejorando.

—¡Usted es sólo... sólo... «un esclavo del trono»! —Varia masculló entre dientes la más horrible de las ofensas, pero como Fandorin no se alteró lo más mínimo, lo explicó con palabras más asequibles—: ¡Un siervo fiel, sin seso ni conciencia!

Lo dijo crudamente y hasta ella se asustó de su propia grosería, pero Erast Petrovich no se enfadó en absoluto. Suspiró y replicó:

—Punto uno. Usted no sabe cómo co-comportarse conmigo. Punto dos. No quiere darme las gracias y por eso se enfada. Punto tres. Mande al diablo su agradecimiento y nos entenderemos de maravilla.

Esta condescendencia enfureció todavía más a Varia, sobre todo porque comprendió que el policía, aquel pedazo de bruto, tenía razón.

—Ya he notado que es usted como un profesor de baile: un-dos-tres, un-dos-tres. ¿Quién le ha enseñado esa estúpida manera de hablar?

—He tenido mis maestros —respondió vagamente Fandorin y, sin más, volvió a la lectura de su libro turco.

La tienda donde se reunían los periodistas acreditados ante el cuartel general resultaba visible desde lejos. En la puerta, izadas en una larga cuerda, colgaban banderas de diversos países, insignias de periódicos y revistas y, por alguna razón desconocida, unos tirantes de pantalón rojos con estrellas blancas.

—Ayer debieron de celebrar la victoria conseguida en Lovcha —dedujo Petia—. Y alguno la ha celebrado tanto que ha perdido los tirantes.

Apartó la cortina de lona y Varia contempló el interior.

El club estaba sucio, pero a su manera resultaba acogedor: había varias mesas de madera, unas sillas de loneta y un mostrador con varias hileras de botellas. Olía a humo de tabaco, a cera de vela y a colonia masculina. Sobre una larga mesa apartada en un rincón se amontonaban pilas de periódicos rusos y extranjeros. Eran unos periódicos raros, compuestos por completo de recortes telegráficos pegados. Varia echó un vistazo al *Daily Post* de Londres y se quedó boquiabierta: era la edición matutina de aquel mismo día. Era evidente que los mandaban de las redacciones por telégrafo. ¡Qué maravilla!

Varia observó con especial satisfacción que en la tienda sólo había dos mujeres, que llevaban gafas y no eran nada jóvenes. Por el contrario, había muchos hombres, entre los que vio a algunos conocidos.

Antes que a nadie, vio a Fandorin, de nuevo con su libro. Era una estupidez, para leer podía haberse quedado en su tienda.

En la esquina opuesta algunos jugaban una partida de ajedrez. A un lado de la mesa, McLoughlin se paseaba fumando un puro con su expresión bonachona e indulgente; al otro lado, absortos en la partida, estaban sentados Soboliev, D'Hevrais

y otros dos más.

—¡Oh, nuestro pequeño búlgaro! —exclamó el general Michel Soboliev levantándose con alivio del tablero—. ¡Hoy está usted irreconocible! Bien, Seamus, lo dejamos en empate.

D’Hevrais sonrió amistosamente a los recién llegados y (cosa agradable) mantuvo la vista fija en Varia, aunque siguió jugando. En cambio, un oficial moreno con un uniforme increíblemente brillante se acercó corriendo a Soboliev y, atusándose el bigote, engominado en exceso, exclamó en francés:

—¡General, se lo ruego, presénteme a su encantadora amiga! ¡Señores, apaguen las velas! ¡Ya no nos hacen falta, ha entrado el sol!

Las dos mujeres maduras observaron a Varia con reprobación, y hasta ella pareció confundida por aquel protagonismo.

—El coronel Lukan, delegado personal de nuestro valioso aliado, su alteza el príncipe Karl de Rumania. —Sonrió ligeramente Soboliev—. Deseo advertirle, Varvara Andreevna, que el coronel es un veneno mortal para los corazones femeninos.

Por su tono quedaba claro que no procedía dispensar una acogida demasiado buena al rumano, y Varia repuso con afectación, apoyándose ostensiblemente en el brazo de Petia:

—Encantada de conocerle. Mi novio, el soldado voluntario Piotr Yavlovkov.

Lukan cogió galantemente la muñeca de Varia con dos dedos (momento en el que relampagueó un anillo con un grueso brillante), dispuesto a sellarla con un beso, pero la joven ofreció resistencia:

—En Petersburgo no se besa la mano a las mujeres «modernas».

En general, los allí reunidos eran personas interesantes y a Varia le gustó el ambiente del club de los corresponsales. Sólo le irritó que D’Hevrais continuara la estúpida partida de ajedrez. Pero ésta se acercaba a su fin: los adversarios de McLoughlin se habían rendido y también el francés estaba condenado. No obstante, no parecía apesadumbrado y miraba con frecuencia a Varia, sonriendo con indolencia mientras silbaba una *chansonette* de moda.

Soboliev se acercó a él, contempló el tablero y comenzó a acompañarle distraídamente en el estribillo:

—*Follichon, follichonnette...* Dese por vencido, D’Hevrais, esto parece Waterloo.

—Un caballero de la Guardia muere, pero nunca se rinde. —El francés se tiró de la larga y afilada barbita y movió una pieza.

El irlandés frunció el entrecejo y comenzó a resoplar.

Varia salió al exterior a contemplar la puesta de sol y a gozar del aire fresco. Cuando regresó a la tienda, el tablero de ajedrez ya se había retirado de la mesa y la conversación giraba nada menos que sobre las relaciones entre Dios y los hombres.

—En esa cuestión no puede haber ningún respeto recíproco —decía McLoughlin con ardor, al parecer respondiendo a una réplica de D’Hevrais—. Las relaciones del

hombre con el Altísimo se basan en un reconocimiento indiscutido de la desigualdad. ¡A los niños no se les ocurre pretender la igualdad con sus padres! El niño acepta sin reservas la superioridad del padre, su dependencia de él, le venera y por eso es obediente: todo por su propio bien.

—Me voy a permitir utilizar su metáfora —dijo con una sonrisa el francés, aspirando una bocanada de su pipa turca—. Lo que dice es cierto sólo para los niños pequeños. En cuanto el muchacho crece, cuestiona inevitablemente la autoridad del padre, y eso a pesar de que éste sigue siendo incomparablemente más sabio y poderoso. Es un proceso natural y sano, porque si no fuera así, el hombre sería siempre un niño de pecho. Y ése es el proceso que está viviendo ahora la humanidad, ya un poco crecida. Después, cuando la humanidad madure más, entre ella y Dios se crearán con seguridad unas nuevas relaciones, ahora sí basadas en la igualdad y el respeto mutuo. Y un día el hijo se convertirá del todo en adulto y no necesitará más del padre.

—¡Bravo, D’Hevrais!, su oratoria es tan fluida como su prosa —alabó Petia—. El hecho es que no existe ningún Dios, sino la materia y unos principios básicos de moralidad. Le aconsejo que desarrolle sus ideas y escriba un artículo para la *Revue Parisienne*: es un tema excelente.

—Para escribir un buen artículo no hace falta ningún tema —afirmó el francés—. Basta con escribir bien.

—Eso es un absurdo —se indignó McLoughlin—. Sin un tema, ni un equilibrista de la palabra como usted podría hacer algo bueno.

—Señáleme cualquier tema que se le ocurra, el más trivial, y yo escribiré un artículo que mi periódico estará encantado de publicar. —D’Hevrais alargó la mano—. ¿Se apuesta usted algo? Mi silla de montar española contra sus gemelos Zeig.

Estalló una excitación general.

—¡Apuesto doscientos rublos por D’Hevrais! —anunció Soboliev.

—¿Cualquier tema que se me ocurra? —repitió lentamente el irlandés—. Cualquiera, ¿no es eso?

—Sí, señor, cualquiera. Incluso sobre la mosca que acaba de posarse en el bigote del coronel Lukan.

El rumano se sacudió apresuradamente el bigote y anunció:

—Apuesto trescientos rublos por *monsieur* McLoughlin. ¿Qué tema señala?

—De acuerdo, pues escriba sobre sus botas viejas. —McLoughlin apuntó con el dedo las polvorientas botas de lona del francés—. Intente escribir un artículo que los lectores parisinos lean y que los haga entusiasmarse.

Soboliev levantó rápidamente las manos.

—Antes de que cierren la apuesta yo retiro la mía. ¡Unas botas viejas no, es demasiado!

Finalmente, las apuestas en favor del irlandés sumaron mil rublos, mientras que nadie quiso arriesgar su dinero por el francés. Varia sintió lástima del pobre

D'Hevrais, pero no tenía dinero, y Petia tampoco. Acercándose a Fandorin, que seguía hojeando impertérrito aquellas páginas de garabatos turcos, le susurró, enojada:

—¡Por favor, apueste por él! ¡No le cuesta a usted nada! Seguro que su sátrapa le ha entregado ya unas cuantas monedas. Se las devolveré dentro de unos días.

Erast Petrovich arrugó levemente el entrecejo y declaró con voz alta y aburrida:

—¡Cien rublos por *monsieur* D'Hevrais!

Y volvió a ensimismarse inmediatamente en la lectura.

—Hagamos balance. ¡Diez contra uno! —resumió Lukan—. Señores, las ganancias son mínimas pero seguras.

En ese momento entró impetuosamente en la tienda alguien a quien Varia conocía, el capitán Perepiolkin. Resultaba difícil reconocerle: llevaba un uniforme nuevo y flamante, unas botas impecables, un imponente parche negro en el ojo (evidentemente, el moratón no había desaparecido) y la cabeza del todo vendada.

—¡Excelencia, señores, vengo de las posiciones del barón Kridener! —declaró con voz firme el capitán—. Tengo una importante noticia para la prensa. Pueden tomar nota: capitán de Estado Mayor Perepiolkin, del Departamento Operativo. Perepiolkin. ¡Nikopol ha sido tomada al asalto! ¡Hemos apresado a dos pachás y a seis mil soldados! Nuestras pérdidas han sido mínimas. ¡Victoria, señores!

—¡Maldición! ¡Otra vez me lo he perdido! —gimió Soboliev, y salió corriendo sin despedirse.

El capitán acompañó la salida del general con una mirada algo perpleja, pero al mensajero le asediaban ya por todos lados los periodistas. Perepiolkin respondía a todas las preguntas con manifiesta satisfacción, luciendo sus conocimientos de francés, inglés y alemán.

Varia se sorprendió de la actitud de Erast Petrovich.

El policía tiró el libro a la mesa, se abrió paso resueltamente entre los periodistas e inquirió en voz baja:

—Disculpe un mo-momento, capitán, ¿no se habrá equivocado usted? Kridener recibió la orden de tomar Plevna y Nikopol está justo en la dirección co-contraria.

En su tono había algo que puso en guardia al capitán, quien dejó de prestar atención a los periodistas.

—En absoluto, señor mío. He recibido personalmente el telegrama del alto mando, he presenciado cómo se ha descodificado y lo he llevado en persona al señor barón. Recuerdo el texto perfectamente: «Al jefe del Destacamento Occidental, teniente general Kridener. Le ordeno que tome Nikopol y consolide allí sus posiciones con una fuerza de al menos una división. Nikolai».

Fandorin empalideció.

—¿Nikopol? —preguntó otra vez con voz aún más baja—. ¿Y qué hay de Plevna? El capitán se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

En la puerta se oyeron unos pasos y ruidos de armas. La lona de la tienda se abrió de golpe y apareció el teniente coronel Kazanzaki, ¡ojalá no se le viera nunca! A la espalda del teniente coronel brillaban las bayonetas de la escolta. El policía sostuvo un momento la mirada de Fandorin, pasó la vista por encima de Varia y sonrió alegremente a Petia.

—¡Ah, aquí está el muchachito! Como me imaginaba. ¡Soldado voluntario Yavlokov, queda usted arrestado! ¡Prendedlo! —ordenó volviéndose a los escoltas.

Dos guardias con uniformes azules entraron rápidamente en la tienda y cogieron por los codos a Petia, que se había quedado paralizado por el espanto.

—¡Pero usted está loco! —gritó Varia—. ¡Déjele inmediatamente!

Kazanzaki ni se dignó responderle. Chasqueó los dedos y el detenido fue conducido rápidamente al exterior. El teniente coronel se entretuvo un poco, contemplando a todos con una vaga sonrisa.

—¡Erast Petrovich!, ¿qué significa esto? —Se dirigió Varia a Fandorin en voz alta—. ¡Dígale algo!

—¿Con qué razones? —preguntó hoscamente Fandorin, clavando los ojos en el cuello del uniforme del teniente coronel.

—En el mensaje cifrado compuesto por Yavlokov se cambió una palabra. En lugar de «Plevna» puso nada menos que «Nikopol». Mientras tanto, hace tres horas que la vanguardia del pachá Osmán ha tomado Plevna, desierta, y amenaza ahora nuestro flanco. Eso es todo, señor observador.

—Vea, McLoughlin, ahí tiene el milaggo que podía salvag a Tugquía. —Varia oyó la voz de D'Hevrais.

Hablaba un ruso bastante bueno, aunque pronunciaba las erres con un gracejo encantador.

—No es un milagro, *monsieur* corresponsal, sino una traición de lo más vulgar —sonrió el teniente coronel mirando a Fandorin—. La verdad, señor voluntario, es que soy incapaz de imaginar qué explicaciones va a facilitarle a su excelencia.

—Tiene usted la lengua demasiado larga, teniente coronel. —Erast Petrovich bajó más la mirada, fijándola ahora sobre el botón superior del uniforme del policía—. La ambición no de-debe perjudicar nuestra causa.

—¿¡Cómo dice!?! —El rostro violáceo de Kazanzaki se contrajo con un tic—. ¿Va a darme usted lecciones de moral? ¿Usted a mí? ¡Caramba! Para su conocimiento, señor niño prodigio, le diré que he tenido tiempo de hacer ciertas averiguaciones sobre usted. Por razones de servicio. Y no resulta un retrato muy moral que digamos. Es usted un tipo espabilado, ¿verdad? Al parecer hizo una boda ventajosa... Y la ventaja fue doble: consiguió una suculenta dote y casi al momento se quedó libre... ¡Un buen trabajo! Le felici...

No llegó a terminar la frase, porque Erast Petrovich, con un movimiento tan ágil como el de la zarpa de un gato, le estampó la mano sobre los carnosos labios. Varia lanzó una exclamación mientras uno de los oficiales sujetaba la mano a Fandorin y se

la soltaba enseguida al ver que el agresor no mostraba señales de furia.

—Duelo a pistola —le espetó con sencillez Erast Petrovich mirando directamente al teniente coronel a los ojos—. Ahora, ya mismo, antes de que intervenga el mando.

Kazanzaki se puso de color púrpura. Sus ojos, negros como ciruelas, se inyectaron en sangre. Hizo una pausa, tragó saliva y replicó:

—Por orden de su alteza el zar los duelos en tiempo de guerra están terminantemente prohibidos. Y usted, Fandorin, lo sabe de sobra.

El teniente coronel salió de la tienda, pero la cortina a rayas siguió balanceándose bruscamente después de su marcha. Varia preguntó:

—Y, ahora, ¿qué hacemos, Erast Petrovich?

Capítulo Quinto

Donde se describe la estructura de un harén

Revue Parisienne (París)

18 (6) de julio de 1877 Charles D'Hevrais

LAS BOTAS VIEJAS. APUNTES DESDE EL FRENTE

Su piel se ha cuarteado y ahora está tan tierna como los labios de un caballo. No se puede aparecer en sociedad con botas como éstas. Pero yo no lo hago: las botas tienen otro uso.

Me las cosió hace diez años un viejo judío de Sofía. Las cobró caras, diez rublos, pero me dijo: «Señor, yo llevaré mucho tiempo en tierra, bajo las malvas, y usted seguirá calzando estas botas y recordando a Isaac con buenas palabras».

No había pasado un año cuando, durante las excavaciones de una ciudad asiría en Mesopotamia, se rompió el tacón de la bota izquierda. Tuve que regresar solo al campamento. Caminé cojeando por la arena abrasadora, maldiciendo al viejo estafador de Sofía con las palabras más groseras y jurando que quemaría las botas en una hoguera.

Mis colegas, unos arqueólogos británicos, no pudieron llegar al lugar de las excavaciones: fueron atacados por los jinetes del bey Rifat, al que los cristianos tienen por el mismo hijo de Satanás, y fueron degollados sin excepción. Yo no quemé las botas; puse un tacón nuevo y encargué unas pequeñas herraduras de plata.

En 1873, en el mes de mayo, camino de Jiva, mi guía Asaf decidió apoderarse de mi reloj, mi fusil y mi caballo negrop, Alfanje. Por la noche, cuando dormía en mi tienda de campaña, el guía introdujo en mi bota izquierda una víbora venenosa de mordedura letal. Pero la bota en ese momento pedía a gritos un remiendo y la víbora escapó por un agujero y volvió al desierto. Por la mañana, el mismo Asaf me confesó lo que había hecho porque veía en lo ocurrido la intervención de Alá.

Medio año más tarde, el barco Adrianópolis encalló en un bajío del golfo Termaico. Yo logré alcanzar a nado la orilla, que estaba a dos leguas y media de distancia. Las botas me arrastraban hacia el fondo del mar, pero no me las quité. Me dije que, si lo hacía, sería como una capitulación y no lograría llegar a tierra. Las botas me ayudaron a no rendirme. Fui el único en alcanzar la orilla. Los demás pasajeros se ahogaron.

Ahora estoy en el frente de batalla. La muerte nos acecha cada día. Pero estoy tranquilo. Me calzo mis botas, que en estos diez años han cambiado del color negro al pardo, y me siento bajo los disparos como si calzara unas zapatillas de baile encima de un parquet resplandeciente.

Nunca dejo que mi caballo pise las malvas del suelo: ¿y si hubieran crecido sobre la tumba de Isaac?

Era ya el tercer día que Varia trabajaba con Fandorin. Había que liberar a Petia y, según Erast Petrovich, sólo podía conseguirse de una manera: encontrando al verdadero culpable de lo ocurrido. Fue la misma Varia la que pidió al consejero titular que la tomara como ayudante.

La situación de Petia era muy difícil. Aunque a Varia no le permitían verle, Fandorin la tenía siempre al corriente de lo que sucedía: todas las pruebas jugaban en contra del especialista en cifrado. Tras recibir la orden del comandante en jefe de manos del mismo teniente coronel Kazanzaki, Yavlovkov se puso a trabajar inmediatamente sobre el cifrado y después, obedeciendo las instrucciones que le habían dado, había llevado el despacho personalmente a la oficina de telégrafos. Varia admitía la posibilidad de que Petia, que era muy distraído, pudiera haber confundido los nombres de las dos ciudades, sobre todo teniendo en cuenta que la fortaleza de Nikopol era conocida por todos, mientras que muy pocas personas habían oído hablar de la pequeña ciudad de Plevna. Pero Kazanzaki rechazaba por completo la posibilidad de una distracción, y, por si fuera poco, el mismo Petia se obstinaba en asegurar que recordaba a la perfección haber cifrado Plevna, ese nombre tan ridículo. Y lo peor de todo era que, según Erast Petrovich, que había presenciado uno de los interrogatorios, se veía a las claras que Yavlovkov ocultaba algo y lo disimulaba muy mal. Petia era incapaz de mentir y Varia lo sabía. El caso, pues, parecía encaminarse ineludiblemente a la celebración de juicio.

Los procedimientos de Fandorin para encontrar al verdadero culpable eran ciertamente extraños. Todas las mañanas, nada más levantarse, se enfundaba un absurdo conjunto a rayas de una sola pieza y hacía sus ejercicios de gimnasia inglesa durante un buen rato. Pasaba los días enteros tendido en su catre de campaña y era rara la vez que se asomaba al centro operativo del cuartel general para indagar sobre el caso, mientras que se pasaba las tardes sin falta en el club de los periodistas. Allí fumaba puros, leía sus libros, bebía vino sin llegar nunca a embriagarse e intervenía con desgana en las discusiones. No facilitaba a Varia instrucciones de ninguna clase. Sólo antes de darle las buenas noches le decía: «Nos vemos ma-mañana por la tarde en el club».

La conciencia de su propia impotencia sacaba a Varia de sus casillas. Caminaba por las mañanas de un lado a otro del campamento con los ojos bien abiertos por si descubría algo que resultara sospechoso. Pero nada extraño saltaba a la vista, y Varia, fatigada, se iba a la tienda de Erast Petrovich para espabilarle y ponerle a trabajar.

En el cubil del consejero titular reinaba un caos absoluto: libros tirados por todas partes, mapas enormes, botellas de vino búlgaro en una canastilla trenzada, ropa y balas de cañón que, por lo visto, utilizaba como pesas de gimnasia. En cierta ocasión Varia se sentó inconscientemente sobre un plato de arroz que por algún motivo había sido dejado encima de la silla. Se enfadó mucho y no consiguió eliminar la mancha de grasa de su único traje presentable.

El 7 de julio por la tarde, el coronel Lukan organizó en el club de prensa (así, a la manera inglesa, habían comenzado a llamar a la tienda de los periodistas) una velada con motivo de su onomástica. Para tal ocasión se llevaron desde Bucarest tres cajas de champaña que el festejado afirmaba haber pagado a treinta francos la botella. Pero el dinero se gastó en vano: pronto se olvidó al protagonista de la fiesta porque el verdadero héroe del día fue D'Hevrais.

Por la mañana, pertrechado con los gemelos Zeig que había ganado al desgraciado McLoughlin (Fandorin, por cierto, recibió mil rublos por su miserable apuesta de cien: todo gracias a Varia), el francés había hecho una incursión temeraria: se había ido solo a Plevna y con la única protección de su brazalete de corresponsal había cruzado los puestos de vanguardia del enemigo y había conseguido entrevistar a un coronel turco.

—El señor Perepiolkin me confió amablemente la mejor ruta para llegar a la ciudad evitando las zonas de refriega —contaba D'Hevrais, al que ya rodeaban por completo sus entusiasmados oyentes—. Al final ha resultado más fácil de lo que suponía: los turcos todavía no han tenido tiempo de situar las patrullas como es debido. Encontré al primer soldado en las mismas puertas de la ciudad. Le grité «¿Qué miras? Preséntame cuanto antes a tu comandante de mayor grado». En Oriente, señores, lo fundamental es comportarse como un sultán. Si le gritas a alguien y le insultas, es que tienes derecho a hacerlo. Me condujo ante un coronel. Se llamaba el bey Alí; tenía una perilla negra y llevaba un fez rojo y una insignia de Saint-Cyre en el pecho. Estupendo, pensé, mi maravillosa Francia viene a sacarme de apuros. Y empecé a hablar y a hablar. Que era corresponsal de un periódico francés. Que por voluntad del destino había caído en el campamento ruso, donde reinaba un aburrimiento mortal y no había ningún exotismo, sólo borracheras. ¿Se dignaría el honorable bey Alí conceder una entrevista al público parisino? Pues se dignó. Tomamos asiento y nos sirvieron un sorbete de frutas. Entonces mi bey Alí me pregunta: «¿Existe aún aquel encantador café de la esquina del bulevar Raspail con la rue de Sévres?» Yo, a decir verdad, no tengo la menor idea de si existe todavía o no, porque hace tiempo que no voy a París, pero le respondí: «¡Cómo no! ¡Y ahora incluso es más popular que antes!» Hablamos de los bulevares, del cancan y de las *cocottes*. El coronel estaba profundamente conmovido, hasta la barba se le erizó (una barba magnífica, digna del mismísimo mariscal De Rais), y se puso melancólico: «En cuanto acabe esta maldita guerra, iré a París, a París...» «¿Y piensa usted que terminará pronto, efendi?», le pregunté. «Pronto —me respondió el bey Alí—. Muy

pronto. En cuanto los rusos nos echen de Plevna a mí y a mis cuatro batallones. Ése será el punto final. El camino a Sofía quedará abierto». «¡Ay, ay! —me lamenté yo, poniendo cara de pena—. ¡Es usted un hombre valiente, bey Alí! ¡Cuatro batallones contra todo el ejército ruso! ¡Escribiré sobre usted sin falta en mi periódico! Y, entonces, ¿dónde se encuentra el famoso pachá Osmán Nuri con todo su ejército?» El coronel se quitó el fez y dio un manotazo al aire: «Me prometió que llegaría mañana, pero no creo que lo consiga: los caminos están en muy mal estado. Quizá pasado mañana por la tarde, eso como muy pronto». En fin, conversamos a nuestras anchas. Hablamos de Constantinopla, de Alejandría. Tuve que emplearme a fondo para librarme de él: ya había ordenado que mataran un carnero para comer. Por consejo de *monsieur* Perepiolkin he puesto esta entrevista en conocimiento del cuartel general del gran duque, y allí han considerado de gran interés mi conversación con el honorable bey Alí —concluyó su relato el corresponsal humildemente—. Me imagino que mañana mismo el coronel turco se encontrará con una pequeña sorpresa.

—¡Ah, D’Hevrais, qué cerebro tan audaz el suyo! —Soboliev se abalanzó sobre él, abriendo sus brazos de general—. ¡Un verdadero espíritu galo! ¡Déjeme que le bese!

Cuando el rostro de D’Hevrais quedó oculto por la frondosa barba del general, McLoughlin, que jugaba al ajedrez con Perepiolkin (el capitán se había quitado ya el sucio vendaje y miraba concentrado el tablero entornando los dos ojos), repuso con sequedad:

—El capitán no ha debido utilizarle como espía. No estoy convencido, querido Charles, de que su actitud sea del todo irreprochable desde el punto de vista de la ética periodística. El corresponsal de un estado neutral no tiene derecho a tomar partido por ninguna de las partes en conflicto y mucho menos a aceptar el papel de espía, porque...

Mas todos los presentes, incluida Varia, se dieron tanta prisa en reprocharle sus palabras, que el impertinente celta se vio obligado a guardar silencio.

—¡Ajá, así que están de fiesta! —Se oyó de pronto una voz sonora y segura de sí misma.

Varia se volvió y distinguió en la entrada a un guapo oficial de húsares, moreno, con unos vistosos y descuidados bigotes, los ojos algo saltones y una flamante cruz de San Jorge prendida en la esclavina. El recién llegado no se turbó lo más mínimo al sentirse observado por todos los presentes: por el contrario, interpretó aquella atención general como algo normal.

—Capitán de caballería del regimiento de húsares de Grodno, conde Ippolit Zurov —se presentó el oficial, saludando militarmente a Soboliev—. ¿No me recuerda usted, excelencia? Tomamos juntos Kokand. Entonces estaba destinado en el cuartel general de Konstantin Petrovich.

—Claro que le recuerdo —asintió el general—. Si no me equivoco, le juzgaron a usted por jugar a las cartas estando en campaña y retarse a duelo con un intendente.

—Gracias a Dios Misericordioso, logré salir con bien —replicó el húsar con frivolidad—. Me han dicho que aquí podría encontrar a mi viejo amigo Erasm Fandorin, espero que no me hayan mentado.

Varia se volvió rápidamente hacia Erast Petrovich, que seguía sentado en su apartado rincón. Erast se levantó, suspiró con dificultad y exclamó tristemente:

—¡Ippolit! ¡Qué alegría!

—¡Ahí está! ¡El que desapareció tragado por la tierra! —El húsar se abalanzó sobre Fandorin y comenzó a sacudirlo por los hombros con tal fuerza que la cabeza de Erast Petrovich se balanceó adelante y atrás—. ¡Me habían dicho que los turcos te habían empalado en Serbia! ¡Oh, amigo mío, estás muy desmejorado, nadie te reconocería! ¿Te tiñes las sienes por coquetería?

Verdaderamente, se dibujaba un curioso círculo de amistades en torno al consejero titular: el pachá de Vidin, el jefe de la Gendarmería y, ahora, aquel guapo y tosco oficial de aire pendenciero. Varia se aproximó con disimulo para no perderse una sola palabra de la conversación.

—¡Cuántas vicisitudes vivimos juntos, cuántas! —Zurov dejó de sacudir a su interlocutor y comenzó a palmearle la espalda—. Después te contaré mis aventurillas en privado, *tête a tête*, porque no son aptas para las señoras. —Miró a Varia con jovialidad—. Pero el desenlace sí que puede contarse: me he quedado sin blanca, solo como un perro y con el corazón despedazado. —Una nueva mirada hacia Varia.

—¡Quién podía pe-pensar eso de ti! —comentó Fandorin apartándose de él.

—¡Cómo!, ¿tartamudeas? ¿Has sufrido una conmoción cerebral? No te preocupes, se pasa. En la toma de Kokand, la onda expansiva de una explosión me despidió con tal fuerza contra la esquina de una mezquita, que estuve un mes recogiendo dientes y, lo creas o no, sin probar una gota de alcohol. Pero al final no fue nada y me quedé como nuevo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Eso, hermano Erasm, es una larga historia. —El húsar paseó la mirada por los clientes del club, que a su vez le contemplaban con fervorosa curiosidad, y dijo—: No teman, señores, y acérquense si quieren escuchar la particular «sherezada» que voy a contarle a mi amigo Erasm.

—Querrás decir tu particular «odisea» —le corrigió Erast Petrovich en voz baja, apartándose y colocándose detrás del coronel Lukan.

—*La Odisea* ocurrió hace tiempo en Grecia, pero lo que yo protagonicé fue precisamente una «sherezada». —Zurov hizo una pausa efectista e inició su relato—. Pues bien, señores, a causa de una serie de circunstancias que sólo conocemos Fandorin y yo, acabé completamente encallado en la ciudad de Nápoles. Pedí prestados quinientos rublos al cónsul ruso, el muy avaro no quiso darme más, y me embarqué hacia Odessa. Pero durante la travesía se me ocurrió organizar una partida con el capitán y el contraamaestre, y ahí el diablo me jugó una mala pasada. Los muy bribones me limpiaron hasta el último kopec. Yo, naturalmente, protesté, causé

algunos desperfectos en la propiedad inmueble del barco y en Constantinopla me arrojaron por la borda..., mejor dicho, me depositaron en la orilla sin dinero, sin mis pertenencias personales e incluso sin mi sombrero. Y era invierno, señores. Un invierno turco, es cierto, pero hacía frío de todas formas. Como no podía hacer otra cosa, me dirigí hacia la embajada rusa. Logré superar todas las barreras hasta que me vi en presencia del embajador en persona, Nikolai Pavlovich Gnatiev. Un hombre sensible. «Dinero —me dijo— no voy a prestarle porque por principio soy enemigo de cualquier tipo de préstamo, pero si quisiera, conde, le podría contratar como edecán porque necesito oficiales valientes a mi servicio. De esa manera usted recibirá sus honorarios y demás emolumentos». Resumiendo, que me convertí en su edecán.

—¿El edecán personal de Gnatiev? —Movi6 la cabeza Soboliev—. Ese zorro astuto debió de ver algo especial en usted.

Zurov abri6 los brazos con modestia y continu6:

—Pues bien, ya en la primera jornada de mi nuevo trabajo provoqu6 un conflicto internacional y un intercambio diplomático de notas. Nikolai Pavlovich me envi6 con una interpelaci6n a un sant6n turco antirruso, Hassan Jairulá, la principal autoridad religiosa, una especie de papa cat6lico.

—Sheij-ul-Islam —precis6 McLoughlin, que tomaba notas vertiginosamente en su cuadernillo—. Es más similar al procurador general de su Santo Sínodo de ustedes.

—Exacto, eso mismo —asinti6 Zurov—. Bien, como iba diciendo. Yo y ese Jairulá nos caímos mal desde un principio. Con la ayuda de un intérprete, como se hacen estas cosas, le dije de buenas maneras: «Su ilustrísima, una carta oficial y urgente del general edecán Gnatiev». Pero el muy perro me fulmina con los ojos y me responde en francés, a propósito para que el trujamán no pudiera suavizar la expresi6n: «Es la hora de la oraci6n. Espera». Entonces se arrodill6, vuelto hacia La Meca, y comenz6 a repetir una y otra vez: «¡Oh, gran y todopoderoso Alá, sé clemente con éste tu fiel esclavo y concédele la posibilidad de ver en vida cómo los viles cristianos, indignos de pisar tu tierra sagrada, arden en el infierno!». «Vamos bien —pensé para mis adentros—, ¿desde cuándo se reza a Alá en francés? Si es así, ahora mismo introduzco yo un nuevo canon en el cristianismo ortodoxo». Entonces Jairulá se gir6 hacia mí con la satisfacci6n pintada en la cara, con la expresi6n de haber puesto en su sitio al cerdo cristiano. «Dame la carta de tu general», me dice. «*Pardonnez-moi, éminence* —le respondo yo—, pero a esta hora los rusos hacemos nuestras preces. Aguarde un momento». ¡Paff!, me puse de rodillas y comencé a rezar en la lengua de Corneille y Rocambole: «Señor de todas las cosas, alegra a este esclavo pecador de tu rebaño, o mejor dicho, a tu *chevalier* Ippolit, y dale la posibilidad de contemplar cómo se queman en la sartén esos perros musulmanes». En suma, compliqué aún más las ya de por sí difíciles relaciones ruso-turcas. Jairulá no cogió la carta, sino que, por el contrario, comenz6 a blasfemar en su lengua y nos puso a mí y al intérprete de patitas en la calle. Luego, Nikolai Pavlovich me regañ6 de cara a la galería, pero yo tengo para mis adentros que qued6 bastante contento. Es

un hombre que sabe perfectamente a quién elegir para visitar a quién y con qué encargo.

—Verdadera valentía. A lo turquestano —aprobó Soboliev.

—No me parecen maneras muy diplomáticas —apuntó el capitán Perepiolkin mirando con desaprobación al insolente húsar.

—Bueno, tampoco resistí mucho tiempo en el cuerpo diplomático —suspiró Zurov, y añadió pensativo—: Evidentemente, no era lo mío.

Erast Petrovich emitió un sonido de admiración.

—Bien, un buen día iba yo andando por el puente de Gálata, luciendo mi uniforme ruso y mirando a las hermosas muchachas que se cruzaban en mi camino. Aunque todas llevan velo, algunas eligen una tela muy transparente para resultar más seductoras. De pronto se aproxima un carruaje y vislumbro a un ser divino con unos ojos de terciopelo, que lucen como dos estrellas por debajo de su velo. A su lado iba un eunuco abisinio, enormemente gordo, y detrás otro carruaje con sus sirvientas. Me detuve y le hice una inclinación de cortesía, con gran dignidad, como corresponde a un diplomático. Entonces ella se desprende de un guante y con su blanca manita —Zurov frunció los labios como para soplar— me manda un beso por los aires.

—¿Se quitó el guante? —preguntó incrédulo D’Hevrais, con aires de experto—. Pues eso no son bigomas, señores. El profeta consideraba que las manos son la parte más seductora del cuerpo femenino, y prohibió terminantemente que las musulmanas que salen a la calle sin guantes para evitar que induzcan a tentación los cogzones de los hombres. De manera que desprendiese de un guante... *c’est un grand signe*. Segía como si una mujer europea se quitase... Bueno, me abstendí de hacer pagalelismos —se interrumpió, tras un titubeo, mirando de reojo a Varia.

—Más a mi favor —continuó el húsar, listo para retomar el hilo del relato—. ¿Cómo podía yo después de eso ofender a la dama con una descortesía? Cogí las riendas del primer caballo, lo detuve y quise presentarme. Entonces el eunuco, aquel animal untado de brea, me dio un latigazo en la mejilla. ¿Cómo debía conducirme? Saqué mi sable, atravesé a aquel ignorante de lado a lado, limpié la hoja con su caftán de seda y regresé a casa la mar de triste. Ya no estaba de humor para más galanterías con la dama. Intuí desde el primer momento que aquello no terminaría bien y no me equivocaba: resultó aún peor de lo que suponía.

—¿Qué ocurrió? —se interesó Lukan—. ¿Era la esposa de algún pachá?

—Peor aún —suspiró Zurov—. La esposa de su alteza musulmana, del sultán Abdulhamid II. Y el eunuco, naturalmente, también pertenecía al sultán. Nikolai Pavlovich me justificó como pudo. El embajador ruso le dijo al *padishah*: «Si mi edecán se dejara azotar por un esclavo, yo mismo le arrancarí los galones de oficial ruso por dejar una infamia así sin castigo». Pero ¿ustedes creen que gente así puede comprender lo que significa un uniforme militar? Me expulsaron del país en veinticuatro horas, en un paquebote rumbo a Odessa. Menos mal que la guerra no

tardó en comenzar. Nikolai Pavlovich me despidió con estas palabras: «Zurov, dé gracias a Dios de que no era su primera esposa, sino “una joven señora” del harén, *kuchum kadiné*».

—*Kuchum* no, *kuchuk* —le corrigió Fandorin, y se ruborizó, detalle que sorprendió a Varia.

Zurov dio un silbido.

—¡Vaya! ¿Cómo lo sabes?

Erast Petrovich no respondió. Su rostro, además, mostraba un auténtico disgusto.

—El señor Fandorin fue huésped de un pachá turco —aclaró Varia con voz insinuante.

—¿Te cuidaba todo el harén? —se animó el conde—. Anda, cuenta, no seas tonto.

—El ha-harén entero no, sólo la *kuchuk janum* —farfulló el consejero titular, dando muestras evidentes de que no quería entrar en detalles—. Una mu-muchacha muy bondadosa y compasiva. Y también muy moderna. Hablaba francés e inglés y apreciaba a lord Byron. Le gustaba la medicina.

El policía mostraba ahora una faceta nueva e inesperada que no agradó lo más mínimo a Varia.

—Una mujer moderna no vive en un harén en calidad de decimoquinta esposa —le atajó—. Resulta humillante y absolutamente cruel.

—Pegdone la intgusión, *mademoiselle*, pego ésa no es una obsegración del todo cogeta —intervino otra vez D’Hevrais en ruso con su particular gracejo, pasando de inmediato al francés—. Verá, durante estos años de peregrinación por Oriente he estudiado bien las costumbres musulmanas.

—Sí, sí, Charles, cuéntenos usted —le pidió McLoughlin—. Recuerdo su serie de reportajes sobre la vida en los harenes. Eran excelentes —alabó el irlandés a su colega, mostrando su nobleza.

—Cualquier institución social, la poligamia entre ellas, debe estudiarse en su contexto histórico —comenzó D’Hevrais con voz profesoral, pero la mueca de Zurov hizo que el francés se apresurara a adoptar un tono más normal—. En realidad, para las mujeres, teniendo en cuenta las condiciones de vida en Oriente, el harén es la única posibilidad de supervivencia. Juzgue usted misma: los musulmanes fueron desde el principio un pueblo de guerreros y profetas. Los hombres vivían de la guerra y la destrucción, de manera que muchísimas mujeres se quedaban viudas o no podían encontrar esposo. ¿Quién las alimentaría a ellas y a sus hijos? Mahoma tenía quince esposas, pero no por una voluptuosidad desmesurada sino por razones puramente humanitarias. Se hacía cargo de las viudas de sus compañeros de armas, pero desde un punto de vista occidental esas mujeres no podrían llamarse de ningún modo sus esposas. ¿Porque qué es en realidad un harén, señores? Ustedes se imaginan el murmullo de una fuente, odaliscas semidesnudas que comen dátiles indolentemente, el tintineo de los collares, el penetrante aroma de los perfumes y todo envuelto en una especie de bruma de saciedad y depravación.

—Sí, y en medio al soberano de ese gallinero vestido cómodamente con un batín de seda, con su narguile y una sonrisa beatífica en los labios —intercaló soñadoramente el húsar.

—Lamento decepcionarle, *monsieur* capitán. Pero además de las esposas de los parientes pobres también forman parte del harén un montón de chiquillos, incluidos los ajenos, numerosas sirvientas, viejas esclavas que terminan allí sus días y Dios sabe quién más. Toda esa horda debe alimentarla y mantenerla el sostén de la familia, el hombre. Cuanto más rico y poderoso sea, tantas más personas tendrá a su cargo y tanto mayor será la responsabilidad que soporte. El sistema del harén es no sólo humanitario, sino también el único posible en las circunstancias de Oriente: de otro modo muchas mujeres morirían, sencillamente, de hambre.

—Parece que describe usted una especie de falansterio, y al marido turco como un doble de Charles Fourier —no aguantó más Varia—. ¿No sería mejor darle a la mujer la posibilidad de ganarse la vida por sí misma, antes que mantenerla en esa condición de esclava?

—La sociedad oriental es lenta y nada proclive a los cambios, *mademoiselle* Varvara —respondió respetuosamente el francés, pronunciando su nombre de forma tan melosa que resultaba del todo imposible enfadarse con él—. Hay pocos puestos de trabajo y hay que pelear mucho para conseguirlos, y las mujeres no compiten con los hombres en ese aspecto. Además, una esposa no es una esclava. Si el marido no es de su agrado, siempre tiene la posibilidad de recobrar su libertad. Basta con hacerle al esposo la vida tan insoportable que le obligue a exclamar delante de testigos, en un acceso de furor: «¡Ya no eres mi esposa!» Convendrá conmigo en que llevar a un marido a esa situación no es tarea muy difícil. Si una mujer oye esa frase, tiene derecho a recoger sus cosas y marcharse de allí. El divorcio en Oriente es cosa sencilla, nada que ver con lo que ocurre en Occidente. Además, tenga en cuenta que el marido es un individuo solo, mientras que las mujeres representan todo un colectivo. ¿Sorprende, entonces, que el auténtico poder pertenezca al harén y no al propietario? Las grandes figuras del imperio otomano no son el sultán y el gran visir, sino la madre y la esposa preferida del *padishah*. Además, claro está, del *kizliar-agasi*: es decir, del gran eunuco del harén.

—¿Cuántas esposas se le permite tener a un sultán? —preguntó Perepiolkin, mirando con aire culpable a Soboliev—. Se lo pregunto por curiosidad.

—Cuatro, como a todo creyente. Pero además de las esposas legales, el *padishah* tiene también a sus *ikbal*, sus favoritas podríamos decir, y sus jovencísimas *gedikli*, «doncellas agradables a la vista», aspirantes al papel de favorita.

—Eso suena mejor —asintió Lukan, satisfecho.

Pero empezó a rizarse el bigote, nervioso, cuando Varia lo repasó de pies a cabeza con una mirada despectiva.

Soboliev (éste también era algo tunante) preguntó libidinosamente:

—Entonces, ¿además de las esposas y las concubinas hay asimismo esclavas?

—Todas las mujeres del sultán son esclavas tuyas, pero sólo hasta que den a luz un hijo. Cuando eso ocurre, la madre recibe instantáneamente el título de princesa y comienza a disfrutar de los privilegios inherentes a su nuevo estado. Por ejemplo, la todopoderosa sultana Biesma, madre del difunto Abdulaziz, había sido en su juventud una simple sirvienta de un baño turco, pero enjabonó tan bien a Mejmed II, que éste la tomó primero como concubina y luego hizo de ella su esposa preferida. En Turquía, las posibilidades femeninas de hacer carrera son verdaderamente ilimitadas.

—Debe de ser muy duro llevar a la espalda una carga tan pesada —sugirió uno de los periodistas en tono reflexivo—. Quizá demasiado.

—Algunos sultanes han llegado a la misma conclusión —sonrió D’Hevrais—. Por ejemplo, a Ibrahim I le agobiaban mortalmente todas sus mujeres. En cambio, Iván el Terrible y Enrique VIII, en su misma situación, lo tuvieron mucho mejor: les bastó enviar a su antigua mujer al cadalso o a un monasterio para poder tomar una nueva. ¿Pero qué solución hay si lo que se tiene es un harén entero?

—Sí, eso, ¿qué se puede hacer? —Asintieron los oyentes, interesados.

—Los turcos, señores, no ceden ante las dificultades. El *padishah* ordenó meter a todas las mujeres en unos sacos y tirarlas al Bósforo. Al día siguiente, su majestad era de nuevo soltero y pudo crear un nuevo harén.

Los hombres estallaron en carcajadas, pero Varia exclamó:

—¿Es que no les da vergüenza, señores?! ¡Reírse de semejante brutalidad!

—De eso hace casi cien años, *mademoiselle* Varia, las costumbres del palacio del sultán se han suavizado bastante —la tranquilizó D’Hevrais—. En especial gracias a una mujer extraordinaria, por cierto, compatriota mía.

—Cuéntenos —le pidió Varia.

—Ocurrió así. En cierta ocasión, navegaba por el Mediterráneo un barco francés que llevaba entre sus pasajeros a una muchacha de diecisiete años. Era de una belleza extraordinaria. Se llamaba Aimée Dubuc de Rivera y había nacido en la mágica isla de Martinica, un lugar que ha regalado al mundo no pocas bellezas legendarias, entre ellas, *madame* de Maintenon y Josephine de Beauharnais. Nuestra joven Aimée conocía bastante bien a esta última, de la cual era incluso amiga cuando se llamaba simplemente Josephine de Tacherie. La Historia no cuenta el motivo de que esta maravillosa criolla se embarcara en una travesía por mares infestados de piratas. Sí dice que, cerca de la costa de Cerdeña, los corsarios se apoderaron del barco y la francesa acabó en un mercado de esclavos de Argel, donde la compró el bey en persona, el mismo que, según *monsieur* Poprístchine, tenía un lobanillo bajo la nariz. El bey era viejo y la belleza femenina ya no le interesaba, pero sí mantener unas buenas relaciones con la Sublime Puerta, y la pobre Aimée embarcó rumbo a Constantinopla como regalo de carne y hueso para el sultán Abdulhamid I, bisabuelo del actual Abdulhamid II. El *padishah* trató a la prisionera con cuidado, como a un inestimable tesoro, y no le impuso ninguna obligación, ni siquiera la de convertirse al islam. El sabio soberano fue paciente con ella y Aimée le recompensó con el amor.

En Turquía la conocen con el nombre de sultana Nashedil. Engendró al príncipe Mejmed, que luego subiría al trono y pasaría a la Historia como un gran reformador. Su madre le había enseñado francés y le había aficionado a la literatura y al librepensamiento franceses. Con él, Turquía comenzó a Volver su rostro hacia Occidente.

—D’Hevrais, es usted un narrador de primera —sentenció McLoughlin con malevolencia—. Otra vez ha retocado usted la Historia y le ha añadido detalles de su cosecha.

El francés le miró con ojos pícaros y guardó silencio, pero Zurov, que desde hacía unos minutos mostraba signos evidentes de impaciencia, dijo de pronto con entusiasmo:

—A propósito, señores, ¿qué les parecería organizar una partida de cartas? No hacemos más que hablar y hablar. Palabra que no me parece muy humano.

Varia oyó que a Fandorin se le escapaba un gemido sordo.

—Erasm, a ti no te invito —se apresuró a añadir el conde—. Tienes una suerte infernal; te protege el diablo.

—¡Excelencia! —se indignó Perepiolkin—. Espero que no permita usted juegos de azar en su presencia.

Pero Soboliev hizo un gesto con la mano, como si apartara una mosca fastidiosa:

—Olvídelo, capitán, no sea pesado. Usted tiene suerte porque en su Departamento Operativo siempre se ocupa de algo, pero yo me estoy oxidando con tanta inactividad. Conde, yo no jugaré, pues tengo un carácter demasiado impetuoso, pero sí que miraré.

Varia vio que Perepiolkin observaba al general Adonis con ojos de perro apaleado.

—Además, apostaremos bajo, ¿verdad? —propuso Lukan con voz insegura—. Lo suficiente para reforzar nuestra camaradería militar.

—Pues claro que sí, sólo apuestas bajas, para reforzar la camaradería —asintió Zurov con la cabeza, sacando varias barajas precintadas de su zurrón de húsar—. La apuesta inicial es de cien rublos. ¿Quién se apunta, señores?

La banca se montó en un santiamén y pronto empezaron a oírse en la tienda frases fantásticas:

—Ahí va la cola de seda.

—¡Ya le daremos con la sultanita, señores!

—*L’as de carreau.*

—¡Ja, ja, lo mato!

Durante el juego, Varia se acercó a Erast Petrovich.

—¿Por qué le llama Erasm?

—Por una vi-vieja costumbre —eludió la respuesta el reservado Fandorin.

—¡Ah, ah!... —suspiró ruidosamente Soboliev—. Kridener estará acercándose a Plevna mientras yo sigo aquí sentado, como los naipes de morralla de un descarte.

Perepiolkin estaba pegado a su ídolo, simulando interesarse por el juego.

McLoughlin, solo y enojado, de pie con el tablero de ajedrez bajo el brazo, farfulló algo en inglés para sí y luego lo tradujo al ruso:

—Era un club de prensa y se ha convertido en una taberna.

—¡Eh, *garçon!*, ¿tienes coñac? ¡Pues tráelo! —gritó el húsar, volviéndose al sirviente—. Divirtámonos a lo grande.

En efecto, la noche parecía presentarse divertida.

Pero al día siguiente el club de prensa estaba irreconocible: los rusos permanecían sentados, lúgubres y abatidos, mientras los corresponsales, por el contrario, andaban excitados, cuchicheaban y de vez en cuando, al conocerse nuevos detalles, salían disparados hacia el puesto de telégrafos. Se había producido un acontecimiento excepcional.

A la hora del almuerzo habían corrido ya rumores funestos por el campamento, pero cuando Varia y Fandorin regresaban del campo de tiro sobre las seis (el consejero titular estaba enseñando a su ayudante a tirar con una pistola tipo Colt), se toparon con un Soboliev hosco y con los nervios deshechos.

—¡Menudo asunto! —dijo restregándose nerviosamente las manos—. ¿Han escuchado ustedes las noticias?

—¿Plevna? —preguntó o, mejor, predijo Fandorin.

—Un completo desastre. El general Shilder-Shuldner avanzó hacia Plevna en línea recta, sin patrullas de reconocimiento, porque quería llegar antes que el pachá Osmán. Los nuestros eran siete mil y los turcos muchos más. Las columnas atacaron de frente y cayeron en un fuego cruzado. Rosenboim, el comandante del regimiento de Arjangelsk, ha muerto; el comandante del regimiento de Kostroma, Kleinhouse, está mortalmente herido, y al general mayor Knorring le han traído en camilla. Han caído un tercio de los nuestros. Ha sido una verdadera carnicería. ¡Y decían que sólo tenían tres batallones! Los turcos tampoco eran los de siempre; han luchado como diablos.

—¿Y qué hay de D’Hevrais? —preguntó rápidamente Erast Petrovich.

—Nada. Deambula por ahí, pálido como un muerto, justificándose con balbuceos. Kazanzaki se lo ha llevado para interrogarle... Bueno, ahora todo empieza otra vez. Quizá por fin me den un destino. Perepiolkin me ha comentado que existe una posibilidad de... —Y el general se alejó con paso elástico hacia el cuartel general sin acabar la frase.

Varia permaneció en el hospital hasta el anochecer, ayudando a esterilizar los instrumentos quirúrgicos. Llegaban tantos heridos que hubo que levantar otras dos tiendas provisionales. Las hermanas de la caridad se derrumbaban de cansancio. Olía a sangre y a sufrimiento, y los heridos gritaban y rezaban.

Sólo al atardecer pudo Varia acercarse a la tienda de los corresponsales, donde, como ya se ha dicho, el ambiente era muy diferente del de la noche anterior.

Únicamente había vida alrededor de la mesa de juego, donde la partida llevaba ya dos días ininterrumpidos. Zurov, pálido y exhalando humo de su puro, repartía las cartas con rapidez. No había probado bocado, pero aunque no paraba de beber no se le veía en absoluto borracho. Sobre la mesa, junto a sus codos, había crecido una montaña entera de billetes, monedas de oro y recibos de deuda. Frente a él estaba sentado Lukan, con el pelo erizado y el rostro descompuesto. A su lado dormía otro oficial, con la cabellera castaña extendida sobre los brazos cruzados sobre la mesa. Alrededor, el mozo de la cantina, revoloteando como una mariposa, cazaba al vuelo las peticiones del afortunado húsar.

Fandorin no estaba en el club, D'Hevrais tampoco, McLoughlin jugaba al ajedrez y Soboliev, rodeado de oficiales, estaba tan ensimismado observando un enorme mapa que ni siquiera levantó la cabeza para mirar a Varia.

La muchacha comprendió al instante que no debía haber acudido a la tienda e increpó a los jugadores:

—Conde, ¿no le da vergüenza? Seguir jugando cuando han muerto tantas personas...

—Pero nosotros seguimos vivos, *mademoiselle* —le respondió Zurov distraído, golpeando suavemente la baraja—. ¿Por qué se va a enterrar uno antes de la cuenta? ¡Ay, Luka, sé que te estás tirando un farol! Subo a dos.

Lukan se quitó del dedo la sortija del brillante.

—Las veo —dijo, y acercó su mano temblorosa lenta, muy lentamente, a las cartas de Zurov, que estaban descuidadamente tiradas boca abajo sobre la mesa.

En aquel momento Varia vio al coronel Kazanzaki introducirse sigilosamente en la tienda, como un cuervo negro que hubiera detectado el hedor dulzón de un cadáver. Recordó cómo había acabado la anterior aparición del policía y se estremeció.

—Señor Kazanzaki, ¿dónde está D'Hevrais? —preguntó McLoughlin volviéndose hacia el recién llegado.

El coronel permaneció significativamente en silencio, esperando a que en la tienda callaran las voces. Entonces respondió con laconismo:

—Está conmigo. Redactando su declaración. —Tosió y añadió maliciosamente—: Después se tomará una decisión.

El pesado silencio que se abatió sobre la sala fue roto por la voz impertinente y aguardentosa de Zurov:

—¿Así que éste es el famoso policía Kazanzaki? Mis respetos, señor hocico partido. —Y con los ojos brillantes y desafidores miró expectante al coronel, que se sonrojó.

—Yo también he oído hablar de usted, señor pendenciero —replicó pausadamente Kazanzaki, mirando al húsar también a los ojos—. Un individuo famoso donde los haya. Pero tenga la bondad de morderse la lengua porque si no llamaré a la guardia y le meteré en el calabozo por jugar a las cartas en el campamento. Y se requisará la banca.

—¡Sí, señor, un hombre serio! —sonrió el conde—. Entendido. A partir de ahora, mudo como una tumba.

Lukan levantó por fin las cartas de Zurov, soltó un lúgubre gemido y se llevó las manos a la cabeza. El conde contempló con escepticismo la sortija ganada.

—Pero ¿de qué tonterías de traición habla, mayor, de qué tonterías? —Varia oyó la voz iracunda de Soboliev—. Tiene razón Perepiolkin, que conoce muy bien la estrategia: lo único que ha pasado es que Osmán ha forzado la marcha, y los nuestros, sencillamente, no se esperaban esa rapidez en los turcos. Ya se han acabado las tonterías. Tenemos delante a un enemigo temible y hemos de empezar una guerra en serio.

Capítulo Sexto

Donde Plevna y Varia sufren asedio

Wiener Zeitung (Viena)

30 (18 de julio) de 1877

Nuestro corresponsal informa desde Sumen, donde se encuentra el cuartel general del ejército turco de los Balcanes.

Tras la desconcertante derrota sufrida en las proximidades de Plevna, los rusos se hallan ahora en una situación desesperada. Sus columnas están dispersas de norte a sur a lo largo de decenas e incluso cientos de kilómetros; sus vías de comunicación están indefensas, y su retaguardia, al descubierto. La genial maniobra lateral del pachá Osmán ha permitido a los turcos ganar tiempo para reagruparse, y esa pequeña ciudad búlgara se ha convertido para el oso ruso en una inmensa espina clavada en su peludo costado. En los círculos próximos al palacio de Constantinopla reina un moderado optimismo.

Por un lado, las cosas estaban muy mal, incluso se podía decir que peor imposible. El pobre Petia seguía penando bajo siete candados y, aunque tras el baño de sangre de Plevna el malvado Kazanzaki había perdido interés por el cifrador, la amenaza de un consejo de guerra seguía pendiendo sobre su cabeza. Y también la fortuna en la guerra se mostraba mudable: el pececillo de oro se había transformado en un punzante erizo y se había escondido en su madriguera tras ensangrentar las manos del pescador.

Pero, por otra parte (Varia se avergonzaba de reconocerlo), la muchacha nunca había vivido tan... intensamente como entonces. Intensamente: sí, era la palabra exacta.

Y la causa de esa intensidad, para ser sinceros, era indeciblemente sencilla. Era la primera vez en su vida que Varia era cortejada por tantos admiradores a la vez. ¡Y qué admiradores! No tenían nada que ver con los recientes compañeros de viaje en tren, ni con los infantiles estudiantes de San Petersburgo. Por mucho que intentaba sofocarla, la fatua naturaleza femenina se extendía en aquel tonto y vanidoso corazón suyo como una mala hierba. Un pecado.

En fin, en la mañana del 18 de julio, un día importante y digno de señalar por lo que se explicará después, Varia se despertó con una sonrisa. Bueno, a decir verdad no se había despertado todavía, sino que percibía levemente la luz del sol por entre los párpados entornados y se desperezaba con suavidad, cuando la invadió un sentimiento de felicidad y alegría. Sólo más tarde, cuando tras el cuerpo se le

desentumeció la cabeza, Petia y la guerra volvieron a su mente. Con un esfuerzo de la voluntad, Varia se obligó a fruncir el entrecejo y a pensar en algo triste, pero en la duermevela se introducían en su desobediente cabeza pensamientos de muy distinto tipo, bastante frívolos: ¡ay!, si a la devoción de Petia se le añadiera la fama de Soboliev, el desparpajo de Zurov, el talento de Charles y aquella velada mirada de Fandorin... Pero no, Erast Petrovich no pintaba nada en eso, porque ni a la fuerza se le podría llamar su admirador.

Su relación con el consejero titular no estaba clara. Como antes, Varia le servía de ayudante sólo nominalmente. Fandorin no le confiaba sus secretos a pesar de que parecía que llevaba entre manos algo importante. Tan pronto desaparecía un tiempo como después permanecía todo el día sentado en su tienda, donde le visitaban unos hombres búlgaros tocados con gorros que olían a cordero. Varia suponía que debían de ser de Plevna, pero no se atrevía a preguntárselo por orgullo. Además, no era nada misterioso; la gente de Plevna iba a menudo por el campamento ruso, y también McLoughlin tenía en la ciudad un confidente que le informaba de cualquier dato relevante relacionado con la guarnición turca. Aunque el irlandés no ponía esas noticias en conocimiento de los jefes militares rusos, escudándose en la «ética periodística», sus lectores del *Daily News* estaban perfectamente informados, tanto de las actividades diarias del mismo pachá Osmán como de los poderosos reductos defensivos que crecían por momentos en torno a la ciudad sitiada.

Pero el flanco occidental del ejército ruso se preparaba también concienzudamente para la batalla. El asalto se había fijado para aquel día y todos aseguraban que iba a corregirse el «error de Plevna». El día anterior, Erast Petrovich había dibujado a Varia en la tierra, con una varita, la situación de todas las fortificaciones turcas, y le había explicado que, según los fiabilísimos informes que poseían, el pachá Osmán disponía de 20 000 soldados y 58 piezas de artillería, contra los 30 000 soldados y los 176 cañones que el teniente general Kridener había emplazado alrededor de la ciudad, sin contar las fuerzas rumanas que aún estaban por llegar. El plan de asalto se había elaborado con mucha perspicacia y en total secreto, y consistía en una maniobra envolvente encubierta y un ataque de distracción. Fandorin se explicaba tan bien que Varia creyó inmediatamente en la victoria de las tropas rusas, aunque apenas le escuchaba pues tenía toda la atención puesta en el consejero titular y en adivinar qué relación tendría con aquella mujer rubia del medallón. Kazanzaki había hecho una extraña alusión a una boda. ¿Sería su esposa? Era demasiado joven para serlo, parecía casi una niña.

La cosa había sucedido así. Tres días antes, Varia había acudido a la tienda de Erast Petrovich después del desayuno y le había encontrado tumbado en la cama completamente vestido, con las botas sucias y durmiendo profundamente. La jornada anterior había estado fuera y debía de haber regresado al amanecer. Se disponía ya a abandonar la tienda sin hacer ruido, cuando por el cuello desabotonado de la camisa vio sobre el pecho del durmiente un medallón de plata. La tentación era demasiado

grande. Varia se acercó de puntillas a la cama sin apartar la vista del rostro de Fandorin. El consejero titular respiraba con la boca entreabierta y de una manera tan regular, que parecía un chiquillo con las mejillas encarnadas que acabase de cometer una travesura.

Varia cogió el medallón cuidadosamente, abrió la pequeña tapa y vio dentro el retrato minúsculo de una muchacha. Era como una muñequita tirolesa: los rizos, dorados; los ojos, la boquita y las mejillas, sonrientes y diminutos. Nada especial. Varia lanzó una mirada de reproche al durmiente, pero al momento se ruborizó: bajo las largas pestañas, unos ojos severos, de un azul muy vivo y con unas pupilas negrísimas, la estaban observando.

Era estúpido dar explicaciones, así que Varia escapó corriendo, decisión que tampoco era muy inteligente, pero que al menos evitó una desagradable escena. Lo extraño fue que después Fandorin se condujo con ella como si aquel episodio no hubiese ocurrido.

Era un hombre frío y antipático que apenas intervenía en las conversaciones, y si lo hacía era siempre para irritar a Varia. Tomemos como ejemplo la polémica sobre el Parlamento y la soberanía popular que se entabló durante el pícnic (muchos de los asiduos del club de prensa decidieron hacer una excursión por una colina y arrastraron consigo a Fandorin, pese a que éste intentó escabullirse en su madriguera).

D'Hevrais había empezado a hablar de la constitución que el gran visir pachá Midhat había aprobado el año anterior en Turquía. Resultaba curioso. Era un tema interesante. Pensándolo un poco: un país asiático salvaje tenía ahora un parlamento, igual que Rusia.

Después surgió la polémica sobre qué sistema parlamentario era el mejor. McLoughlin era partidario del británico. D'Hevrais, a pesar de ser francés, se inclinaba por el norteamericano, mientras que Soboliev, por su parte, se decantaba por el parlamento mixto de nobleza y campesinado, algo tradicional, perfecto para Rusia.

Cuando Varia reivindicó el derecho de voto para las mujeres, sus contertulios la ridiculizaron. Aquel inculto de Soboliev inició la broma:

—¡Ay, Varvara Andreevna, si les concedemos el voto a ustedes, las mujeres, sólo saldrán para el parlamento los hombres guapos y apuestos, los petimetres! Pregúntele, por ejemplo, a su hermana a quién votaría si tuviera que elegir entre Fedor Mijailovich Dostoievski y nuestro capitán de húsares Zurov, ¿eh? ¿Lo comprende ahora?

—Señores, ¿acaso se puede elegir a alguien para el parlamento contra su voluntad? —Se inquietó el húsar.

Todos se echaron a reír.

En vano razonó Varia que la igualdad de derechos ya existía en el territorio norteamericano de Wyoming, donde se permitía votar a las mujeres, sin que allí

hubiera sucedido nada terrible. Nadie tomaba en serio sus palabras.

—Y usted, ¿por qué se queda callado? —increpó Varia a Fandorin.

Y entonces el consejero no tuvo más remedio que intervenir, aunque habría sido mejor que hubiera guardado silencio:

—Es que yo, Varvara Andreevna, por lo general, estoy en contra de la democracia. —Aquí se ruborizó—. Originalmente ningún hombre es igual a otro, y ése es un hecho que no se puede modificar. El principio democrático perjudica los derechos de los más sabios, los más ta-talentedos y los que tienen más capacidad de trabajo, porque les hace depender de la obtusa voluntad de los más tontos, ineptos y perezosos, que son mayoría en cualquier sociedad. Si nosotros y nuestros compatriotas dejáramos de portarnos como animales y mereciésemos el calificativo de ci-ciudadanos, podríamos pensar en el parlamento.

Aquella inaudita declaración de principios dejó a Varia perpleja, pero en su ayuda acudió D'Hevrais.

—Pero si en un país se ha introducido ya el derecho electoral —repuso suavemente (la conversación, claro, se desarrollaba en francés)—, es injusto no compartirlo con la otra mitad de la humanidad, con la intención de que mejore.

Al recordar esas magníficas palabras, Varia sonrió, miró a otro lado y comenzó a pensar en D'Hevrais.

Gracias a Dios, Kazanzaki había decidido finalmente dejar en paz a aquel hombre. ¡Haber diseñado una estrategia militar apoyándose tan sólo en una entrevista periodística no era más que culpa del propio general Kridener! Desde aquel suceso, el pobre D'Hevrais vivía justificándose y dando explicaciones al primero que se cruzaba en su camino. Viéndolo así, culpable y desgraciado, a Varia le gustaba aún más. Si antes le parecía un poco narcisista y demasiado acostumbrado a la admiración general, y por eso se había mantenido distante, ahora esa necesidad había desaparecido y Varia comenzaba a conducirse con el francés de un modo más sencillo y cordial. Era un hombre espontáneo y alegre, todo lo contrario de Erast Petrovich, y sabía muchísimas cosas: de Turquía, del Antiguo Oriente, de la historia francesa. ¡Adónde no le habría llevado su sed de aventuras! Y con qué donaire narraba sus *récits drôles*: con ingenio, con viveza, sin la menor afectación. Varia casi le adoraba cuando le hacía alguna pregunta y el francés, tras una de sus pausas tan especiales, le dedicaba una sonrisa cómplice y con aquel tono enigmático suyo le respondía: *Oh, c'est toute une histoire, mademoiselle*. Y, a diferencia del reservado Fandorin, le contaba la historia.

Las historias solían ser divertidas, aunque algunas también poseían un toque de horror. Varia recordaba en especial una de éstas:

—*Mademoiselle* Varia, usted echa pestes de los asiáticos por el desprecio que muestran hacia la vida humana y tiene razón. —Hablaban de las bestialidades cometidas por los *bashibuzuki*—. Pero nos estamos refiriendo a animales, bárbaros, gente cuyo estado evolutivo no se ha desarrollado mucho más que el de los tigres o

los cocodrilos. Le voy a contar una anécdota que tuve la oportunidad de presenciar en uno de los países más civilizados del mundo, en Inglaterra. Es toda una historia... No sé si sabrá que los británicos valoran tanto la vida humana que consideran el suicidio uno de los peores pecados que se pueden cometer, y castigan el intento de atentar contra la propia existencia con la pena de muerte. En Oriente todavía no han llegado a tanto. Pues bien, hace unos años, estando yo en Londres, me enteré de que se había condenado a morir en la horca a un preso de una cárcel de la ciudad. Había cometido un delito espantoso: tras hacerse con una navaja de afeitar, intentó rebanarse la garganta. Estuvo a punto de lograrlo, pero le salvó a tiempo el médico de la prisión. La lógica del juez al dictar sentencia me afectó enormemente y decidí que debía ver el ahorcamiento con mis propios ojos. Utilicé mis relaciones, conseguí el pase oficial para la ejecución y la verdad es que no salí decepcionado.

»En su agresión, el reo se había lesionado las cuerdas vocales y sólo podía emitir una especie de ronquidos guturales, así que pasaron por alto el trámite de las últimas palabras. Hubo una discusión muy larga con el médico, que no era partidario de colgar al reo, pues afirmaba que la herida se abriría y el condenado podría respirar directamente por la tráquea. El fiscal y el director de la prisión deliberaron entre sí y al final ordenaron al verdugo que procediera a la ejecución. Pero el médico estaba en lo cierto: la presión del nudo hizo que la herida se abriera inmediatamente, y el reo, balanceándose en la soga, comenzó a tomar aire por la tráquea, produciendo un silbido espantoso cuando respiraba. Estuvo colgado allí cinco, diez, quince minutos sin morirse, con el rostro cada vez más amoratado.

»Decidieron llamar entonces al juez que había dictado sentencia. Como la ejecución tenía lugar al amanecer, tardaron bastante tiempo en despertarlo. Cuando compareció (al cabo de una hora), tomó una decisión salomónica: ordenó que bajaran al acusado de la horca y lo colgaran de nuevo, sólo que ahora no debían hacer el nudo por encima de donde tenía la herida, sino por debajo. Así lo hicieron. Y esa vez todo transcurrió perfectamente. Ahí tiene, vea usted los logros de la civilización».

Más tarde, el condenado de la garganta rebanada se le aparecería en sueños a Varia. «La muerte no existe —le dijo la garganta, de la que manaba sangre, con la voz de D'Hevrais—. Sólo existe el retorno al punto de partida».

Pero sobre esa cuestión quien tenía mucho que opinar era Soboliev.

—¡Ay, Varvara Andreevna, toda mi vida ha sido una carrera de obstáculos! —le dijo una vez el general, sacudiendo amargamente su cabeza rapada casi al cero—. Una carrera en la que el juez siempre me sanciona anulándome la distancia recorrida y haciéndome volver al punto de partida. Si no, compruébelo usted misma. Como caballero de la Guardia me distinguí en la guerra contra los polacos, pero mantuve unas tontas relaciones sentimentales con una señorita de ese país y me degradaron al punto de partida. Terminé los estudios en la Academia Militar y me dieron destino en Turquestán, donde me vi envuelto en un duelo idiota que terminó con la muerte de mi contrincante, y de nuevo tuve que empezar por el punto de partida. Luego me casé

con una princesa y pensé: ¡por fin seré feliz!, pero nada de eso... Acabé otra vez solo y en el punto de partida. Obtuve de nuevo el permiso para dirigirme al desierto, y allí no tuve piedad ni conmigo ni con los demás, y fue un milagro que saliera vivo. Pero una vez más volví al punto de partida. Y aquí estoy: vegeto como un parásito y espero desde el punto de partida otra orden de salida. ¿Llegará algún día?

Soboliev, al contrario que D'Hevrais, no le inspiraba pena. En primer lugar, porque con aquello del «punto de partida» Michel sólo simulaba modestia para coquetear, pues, al fin y al cabo, con sólo treinta y tres años ya era general del séquito del zar, tenía dos medallas de San Jorge y una espada de oro. Y, en segundo lugar, porque buscaba la compasión con demasiada claridad. Seguramente, cuando era oficial sus camaradas le habrían enseñado que la victoria en el amor se consigue de dos maneras: o con un ataque de caballería o cavando trampas en el corazón femenino, tan proclive a la misericordia.

Pero aunque Soboliev cavaba esas trampas con muy poca maña, sus galanteos halagaban a Varia, pues no dejaba de ser un auténtico héroe, incluso con aquella estúpida pelambreira en la cara. A sus discretos consejos para que cambiara la forma de su barba, el general respondía con regateos de comerciante: sí, estaba dispuesto a realizar ese sacrificio, pero sólo a cambio de ciertas garantías. Y Varia no tenía la menor intención de ofrecer avales.

Cinco días atrás, Soboliev se había presentado en el club con expresión de felicidad: el mando le había concedido al fin un destacamento propio —dos regimientos de cosacos— y dado la orden de intervenir en el asalto de Plevna, cubriendo el flanco sur del ejército. Varia le deseó un buen «punto de partida». Michel escogió a Perepiolkin como comandante del cuartel general, justificando la elección del insulso capitán de esta manera:

—Estaba siempre detrás de mí y me miraba continuamente, de manera que le he tomado a mi servicio. ¿Sabe una cosa, Varvara Andreevna? Perepiolkin será un pesado, pero sabe lo que hace. Y al fin y al cabo es un oficial del Estado Mayor. En el centro operativo todos le conocen y le tienen al corriente de cualquier información. Además, veo que me guarda fidelidad, pues no olvida que le salvé de los *bashibuzuki*. Y yo valoro de un modo extraordinario la devoción de mis subalternos.

A pesar de que ahora Soboliev tenía mucho trabajo, tres días antes su asistente, Sergei Bereshaguin, le había llevado a la joven un magnífico ramo de rosas rojas de parte de su excelencia. Las flores se mantenían tan erguidas como los paladines de Borodino y no parecían dispuestas a deshojarse. Toda la tienda se impregnó de un aroma denso y penetrante.

Al hueco creado por la retirada del general acudió prestamente Zurov, convencido partidario del ataque frontal de la caballería. Varia sonrió al recordar el arrojito empleado por el capitán de húsares en su primer reconocimiento del terreno.

—*¡Auquelle belle vue, mademoiselle!* ¡La naturaleza! —exclamó siguiendo a Varia, que había salido de la tienda a contemplar la puesta de sol, dejando el ambiente

lleno de humo del club de prensa. Y sin perder el ritmo, cambió de tema—. ¡Qué hombre tan admirable es Erasm!, ¿no le parece? Tiene el alma más limpia que una patena. Y es un camarada excelente, aunque, sí, quizá un poco arrogante.

El húsar hizo una pausa y miró con expectación a la muchacha con sus bellos e insolentes ojos. Varia aguardaba lo que seguiría.

—Atractivo, negros cabellos... Si le hubiera visto con su uniforme de húsares cuando apenas era un muchacho —continuó jugando Zurov con decisión—. Ahora va por la vida como una gallina, ¡pero si hubiera visto usted al Erasm de entonces! ¡Puro fuego! ¡Un huracán de Arabia!

Varia observó al cuentista con desconfianza, porque imaginarse al consejero titular como un «huracán de Arabia» resultaba tarea más que imposible.

—¿Y cuál fue la causa de un cambio tan drástico? —preguntó con la esperanza de averiguar algo del misterioso pasado de Erast Petrovich.

Mas Zurov se limitó a encogerse de hombros:

—Sólo el diablo lo sabe. Hacía un año que no le veía. Un amor desdichado, sin duda. Usted nos toma a nosotros, los hombres, por unos badulaques sin sentimientos, pero en realidad el alma masculina es muy vulnerable, muy fácil de herir. —Y bajó la cabeza con amargura—. Con el corazón destrozado, se puede uno sentir viejo a los veinte años.

Varia soltó un bufido:

—Así que veinte años... Quitarse edad no le sienta bien.

—No hablo de mí, sino de Fandorin —aclaró el húsar—. Sólo tiene veintiún años.

—¿Quién?, ¿Erast Petrovich? —se sorprendió Varia—. No diga tonterías, si yo ya tengo veintidós...

—A eso iba, precisamente —se animó Zurov—. Usted necesita a alguien más hecho, de unos treinta años, por ejemplo.

Pero la muchacha ya no le escuchaba, aturdida por aquella información. ¿Fandorin sólo veintiún años? ¿¡Veintiuno!?! ¡Increíble! Por eso le había llamado Kazanzaki «niño prodigio». La verdad era que el rostro del consejero titular resultaba un tanto aniñado, ¡pero sus modales, la mirada, sus sienes plateadas! ¿Qué le habría ocurrido para que se le helara la sangre de aquella forma?

Interpretando la perplejidad de la muchacha a su manera, el húsar hinchó el pecho y apuntó:

—Lo que quiero decirle es que si el bribón de Erasm se me ha adelantado, me retiraré al instante. *Mademoiselle*, digan lo que digan mis detractores, Zurov es un hombre de principios. Nunca robo lo que ya posee otro.

—¿Se refiere usted a mí? —inquirió Varia, atendiendo por fin—. ¿Dice usted que si ya «pertenezco» a Fandorin, usted no me pretenderá, y que si aún no «le pertenezco», sí que iniciará el asedio? ¿Le he comprendido bien?

Zurov jugueteó diplomáticamente con sus cejas, pero no se turbó lo más mínimo.

—Yo pertenezco y siempre me perteneceré a mí misma, y resulta además que

tengo novio —apostrofó Varia con acritud ante aquel cínico.

—Sí, he oído hablar de él. Pero ese arrestado *monsieur* no se cuenta entre mis amigos —respondió el capitán alegremente, dando por concluida su maniobra de reconocimiento.

Entonces siguió el ataque propiamente dicho.

—¿Quiere hacer usted una apuesta, *mademoiselle*? Si acierto quién será el primero en salir de la tienda, usted me da un beso. Y si no acierto, me rasuro la cabeza como un *bashibuzuk*. ¡Qué!, ¿se anima? Se arriesga usted muy poco: en la tienda hay veinte personas como mínimo.

Los labios de Varia se entreabrieron en una sonrisa involuntaria.

—Bien, dígame, ¿quién será el primero en salir?

Zurov fingió dudar y movió la cabeza con simulada desesperación de un lado a otro.

—¡Ay! ¡Adiós a mis queridos rizos!... El coronel Sablin, no; McLoughlin, no, él tampoco... ¡Ya sé, el camarero Semien!

Zurov tosió con todas sus fuerzas y, un segundo después, Semien salió del club secándose las manos con una punta de su delantal de seda. El camarero miró el cielo azul con aire diligente y farfulló: «¡Ay, sería estupendo que lloviera!» Y entró de nuevo sin mirar a Zurov.

—¡Milagro! ¡Una señal del Altísimo! —exclamó el conde y, atusándose los bigotes, se inclinó hacia Varia, que se desternillaba de risa.

Creyó que el húsar la besaría en la mejilla, como hacía Petia, pero Zurov apuntó directamente a los labios y el beso fue largo y extraordinario, incluso le produjo algo de vértigo.

Al fin, sintiendo que le faltaba aire, Varia apartó al caballero y se llevó la mano al corazón.

—¡Verá qué bofetada le doy ahora! —amenazó con voz débil—. Gente de fiar me había advertido ya que usted nunca juega limpio.

—Si me abofetea, la retaré a duelo, y sin duda moriré —maulló el conde con voz cantarina, abriendo desmesuradamente los ojos.

Resultaba imposible enfadarse con él...

De pronto, en la tienda de Varia irrumpió la redonda Lushka, la inquieta y palurda sirvienta y cocinera de las hermanas de la caridad, que también hacía de enfermera cuando había gran afluencia de heridos.

—Señorita, la espera a usted un militar —la informó Lushka de sopetón—. Es moreno, con bigotes y lleva un ramo de flores en la mano. ¿Qué le digo?

«Caramba, aquí tenemos a nuestro héroe», pensó Varia volviendo a sonreír. Los métodos de asedio de Zurov la divertían enormemente.

—¡Que espere! Ahora salgo —respondió, echándose una manta por encima.

Pero no era el húsar quien rondaba las tiendas que servían de enfermería, ya

dispuestas para recibir a más heridos, sino el coronel Lukan, todo él bañado en perfumes. Un pretendiente más.

Varia suspiró con fastidio, pero ya era tarde para retroceder.

—*¡Ravissante comme l'Aurore!* —comenzó Lukan, y amagó con arrojarse hacia la mano de Varia cuando recordó cómo eran las mujeres progresistas y saltó hacia atrás.

La joven movió la cabeza rechazando el ramo que le tendía, echó una mirada a los rutilantes cordoncillos dorados del uniforme del aliado y le preguntó con aspereza:

—¿Qué hace usted vestido de gala a estas horas de la mañana?

—Me marchó a Bucarest con su alteza para asistir a un consejo militar —le comunicó el coronel dándose importancia—. Quería despedirme de usted y, de paso, invitarla a desayunar.

Dio una palmada y un elegante carruaje surgió por detrás de la tienda. Un ordenanza, con un uniforme ajado pero con unos guantes blanquísimos, iba al pescante.

—¡Suba, por favor! —Lukan se inclinó respetuosamente y Varia, intrigada a su pesar, se sentó en el mullido asiento.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella—. ¿A la cantina de oficiales?

El rumano se limitó a sonreír enigmáticamente, como si en verdad pretendiera transportar a su acompañante al fin del mundo.

Había pasado otra noche jugando ininterrumpidamente a las cartas, pero si los días siguientes a su aciago encuentro con Zurov había tenido un aspecto desesperado, ahora había recuperado el aplomo y, aunque seguía perdiendo mucho dinero, no parecía desanimado.

—¿Cómo le fue la partida de ayer? —le preguntó Varia, mirando fijamente los círculos marrones que se dibujaban bajo los ojos de Lukan.

—Por fin tengo la fortuna de cara —respondió él, radiante—. La suerte de su Zurov está echada. ¿Conoce usted la ley de los grandes números? Si apuestas cantidades altas durante bastantes días, al final terminas recuperándote.

Por lo que Varia recordaba, Petia le había explicado aquella teoría de un modo bastante diferente, pero no quiso polemizar.

—El conde tiene a su lado la suerte ciega, pero yo tengo del mío el análisis matemático y una gran fortuna. Mire esto. —Y extendió el dedo meñique—. He logrado recuperar el anillo de mi familia; un diamante indio de once quilates. Lo traje un antepasado mío que estuvo en las cruzadas.

—¿Los rumanos participaron en las cruzadas? —se sorprendió Varia de manera poco considerada, y la pregunta le valió una conferencia sobre la genealogía del coronel, que resultaba remontarse nada menos que al legado romano de Lucano Mauricio Tulio.

Mientras tanto el carruaje, que ya había dejado atrás los límites del campamento,

se detuvo por fin en un bosquecillo umbrío. Bajo un viejo roble había dispuesta una mesa cubierta con un mantel blanco almidonado, y sobre ella tantas y tan apetitosas viandas, que Varia sintió hambre de repente. Había quesos franceses y fruta, y salmón ahumado, y jamón sonrosado, y cangrejos de color púrpura, y, cómodamente instalada en un cubo plateado, una botella de vino tinto.

¡Vaya!, también había que reconocer los méritos de Lukan.

Pero cuando levantaban la primera copa se oyó un sordo fragor y a Varia se le encogió el corazón. ¡Cómo había podido distraerse de aquella manera! El asedio había comenzado. Los muertos caían a tierra, los heridos gemían, y ella allí...

Varia se sintió culpable; apartó una fuente llena de uvas tempranas y exclamó:

—¡Dios mío, que todo salga bien!

El coronel apuró su copa y volvió a llenarla inmediatamente. Luego, sin dejar de masticar, observó:

—No hay duda de que es un buen plan de ataque. Como representante personal de su alteza, el príncipe de Rumania, me han puesto al corriente y, de algún modo, hasta he participado en su elaboración. La maniobra envolvente por detrás de las colinas es especialmente ingeniosa. Las columnas de Shajovsky y Veliaminov se encontrarán en Plevna llegadas desde el este. Mientras, desde el sur, el pequeño destacamento de Soboliev distrae al pachá Osmán. Resulta precioso sobre el papel —Lukan apuró otra vez el contenido de la copa—, pero la guerra, *mademoiselle* Varvara, no se gana sobre el papel. Sus compatriotas no van a conseguir nada.

—¿Por qué? —preguntó Varia con voz lastimera.

El coronel sonrió y se tocó la frente con un dedo.

—Soy un estratega, *mademoiselle*, y veo más lejos que sus oficiales del Estado Mayor. Aquí —señaló con la cabeza su carpeta— tengo una copia del informe que envié ayer al príncipe Karl. En él pronostico un completo fiasco ruso y estoy convencido de que su alteza valorará mi clarividencia como se merece. Los jefes militares rusos son demasiado arrogantes y confían demasiado en la victoria: valoran más de la cuenta a sus soldados y subestiman a los turcos. Y también a nosotros, a sus aliados rumanos. Estoy seguro de que después de la lección de hoy el zar nos pedirá ayuda. Ya lo verá.

El coronel partió un gran trozo de roquefort, pero Varia había perdido el buen humor.

Los sombríos augurios de Lukan resultaron ciertos.

Al anoecer, Varia y Fandorin, de pie en el camino de Plevna, veían pasar ante ellos una hilera interminable de carretas con heridos. El recuento de pérdidas no era definitivo, pero en el hospital se dijo que al menos se había dado de baja a siete mil personas. Se aseguraba que Soboliev se había distinguido en el combate atrayendo sobre él todo el contraataque turco: de no ser por sus cosacos, el desastre habría sido cien veces peor. La actuación de los artilleros turcos había sorprendido, pues habían

demostrado una precisión diabólica, batiendo con sus disparos las columnas rusas que todavía realizaban maniobras de aproximación, impidiendo así que desplegaran sus posiciones de ataque.

Varia comentaba a Erast Petrovich estos rumores mientras él permanecía callado, como si ya los conociera o no comprendiera nada por la conmoción.

La fila de carretas se atascó porque a una de ellas se le había salido una rueda. Varia, que procuraba no mirar aquellos cuerpos mutilados, se fijó ahora en el vehículo bloqueado. Entonces se le escapó un gemido: el rostro de un oficial herido, una mancha blanca en el crepúsculo, le resultaba familiar. Sí, era el coronel Sablin, uno de los contertulios del club. Estaba tendido inconsciente, cubierto con un capote ensangrentado, y su cuerpo aparecía extrañamente diminuto.

—¿Le conoce usted? —le preguntó el enfermero que acompañaba al coronel—. Un proyectil le ha arrancado las piernas de cuajo. Ha tenido mala suerte.

Varia retrocedió hacia Fandorin y se echó a llorar. Sollozó mucho rato; luego las lágrimas se le secaron y empezó a refrescar, mientras seguían pasando carretas y carretas de heridos.

—¡Vaya! Lukan, a quien tenían por tonto en el club, ha resultado más perspicaz que Kridener —dijo Varia sin aguantar ya el silencio.

Fandorin la contempló con aspecto interrogativo.

—Esta mañana —explicó ella—, antes de que empezara el combate, predijo que el asalto resultaría un fracaso. Me comentó que el plan de ataque era bueno, pero que los jefes militares eran muy malos y los soldados tampoco...

—¿Eso ha dicho? —preguntó Erast Petrovich cuando Varia terminó su narración—. ¡Caramba! Eso cambia...

Pero no terminó la frase y frunció el entrecejo.

—¿Qué cambia?

Silencio.

—¿Qué es lo que cambia?, dígame —insistió Varia comenzando a enfadarse—. ¡Qué manía tan tonta! ¡Empieza usted y no sigue! ¿De qué se trata?

Sintió unos terribles deseos de sacudir al consejero titular. ¡Mocoso maleducado y presumido! ¡Dándose aires de héroe enigmático!

—Traición, Varvara Andreevna, de eso se trata. —Erast Petrovich despegó inesperadamente los labios.

—¿Traición? ¿De qué traición me habla?

—Eso es lo que debemos averiguar. Veamos. —Fandorin se secó la frente—. Primero. El coronel Lukan, un hombre de tan poco seso, es el único que pronostica la derrota del ejército ruso. Segundo. Dice que le pusieron al corriente del plan de ataque, incluso le dieron una copia. Tercero. El éxito del plan dependía de la maniobra envolvente, cubierta con la protección de las colinas. Cuarto. La artillería turca ha disparado contra nuestras columnas por las coordenadas, sin verlas. ¿Conclusión?

—Que los turcos sabían de antemano cuándo y dónde tenían que disparar —susurró Varia.

—Exacto. Y que Lukan sabía de antemano que el ataque resultaría un fracaso. A propósito, y quinto: nuestro hombre ha dispuesto estos últimos días de mucho dinero, que de algún sitio le ha tenido que llegar.

—Es rico. Me habló de una fortuna familiar, de propiedades. Me lo contó, pero no le presté mucha atención.

—Varvara Andreevna, el coronel me pidió prestados no hace mucho trescientos rublos y después, en pocos días, si creemos a Zurov, perdió casi quince mil. Naturalmente, puede que Ippolit mienta...

—¡Claro que puede! —convino Varia—, pero es cierto que Lukan ha perdido mucho dinero. Me lo ha dicho esta mañana, antes de salir para Bucarest.

—¿Se ha ido a Bucarest?

Erast Petrovich le dio la espalda y se quedó pensativo, moviendo la cabeza de vez en cuando. Varia se puso a su lado para verle la cara, pero no observó nada especial: Fandorin observaba el planeta Marte frunciendo las cejas.

—Pues bien, que-querida Varvara Andreevna —aunque pronunció lentamente su nombre, a Varia se le aceleró el corazón; primero porque la había llamado «querida»; y segundo porque volvía a tartamudear—, a pesar de lo que le dije, tengo que pedirle su a-ayuda.

—¡Estoy dispuesta a lo que sea! —aceptó ella rápidamente, y añadió—: con tal de salvar a Petia.

—Excelente. —Fandorin la miró a los ojos con aire escrutador—. Pero su misión va a resultar difícil y nada agradable. Quiero que vaya usted también a Bucarest y busque a Lukan y le so-sonsaque lo que pueda. Por ejemplo, averigüe si de verdad es tan rico como dice. Halague su vanidad, su fanfarronería, su e-estupidez. Al fin y al cabo, con usted ya se ha ido de la lengua en una ocasión. Seguro que desplegará sus plumas más hermosas de-delante de usted —Erast Petrovich titubeó—, porque es usted joven y una mujer a-atractiva...

Tosió y se interrumpió, desconcertado por el silbido de sorpresa de Varia. Al final, el convidado de piedra se decidía a piroppearla. Había sido un cumplido muy sencillo, «mujer joven y atractiva», pero vaya, vaya...

Sin embargo, Fandorin lo echó a perder todo al instante:

—Por supuesto, no hace falta que viaje sola porque, a-además, resultaría sospechoso. Sé que D’Hevrais está a punto de salir para Bucarest y no creo que se niegue a llevarla consigo.

No, aquello no era un hombre sino un pedazo de hielo, pensó Varia. ¡Intenten derretir un témpano semejante! ¿Es que no veía que el francés la rondaba? Claro que lo veía, pero es que era de esos, como decía Lushka, a quienes nada importaba.

Erast Petrovich, al parecer, interpretó de otra manera el gesto de insatisfacción de la muchacha.

—No se preocupe por el dinero. Tiene usted un su-sueldo asignado y también dietas y todo lo demás. Se lo daré yo. Cómprase algo allí, diviértase.

—Con Charles es imposible aburrirse —repuso Varia vengativamente.

Capítulo Séptimo

Donde Varia pierde su condición de mujer decente

*Boletín de la provincia de Moscú
22 de julio (3 de agosto) de 1877*

Este humilde servidor de ustedes lo ha comprendido todo cuando ha sabido que esta ciudad, tan familiar en los últimos meses para nuestro personal de retaguardia, fue fundada hace siglos por el conde Vlad, conocido con el apodo del Empalador o, mejor, con el nombre de Drácula. Ahora se entiende por qué en Bucarest sólo dan tres francos por un rublo, en el más venturoso de los casos; por qué un almuerzo mediocre en una taberna sencilla cuesta lo que un banquete en el Bazar Slaviansky y por qué por una habitación de hotel se paga como por el arriendo del palacio de Buckingham. Estos malditos vampiros chupan nuestra sangre rusa, la saborean con glotonería y la escupen de tanto en tanto. Pero lo que resulta más irritante es que, tras la elección de un príncipe alemán de tercera categoría como monarca de Rumania, toda esta provincia, en realidad un territorio autónomo que debe a Rusia exclusivamente todo, haya comenzado a desprender olor a cerveza y salchichas con gelatina. Sus dirigentes, terratenientes boyardos, sólo miran a Bismarck mientras tratan a nuestros hermanos rusos como a una vaca lechera: los ordeñan continuamente y luego los ignoran cuando se cruzan con ellos. Como si no estuvieran derramando su santa sangre en los campos de Plevna por la libertad de Rumania...

Varia se equivocó, se equivocó por completo. El viaje a Bucarest resultó aburridísimo.

Además del francés, varios corresponsales más se apuntaron a pasar unos días de descanso en la capital. Todos estaban de acuerdo en que durante los días e incluso semanas siguientes no iba a ocurrir nada reseñable en el campo de batalla: los rusos tardarían en recuperarse de la sangría de Plevna. Así que los miembros del gremio periodístico decidieron dejarse seducir por las tentaciones de la retaguardia.

Emplearon mucho tiempo en los preparativos y se pusieron en camino tres días más tarde. Varia, como señora que era, se instaló en un carruaje cubierto en compañía de McLoughlin, mientras los demás iban a caballo, con lo que le tocó ver de lejos al francés, que montaba su lento y aburrido *Yatagán*, y conversar con el irlandés. Éste comentó con Varia, desde todos los puntos de vista, las condiciones climáticas de los

Balcanes, de Londres y de Oriente Próximo; analizó la estructura de la ballesta de la carreta en la que viajaban y describió detalladamente algunos estudios de ajedrez. Así que Varia terminó por ponerse de mal humor y, durante las paradas que hacían, contemplaba con envidia a los animados viajeros, en especial a D'Hevrais, sonrojado por el ejercicio de la marcha.

La situación mejoró un poco a partir de la segunda jornada —ya habían sobrepasado Alejandría—, cuando Zurov alcanzó a la comitiva. Se había distinguido en el combate y Soboliev le había tomado como edecán por su valentía, e incluso había querido proponerlo para una medalla de la zarina Ana, pero Zurov había cambiado la condecoración por una semana de permiso con el fin, en palabras del húsar, de «desentumecer los músculos».

Al principio el capitán divirtió a Varia con su destreza ecuestre: arrancaba del suelo campanillas azules en pleno galope, hacía juegos malabares con unos imperiales de oro o se ponía de pie sobre la silla. Luego intentó ocupar el sitio de McLoughlin y, cuando recibió la flemática pero enérgica negativa de éste, colocó al sumiso cochero sobre su yegua alazana y se sentó en el pescante. Desde allí, volviendo continuamente la cabeza, entretuvo a Varia con mentiras sobre su heroísmo y las intrigas del celoso Perepiolkin, mortal enemigo del flamante edecán. Y de esta manera llegaron a su punto de destino.

Como había predicho Erast Petrovich, dar con Lukan no resultó difícil. Siguiendo sus instrucciones, Varia se alojó en el hotel más caro, el Royal. Allí le preguntó al portero y averiguó que su excelencia era un asiduo del local: el día anterior y también el anterior a aquél había estado de farra en el restaurante y era de suponer que también lo estaría esa noche.

Como aún quedaba mucho tiempo para la cena, Varia decidió dar un paseo por la elegante Kalia-Mogoshoa, que, después de la vida en el campamento, le resultó tan impresionante como la misma avenida Nevsky: elegantes carruajes, marquesinas a rayas en los escaparates de las tiendas, exultantes bellezas sureñas, morenos de postal con levitas celestes, blancas y hasta rosas, y uniformes, uniformes y más uniformes. Se oía más ruso y francés que rumano. En un café de los lujosos, Varia se tomó dos tazas de cacao y comió cuatro pasteles. Y estaba a punto de derretirse de satisfacción, cuando por la calle se miró distraídamente en el escaparate de una tienda de sombreros. No pudo contener un grito. ¡Ahora comprendía por qué los hombres desviaban la vista al cruzarse con ella o la miraban sin verla!

Aquella especie de fregona embutida en un desteñido vestido lila, con un aplastado sombrero de paja sobre la cabeza, ofendía el buen nombre de la mujer rusa. ¡Mientras por las aceras se paseaban todas aquellas vampiresas, vestidas a la ultimísima moda de París!

Varia llegó muy tarde al restaurante. Se había citado con McLoughlin a las siete, pero apareció a las nueve. El corresponsal del *Daily Post*, un auténtico *gentleman*, había

aceptado el encuentro con resignación (no podía ir sola al restaurante, pues la tomarían por una cortesana), y tampoco dejó escapar una palabra de reproche por su retraso, pero tenía un aspecto profundamente desdichado. Nada grave: quien la hace, la paga. La había atormentado todo el viaje con sus conocimientos meteorológicos, ¡pues que fuese útil ahora!

Todavía no se veía a Lukan en el salón y Varia, compasivamente, pidió a McLoughlin que le explicara otra vez cómo se realizaba la antigua defensa india. El irlandés, que no había advertido en Varia ningún cambio (había empleado en la tarea más de seis horas y gastado casi todo el dinero del viaje, seiscientos ochenta y seis rublos), le respondió secamente que no conocía esa variante ajedrecística. Entonces Varia tuvo que preguntarle si siempre hacía tanto calor a finales de julio por aquellas latitudes. Y resultó que sí, que siempre, pero que era una fruslería si se comparaba con la húmeda calina de Bangalore.

Cuando a las diez y media las puertas doradas del restaurante se abrieron completamente para dejar paso al descendiente del legado romano, que ya iba algo bebido, Varia le recibió como a un viejo amigo: se puso en pie de un salto y le saludó con la mano con gran cordialidad.

Pero surgió una complicación inesperada, en la forma de una rolliza mujer de pelo castaño que iba cogida del brazo del coronel. La complicación miró a Varia con rencor evidente y la muchacha se quedó confusa: ¡cómo no se le había pasado por la cabeza que Lukan podía estar casado!

Pero el coronel zanjó el problema con resolución verdaderamente militar: dio un cachete a su acompañante un poco más abajo del trasero y la mujer del cabello castaño se retiró indignada, después de mascullar entre dientes algo venenoso. Evidentemente no era su mujer, pensó Varia, y su perplejidad aumentó.

—¡Nuestra florecilla campestre ha abierto sus pétalos y se ha convertido en una hermosa rosa! —gritó Lukan, abalanzándose sobre Varia desde el otro extremo de la sala—. ¡Qué vestido! ¡Qué sombrero! ¡Dios mío!, ¿acaso estamos en los Champs Elysées?

Fatuo y vulgar, cierto, pero de todos modos agradable al oído. Varia le permitió incluso que le besara la mano, traicionando sus principios en aras de la tarea encomendada. El coronel saludó con la cabeza al irlandés con indolente condescendencia (no era un rival) y, sin aguardar la invitación, se sentó a la mesa. A Varia le pareció que McLoughlin también se alegraba de la llegada del rumano. ¿Se habría cansado de hablar del clima? No, no lo creía.

Los camareros se acercaron llevando ya la cafetera y el bizcocho corriente que había encargado el ahorrativo corresponsal, pero también con una botella de vino, dulces, fruta y queso.

—¡Se acordará usted de Bucarest! —prometió Lukan—. ¡En esta ciudad todo me pertenece!

—¿En qué sentido? —preguntó el irlandés—. ¿Posee un gran patrimonio

inmobiliario?

El rumano no se dignó responder.

—Felicíteme, *mademoiselle*. ¡Mi informe ha sido valorado como se merecía y en poco tiempo ascenderé!

—¿De qué informe habla? —se interesó de nuevo McLoughlin—. ¿Qué ascenso es éste?

—Un ascenso que espera toda Rumania —proclamó el coronel dándose importancia—. Ahora está claro que el zar ha sobrevalorado a su ejército. Sé por fuentes absolutamente fidedignas —dijo bajando significativamente la voz e inclinándose hacia Varia hasta casi cosquillarle las mejillas con su torcida nariz— que el general Kridener va a ser destituido de la jefatura del Destacamento Occidental del ejército y que las tropas que asedian Plevna pasarán al mando de nuestro príncipe Karl.

McLoughlin sacó un cuadernito de su bolsillo y comenzó a tomar notas.

—¿No le apetece pasear por el Bucarest nocturno, *mademoiselle* Varvara? —le susurró Lukan a Varia en el oído aprovechando la pausa—. Le enseñaré algo que nunca verá en su capital del Norte. Le juro que será inolvidable.

—¿Es una decisión del zar ruso o simplemente un deseo del príncipe Karl? —preguntó el meticuloso periodista.

—El deseo de su alteza es más que suficiente —cortó el coronel en tono desabrido—. Sin Rumania y su valeroso ejército de cincuenta mil hombres, los rusos están perdidos. ¡Oh, señor corresponsal!, a mi país le espera un gran futuro. Pronto, muy pronto, el príncipe Karl será proclamado rey. Y este humilde servidor suyo —añadió volviéndose hacia Varia— se convertirá en un personaje importante. Quizá hasta me nombren senador. Mi perspicacia ha sido valorada en su justa medida. ¿Qué me dice de ese romántico paseo? Insisto en ello.

—Lo pensaré —prometió ella vagamente mientras buscaba la manera de reconducir la conversación a su anterior cauce.

Justo en ese momento Zurov y D'Hevrais entraron en el restaurante, una aparición bastante inoportuna desde el punto de vista de la misión, pero que alegró a Varia: su presencia calmaría a Lukan.

El coronel siguió la dirección de su mirada y refunfuñó, descontento:

—Vaya, el Royal parece hoy una rambla. Hubiera sido mejor coger un reservado.

—Buenas noches, señores —saludó alegremente Varia a sus amigos—. Parece que Bucarest es pequeño, ¿no? Precisamente el coronel se estaba vanagloriando de su perspicacia militar. Había predicho que el asalto de Plevna terminaría en fracaso.

—¿Es cierto eso? —preguntó D'Hevrais mirando atentamente a Lukan.

—¡Qué aspecto tan maravilloso el suyo, Varvara Andreevna! —exclamó Zurov sentándose—. ¿Qué celebran ustedes? ¡Eh, camarero, traiga unas copas!

El rumano bebió un trago de coñac y miró sombríamente a los dos hombres de los pies a la cabeza.

—¿A quién se lo predijo usted? ¿Cuándo? —arrugó el ceño McLoughlin.

—En un informe que envió a su soberano —aclaró Varia—. Y su sagacidad se ha valorado como debía.

—Sírvanse, señores, beban —ofreció Lukan invitándoles con un amplio movimiento del brazo y levantándose con energía—. Cárguenlo todo a mi cuenta. Mientras tanto, nosotros, la señorita Suvorova y yo, daremos un paseo en coche. Me lo ha prometido.

D’Hevrais enarcó las cejas con sorpresa y Zurov exclamó incrédulo:

—¿Es cierto lo que oyen mis oídos, Varvara Andreevna? ¿Se marcha usted con Luka?

Varia estaba al borde de un ataque de nervios. Irse con Lukan significaba manchar su reputación para siempre, eso sin contar que el final de aquel paseo no estaba muy claro. Pero negarse era frustrar la misión que le habían encomendado.

—Señores, ahora vuelvo —dijo con voz débil, y echó a andar rápidamente hacia la salida. Tenía que ordenar sus ideas.

Se detuvo en el *foyer* ante un espejo con volutas de bronce y se llevó la mano a la frente, enfebrecida. ¿Qué debía hacer? Subir a su habitación, encerrarse con llave y no responder a nadie que llamara a la puerta. Perdóname, Petia. No permita que le castiguen, señor consejero titular, pero ya ve que Varvara Suvorova no sirve como espía.

El chirrido de la puerta la puso en guardia. En el espejo, justo a su espalda, apareció el rostro congestionado y furioso del coronel.

—¡Perdone, *mademoiselle*, pero a Mijail Lukan nadie le trata de esta manera! ¡Al principio se me insinúa y después me deja en mal lugar delante de todo el mundo! ¡Se ha equivocado usted de hombre! ¡Ya no está en el club de prensa del campamento sino en mi ciudad, entre los míos!

La galantería del futuro senador se había evaporado sin dejar huella. Sus ojos, entre castaños y amarillentos, echaban chispas.

—Salgamos, *mademoiselle*, el coche nos espera. —Y apoyó sobre el hombro de Varia una mano morena y velluda con unos dedos inusualmente fuertes, como forjados en hierro.

—¡Se ha vuelto loco, coronel! ¡Yo no soy su cortesana! —gritó Varia, mirando a su alrededor.

En el *foyer* había mucha gente, en su mayoría civiles con chaquetas veraniegas y oficiales rumanos, que seguían la picante escena con curiosidad, sin que ninguno pareciera dispuesto a intervenir en ayuda de la dama (si es que se trataba de tal).

Lukan les dijo algo en su lengua y los espectadores sonrieron comprensivamente.

—¿Has bebido demasiado, Marusia? —preguntó uno en ruso, y todos se echaron a reír con más fuerza.

El coronel rodeó con autoridad el talle de Varia y la empujó hacia la puerta con tanta soltura que resultaba imposible oponerse.

—¡Es usted un sinvergüenza! —gritó nuevamente Varia, intentando abofetearle la cara, pero Lukan le agarró la muñeca.

Su rostro, que había acercado hasta casi rozarla, olía a colonia y a vahos de alcohol. «Voy a vomitar», pensó Varia, asustada.

Entonces, la mano del coronel se aflojó por sí sola. Se oyó primero un golpe sordo y luego un chasquido sonoro y el ofensor de Varia voló contra la pared. Una de sus mejillas tenía el color de la púrpura a causa de la bofetada, mientras la otra estaba blanca por efecto del violento puñetazo que había recibido. A dos pasos de él, hombro con hombro, estaban D'Hevrais y Zurov. El corresponsal movía los dedos de la mano derecha, mientras el húsar se friccionaba el puño izquierdo.

—Entre los aliados se ha cruzado un gato negro —constató Ippolit—. Y esto es sólo el principio, Lukan. Le aseguro que no escapará de ésta sin una buena paliza. Ese modo de tratar a una dama se merece un agujero en la piel.

D'Hevrais no dijo nada: se despojó en silencio de uno de sus guantes blancos y se lo tiró al rumano a la cara.

Lukan apartó la cabeza instintivamente. Luego enderezó el cuerpo y se limpió el pómulos. Miró a uno y otro hombre. Lo que más sorprendía a Varia era que los tres parecían haberse olvidado de su existencia.

—¿Me están retando a un duelo? —preguntó el coronel con voz ronca, como articulando con dificultad las palabras—. ¿Los dos a la vez o por separado?

—Elija a quien más le guste —repuso seca y despectivamente D'Hevrais—. Y si la suerte le sonríe con el primero, tendrá que vérselas con el segundo.

—¡Ah, eso sí que no! —Se enfadó el conde—. De ninguna manera. Yo he sido el primero en hablar de agujeros en la piel, así que el duelo a pistola será conmigo.

—¿A pistola, dice? —sonrió Lukan repulsivamente—. Nada de eso, señor tahúr, soy yo quien elige. Sé muy bien que usted y el *monsieur* escritorzuelo son unos magníficos tiradores, pero estamos en Rumania y nos batiremos a nuestra manera, a la valaca.

Gritó algo a los que observaban la escena y algunos oficiales rumanos se apresuraron a desenvainar sus sables y se los tendieron con las empuñaduras hacia delante.

—Escojo a *monsieur* el periodista —dijo el coronel haciendo crujir los dedos y empuñando su sable. Se le había disipado la borrachera y recobraba rápidamente el ánimo—. Coja uno de los aceros y sea tan amable de seguirme al patio. Primero le atravesaré a usted de punta a punta y luego cortaré las orejas a ese matón.

Los presentes aprobaron con alborozo las palabras de Lukan e incluso alguno exclamó: «¡Bravo!».

D'Hevrais se encogió de hombros y tomó el sable que tenía más cerca. McLoughlin, asustado, intentó detenerle:

—¡Deténgase, Charles, no sea loco! ¡Es absurdo! ¡Va a matarle! ¡La lucha con sable es una costumbre balcánica, y usted no la domina!

—Me enseñaron esgrima y esto es casi lo mismo —replicó el francés, imperturbable, sopesando el arma con la mano.

—¡Señores, no lo hagan! —Recuperó Varia por fin la voz—. Todo ha ocurrido por mi culpa. El coronel había bebido un poco y estoy segura de que no ha querido ofenderme. ¡Por favor, déjenlo ya! ¡Olviden esta tontería! ¿No ven en qué situación me dejan? —Su voz tembló lastimeramente, pero nadie atendió su súplica.

Sin mirar a la dama por cuyo honor había comenzado en realidad todo aquello, la multitud masculina, conversando entre sí animadamente, emprendió la marcha por el pasillo en dirección al patio interior del edificio. Sólo McLoughlin se quedó con Varia.

—¡Qué estupidez! —comentó despectivamente—. ¿Ha aprendido espada, dice? Yo he visto manejar el sable a estos rumanos. Ni marcan la tercera posición, ni tampoco dicen: «¡En guardia!» Va a cortarle en rodajas, como a una salchicha. ¡Qué pluma va a perderse, y de qué forma tan idiota! Son arrogancias de francés. Y al pavo real de Lukan no le pasará nada. Lo meterán en la cárcel, pero saldrá libre con la amnistía que proclamarán para festejar la victoria. Si estuviéramos en Gran Bretaña...

—¡Dios mío, Dios mío, qué puedo hacer! —gimió Varia confundida, sin escucharle—. Todo por mi culpa.

—La coquetería, señorita, es un gran pecado —convino con ella fácil e inesperadamente el irlandés—. Ya en los tiempos de la guerra de Troya...

Desde el patio llegó un unánime clamor de voces masculinas.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha terminado ya todo? —Varia se llevó la mano al corazón—. ¡Dios mío, qué rápido! ¡Vaya a ver, Seamus, se lo ruego!

McLoughlin calló un momento y aguzó el oído. En su bondadoso rostro se marcaba la angustia; estaba claro que el corresponsal no quería salir al patio.

—¿A qué espera? —le apremió Varia—. Quizá necesiten atención médica. ¡Ah, cómo es usted! —Y se precipitó por el pasillo, pero a la mitad del recorrido vio a Zurov, que regresaba entre un tintineo de espuelas.

—¡Qué lástima, Varvara Andreevna! —le gritó éste todavía desde lejos—. ¡Qué pérdida tan irreparable!

Desesperada, Varia se apoyó en el muro con la barbilla temblorosa.

—¡Cómo hemos podido los rusos perder la tradición de los duelos con sable! —continuó Ippolit con voz afligida—. ¡Qué hermoso, qué espectacular, qué maravilla! ¡Qué distinto a ese bang-bang, y ya está! ¡Aquí todo es *ballet*, un poema, una ópera!

—Zurov, ¡deje de decir tonterías! —suplicó Varia—. Hable claro, por Dios, ¿qué ha pasado?

—¡Oh, tenían que haberlo visto! —El capitán miró a los dos, excitado—. Todo ha sucedido en diez segundos. Imagínense. Un patio pequeño y sombrío. Suelo de piedra, luz de faroles. Nosotros, los espectadores, estamos en la galería y abajo están sólo ellos dos, D’Hevrais y Lukan. El aliado hace unos ejercicios preparatorios: agita

el sable, dibuja un ocho con él, lanza una hoja de roble y la corta en dos. El público aplaude, entusiasmado. El francés aguarda inmóvil a que nuestro pavo real acabe de lucirse. Entonces Luka se lanza hacia delante y rasga el aire con el arma, como arrancándole una nota de violín, pero D'Hevrais, sin moverse del sitio, echa el cuerpo hacia atrás, evita el golpe y, como un relámpago, no sé de qué manera, desgarrar el cuello del rumano con la punta afilada de su sable. El coronel boquea, se derrumba en el suelo boca abajo, las piernas se le estremecen y, eso es todo, jubilado y sin derecho a pensión. Final del duelo.

—¿Se han acercado a examinarle? ¿Estaba muerto? —preguntó rápidamente el irlandés.

—Más muerto imposible —le aseguró el húsar—. Su sangre ha formado un Ladoga. Pero, Varvara Andreevna, ¿por qué se aflige así? ¡Ha perdido usted el color de la cara! Venga, apóyese en mí. —Y abrazó con ganas a Varia por el costado; resultó de lo más oportuno en aquel momento.

—¿Y D'Hevrais? —balbució ella.

Zurov subió la mano talle arriba como por descuido y respondió con indolencia:

—¿Que dónde está? Ha ido a entregarse a la autoridad militar. Naturalmente, no van a felicitarle por lo que ha hecho, pero al fin y al cabo no ha destripado a un terrateniente sino a un coronel. Lo enviarán de vuelta a Francia, en el mejor de los casos. Mire, le voy a desabrochar este botón, así respirará mejor.

Pero Varia no escuchaba ni veía nada. Había perdido la honra, pensaba. Ya nunca la considerarían una mujer decente. Se había excedido jugando con fuego: su misión de espionaje había terminado. Sólo era una tonta y una frívola, y los hombres, unas fieras. Por su culpa había muerto un hombre. No volvería a ver a D'Hevrais. Y lo más terrible de todo: había cortado el único hilo que les conducía a la telaraña enemiga.

¿Qué diría Erast Petrovich?

Capítulo Octavo

Donde Varia ve al ángel de la muerte

El Noticiero Gubernamental (San Petersburgo)
30 de julio (11 de agosto) de 1877

A pesar de los atormentadores accesos de gripe epidémica y de disentería, el zar ha pasado los últimos días visitando los hospitales, que se encuentran repletos de heridos y de enfermos de tifus. Su alteza imperial muestra con los pacientes una amabilidad tan sincera que, sin pretenderlo, crea en estos encuentros una atmósfera muy cordial. Los soldados se lanzan como niños a sus regalos, mostrando una alegría extraordinariamente ingenua. El que escribe estos párrafos pudo constatar en más de una ocasión cómo los hermosos ojos azules de nuestro zar se inundaban de lágrimas. Y es que resulta imposible presenciar esas escenas sin un especial sentimiento de piadosa emoción.

Lo que dijo Erast Petrovich fue lo siguiente:

—Ha tardado usted mucho tiempo en volver, Varvara Andreevna, se ha perdido cosas muy interesantes. En cuanto recibí su te-telegrama ordené que efectuaran una minuciosa inspección de la tienda y los objetos personales del fallecido. No encontramos nada especialmente llamativo. Pero anteayer nos enviaron desde Bucarest los documentos y papeles que encontraron en poder de Lukan. ¿Y qué cree que ha aparecido?

Varia levantó temerosamente la vista, atreviéndose por primera vez desde su regreso a mirar al consejero titular a la cara. En la mirada de Fandorin no leyó pena ni, lo que sería todavía peor, menosprecio, sólo concentración y, quizá, audacia. Mas el alivio que sintió se transformó inmediatamente en vergüenza: se había retrasado a propósito, por miedo a la vuelta al campamento, y había estado lamentándose continuamente por su preciada reputación, pero se había olvidado por completo de la misión que tenían entre manos, como una egoísta.

—¡Hable, vamos! —apremió a Fandorin, que observaba con curiosidad la lágrima que le caía a la joven por la mejilla.

—Le ruego que sea bondadosa y me pe-perdone por haberla implicado en esta historia —le rogó Erast Petrovich sintiéndose culpable—. Esperaba cualquier cosa menos algo así...

—¿Qué ha encontrado usted en los documentos de Lukan? —le interrumpió Varia con aspereza, consciente de que iba a echarse a llorar sin remedio si la conversación

no volvía al cauce original.

O su interlocutor lo intuyó o simplemente consideró que el tema ya estaba agotado, pues no profundizó más en el episodio de Bucarest.

—Unas interesantísimas anotaciones. Mire, mire esto.

Sacó del bolsillo una bonita agenda revestida de brocado y la abrió por la página que tenía señalada. Varia recorrió con la vista una columna de cifras y letras:

19= Z-1500

20= Z-3400-i

21= J+5000Z-800

22= Z-2900

23= J+5000Z-700

24= Z-1100

25= J+5000Z-1000

26= Z-300

27= J+5000Z-2200

28= Z-1900

29= J+15000Z+i

La repasó de nuevo lentamente y luego otra vez más. Se moría de ganas de dar alguna prueba de agudeza.

—¿Son cifras aisladas? No, una numeración correlativa... ¿Una lista? ¿El número de regimientos? ¿El número de soldados? ¿Tal vez una relación de bajas y tropas de repuesto? —preguntó Varia apresuradamente, arrugando la frente—. Entonces, ¿Lukan era de verdad un espía? ¿Qué significan estas letras, «Z», «J» e «i»? ¿No serán fórmulas o ecuaciones?

—Está usted halagando al difunto, Varvara Andreevna, todo es más sencillo. Si fueran ecuaciones, serían bastante simples, de una sola incógnita.

—¿De una, dice? —se sorprendió Varia.

—Mírelas bien. La primera co-columna, está claro, son las fechas. Lukan pone después el signo «igual», dos rayas paralelas; del día diecinueve al veintinueve de julio según el calendario occidental. ¿Qué hizo el coronel en esos días?

—¡Yo qué sé! No iba detrás de él. —Pero Varia pensó un momento—. Supongo que estaría en el cuartel general o visitando nuestras posiciones.

—No vi a Lukan visitar una sola vez nuestras po-posiciones en el frente. En realidad, siempre me lo encontraba en el mi-mismo sitio.

—¿En el club de prensa?

—Exacto. ¿Qué solía hacer allí?

—Nada en particular. Se enfrascaba en los naipes.

—¡Bra-bravo, Varvara Andreevna!

La muchacha repasó otra vez la lista.

—¡Así que lo que anotaba era el recuento de sus apuestas de juego! Después de la «Z» siempre hay un signo «menos», y después de la «J» un signo «más». O sea, que con la «Z» anotaba las pérdidas y con la «J» las ganancias. ¿Eso es todo? —Decepcionada, Varia se encogió de hombros—. ¿Y dónde está el espionaje?

—Lo suyo no era espionaje. El espionaje es un arte y esto era un vulgar caso de so-soborno, una traición. El diecinueve de julio fue la víspera del primer ataque a Plevna. Ese día el fanfarrón de Zurov se presentó en el club y logró que Lukan se enzarzara en una partida de cartas.

—¿Quiere decir que la «Z» es Zurov?! —exclamó Varia—. Espere un momento... —Y empezó a murmurar mirando las cifras—. Cuarenta y nueve..., me llevo siete..., ciento cuatro... —Luego hizo balance—. Entonces, perdió quince mil ochocientos rublos con Zurov. Eso concuerda, pues Ippolit también habló de quince mil rublos. Y la «i», ¿qué significa?

—Su-supongo que la famosa sortija, «inel» en rumano. Lukan la perdió el veinte de julio en una apuesta y el veintinueve la recuperó.

—¿Y quién será la «J»? —Varia se pasó la mano por la frente—. Me parece que no había ningún jugador cuyo nombre comenzara por «J». Lukan le ganó a este hombre..., humm, veamos... ¡Ajá! ¡Treinta y cinco mil rublos! No recuerdo que el coronel ganara ninguna apuesta por esa cantidad, seguro que se habría jactado de ello.

—No había motivo para jactarse. Ese dinero no corresponde a una ganancia de juego, sino al pago de una traición. La primera vez que el misterioso «J» entregó dinero al coronel fue el veintiuno de julio, justo cuando Lukan perdía con Zurov a manos llenas. Luego nuestro desconocido mecenas entregó al fallecido ci-cinco mil rublos cada dos días: el veintitrés, el veinticinco y el veintisiete de julio. Eso le permitió seguir jugando con Ippolit. El veintinueve de julio Lukan recibió de golpe quince mil rublos. Yo me pregunto, ¿por qué ta-tanto dinero precisamente el día veintinueve?

—¡Porque vendió el segundo plan de ataque contra Plevna! —exclamó Varia, excitada—. El asalto fatídico se produjo el treinta de julio, ¡justo al día siguiente!

—¡Bravo nuevamente! Eso explica la portentosa clarividencia de Lukan y la pasmosa pu-puntería de la artillería turca, que barrió nuestras columnas de zonas enteras y todavía en las maniobras de aproximación.

—¿Pero quién puede ser «J»? ¿No sospecha usted de nadie?

—¡Claro que sí! —farfulló Fandorin comiéndose las palabras—. So-sospecho... Pero hay algo que no encaja aún.

—Entonces, ¿sólo con desenmascarar a ese «J» dejarán en libertad a Petia, tomarán Plevna y la guerra se acabará?

Erast Petrovich se quedó pensativo un momento, arrugó su tersa frente y respondió con voz grave:

—Su cadena lógica no es del todo correcta, pero en principio tiene razón.

Aquella noche Varia no se atrevió a ir al club de prensa. Era seguro que todos la considerarían la verdadera culpable de la muerte de Lukan (nadie conocía su traición) y de la expulsión del apreciado D'Hevrais. El francés no había vuelto aún de Bucarest. Según Erast Petrovich, el duelista seguía bajo arresto y le habían dado veinticuatro horas para abandonar el territorio del principado de Rumania.

Con la esperanza de encontrar a Zurov, o al menos a McLoughlin, y averiguar con qué severidad la juzgaba la opinión pública, la pobre Varia paseaba en círculos alrededor de la tienda de prensa, engalanada con sus banderines multicolores. No tenía adónde ir y no le apetecía volver a su tienda. Las hermanas de la caridad, aquellas criaturas tan admirables pero tan limitadas, se pondrían otra vez a chismorrear sobre quién era el médico o el barbero más simpático del campamento, o sobre si el teniente manco de la sala dieciséis, Shtrumpf, había propuesto matrimonio a Nastia Prianishnikova en serio.

Por fin la cortina del club se movió y Varia vio surgir aquella figura rechoncha, tan conocida, con el uniforme azul de gendarme. Se volvió rápidamente, fingiendo contemplar la vista, ya casi odiosa, de la aldea de Bogot, donde se asentaba el cuartel general del comandante en jefe. ¿Dónde estaría la justicia? ¡Kazanzaki, ese infame y vergonzante opríchniki, esa especie de parapolicía que se dedicaba a sembrar el terror, entraba y salía del club de prensa como de su casa, mientras ella, una víctima inocente de las circunstancias, deambulaba por un camino polvoriento, como una vulgar prostituta! Varia sacudió la cabeza, indignada, decidida a regresar a su tienda, cuando oyó a su espalda la voz zalamera del odioso griego:

—¡Señorita Suvorova! ¡Qué encuentro tan agradable!

Varia se giró con una mueca, convencida de que a la insólita cortesía del teniente coronel le seguiría inmediatamente un mordisco de serpiente.

Kazanzaki la observaba, distendiendo sus gruesos labios en una sonrisa, con una mirada inexplicable, casi interrogativa.

—Todo el mundo habla de usted en el club. La esperan con impaciencia. No todos los días se cruzan los aceros por una bella dama y, mucho menos, con resultado mortal.

Varia frunció el entrecejo con desconfianza, esperando alguna maldad, pero el policía esbozó una sonrisa todavía más melosa.

—El conde Zurov lleva varios días contando el incidente con todo lujo de detalles y, por si fuera poco, está ese artículo...

—¿De qué artículo habla? —Se sobresaltó Varia.

—¡Cómo!, ¿no lo ha visto? Nuestro amigo D'Hevrais se desahoga en una página entera de la *Revue Parisienne* describiendo el duelo. Una cosa romántica. La menciona a usted como *la belle mademoiselle S*.

—Entonces —la voz de Varia tembló ligeramente—, ¿nadie me considera culpable?

Kazanzaki arqueó sus pobladas cejas.

—Sólo McLoughlin y Perepiolkin. Pero bueno, uno es un gruñón y el otro viene por el club sólo para seguir a Soboliev. Por cierto, Perepiolkin se ha ganado una medalla de San Jorge en la última batalla. ¡No sé con qué méritos! Eso es estar en el sitio adecuado en el momento adecuado.

El teniente coronel chasqueó la lengua con envidia y volvió con cautela al tema:

—Todo el mundo se preguntaba dónde se escondía nuestra heroína, y resulta que la heroína está ocupada en importantes asuntos de Estado. Bien, señorita, ¿qué le ronda por la cabeza a nuestro perspicaz señor Fandorin? ¿Qué conclusiones ha sacado de las enigmáticas notas de Lukan? No se sorprenda, Varvara Andreevna, me hallo al corriente de la situación. Al fin y al cabo estoy al mando de la Unidad de Inteligencia.

«¡Vaya —pensó Varia mirando de reojo al teniente coronel—, de modo que eso es lo que le interesa! Lo suponía. ¡Qué prisa se da!».

—Erast Petrovich me ha hablado del asunto, pero no lo he entendido muy bien —respondió moviendo cándidamente las pestañas—. Algo de una «Z» y algo de una «J». Será mejor que le pregunte personalmente al consejero titular. En cualquier caso, lo que está claro es que Petr Afanasievich Yavlokov no ha sido culpable de nada.

—Quizá no sea culpable de un delito de traición, pero sí de una imprudencia criminal. —La voz del gendarme recobró su conocido timbre acerado—. Por el momento, será mejor que su novio siga a la sombra, no le sentará mal. —Kazanzaki cambió al instante de tono, recordando que ese día representaba un papel muy distinto—. Todo se arreglará. Yo, Varvara Andreevna, no soy un hombre ambicioso y estoy siempre dispuesto a reconocer un error. Vea por ejemplo lo que pasó con el incomparable *monsieur* D’Hevrais. Sí, lo reconozco, le interrogué y sospeché de él, pero tenía razones fundadas para hacerlo. Por culpa de aquella célebre entrevista suya al coronel turco nuestros jefes militares cometieron un error. Yo mantenía la hipótesis de que el bey Alí era un personaje imaginario que el francés había inventado por vanidad periodística u otras razones menos inocentes. Pero ahora comprendo que fui injusto. —Kazanzaki bajó la voz confidencialmente—. Hemos recibido informes de nuestro espía en Plevna. Es cierto que un tal bey Alí forma parte del círculo del pachá Osmán, como ayudante suyo o consejero. Casi nunca se muestra en público. Nuestro agente ha logrado verlo de lejos, pero sólo ha distinguido su poblada barba negra y unas gafas oscuras. D’Hevrais, por cierto, también mencionó lo de la barba.

—¿Barba y gafas? —Varia también bajó la voz—. ¿No será el hombre del que hablaron? Ese... ¿cómo se llama? ¿El efendi Anwar?

—¡Chiss! —Kazanzaki miró nerviosamente a todos lados y prosiguió con voz aún más débil—. Sí, yo estoy seguro de que se trata de él. Un hombre muy astuto. Vea con qué facilidad engañó a nuestro corresponsal. Sólo cuatro batallones, dijo, y el grueso del ejército tardará en llegar. Una treta sencilla, pero con mucho estilo. Y nosotros, imbéciles, nos tragamos el anzuelo.

—Entonces, si D’Hevrais no tuvo la culpa del fracaso del primer asalto a Plevna

y, además, ha matado al traidor de Lukan, ¿no está claro que es una injusticia expulsarlo del país? —preguntó Varia.

—Sí, es cierto. El pobre ha tenido mala suerte. —El coronel agitó la mano y, cambiando de tema, se acercó más a ella—. Ya ve, Varvara Andreevna, que estoy siendo sincero con usted. Hasta le he confiado una información secreta. Usted, en cambio, no quiere compartir conmigo una menudencia. Copié las notas del cuadernito de Lukan, pero llevo tres días liado con ellas en vano. Primero creí que era un texto cifrado, pero no lo parece. ¿Un simple recuento de efectivos o del movimiento de tropas? ¿Un cálculo de bajas y refuerzos? Vamos, dígame, ¿qué opina Fandorin?

—Sólo le diré una cosa. Todo es mucho más sencillo de lo que parece —dejó caer Varia con voz condescendiente y despectiva, y, tras retocarse el sombrerito, se alejó con paso grácil hacia el club de prensa.

Los preparativos para el tercer y definitivo asalto se prolongaron durante todo aquel abrasador mes de agosto. A pesar de que las maniobras se rodearon del más riguroso secreto, en el campamento se comentaba abiertamente que la batalla tendría lugar el día 30, coincidiendo con la onomástica del zar. La infantería y la caballería ensayaban sus movimientos conjuntos por los valles y las colinas circundantes desde el amanecer hasta la puesta de sol. Las piezas de artillería de campaña y sitio se arrastraban por los caminos de día y de noche. Daba lástima contemplar a los extenuados soldados con las guerreras empapadas en sudor, los quepis grises de polvo y unos pañuelos para protegerse del sol. Pero el humor general era vengativamente alegre, como si todos dijeran: «Basta, se nos ha acabado la paciencia. Los rusos nos movemos despacio pero llegamos pronto, y vamos a aplastar esa molesta mosca de Plevna con todo el poder de nuestra zarpa de oso».

Tanto en el club de prensa como en la cantina de oficiales, donde comía Varia, todo el mundo se convirtió de repente en estrategia militar: se dibujaban planos, se citaban los nombres de los pachás turcos y se pronosticaba en qué punto del frente se asestaría el golpe principal. Soboliev se acercó varias veces al club, pero se mantenía enigmático y solemne; no jugaba al ajedrez, miraba a Varia con respeto y ya no se quejaba de su mala suerte. Un oficial del cuartel general susurró que le habían concedido un papel, no crucial pero sí muy importante, en el próximo ataque, donde iba a tener dos brigadas y un regimiento a su mando. Por fin comenzaban a apreciar a Mijail Dimitrievich en su justo valor.

La animación reinaba en el ambiente y Varia intentaba por todos los medios participar de ese entusiasmo sin conseguirlo. Las conversaciones sobre refuerzos, emplazamientos y comunicaciones la aburrían mortalmente. Seguían sin permitirle visitar a Petia. Fandorin estaba más lúgubre que la noche y respondía a sus preguntas con bufidos incomprensibles. Zurov aparecía siempre acompañando a su jefe, miraba a Varia con ojos de lobo cautivo y al camarero Semien con expresión lastimera, pero ni jugaba a las cartas ni pedía vino: en el destacamento de Soboliev imperaba una

disciplina férrea. El húsar se quejaba a escondidas de que «Yeronka», como denominaba a Perepiolkin, había tomado las riendas y no dejaba respirar a nadie. Y Mijail Dimitrievich le protegía y no permitía que nadie se metiera con él. ¡Que empezara de una vez el asalto!

El único acontecimiento significativo que sucedió en el campamento en aquellos últimos días fue el regreso de D'Hevrais. Por lo visto, había aguardado a que pasara la tormenta en Kisinevy, cuando le comunicaron su absoluta rehabilitación, regresó a toda prisa al teatro de las operaciones bélicas. Pero incluso el francés, cuya presencia siempre animaba a Varia, se mostraba distinto. Ya no la entretenía con sus interesantes historias, evitaba hablar del incidente de Bucarest y se dedicaba a correr por el campamento tratando de recuperar el mes perdido y escribiendo crónicas sin parar para su *Revue*. En resumen, se podía decir que Varia se sentía como la noche del hotel Royal, cuando los hombres, al olor de la sangre, parecieron liberarse de ciertas ataduras y se olvidaron por completo de su existencia. Una prueba más de que el varón, por su naturaleza, está muy cerca del mundo animal; de que sus orígenes salvajes se evidencian más en él que en la mujer y, por tanto, la variedad superior del *homo sapiens* es más propia de la hembra, un ser más evolucionado, fino y complejo. Lástima que no tuviera a nadie con quien compartir sus pensamientos. Ante esas cuestiones, las hermanas de la caridad sólo respondían con unas risas tímidas que se apresuraban a reprimir, y Fandorin se limitaba a cabecear distraídamente volviendo a reflexionar sobre sus cosas.

En resumen, se vivían tiempos malos y aburridos.

Mas al amanecer del día 30 de agosto un estrépito infernal despertó a Varia. La primera tanda de cañonazos había comenzado. Erast Petrovich le había explicado la víspera que, además del habitual bombardeo previo de la artillería, los rusos iban a someter también a los turcos a la guerra psicológica: el último grito en el arte de la lucha. Al primer rayo de sol, cuando los fieles musulmanes realizaran su primera oración, trescientos cañones rusos y rumanos abrirían fuego a discreción contra las posiciones turcas, y a las nueve en punto el bombardeo se interrumpiría. El pachá Osmán creería que comenzaba el ataque y enviaría a sus tropas de refuerzo a los puestos de vanguardia. Pero no ocurriría nada de eso: los aliados no se moverían de su sitio, y sobre los amplios espacios de los alrededores de Plevna seguiría reinando el más completo silencio. A las once en punto de la mañana, caería sobre los confundidos turcos una nueva cortina de fuego, que se prolongaría esta vez hasta las dos de la tarde. Después, se haría el silencio de nuevo. El enemigo evacuaría rápidamente a sus muertos y heridos, repararía los destrozos y sustituiría los cañones destruidos, pero el ataque tampoco se iniciaría todavía. Los turcos, que no se caracterizaban precisamente por sus nervios de acero, sino que, como todos sabían, mostraban un gran ímpetu momentáneo para doblegarse luego ante una presión prolongada, se verían dominados por la confusión o, mejor, por un auténtico pánico.

Los jefes militares de los musulmanes se acercarían a sus posiciones avanzadas y otearían el horizonte sin comprender lo que estaba pasando. Entonces, a las dos y media de la tarde, se abriría otra vez fuego de artillería contra el enemigo y, media hora después, las columnas aliadas de asalto se lanzarían contra los turcos, que ya tendrían los nervios destrozados por la espera.

A Varia se le encogía el alma imaginando la incertidumbre de los desgraciados defensores de Plevna. Debía resultar terrible aguardar acontecimientos tan decisivos una, dos o tres horas, sin que ocurriese nada. Ella, al menos, no podría soportarlo. Nadie podía negar a los estrategas del Estado Mayor que era una magnífica treta.

«¡Bum bum!, ¡bum bum!», tronaban los pesados cañones de asedio. «¡Bum bum!, ¡bum!», les hacían eco los menos potentes cañones de campaña. «Esto se va a alargar —pensó Varia—, de modo que será mejor que desayune».

Los periodistas, que no estaban al corriente del astuto plan de la artillería, habían marchado a sus puestos de observación cuando todavía era de noche. Los corresponsales tenían que negociar con la cúpula militar el lugar que les sería destinado y, tras largas discusiones, decidieron por mayoría de votos solicitar un otero situado entre Grivitza, donde estaba emplazado el centro del ejército ruso, y la carretera de Lovcha, donde se ubicaba el flanco izquierdo. En un principio la mayoría de los periodistas quería colocarse cerca del flanco derecho, porque se suponía que el ataque decisivo se produciría en ese punto, pero McLoughlin y D'Hevrais convencieron a sus colegas de lo contrario. Su principal argumento fue que, incluso admitiendo que el flanco izquierdo fuera de segundo orden, Soboliev estaba allí y con él siempre estaban aseguradas las noticias.

Después de desayunar con las pálidas hermanas de la caridad, que estaban asustadas por las explosiones, Varia fue a buscar a Erast Petrovich. Pero el consejero titular no estaba ni en el cuartel general ni en la Gendarmería. Varia echó un vistazo en su tienda y se sorprendió de encontrar a Fandorin sentado tranquilamente en su silla de tijera bebiendo café, con un libro en la mano y balanceando una zapatilla de tafilete de punta curva.

—¿No piensa ir al puesto de observación? —preguntó Varia sentándose en la litera, el único sitio donde podía hacerlo.

Erast Petrovich se encogió de hombros. Su rostro resplandecía con un lozano rubor. Se veía que la vida del campamento no sentaba nada mal al antiguo voluntario.

—¡No me dirá que va a quedarse aquí sentado todo el día! D'Hevrais asegura que la batalla de hoy va a ser el asalto más poderoso que se ha realizado nunca contra una plaza fortificada. Incluso más grandioso que la conquista de Malajov-Kurgan.

—A su D'Hevrais le encanta adular —replicó el consejero titular—. Waterloo y Borodino fueron mucho más aparatosas, y no digamos la Batalla de las Naciones en Leipzig.

—¡Pero qué clase de monstruo es usted!... ¡La suerte de Rusia y la vida de miles de personas están a punto de decidirse, y usted se queda aquí, sentado tranquilamente

leyendo un libro! ¡Qué inmoralidad!

—¿Acaso le parece moral contemplar cómo la gente se mata entre sí desde un lugar seguro? —Por fin se oía en la voz de Erast Petrovich, ¡oh, milagro!, la nota de un sentimiento humano: la cólera—. Se lo agradezco de veras, pero ya he visto ese espectáculo y hasta he participado en él. Y le aseguré que no me gusta. Prefiero la compañía de Tá-Tácito. —Y, para demostrarlo, hundió la cara en el libro.

Varia se levantó de un brinco, dio una patada en el suelo y se encaminó hacia la puerta. Entonces oyó la voz de Fandorin a su espalda:

—Tenga mucho cuidado, ¿de acuerdo? Y no dé un paso fuera del puesto de observación. ¡Nadie sabe lo que puede ocurrir!

La muchacha se detuvo en seco y se volvió asombrada hacia Erast Petrovich.

—¿Desde cuándo se preocupa usted por mí?

—Varvara Andreevna, dígame la verdad, ¿qué se le ha perdido a usted allí? Los cañones dispararán un buen rato, luego la infantería se lanzará corriendo hacia delante y se levantarán unas enormes columnas de humo. Usted no verá nada, sólo oirá gritar «¡Hurra-aaa!» a unos y aullar de dolor a otros. Un espectáculo verdaderamente interesante. Su puesto y el mío no están allí, sino aquí, en la retaguardia.

—Escondidos —apuntilló Varia, y dejó al misántropo a solas con su Tácito.

La colina en la que se habían instalado los corresponsales y los observadores militares de los países neutrales resultó fácil de encontrar: desde el camino, abarrotado de carros cargados con municiones, Varia divisó a lo lejos el lienzo blanco que marcaba la posición. Ondeaba con indolencia al viento y en su base se concentraba una auténtica multitud, un centenar de personas como mínimo. El oficial que ordenaba el paso por el sendero y decidía adónde era prioritario llevar los obuses, un capitán con un brazalete en la manga y la voz ronca de tanto gritar, sonrió fugazmente a aquella hermosa dama tocada con sombrerito de encaje y le hizo una seña con la mano:

—Vaya hacia allí, *mademoiselle*, hacia allí. Y tenga cuidado de no desviarse. La artillería enemiga no dispara a la bandera blanca, pero en los demás sitios sí cae de vez en cuando algún proyectil... ¡¿Y tú adónde vas, alcornoque, adónde vas?! ¡Te he dicho que los obuses de dos kilos son para el sexto!

Varia sacudió las riendas del dócil alazán que había tomado de las cuerdas de la enfermería, y enfiló hacia la bandera mirando a su alrededor con curiosidad.

El valle, que se extendía hasta una cadena de bajas colinas desde donde se abrían los accesos a Plevna, estaba sembrado completamente de unos raros islotes. Era la infantería, que, dividida en compañías, esperaba tendida en la hierba la orden de ataque. Los soldados conversaban a media voz, aunque de vez en cuando restallaba una sonora carcajada, siempre algo forzada. Los oficiales fumaban en grupos reducidos. Todos observaron pasar a la amazona con extrañeza e incredulidad, como

si fuera un ser de otro mundo, de un mundo inexistente. La contemplación de aquel valle inquietante, lleno de murmullos, hizo que Varia se sintiese mal. Veía claramente al ángel de la muerte volando en círculos sobre aquella hierba polvorienta, estudiando detenidamente a cada uno de aquellos hombres y marcándoles los rostros con su invisible sello.

Espoleó el caballo con los talones para cruzar cuanto antes aquella siniestra sala de espera.

En el punto de observación, por el contrario, reinaba la animación y hasta una alegre expectación. Se advertía un ambiente como de almuerzo campestre y, de hecho, algunos habían extendido unos manteles blancos en el suelo y comían con apetito.

—¡Pensaba que ya no vendría! —La saludó D’Hevrais, de nuevo incorporado a las tareas informativas y tan excitado como todos los demás. Varia advirtió que llevaba puestas sus famosas botas viejas—. Llevamos aquí de pie, como idiotas, desde el amanecer, pero los oficiales rusos no han desplegado sus tropas hasta el mediodía. El señor Kazanzaki, que ha llegado hace apenas un cuarto de hora, nos ha dicho que el ataque no comenzará hasta las tres de la tarde —explicó el francés apresuradamente y en tono festivo—. Y por lo que veo, también usted conocía los planes por adelantado. Qué mala es usted, *mademoiselle* Varvara, podía haber avisado a sus amigos. Me he levantado a las cuatro de la mañana y madrugar me sienta peor que la misma muerte.

El francés ayudó a desmontar a la joven, la sentó en una silla de tijera y comenzó a ponerla en antecedentes:

—Allí, en aquellas alturas de enfrente, están las posiciones fortificadas de los turcos. ¿Ve las explosiones, ve que se levantan columnas de humo? Ése es el centro exacto de sus posiciones. El ejército ruso y rumano se ha desplegado en paralelo en una línea de unos quince kilómetros. Desde aquí sólo podemos divisar una parte de ese enorme escenario. Fíjese en aquella colina redonda. No, ésa no, aquella otra, donde hay una tienda blanca. Es el cuartel general provisional, el puesto de mando. Ahí están el jefe del Destacamento Occidental, el príncipe rumano Karl, el gran duque Nikolai, comandante en jefe del ejército, y el zar Alejandro en persona. ¡Oh, mire, mire cómo vuelan los proyectiles! Un espectáculo interesante, ¿no cree?

Las trayectorias de humo de los proyectiles se dibujaban como arcos trenzados en el espacio que separaba a los dos ejércitos enemigos, y parecía que alguien hubiera cortado la bóveda del cielo en rodajas, como una sandía o una hogaza de pan. Varia levantó la cabeza y vio tres grandes balones de colores en lo alto: uno bastante cerca, el segundo un poco más allá, exactamente sobre el puesto de mando del zar, y el tercero a lo lejos, en la misma línea del horizonte.

—Eso son globos, Varvara Andreevna —le informó Kazanzaki, aproximándose a ella—. Con ellos y la ayuda del lenguaje de las banderas los artilleros corrigen los ángulos de tiro.

La presencia del policía era ahora más desagradable que nunca. Presa de la emoción, hacía crujir los dedos y movía nerviosamente las aletas de la nariz. Se asemejaba a un vampiro olfateando el olor de la sangre humana. Para demostrar su rechazo, Varia cogió la silla y se alejó de él, pero el teniente coronel no se dio por aludido. Se acercó a ella otra vez y apuntó con el dedo a un lado, detrás de una baja y alargada colina, donde el estrépito era aún más ensordecedor.

—Nuestro común amigo Soboliev, de nuevo con su jugada maestra. Según el plan de ataque, su función debía limitarse a mostrar sus fuerzas delante del reducto Krishinsky, mientras el grueso de nuestro ejército golpeaba las posiciones centrales de los turcos. Pero nuestro ambicioso amigo no ha podido contenerse y, contraviniendo las órdenes, ha lanzado por la mañana un ataque frontal. ¡Además de perder el contacto con nuestras fuerzas, aislado por la caballería enemiga, ha puesto en peligro el éxito de toda la operación! ¡Ya recibirá su castigo!

Kazanzaki sacó del bolsillo un reloj de oro, se quitó el quepis, exaltado, y se santiguó.

—¡Las tres en punto! ¡Comienza el ataque!

Varia miró a su alrededor y vio que todo el valle se ponía en movimiento: los islotes formados por las blancas guerreras comenzaron a ondularse y a acercarse hacia las posiciones de vanguardia. Justo por delante del puesto de observación pasó corriendo una compañía de pálidos soldados, capitaneados por un maduro comandante con bigote que cojeaba a toda prisa.

—¡No os quedéis atrás! ¡Las bayonetas arriba! —gritó con voz estridente y aguda, dirigiendo la vista a todas partes—. ¡Tú, Sementzov, mira allá! ¡Te voy a arrancar la cabeza!

Ante ellos pasaron más compañías dispuestas en columnas, pero Varia siguió con los ojos a la primera, la del comandante veterano y el desconocido Sementzov.

La compañía se desplegó en línea y empezó a avanzar lentamente hacia el lejano reducto enemigo, donde la munición caía ya con más intensidad formando surtidores de tierra.

—Ahora verán lo que es bueno —dijo alguien junto a ella.

A lo lejos, en campo abierto, los proyectiles estallaban por todos lados y apenas se veía nada a causa del humo que se extendía por el suelo. Pero la compañía de Varia continuaba corriendo sin problemas, como si nadie disparara contra ella.

—¡Animo, Sementzov, adelante! —murmuró la joven, apretando los puños.

Pronto resultó imposible seguir a las figuras de las columnas desplegadas de los «suyos». Cuando el espacio abierto ante el reducto enemigo se cubrió hasta la mitad de soldados con guerreras blancas, las balas comenzaron a llover directamente sobre las personas, que se levantaban como arbustos: uno, dos, tres, cuatro. Y luego, un poco más cerca, otra vez: uno, dos, tres, cuatro. Y llovían más. Y más todavía.

—El bombardeo es muy intenso —oyó Varia—. ¡Menuda artillería! Habría sido mejor bombardear las posiciones sin descanso, en lugar de confiar en la arrogancia y

la psicología barata.

—¡Retroceden! ¡Huyen! —Kazanzaki agarró a Varia por el hombro y se lo apretó con fuerza.

La muchacha le miró con indignación de arriba abajo, pero comprendió que el policía estaba fuera de sí. Se liberó como pudo y volvió a contemplar la planicie.

Estaba totalmente cubierta por un velo de humo. Unos puntitos blancos se distinguían fugazmente y hacia el aire saltaban negras salpicaduras de tierra.

Todos callaban en la colina. Entonces, de la niebla gris azulada salió corriendo en silencio una masa humana que rodeó el punto de observación por todas partes. Varia advirtió las manchas rojas en los uniformes de los soldados y bajó la cabeza.

El humo comenzó a disiparse y el valle quedó al descubierto, marcado por los agujeros negros y los puntitos blancos de las guerreras. Varia miró con atención y vio que los puntos se movían, y entonces, justo cuando los cañones dejaron de disparar, oyó un quejido sordo que parecía emitir la misma tierra.

—La primera demostración de fuerza ha terminado —dijo un mayor al que todos conocían y que era el representante del cuartel general ante los periodistas—. Osmán se ha fortificado muy bien y la lucha va a llevar su tiempo. Nuestra artillería volverá a bombardear sus posiciones y después la infantería se pondrá otra vez en marcha, al grito de «¡Hurra!».

Varia sintió náuseas.

Capítulo Noveno

*Donde Fandorin se gana
una reprimenda de sus superiores*

*El Noticiero Ruso (San Petersburgo)
31 de agosto (12 de septiembre) de 1877*

... El valiente joven recordó las recomendaciones paternas de su queridísimo comandante y exclamó: «Moriré, Mijail Dimitrievich, pero entregaré su mensaje». El héroe, de diecinueve años, saltó a su caballo del río Don y salió a galope tendido, por una colina barrida por vientos plomizos, hacia donde, tras los emboscados bashibuzuki, estaba emplazado el grueso de nuestro ejército. Las balas silbaban sobre la cabeza del jinete, pero él seguía espoleando a su fogoso corcel, mientras murmuraba: «¡Más rápido, más rápido! ¡El resultado de la batalla depende de mí!».

Pero el destino fatal es más poderoso que el coraje. Los acechantes enemigos dispararon otra descarga y el valeroso asistente cayó al suelo. Bañado en sangre, se puso en pie de un salto y se lanzó contra un musulmán con el puñal en la mano. Pero sus crueles enemigos se abalanzaron sobre él como negras aves de rapiña; lo derribaron y luego, con sus sables, atravesaron varias veces el cuerpo ya sin vida.

Así murió Sirioya Bereshaguin, hermano del célebre pintor.

Así se marchitó ese talento tan prometedor, condenado por la fortuna a no florecer en todo su esplendor.

Así cayó el tercer correo que Soboliev envió al zar...

A las ocho de la tarde, Varia se encontró de nuevo en la misma bifurcación. En lugar del ronco capitán, daba ahora las indicaciones un teniente igualmente afónico, cuya tarea era peor que la de su predecesor, pues debía encauzar dos flujos de gente que marchaban en dirección contraria: los carros cargados de munición avanzaban con dificultad hacia la vanguardia, como antes, y además del campo de batalla regresaban otras carretas transportando heridos.

Varia se hundió tras el primer ataque y comprendió que no soportaría por segunda vez aquel espectáculo. Volvió a la retaguardia y por el camino se puso a llorar... Por suerte, ninguno de sus conocidos estaba cerca. Pero tampoco fue al campamento porque sintió una enorme vergüenza.

Era una floja, una remilgada, un «sexo débil», se insultaba mientras cabalgaba. Ya sabía que aquello era la guerra y no un paseo por los jardines Pavloskoe. Pero no

quería darle la razón al consejero titular, que otra vez había vuelto a tenerla.

Así que decidió retroceder.

Llevaba el caballo al paso y el corazón se le paralizaba de angustia a medida que el fragor de la batalla la iba alcanzando de nuevo. En el sector central del frente, las descargas de fusilería habían enmudecido casi por completo y sólo rugían los cañones, pero por la ruta de Lovchinsky, donde el aislado destacamento de Soboliev continuaba batiéndose, se seguían oyendo descargas cerradas y el constante bramido de una multitud vociferante, amortiguados por la distancia. Resultaba obvio que al general Mijail le iban muy mal las cosas.

Varia recobró el ánimo al ver a McLoughlin. El periodista salió de unos arbustos a caballo y saltó al sendero con la ropa completamente sucia. Llevaba el sombrero torcido, tenía el rostro encendido, y la frente, empapada en sudor.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo va todo? —le preguntó Varia, cogiendo el caballo del irlandés por las riendas.

—Parece que muy bien —respondió él secándose las mejillas con el pañuelo—. ¡Uff!, me he metido entre esos matorrales y me ha costado mucho salir.

—¿Va bien? ¿Han tomado los reductos?

—No, los turcos han aguantado en el centro. Pero hemos visto pasar al conde Zurov a galope hace veinte minutos y nos ha dicho que iba bien. Tenía prisa por llegar al puesto de mando y no ha parado. Nos ha gritado desde lejos: «¡Victoria! ¡Estamos en Plevna! ¡No puedo parar! Llevo un mensaje urgente». *Monsieur Kazanzaki* ha corrido a seguirle. Como es tan ambicioso, seguro que quiere estar al lado del portador de una noticia así, por si cae algún premio. —McLoughlin movió la cabeza con reprobación—. Los periodistas también han salido en estampida, pues todos tenemos un hombre entre los telegrafistas cuando surgen situaciones así. Le aseguro que la noticia de la toma de Plevna está volando ya a las redacciones de los periódicos.

—¿Y usted por qué no ha ido?

El corresponsal respondió con orgullo:

—Yo nunca pierdo el control, *mademoiselle* Suvorova. Antes de dar una noticia aclaro los detalles, consultando todas las fuentes. En lugar de una información breve enviaré un artículo completo que aparecerá en la misma edición de mañana que recoja los lacónicos telegramas de mis compañeros.

—Entonces, ¿juzga más conveniente regresar al campamento? —preguntó Varia con alivio.

—Creo que sí. En el cuartel general conoceremos más detalles que en medio de esta sabana. Además, está a punto de anochecer.

* * *

Sin embargo, en el cuartel general nadie sabía nada a ciencia cierta, pues no había llegado ninguna noticia del puesto de mando sobre la toma de Plevna: por el contrario, se aseguraba que la ofensiva había fracasado en los puntos más decisivos y que las pérdidas humanas eran casi astronómicas, veinte mil hombres como mínimo. Los informadores decían que el zar estaba muy desanimado y, a las preguntas sobre el éxito de Soboliev, respondían con aspavientos: ¿cómo iba a poder Soboliev tomar Plevna con sólo dos brigadas, si los sesenta batallones del sector central y el flanco derecho no habían sido capaces siquiera de alcanzar la primera línea de fortificaciones?

Todo resultaba un desvarío. McLoughlin se mostraba exultante, satisfecho de su prudencia, y Varia estaba muy enfadada con Zurov: el muy fanfarrón y embustero había inventado aquella patraña y los había confundido a todos.

Anocheció y los generales volvieron taciturnos al cuartel general. Varia vio entrar al duque Nikolai Nikolaievich en persona, rodeado de edecanes, en la barraca donde se emplazaba la Unidad de Inteligencia. Su rostro caballuno, enmarcado por unas espesas patillas, sufría un tic.

Todos comentaban en voz baja las enormes pérdidas sufridas, al parecer, casi la cuarta parte del ejército había caído en combate; y en voz alta, el heroísmo mostrado por los soldados y los oficiales. Sí, habían mostrado mucho heroísmo, sobre todo los oficiales.

A la una de la madrugada, un contrariado Fandorin se presentó en busca de Varia:

—Venga conmigo, Varvara Andreevna. Nos llama el alto mando.

—¿A nosotros? —se extrañó ella.

—Sí. A toda la plana de la Unidad de Inteligencia y, entre ellos, también a nosotros.

Caminaron a paso rápido hasta llegar al barracón de adobe donde se emplazaba la unidad del teniente coronel Kazanzaki.

En aquella habitación que tan bien conocía Varia estaban congregados ya todos los oficiales y colaboradores de la Unidad de Inteligencia del Destacamento Occidental, pero entre ellos no estaba el jefe.

Sentado a la mesa, ceñudo y con aspecto amenazador, estaba en cambio el mismísimo Lavrentii Arkadevich Mizinov.

—Vaya, el señor consejero titular y la señorita secretaria se han dignado por fin venir —comentó con socarronería—. ¡Magnífico! Ahora sólo nos queda aguardar al nobilísimo señor teniente coronel y podremos comenzar la reunión. ¡¿Dónde está Kazanzaki?! —aulló el general.

—Nadie ha visto a Ivan Jaritonovich en toda la tarde —respondió tímidamente el más veterano de los oficiales.

—¡Qué bien! ¡Qué buenos agentes secretos tenemos! —Mizinov se puso en pie de un salto y comenzó a recorrer ruidosamente la estancia—. No me refiero al ejército, sino a nuestro grupo de sabuesos de la Unidad de Inteligencia. ¡Un grupo

ambulante! Necesitas a alguien y te responden: «¡Ausente!» ¡Ha desaparecido! ¡Sin dejar huella!

—Su excelencia, ha-habla usted con mucho misterio. ¿Nos puede decir qué pasa? —preguntó Fandorin en voz baja.

—¡No lo sé, Erast Petrovich, no lo sé! —gritó Mizinov—. Esperaba que usted y el señor Kazanzaki me lo aclararan. —Luego calló un momento, hizo un esfuerzo por controlarse y prosiguió, ya más tranquilo—. ¡Bien! No aguardaremos a nadie más. Señores, vengo de ver al zar, y en su despacho he presenciado una escena curiosísima: he visto al general del séquito de su majestad imperial, Soboliev II, chillándoles a su majestad imperial y a su alteza imperial, y luego a nuestro zar y al comandante en jefe del ejército disculpándose ante él.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó uno de los policías.

—¡Silencio! —bramó el general—. ¡A escuchar y callar! Resulta que hoy, entre las tres y las cuatro de la tarde, las fuerzas de Soboliev, después de tomar la fortificación de Krishinsky en un ataque frontal, han avanzado hasta la periferia meridional de Plevna y han sorprendido por la retaguardia al grueso del ejército turco. Pero han tenido que detenerse por falta de bayonetas y artillería. Soboliev ha mandado varios mensajeros pidiéndonos que le enviáramos refuerzos urgentemente, pero los *bashibuzuki* han logrado interceptarlos. Por fin, a las seis de la tarde, el edecán Zurov, escoltado por medio centenar de cosacos, ha conseguido abrirse paso y llegar a las posiciones del grueso de nuestro ejército. Los cosacos han regresado con las fuerzas de Soboliev porque en esos momentos todos los hombres son imprescindibles, y Zurov ha continuado cabalgando solo hasta nuestro puesto de mando. Esperaban que los refuerzos llegaran de un momento a otro, pero han esperado en vano. Y no es de extrañar, porque Zurov no ha llegado al puesto de mando y, por consiguiente, nadie se ha enterado del éxito del flanco izquierdo. Por la tarde, los turcos han desplazado sus efectivos y se han lanzado con todas sus fuerzas contra Soboliev. Así que poco antes de medianoche, y después de perder a la mayoría de sus soldados, nuestro general se ha visto obligado a retroceder al punto de partida. ¡Después de tener Plevna en el bolsillo! Y ahora yo pregunto a los presentes: ¿cómo es posible que el edecán Zurov haya desaparecido a plena luz del día y en el centro mismo de nuestras posiciones? ¿Alguno de ustedes puede responderme?

—El teniente coronel Kazanzaki, naturalmente —contestó Varia, y todos los reunidos se volvieron hacia ella.

Azorada, la muchacha repitió lo que le había dicho McLoughlin.

Tras un largo silencio, el jefe de la Gendarmería se giró hacia Fandorin:

—Y usted, Erast Petrovich, ¿qué conclusiones saca?

—La batalla se ha pe-perdido y ya es tarde para lamentarse: basta de emociones inútiles que sólo obstaculizan la investigación —respondió el consejero titular en tono desabrido—. En su lugar, hagamos lo siguiente. Pri-primero, dividir en cuadrículas la zona comprendida entre el observatorio de los periodistas y el puesto

de mando. Segundo, peinar cada una de esas cuadrículas en cuanto se haga de día. Tercero, en caso de encontrar los ca-cadáveres de Zurov o de Kazanzaki, no tocar nada con las manos ni pisar la tierra que haya a su alrededor. Y cuarto: por si acaso, buscar a los dos entre los heridos graves de todas las enfermerías del campamento. Mientras, Lavrentii Arkadevich, es mejor no hacer nada más.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido? ¿Qué debo decirle a nuestro zar? ¿Que es una traición?

Erast Petrovich suspiró.

—Un sabotaje, más bien. Pero eso ya lo averiguaremos por la mañana.

Pasaron la noche en vela. Había mucho trabajo que hacer: sobre el mapa, los agentes de la Unidad de Inteligencia dividieron la zona en cuadrículas de medio kilómetro de ancho y determinaron quiénes iban a integrar los equipos de búsqueda. Entre tanto, Varia recorrió los seis hospitales y enfermerías del campamento, identificando a todos los heridos que habían ingresado inconscientes. Trabajó tan duramente que al alba cayó en un extraño atolondramiento sin haber logrado encontrar ni a Zurov ni a Kazanzaki. En cambio, descubrió entre los heridos a otros conocidos, entre ellos a Perepiolkin. El capitán había salido también en busca de refuerzos y había recibido una herida transversal de cimitarra en la clavícula: definitivamente, no tenía suerte con los *bashibuzuki*. Estaba tumbado en la litera, profundamente pálido, con la desgracia pintada en la cara, y sus hundidos ojos marrones miraban con la misma tristeza que el día inolvidable en el que Varia le había visto por primera vez. Ella se acercó, pero él se volvió, dándole la espalda sin pronunciar palabra. ¿A qué se debería aquella hostilidad?

La primera luz de la nueva jornada encontró a Varia en un banco, junto al barracón de la Unidad de Inteligencia. Fandorin la había sentado allí casi a la fuerza, ordenándole descansar un poco. Notando el cuerpo pesado y entumecido, Varia se apoyó en la pared y se sumergió en una turbia y penosa somnolencia. Sentía náuseas y los huesos como rotos. Pero no era nada raro: los nervios y la noche en blanco.

Los grupos de búsqueda partieron hacia las zonas asignadas cuando todavía era de noche. A las ocho menos cuarto llegó a caballo un mensajero de la zona 14, entró corriendo en el barracón y, un minuto más tarde, Fandorin salió de él abotonándose la camisa.

—Varvara Andreevna, venga conmigo. Han encontrado a Zurov —dijo lacónicamente.

—¿Está muerto? —sollozó ella.

Erast Petrovich no respondió.

El húsar estaba en el suelo, boca abajo, con la cabeza torcida hacia un lado. Ya de lejos distinguió Varia la empuñadura de plata de la daga que le habían clavado firmemente en el omóplato izquierdo. Se acercó corriendo y estudió el perfil de su rostro: el ojo, desmesuradamente abierto, despedía un hermoso brillo cristalino, y su

sien, destrozada y ennegrecida, estaba ribeteada por una mancha de pólvora quemada.

Varia sollozó de nuevo, con un llanto seco, sin lágrimas, y se dio la vuelta para no contemplar aquella imagen.

—No hemos tocado nada, señor Fandorin, como usted ordenó —dijo el policía que comandaba el grupo de búsqueda—. Apenas le faltaba un kilómetro para llegar al puesto de mando. El terreno hace aquí una depresión, por eso nadie vio nada. Y quién iba a reparar en un disparo aislado entre tanto cañoneo y descargas de fusilería... Es fácil imaginar la escena. Alguien se aproximó y le clavó el puñal de improvisado, por sorpresa. Después lo remataron con un disparo en la sien izquierda: a quemarropa.

—¡Vaya, vaya! —replicó vagamente Erast Petrovich, y se inclinó sobre el cuerpo. El oficial bajó la voz:

—Es el puñal de Ivan Jaritonovich, lo he reconocido inmediatamente. Nos lo enseñaba con frecuencia; decía que era un regalo de un príncipe georgiano...

—¡Pues qué bien! —repuso Erast Petrovich.

Varia se sintió peor y cerró los ojos, como si así espantara el malestar.

—¿Hay huellas de ca-cascos? —preguntó Fandorin poniéndose en cuclillas.

—Nada que nos facilite una pista. Ya lo ve usted. En el arroyo sólo hay guijarros y arriba todo está pisoteado: por aquí debieron de pasar ayer varios escuadrones de caballería.

El consejero titular se irguió y permaneció de pie un minuto junto a aquel cadáver tendido sobre la tierra. Su rostro inmóvil tenía un tono gris, el mismo de sus sienes canosas. «Quién lo diría, veinte años», pensó Varia, y notó un escalofrío.

—De acuerdo, teniente. Lle-lleve el cadáver al campamento. Vámonos de aquí, Varvara Andreevna.

Mientras andaban por el camino, Varia inquirió:

—Entonces, ¿Kazanzaki trabajaba para los turcos? ¡Es increíble! Es verdad que era un ser despreciable, pero...

—Pero no hasta ese límite, ¿no? —ironizó Fandorin con tristeza.

Poco antes del mediodía localizaron también al teniente coronel. Erast Petrovich había ordenado que registraran otra vez con más detenimiento el bosquecillo y los matorrales próximos al lugar donde habían matado a Ippolit.

Por lo que dijeron (Varia había preferido no ir), encontraron a Kazanzaki detrás de un espeso matorral, medio tumbado, medio sentado, con la espalda apoyada en una piedra. Tenía un revólver en la mano derecha y un agujero en la frente.

Mizinov en persona presidió la reunión que se convocó para extraer conclusiones de la investigación.

—En primer lugar, debo confesar que estoy tremendamente descontento de la labor del consejero titular Fandorin —comenzó el general con una voz que no anunciaba nada bueno—. Reconocerá usted, Erast Petrovich, que un peligroso enemigo ha operado a sus anchas ante sus propias narices sin que usted lo descubriera. Un enemigo tan hábil que no sólo nos ha causado un daño terrible, sino

que incluso ha arriesgado el éxito de toda nuestra campaña militar. Cierto que la tarea no era fácil, pero tampoco es usted un novato. ¿Qué responsabilidad se le puede exigir a un agente raso de la Unidad de Inteligencia? Todos provienen de las delegaciones regionales y su trabajo allí era de simple investigación rutinaria. Pero usted, con sus cualidades... ¡Es imperdonable!

Apretándose las sienes, doloridas, Varia miró de reojo a Fandorin. La expresión de su rostro permanecía imperturbable, pero sus pómulos se habían ruborizado levemente (quizá nadie pudiera advertirlo, a excepción de ella): estaba claro que las palabras del jefe le herían en lo más profundo.

—Y bien señores, ¿qué es lo que tenemos? Pues lo que tenemos es un escándalo sin precedentes en la historia mundial. Resulta que la Unidad de Inteligencia del Destacamento Occidental, la mayor y más importante unidad de nuestro ejército del Danubio, estaba dirigida por un traidor.

—¿Está confirmada esa circunstancia, su excelencia? —preguntó tímidamente el más veterano de los oficiales de policía.

—Juzgue usted mismo, mayor. El hecho de que Kazanzaki fuera griego y los turcos, como se sabe, recluten a muchos de sus agentes entre esa minoría, no es en sí mismo una prueba irrefutable, en efecto. Pero recuerde que en los apuntes de Lukan aparecía una misteriosa «J». Y ahora parece evidente lo que esa letra significaba: «Gendarme».

—Pero gendarme se escribe con «g»: *gendarme*, en francés —seguía sin darse por satisfecho el oficial de bigotes canosos.

—Dice bien, *gendarme* en francés, pero en rumano se escribe *jandarm* —le aclaró con indulgencia el jefe—. Kazanzaki era el hombre que movía los hilos del coronel rumano. Aún hay más. ¿Quién se lanzó al galope para alcanzar a Zurov cuando éste pasó con el mensaje del que dependía la suerte de la batalla y, quizá, de toda la guerra? Kazanzaki. Y eso no es todo. ¿De quién era el puñal que ha matado a Zurov? De su superior. Sigamos. ¿Y qué ocurrió después? Pues que al no poder extraer el cuchillo, incrustado en el omóplato del muerto, el asesino comprendió que todas las sospechas recaerían sobre él y se pegó un tiro. Por cierto, un detalle más: en el tambor de su revólver faltan justo dos balas.

—Pero lo normal es que un espía enemigo intente huir antes de suicidarse —planteó temerosamente, pese a todo, el mayor.

—¿Adónde? ¡Contésteme! No podía atravesar el frente y en nuestra retaguardia se dictaría inmediatamente la orden de su busca y captura. Ni podía ocultarse entre los búlgaros ni llegar a las posiciones turcas. Pensaría que mejor una bala que la horca, y pensó bien. Además, tenga en cuenta que Kazanzaki no era un espía, sino un traidor. ¡Novgorodzev! —Se volvió el general hacia su edecán—. ¿Dónde está la carta?

El aludido sacó de su carpeta un papel blanco doblado en dos.

—Lo encontramos en el bolsillo del suicida —aclaró Mizinov—. Novgorodzev,

léala en voz alta.

El edecán miró a Varia con un asomo de reparo.

—Lea, lea —le apremió el general—. Esto no es un internado para señoritas de la nobleza. Además, la ciudadana Suvorova pertenece a nuestra unidad de investigación.

Novgorodzev tosió y, ruborizándose, comenzó a leer:

—«Querido Vanchik-Jaritonchik, corazón mío...» Perdonen, señores, pero nunca había visto una ortografía así —apuntó el edecán—. Lo leo como está escrito. ¡Dios, qué garabatos tan siniestros! ¡Ejem! «... corazón mío. Sin ti la vida se me antoja tan dura que suicidarme resulta mejor que una vida como ésta. Nos bezábamos y nos acariciábamos tiernamente, tú a mí y yo a ti, pero el maldito zino nos miraba envidioso y guardaba el puñal tras la espalda. Zin ti, zólo zoy polvo, lodo de la tierra. Te ruego que regrezes pronto, pronto. Y zi en eza tiñoza Kishinov encuentras a otro en lugar de tu Biezo, te juro que iré y te zacaré las tripas. Tuyo mil años, tu niño juguetón».

—Querrá decir «tuya mil años», ¿no? —preguntó el mayor.

—No, nada de «tuya», sino «tuyo» —sonrió torvamente Mizinov—. El meollo del asunto es ése. Antes de llegar a la Dirección de la Gendarmería en Kisinev, Kazanzaki sirvió en Tiflis. Hemos enviado inmediatamente un telegrama y ya tenemos la respuesta. Lea el telegrama, Novgorodzev.

Se veía que Novgorodzev leía el nuevo documento con mucha más soltura que la carta de amor.

—«Para su excelencia el general edecán L. A. Mizinov, en respuesta a su requerimiento del treinta y uno de agosto, recibido a la una y cincuenta y dos minutos de la tarde. Suma urgencia. Alto secreto.

»Le informo que, durante su tiempo de servicio en la Dirección de la Gendarmería de Tiflis, entre enero de mil ochocientos setenta y dos y septiembre de mil ochocientos setenta y seis, el teniente coronel Ivan Kazanzaki se mostró como un agente solícito y enérgico, y no fue sancionado oficialmente en ninguna ocasión. Todo lo contrario, fue condecorado con la orden de San Estanislao de Tercer Grado y recibió dos felicitaciones personales de S. E., su excelencia el gobernador general del Cáucaso. No obstante, según los datos recogidos por nuestra red de agentes en el verano de mil ochocientos setenta y seis, el susodicho sentía pasiones libidinosas y, al parecer, llegó incluso a mantener relaciones antinaturales con el famoso pederasta de Tiflis, el príncipe Vissarion Shalikov, conocido con el apodo de Shalún Bieso. Yo no hubiese dado mayor importancia a estas murmuraciones, mucho menos sin pruebas que las confirmaran. Pero al final resolví realizar una investigación interna y secreta por que encontré extraño que un hombre maduro como el teniente coronel Kazanzaki siguiera soltero y no se le conocieran relaciones con mujeres. Entonces se demostró que, efectivamente, Kazanzaki conocía a Shalún, pero no se pudo confirmar que mantuviera relaciones con él. A pesar de todo, consideré oportuno forzar el traslado de Kazanzaki a otra Dirección Regional, sin que ello tuviera incidencia alguna en su

hoja de servicios.

»El jefe de la Dirección de la Gendarmería de Tiflis, coronel Panchulidzev».

—¿Qué opinan? —resumió Mizinov con acritud—. Se quita de encima a un agente sospechoso para cargárselo a otro y además oculta a la superioridad el verdadero motivo de su decisión. Ya ven, las consecuencias las paga un ejército entero. ¡Por la traición de Kazanzaki llevamos ya dos meses atascados en esta maldita Plevna y no sabemos todavía cuánto tiempo más lo estaremos! ¡La celebración de la onomástica de su majestad se ha estropeado! El zar incluso ha hablado de una retirada, ¿se dan cuenta!?! —El general tragó saliva convulsivamente—. ¡Tres asaltos a la ciudad y los tres fallidos, señores! ¡Tres! ¿No recuerda usted, Erast Petrovich, que fue precisamente Kazanzaki quien llevó la primera orden de ocupar Plevna a la Sección de Cifrado? No entiendo cómo pudo cambiar Plevna por Nikopol, ¡pero estoy convencido de que ahí estuvo la mano de ese judas!

Con un sobresalto, Varia pensó que se abría un rayo de luz en el destino de Petia. Pero el general apretó los labios y cambió de tema:

—Tengan por cierto que voy a proceder judicialmente contra el coronel Panchulidzev y que lograré su completa degradación, para escarmiento de quienes piensen en silenciar las cosas. Pese a todo, hay que admitir que su telegrama ha sido muy útil para deducir lo que ha ocurrido. Ahora todo queda perfectamente claro. Con toda seguridad, los agentes turcos, tan activos en el Cáucaso, estaban al tanto del vicio secreto de Ivan Kazanzaki y le reclutaron chantajeándole. Una historia tan antigua como el universo. ¡«Querido Vanchik-Jaritonchik!»! ¡Qué asco! ¡Hubiera sido más digno hacerlo por dinero!

Varia estaba a punto de abrir la boca para salir en defensa de los practicantes del amor homosexual, pues ellos, al fin y al cabo, no tenían ninguna culpa de que la naturaleza los hubiera creado de manera distinta a los demás, cuando se levantó Fandorin.

—Permítame echarle un vistazo a esa carta —pidió. La tomó, le dio la vuelta al papel y luego pasó un dedo por el dobléz—. ¿Dónde está el sobre? —preguntó.

—Me sorprende usted, Erast Petrovich. —El general abrió los brazos—. ¿Qué sobre va a haber? No creerá usted que los mensajes de este tipo se envían por correo...

—E-entonces, ¿llevaba la carta así, sin sobre, en uno de los bolsillos interiores? ¡Vaya, vaya! —Y Fandorin entregó la misiva y se sentó.

Lavrentii Arkadevich se encogió de hombros.

—Erast Petrovich, más valdría que se ocupase usted de este otro asunto. No excluyo la posibilidad de que el traidor haya tenido tiempo de reclutar a alguien más, aparte de al coronel Lukan. Ahora su misión consiste en averiguar si hay más traidores en el cuartel general o en su entorno. Mayor —dijo, dirigiéndose al oficial más veterano. Éste se puso en pie enérgicamente y se cuadró cuanto pudo—, le nombro temporalmente jefe de la Unidad de Inteligencia. Tendrá la misma misión, y

le prestará al consejero titular toda la ayuda que necesite.

—¡A sus órdenes!

En ese instante llamaron a la puerta.

—¿Da su permiso, excelencia?

Por el umbral asomó una cabeza con unas gafas azules oscuras.

Varia reconoció al secretario personal de Mizinov, un funcionarucho con un apellido difícil de recordar, al que todos odiaban y temían.

—¿Qué pasa ahora? —El jefe de la Gendarmería se alarmó.

—Un suceso grave en el puesto de guardia. El comandante ha venido a informarnos de que un preso se ha colgado de una soga.

—¡Pero qué dice, Pshebishevsky, está usted loco! ¡Estoy en una reunión importante y me molesta con esas tonterías!

Varia se llevó la mano al corazón y un segundo después el secretario pronunció las palabras que había temido escuchar:

—Es que el ahorcado es el codificador Yavlokov, ya sabe. Ha dejado una nota que tiene relación directa con... Por eso me he tomado la libertad... Pero si no es el momento adecuado, le pido excusas y me retiro...

El funcionario, ofendido, aspiró ruidosamente por la nariz e hizo amago de desaparecer tras la puerta.

—¡Traiga esa nota! —rugió el general—. ¡Y tráigame también al comandante de guardia!

El mundo comenzó a girar ante los ojos de Varia. Se esforzó por levantarse, pero no pudo, paralizada por un inexplicable estupor. Vio a Fandorin inclinarse hacia ella y quiso decirle algo, pero sólo fue capaz de mover lastimosamente los labios.

—¡Ahora entiendo cómo Kazanzaki retocó el mensaje! —exclamó Mizinov tras leer la nota—. Escuchen: «Otra vez miles de muertos, y todo por mi negligencia. Sí, soy merecedor de la muerte y ya no puedo negarlo más tiempo. Cometí un error irreparable: dejé sobre la mesa el texto cifrado de la orden de ocupar Plevna y salí de la habitación por un asunto privado. En mi ausencia alguien cambió una palabra del mensaje, ¡y yo entregué el texto cifrado sin comprobarlo! Es para reír: el verdadero salvador de Turquía no habrá sido el pachá Osmán, sino yo, Piotr Yavlokov. No se molesten en juzgarme, señores jueces, porque ya he decidido condenarme yo mismo». ¡Ah, qué sencillo resulta todo! Mientras el chico corría por ahí con sus asuntos, Kazanzaki se apresuró a modificar el mensaje. ¡Fue coser y cantar!

El general estrujó la nota y la tiró al suelo con toda su energía; el papel cayó justo entre las piernas del comandante de guardia, que permanecía de pie, delante de él, en posición de firme.

—Er... Erast Pe... trovich, ¿qué signi... fica todo esto? —balbució Varia a duras penas—. ¡Petia!

—Capitán, ¿qué le ha pasado a Yavlokov? ¿Ha muerto? —preguntó Fandorin, girándose hacia el comandante.

—¡Qué va a estar muerto! ¡Hoy día ya no se sabe ni hacer un buen nudo! —
Gruñó él—. ¡Le han descolgado y le están practicando la respiración artificial!

Varia apartó a Fandorin y se lanzó hacia la puerta. Se golpeó con el marco, salió a trompicones y el sol del exterior la cegó. No le quedó más remedio que pararse, y entonces Fandorin se acercó a ella.

—Tranquilícese, Varvara Andreevna, ya ha pasado todo. La acompañaré al puesto de guardia. Pero primero recobre el aliento, tiene usted el rostro descompuesto.

Él la cogió cuidadosamente de un codo, pero por alguna razón aquel delicado contacto provocó en Varia una repulsión incontenible. Se le dobló el cuerpo y vomitó encima de las botas de Erast Petrovich. Después, Varia se sentó en el escalón del barracón, intentando comprender por qué, si el suelo estaba inclinado, nadie rodaba por él.

Sobre la frente notó algo agradable, helado, y se estremeció de placer.

—¡Vaya por Dios! —dijo la voz de Fandorin—. ¡Es tifus!

Capítulo Décimo

Donde al zar le ofrecen un sable de oro

Daily Post (Londres)

9 de diciembre (27 de noviembre) de 1877

Desde hace dos meses, el sitio de Plevna está dirigido por el veterano y experto general Totelbeim, a quien los británicos conocen muy bien por su participación en la campaña de Sebastopol. Totelbeim, más ingeniero que estratega militar, ha abandonado la táctica del ataque frontal y, en cambio, somete al ejército del pachá Osmán a un sitio en toda regla. Los rusos habían perdido un tiempo muy valioso, por lo que la decisión de Totelbeim fue duramente criticada en su día, pero ahora todos se han visto obligados a reconocer que el prudente general tenía razón. Desde que hace un mes los turcos quedaron completamente aislados de Sofía, en Plevna se sufre hambre y las municiones escasean. Totelbeim empieza a ser llamado «el segundo Kutuzov» (el mariscal de campo ruso que agotó a las fuerzas de Napoleón con un interminable repliegue durante la campaña de 1812 —Nota de la redacción). De un día para otro se espera la capitulación de Osmán y de su ejército de cincuenta mil hombres.

* * *

Hacía un día frío y desagradable (cielo gris, llovizna helada y barro pegajoso por todas partes) y Varia regresaba al campamento ruso en una carreta que había alquilado. Había pasado un mes entero en grave peligro, en una cama del Hospital Epidemiológico de Tirnovsky, a punto de morir, incluso, pues eran muchos los que fallecían de tifus, pero finalmente se había salvado. Después pasó dos meses más en la ciudad languideciendo de aburrimiento, aguardando a que volviera a crecerle el pelo, pues no estaba dispuesta a regresar con la cabeza afeitada, como los tártaros. Pero aquel maldito cabello crecía muy lentamente, y no sólo seguía sin recobrar su antigua forma, sino que se había erizado como el pelaje de un castor. Aunque tenía un aspecto ridículo, la paciencia se le había agotado: una semana más en aquel lugar sin nada que hacer y Varia se habría vuelto literalmente loca, harta de contemplar las inclinadas callejas de aquella triste y pequeña ciudad.

Petia había hecho una escapada para ir a visitarla. Seguía pendiente de juicio,

pero ya no estaba en la cárcel sino de servicio: el ejército había incrementado sus efectivos y necesitaba especialistas en cifrado. Encontró a Petia muy cambiado: se había dejado crecer una barbita rala que no le favorecía nada, estaba mucho más delgado y cada dos palabras nombraba a Dios o la lealtad a la causa popular. Pero lo que más sorprendió a Varia fue que, al verse, su novio se limitó a besarla en la frente ¡como a una pobre difunta en el ataúd! ¿Había desmejorado su aspecto hasta ese punto?

El camino de Tirnovsky estaba atestado de convoyes militares y la carreta avanzaba con dificultad, por lo que Varia, que ya conocía los alrededores, ordenó al cochero que torciera por el sendero que iba hacia el sur y rodeaba el campamento. Recorrerían una distancia mayor, pero llegarían antes.

En aquella senda solitaria el caballo empezó a trotar más rápido y la lluvia comenzó a amainar. Una o dos horas más, y en casa. Pero Varia lanzó un resoplido, ¡qué diantres de «casa»!, ¡una tienda húmeda expuesta a los cuatro vientos!

Cuando dejaron atrás Lovcha comenzaron a cruzarse con algunos jinetes, en su mayoría correos de servicio. Pero Varia distinguió enseguida a alguien conocido.

Una larga silueta con sombrero hongo y levita cabalgaba de forma desmañada sobre una triste yegua: ¡imposible confundirse! ¡Era McLoughlin! Varia tuvo una sensación de *déjà vu*. Había sido durante el tercer asalto a Plevna: volvía al campamento, como ahora, y también se había topado con el irlandés. La única diferencia era que entonces hacía un calor terrible y ahora mucho frío. Bueno, y también que aquel día ella estaba mucho más atractiva.

Tenía suerte de encontrar a McLoughlin antes que a los demás. El periodista era un hombre directo, enemigo de los rodeos, y su reacción al verla le indicaría inmediatamente si podía mostrarse en público con aquellos pelos o era mejor regresar al hospital. Y también le informaría de las novedades...

Varia reunió todo su valor y se quitó el sombrero, mostrando su vergonzoso cabello de castor. ¡A pasar revista!

—¡Mister McLoughlin! —gritó ella cuando la carreta alcanzó al corresponsal, levantándose del asiento—. ¡Soy yo! ¿Hacia dónde va?

El irlandés giró la cabeza y al fijarse en ella levantó el sombrero.

—¡Oh, *mademoiselle* Varia, qué alegría verla con salud! ¿Le han cortado el pelo por razones de higiene? Casi no la he reconocido.

Varia sintió que se le paraba el corazón.

—¿Tan horrible estoy? —preguntó, débilmente.

—En absoluto —se apresuró a tranquilizarla McLoughlin—. Ahora parece otra vez un muchacho, como cuando nos conocimos.

—¿Llevamos el mismo camino? —inquirió ella—. Pues siéntese conmigo y charlaremos un rato. Su caballo no se me antoja gran cosa.

—Es un verdadero jamelgo. Mi Bessy encontró la manera de quedarse preñada de un garañón de dragones y está gruesa como un tonel. Y no debo de caerle muy bien a

Frolka, el mozo de cuerdas del cuartel general, pues por principio nunca le doy propina, lo que ustedes llaman «para el café», y me endosa estos pellejos. ¡De dónde los sacará!... Y tengo una prisa terrible: un asunto muy importante y absolutamente secreto.

McLoughlin guardó un significativo silencio, pero era evidente que se pavoneaba de toda aquella importancia y secretismo.

Considerando la discreción habitual de aquel hijo de la dulce Albión, su actitud era desacostumbrada, como si el periodista hubiera averiguado de verdad algo extraordinario.

—¡Vamos, siéntese un momento! —le pidió Varia con voz zalamera—. Deje descansar a esa pobre bestia. Llevo unos pastelillos de confitura y una cantimplora termoestática. Y dentro, café con ron...

McLoughlin sacó un reloj con cadena de plata del bolsillo.

—*Half past seven... Another forty minutes to get there... All right, an hour. It'll be half past eight...* —farfulló, en su ininteligible galimatías, y lanzó un suspiro—. ¡Está bien, un minuto! La acompaño hasta el cruce y allí cojo el camino de Petirnitza.

Ató las riendas de su caballo a la carreta, se sentó junto a Varia, devoró un pastelillo y la mitad de otro, y con evidente placer bebió un sorbo de café caliente utilizando la tapadera de la cantimplora.

—¿Qué va usted a hacer en Petirnitza? —le preguntó Varia con aire inocente—. A ver otra vez a su informador de Plevna, ¿no?

McLoughlin la miró con aire escrutador mientras limpiaba sus quevedos, que se le habían empañado.

—Júreme que no se lo dirá usted a nadie, al menos hasta las diez de la noche —le suplicó.

—Palabra de honor —prometió inmediatamente Varia—. ¿Qué noticia se trae entre manos?

Escamado por la ligereza con que se había hecho la promesa, McLoughlin dudó un poco y lanzó un resoplido, pero comprendió que ya era tarde para retroceder, sobre todo porque se moría de ganas de compartir su misterio.

—Hoy, diez de diciembre, veintiocho de noviembre de mil ochocientos setenta y siete según el calendario ortodoxo, será un día histórico —comenzó con solemnidad; luego bajó inmediatamente la voz hasta el susurro—. Pero de momento eso sólo lo sabe un hombre en todo el campamento ruso: este humilde servidor suyo. Es verdad que McLoughlin no da propinas «para el café» a alguien que tiene que cumplir con sus obligaciones, pero en cambio paga espléndidamente a quien hace bien su trabajo, puede usted creerme. ¡Y basta, no pronunciaré una sola palabra más! —Y alzó la mano, adivinando la pregunta que iba a brotar de los labios de Varia—. No puedo revelar la fuente de mis noticias. Sólo le diré que sus informaciones se han confirmado más de una vez y que nunca me ha jugado una mala pasada.

Varia recordó que uno de los corresponsales había declarado con envidia que el

informador sobre Plevna del corresponsal del *Daily Post* no era un búlgaro, sino, al parecer, un oficial turco, y que nadie se lo creía. Pero ¿y si fuera así?

—Confíemelo de una vez, no me martirice más.

—Recuerde que no puede decir una palabra a nadie hasta las diez de la noche. Me lo ha prometido.

Varia asintió impacientemente con la cabeza. ¡Ah, los hombres y sus estúpidos rituales! Claro que no se lo diría a nadie.

McLoughlin se inclinó y acercó los labios a su oído.

—El pachá Osmán va a rendirse esta noche.

—¡Qué dice usted! —exclamó Varia.

—¡Hable más bajo! Unos negociadores turcos van a presentarse esta noche a las diez en punto ante el teniente general Ganetzky, el comandante del Cuerpo de Granaderos, en las posiciones que ocupan sus tropas en la orilla derecha del río Vid. Y yo seré el único corresponsal que presencie un suceso tan importante. También he de avisar al general, a las nueve y media, no antes, para que sus avanzadillas no disparen a los negociadores por error. ¿Se imagina qué artículo tan sensacional?

—Claro que sí —afirmó Varia con admiración—. ¿De verdad no puedo decírselo a nadie, a nadie?

—¿Quiere usted buscarme la ruina? —exclamó McLoughlin, completamente asustado—. ¡Me ha dado su palabra de honor!

—Está bien, está bien —le tranquilizó ella—. Hasta la diez estaré más callada que un muerto.

—Ahí está el cruce. ¡Alto! —gritó el corresponsal golpeando la espalda del cochero—. Su camino, *mademoiselle* Varia, es el de la derecha, y el mío, el de la izquierda. Ya me estoy imaginando la escena. El general y yo sentados, bebiendo café y hablando de cualquier fruslería, y a las nueve y media saco el reloj y, como por casualidad, le digo: «A propósito, Ivan Stepanovich, ¿sabe usted que a las diez va a venir a visitarle el pachá Osmán?» ¡Menuda escena!

Excitado, McLoughlin soltó una carcajada y metió el pie en el estribo.

Un minuto después Varia lo había perdido de vista: había desaparecido tras la gris cortina de lluvia, que ahora comenzaba a caer con más fuerza.

El campamento había cambiado en aquellos tres meses hasta resultar irreconocible. No se veía una sola tienda de campaña: en su lugar habían construido unas barracas de madera, distribuidas en unas perfectas hileras paralelas. Por todos sitios se veían caminos empedrados y postes telegráficos, y los indicadores estaban colocados con esmero. Varia pensó que el hecho de que el ejército estuviera comandado por un ingeniero tenía sus ventajas.

En la Unidad de Inteligencia, que ahora ocupaba tres barracas enteras, le dijeron que al señor Fandorin le habían asignado un *cottage* particular (el agente de guardia pronunció el galicismo con evidente satisfacción) y le enseñaron cómo llegar hasta él.

El *cottage* número 158 resultó ser una isba de una sola habitación, construida con tableros desmontables, que se encontraba justo en el límite de la zona del cuartel general. Su ocupante estaba dentro y la miró de una manera tan afectuosa cuando le abrió la puerta, que Varia perdió su seguridad.

—Buenas tardes, Erast Petrovich, ya estoy de vuelta —le saludó sintiéndose, sin saber por qué, terriblemente turbada.

—Me alegro —replicó lacónicamente Fandorin, apartándose para dejarla entrar.

La habitación era de lo más sencilla, pero tenía las paredes recubiertas de madera, además de un arsenal de aparatos gimnásticos de todo tipo. Un inmenso mapa de la zona colgaba de la pared.

—He dejado mis cosas con las hermanas de la caridad y, como Petia está de servicio, he venido a visitarle —explicó Varia.

—Por lo que veo, está usted completamente recuperada —Erast Petrovich la miró de la cabeza a los pies y luego asintió—. Y se ha hecho un nuevo pe-peinado. ¿Está de moda?

—Sí, es muy práctico. Bueno, ¿y a usted cómo le van las cosas?

—Ya lo ve, asediando al turco. —En la voz del consejero titular asomó una nota de irritación—. Llevamos aquí sin hacer nada un mes, dos meses, tres meses. Los oficiales se emborrachan de aburrimiento, los intendentes roban y las arcas se van vaciando. En resumen, todo de lo más normal. Una guerra a la rusa. Europa ha suspirado de alivio al ver co-cómo Rusia pierde sus flujos vitales. Si el pachá Osmán resiste dos semanas más, pe-perderemos la guerra.

Erast Petrovich parecía tan alicaído que Varia, para animarle, le susurró, convencida:

—No va a resistir.

Fandorin dio un respingo y la miró interrogativamente a los ojos.

—¿Es que sabe usted algo? ¿Qué sabe? ¿Quién se lo ha dicho?

Bueno... Varia se lo contó. A Erast Petrovich sí podía decírselo: no era de los que corrían a contarlo al primero que pasaba.

—¿Van a ir a ver a Ganetzky? ¿Y po-por qué a Ganetzky? —El consejero titular escuchó hasta el final y arrugó el entrecejo. Se acercó al mapa y rezongó con voz nasal—: Ganetzky les queda muy lejos, en un extremo. ¿Por qué no vienen directamente al cuartel general? Un momento. *Stop. Stop.*

Con el rostro descompuesto, el consejero titular agarró de un tirón el capote que colgaba de un clavo de la pared y se lanzó a la puerta.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre? —gritó Varia desesperada, echando a correr tras él.

—Traición —escupió Fandorin entre dientes sin aflojar el paso—. La línea defensiva de la zona de Ganetzky es más frágil. Y detrás está la carretera de Sofía. No es una rendición, quieren romper el cerco. Es una treta para engañar al general Ganetzky, para que no abra fuego.

—¡Oh! —Comprendió ella—. O sea, ¿que no serán negociadores? ¿Adónde va

usted? ¿Al cuartel general?

Erast Petrovich se detuvo.

—Son las nueve menos veinte. El cuartel general queda lejos y allí me mandarán de jefe en jefe. No tenemos tiempo. Ni de prevenir a Ganetzky. ¡Soboliev, eso es! Está a media hora a galope. Soboliev no se retrasará pidiendo permisos al mando. Sí, se arriesgará. Golpeará primero. Presentará batalla. No llegará a tiempo de socorrer a Ganetzky, pero al menos llegará a la espalda del enemigo. ¡Trifón, mi caballo!

«Aguarda un poco al ordenanza», pensó confundida Varia.

* * *

Durante toda la noche se oyó un fragor a lo lejos y al amanecer se supo que Osmán, herido en el combate, había capitulado con todo su ejército: una decena de pachás y cuarenta y dos mil soldados habían depuesto las armas.

Ya estaba, el sitio de Plevna se había acabado.

Había muchos muertos. Las fuerzas de Ganetzky, a quien el inesperado ataque había sorprendido, cayeron casi en su totalidad. Y en boca de todos estaba el nombre del General Blanco, ese invulnerable Aquiles llamado Soboliev II, que en el momento más decisivo, por su cuenta y riesgo, había atacado Plevna, abandonada por los turcos, en el mismo flanco que el pachá Osmán había dejado al descubierto.

Cinco días más tarde, el 3 de diciembre, el zar organizó una revista general de su Guardia en Paradima, antes de dejar el frente. Fueron invitadas a la ceremonia las personas de su confianza y los héroes que se habían distinguido en el campo de batalla. El general de división Soboliev, cuya estrella se había disparado hasta el cenit, envió su coche particular a recoger a Varia. Por lo visto, el brillante Aquiles no había olvidado a su vieja amiga.

Varia nunca se había encontrado en un ambiente tan exquisito. El brillo de las charreteras y las medallas militares la cegaba. A decir verdad, nunca se habría imaginado que el ejército ruso tuviera tantos generales. De pie en primera fila, los generales eméritos esperaban la salida de los jefes supremos. Y entre ellos estaba Michel, vergonzosamente joven, vestido con su perenne uniforme blanco y sin capote, a pesar de que el día, aunque lucía el sol, era gélido. Todas las miradas confluían en el salvador de la patria, que ahora parecía más alto y más ancho de espaldas, o al menos así se le antojaba a Varia. Tenían razón los franceses: la mejor levadura es la gloria.

Al lado de la muchacha, dos sonrosados oficiales de la Guardia personal del zar conversaban a media voz. Uno de ellos no dejaba de contemplarla disimuladamente con sus negros ojos, lo cual la agradaba.

—... y el zar le contestó: «Como prueba del respeto que siento por su valentía,

pachá, le devuelvo su sable, que podrá lucir incluso en Rusia, donde espero que no tenga motivo para sentirse descontento». ¡Dios mío, qué escena! ¡Tenías que haberla visto!

—Estaba de guardia en el consejo militar del día veintinueve —replicó su celoso contertulio—. Con mis propios oídos escuché que el zar le decía a Miliutin: «Dimitri Aleksandrovich, como caballero más veterano de la orden de San Jorge entre los aquí presentes, solicito su autorización para poner el fiador de San Jorge en mi sable. Creo que me lo merezco...» Y, antes de que acabara la frase, Miliutin exclamó: «¡Le autorizo!»... ¿Qué te parece?

—Bastante mal —reconoció el oficial de los ojos negros—. Esa idea se le debía haber ocurrido a Miliutin. Pero es que no tiene cabeza de ministro, razona como un mariscal cualquiera. ¡Era lo mínimo que se podía esperar, después de la generosidad demostrada por nuestro zar! A Totelbeim y a Nepokoichitzky, la orden de San Jorge de segunda clase, y a Ganetzky, la San Jorge de tercera. En comparación, un fiador de sable no representa nada.

—¿Y qué le darán a Soboliev? —intervino Varia con viveza. No conocía a ninguno de los caballeros, pero eran las circunstancias, estaban en guerra, y se trataba de un evento excepcional.

—Nuestro pachá recibirá seguramente algo muy especial —le respondió de buen grado el oficial de los ojos negros—, porque hasta Perepiolkin, el jefe de su plana mayor, ha ascendido de repente dos grados. Lo que también resulta comprensible, porque un puesto como el suyo no puede estar en manos de un simple capitán. En cuanto a Soboliev, se le abren unas perspectivas tan inmensas como para perder el sentido. Un hombre afortunado, no se puede negar. Si no le estropease su gusto por el espectáculo y lo vulgar...

—¡Chiss! —Silbó el otro—. ¡Ya salen!

Al porche de aquella casona feúcha, conocida pomposamente como el «Palacio de Campo», salieron cuatro militares: el zar, el general en jefe, el príncipe heredero y el soberano de Rumania. El zar Alejandro II vestía el uniforme de invierno y en la empuñadura de su sable se divisaba con claridad una reluciente mancha anaranjada: el fiador del que habían hablado los soldados.

La orquesta inició la solemne marcha del regimiento Preobrayensky.

Un coronel de la Guardia se adelantó de la formación con paso gallardo, saludó y, con una sonora voz de bajo, temblorosa por la emoción, comenzó a decir:

—¡Su a-alteza imperial! En nombre de los oficiales de su Guardia personal, permítame ofrendarle este sa-sable de oro con la inscripción: «¡Por su valentía!» ¡En recuerdo de nuestro co-común se-servicio de armas! ¡Adquirido con las aportaciones personales de los oficiales!

Uno de éstos le susurró a Varia:

—¡Una excelente idea! ¡Bravo!

El soberano aceptó el regalo y se limpió con el guante una lágrima rebelde.

—Gracias, señores, gracias. Estoy conmovido. Yo deseo ofrecerles también un sable a cada uno de ustedes. Durante medio año, por así decirlo, hemos comido juntos del mismo plato...

No terminó la frase, sólo pudo saludarles con la mano.

Muchos de los que rodeaban a Varia se sonaron, emocionados, y alguno llegó incluso a sollozar. De pronto, la muchacha divisó a Fandorin entre el grupo de funcionarios que estaban de pie. ¿Cómo había llegado allí? Era un personaje poco importante, un simple consejero titular. Sin embargo, al ver a su lado al jefe de la Gendarmería lo comprendió. Al fin y al cabo, el verdadero héroe de la rendición del ejército turco era Fandorin. De no haber sido por él, no se estaría celebrando aquella parada. Seguramente también le darían una medalla.

Erast Petrovich recogió la mirada de Varia y esbozó una de sus muecas de eremita. Se veía claramente que no participaba de la atmósfera de entusiasmo general.

Cuando la parada terminó y Varia iba ya a despedirse del oficial de ojos negros, que intentaba a toda costa encontrar con ella conocidos comunes en San Petersburgo, Fandorin se acercó a ella y, saludándola con una ligera inclinación, dijo:

—Disculpe, señor co-coronel. Varvara Andreevna, el zar quiere vernos.

Capítulo Undécimo

*Donde Varia se introduce
en las altas esferas de la política*

The Times (Londres)
16 (4) de diciembre de 1877

DERBY Y CARNARVON DIMITEN

Ayer, en la reunión del Consejo de Ministros, el conde Beaconsfield propuso solicitar al Parlamento un crédito extraordinario de seis millones de libras esterlinas para el equipamiento de un ejército expedicionario que se pudiese enviar pronto a los Balcanes para defender los intereses del imperio frente a las desmesuradas pretensiones del zar Alejandro. La propuesta fue aceptada pese a la oposición del ministro de Asuntos Exteriores, lord Derby, y el ministro para las Colonias, lord Carnarvon, que tomaron la palabra y se mostraron contrarios a una confrontación directa con Rusia. Al quedar en minoría, los dos ministros presentaron su dimisión ante su Majestad. La reacción de la reina se desconoce por el momento.

Varia se había ataviado con lo mejor de su vestuario para la parada militar, así que no corría riesgo de avergonzarse ante el zar por su vestimenta (pese a las condiciones de vida en el frente): eso fue lo primero que le vino a la cabeza. Llevaba un sombrero color lila pálido con cinta de moaré y velo, un vestido de viaje violeta con bordados en el corsé y una cola discreta, y unas botas negras de fieltro con los botoncitos nacarados. Un conjunto modesto, sin afectaciones, pero decoroso: todo gracias a las tiendas de Bucarest.

—¿Nos van a condecorar? —le preguntó a Erast Petrovich por el camino.

También él se había vestido para la ocasión: pantalones de pinzas, botas pulidas hasta conseguir un brillo de espejo, y condecoración en la presilla de la planchada levita. Había que reconocer que el consejero titular estaba hecho un figurín. Lástima que fuera tan joven.

—No lo creo.

—¿Por qué? —se sorprendió Varia.

—Sería un honor excesivo —respondió Fandorin con aspecto reflexivo—. Tenga en cuenta que no todos los ge-generales han sido condecorados. Además tenemos el número dieciséis en el turno de audiencia.

—Pero si no hubiera sido por nosotros... Mejor dicho, si no hubiera sido por usted, ¡el pachá Osmán habría roto el cerco! ¿Se figura lo que hubiera ocurrido entonces?

—Claro que me lo fi-figuro. Pero una vez lograda la victoria nadie piensa en eso. No, aquí huele a política. Créame, tengo experiencia en estas cosas.

El Palacio de Campo sólo contaba con seis habitaciones, de ahí que el porche hiciera funciones de vestíbulo. Una decena de generales y oficiales veteranos aguardaban ya allí, a la espera de comparecer ante el soberano. Todos mostraban una expresión feliz y algo tonta: olía a condecoraciones y ascensos. Los que esperaban clavaron los ojos en Varia con una comprensible curiosidad, pero ella miró con arrogancia por encima de sus cabezas hacia el bajo sol invernal. Que se devanaran los sesos imaginando quién podría ser aquella joven dama con velo y por qué había sido convocada.

La espera se alargaba, pero nadie parecía aburrirse.

—¿Quién lleva tanto tiempo ahí dentro, general? —preguntó Varia con voz pomposa a un anciano corpulento que lucía un bigote de hirsutas guías.

—Soboliev —respondió el general con gesto significativo—. Ya hace media hora que ha entrado. —Dándose tono, acarició la recién estrenada condecoración que colgaba de su pecho con un lazo bicolor, negro y naranja—. Perdona que no me haya presentado, señorita. Ivan Stepanovich Ganetzky, comandante del Cuerpo de Granaderos. —Y aguardó a que la joven hiciera lo propio.

—Varvara Andreevna Suvorova —saludó Varia con la cabeza—. Me alegro de conocerle.

Entonces Fandorin, con una familiaridad que no era habitual en él en aquellas circunstancias, dio un paso hacia delante e interrumpió la conversación:

—Dígame, general, ¿estaba McLoughlin, el corresponsal del diario *Daily Post*, con usted cuando se desencadenó el ataque?

Ganetzky miró con desagrado a aquel consejero lechuguino, pero juzgando con razón que el zar no podía ofrecer audiencia a ningún mequetrefe, le respondió con cortesía:

—Claro que sí, estaba conmigo. Todo ocurrió por su culpa.

—Y ¿qué ocurrió exactamente? —preguntó Erast Petrovich con una expresión beatífica en la cara.

—¡Cómo!, ¿no lo sabe? —Evidentemente no era la primera vez que el general contaba la misma historia—. Conozco a McLoughlin de San Petersburgo. Es un hombre serio y amigo de Rusia, a pesar de ser súbdito de la reina Victoria. Cuando me dijo que el pachá Osmán iba a presentarse enseguida para rendirse, envié inmediatamente a un mensajero a los puestos de vanguardia para evitar que dispararan contra él. Y yo, como un tonto, me retiré para vestirme de gala. —El general sonrió con timidez y a Varia comenzó a caerle extraordinariamente simpático—. Así fue como los turcos redujeron a mis patrullas de guardia sin pegar un solo

tiro. Menos mal que mis bravos granaderos se portaron como valientes y resistieron hasta que Mijail Dimitrievich atacó la retaguardia de Osmán.

—¿Y qué fue de McLoughlin? —inquirió el consejero titular, mirando a Ganetzky a la cara con sus fríos ojos azules.

—No tengo ni idea. —El general se encogió de hombros—. No era el momento de estar pendiente de él. ¡Se formó un barullo extraordinario! ¡Dios me libre de otra situación como ésa! Los *bashibuzuki* entraron hasta en mi puesto de mando y escapé de ellos con dificultades, corriendo todo lo que pude con mi uniforme de gala.

En aquel instante la puerta se abrió de par en par y en el porche apareció Soboliev con la cara roja de satisfacción. Sus ojos brillaban con un fulgor muy especial.

—¿En qué podemos felicitarle, Mijail Dimitrievich? —le preguntó un general de aspecto caucásico que vestía un caftán con canutillos metálicos dorados.

Todos contuvieron la respiración, pero Soboliev no se dio prisa en responder. Por el contrario, hizo una pausa teatral, contempló a todos los reunidos y guiñó pícaramente el ojo a Varia.

Pero ella se quedó sin escuchar qué premio le había concedido el zar, porque a las espaldas de aquel ser celestial surgió la prosaica figura de Lavrentii Arkadevich Mizinov. El primer policía del imperio hizo señas con el dedo a Fandorin y a Varia de que se acercaran y el corazón se le aceleró.

Cuando pasó ante Soboliev, éste le susurró quedamente:

—Varvara Andreevna, la esperaré aquí sin falta.

Del vestíbulo pasaron directamente a la antecámara del edecán, donde estaban sentados el general de guardia y dos oficiales más. A la derecha quedaban las habitaciones particulares del soberano, y a la izquierda, su despacho de trabajo.

—Deben responder a las preguntas en voz alta y clara, y con todo detalle —les instruyó Mizinov sin detenerse—. Con todo detalle, pero sin divagar.

En el amplio despacho del zar, arreglado con mobiliario de campaña de abedul de Carelia, había dos hombres: uno estaba sentado en un sillón y el otro estaba de pie, de espaldas a la ventana. Como era natural, Varia se fijó primero en el sentado, pero no era Alejandro, sino un viejo enjuto que llevaba unos quevedos de oro, con el rostro pequeño e inteligente, los labios muy delgados y unos ojos glaciales e impenetrables. Era el canciller de Estado, el príncipe Korchakov en persona: igual que lo pintaban en los retratos oficiales, aunque quizá un poco más frágil. Un personaje en cierto modo legendario. Al parecer, había sido ministro de Asuntos Exteriores cuando Varia aún no había nacido. Pero, sobre todo, había sido compañero de liceo del Poeta, de Pushkin. Éste le había descrito en unos versos: «Alumno de las modas, amigo del gran mundo, brillante observador de las costumbres». Sin embargo, a sus ochenta años de edad, el «alumno de las modas» obligaba a recordar otra poesía del gran maestro, ésta bien distinta, incluida en el programa del gimnasio:

¿Quién de ustedes tendrá ya en su vejez

*que celebrar el día del liceo en solitario?
¡Oh, amigo infeliz!, tú que entre las nuevas generaciones
recibido eres
como huésped importuno, y ajeno, y superfluo.
Nos recordará en aquellos días de unión,
cuando él mismo con sus temblorosas manos sus ojos cierre...*

La mano del canciller temblaba de verdad. Sacó del bolsillo un pañuelo de batista y se sonó la nariz, lo que no le impidió observar atentamente primero a Varia y luego a Erast Petrovich; y el legendario personaje se demoró mucho en éste.

Cautivada por la visión del ilustre alumno de los liceos de provincias, Varia se olvidó del todo de la personalidad más relevante de las allí presentes. Se volvió, confundida, hacia la ventana, dudó un momento y luego hizo una reverencia, como las que hacía en el gimnasio cuando la directora entraba en clase.

A diferencia de Korchakov, el soberano mostró por su persona mayor interés que por Fandorin. Los famosos ojos de los Romanov —atentos, hipnotizadores y visiblemente saltones— miraban con exigencia y severidad. Penetraban hasta el alma, como se decía, pensó Varia, y al momento se enojó consigo misma. Psicología de servidumbre y prejuicios de clase. En realidad lo único que hacía era imitar «la mirada de basilisco» de la que tanto se enorgullecía su imperial papá, que podía revolverse en el ataúd. Y entonces también ella se decidió a analizar con la mirada al hombre que regía con su voluntad una potencia de ochenta millones de personas.

Primera observación: ¡era un auténtico viejo! Tenía los párpados hinchados, las patillas y los retorcidos bigotes completamente canosos, y los dedos, nudosos y deformados por la gota. Claro, al año siguiente cumpliría sesenta. Casi de la edad de la abuela.

Segunda observación: no era tan bondadoso como lo dibujaban los periódicos. Más bien parecía indiferente y cansado. Como si ya lo hubiera visto todo en el mundo y no le quedara nada de qué sorprenderse ni de qué alegrarse.

Tercera observación, y la más interesante: a pesar de sus años y majestuosidad, no era insensible al sexo femenino. Si no, ¿por qué tenía su alteza que pasear la vista por sus senos y su talle? Seguramente era cierto lo que decían de él y la joven princesa Dolgorukova, a la que doblaba en edad. Y a partir de ese momento Varia dejó de temer al zar libertador.

—Su alteza, éste es el consejero titular Fandorin. Le acompaña su ayudante, la señorita Suvorova —así les presentó el jefe de la Gendarmería.

El zar no saludó ni dijo nada, ni asintió siquiera con la cabeza. Sin prisa terminó el reconocimiento visual de Varia, luego volvió la cabeza hacia Erast Petrovich y, como si representara un papel, dijo con voz baja y afectada:

—Sí, recuerdo, Azazel. Además Soboliev acaba de hablar de él.

Se sentó tras su escritorio y movió la cabeza en dirección a Mizinov:

—Comience. Yo y Mijail Aleksandrovich escucharemos.

Varia pensó con reprobación que por mucho zar que fuese podía ofrecer una silla a una dama, y se desengañó, de manera definitiva e irrevocable, de las ideas monárquicas.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó el general respetuosamente—. Sé, señor, lo ocupado que está hoy. Además, los héroes de Plevna están esperando.

—De tanto tiempo como haga falta. La cuestión que vamos a abordar no sólo tiene contenido militar, sino también diplomático —sentenció el zar, y miró a Korchakov sonriendo afablemente—. Mijail Aleksandrovich ha venido especialmente desde Bucarest, traqueteando sus viejos huesos en un carruaje.

El príncipe tensó la boca en lo que debía de ser una especie de sonrisa, sin el menor asomo de alegría, y Varia recordó que el canciller había vivido una terrible tragedia el año anterior. Alguien de su familia había muerto: no recordaba si su hijo o su nieto.

—Discúlpeme, Lavrentii Arkadevich —dijo el canciller con voz triste—, pero tengo mis dudas sobre su versión. La historia resulta demasiado fantástica incluso para el señor Disraeli. Los héroes, que aguarden. La espera por una medalla es lo más agradable que puede ocurrirle a uno en una expedición militar. Exponga lo que tenga que exponer, que nosotros le escuchamos.

Mizinov enderezó los hombros con gallardía y se dirigió inesperadamente a Varia y no a Fandorin:

—Señorita Suvorova, cuéntenos con todo detalle los dos encuentros que tuvo con el corresponsal del diario *Daily Post*, Seamus McLoughlin. El primero durante el tercer asalto a Plevna, y el segundo, en la víspera del intento del pacha Osmán de abrir una brecha en nuestras filas.

Y, naturalmente, Varia los contó.

Para su sorpresa, resultó que tanto el zar como el canciller sabían escuchar muy bien. Korchakov la interrumpió sólo en dos ocasiones. La primera vez preguntó:

—¿Quién es ese conde Zurov? ¿El hijo de Aleksander Platonovich, acaso?

Y la segunda vez inquirió:

—Entonces, si se refirió a él por su nombre y patronímico, ¿hemos de entender que McLoughlin conocía bien a Ganetzky?

El soberano se enfadó y pegó un puñetazo en la mesa cuando Varia reveló que muchos de los corresponsales tenían sus propios informadores en Plevna.

—¡Mizinov, todavía no me ha aclarado cómo pudo el pachá Osmán poner todo su ejército en movimiento sin que sus espías nos lo comunicaran!

El jefe de la Gendarmería se removió en su asiento y se disponía ya a justificarse, cuando el zar Alejandro movió la mano en el aire:

—Después. Continúa, Suvorova.

¿Cómo, «continúa»? ¿Qué maneras eran ésas? Hasta en el primer curso de la escuela llamaban a los alumnos de «usted». Varia hizo una pausa significativa, pero

siguió su relato hasta el final.

—Por lo que a mí respecta, el asunto está claro —dijo el zar tras mirar a Korchakov—. Que Shuvalov redacte una nota de protesta.

—Pues yo sigo sin convencerme —repuso el canciller—. Escuchemos antes las conclusiones que saca nuestro respetabilísimo Lavrentii Arkadevich.

Varia intentaba en vano comprender a qué se debían aquellas divergencias de parecer entre el emperador y su principal consejero diplomático. Mizinov lo explicó todo. Extrajo de la bocamanga unas cuantas hojas y, tras aclararse la voz, comenzó a hablar como el empollón de la clase.

—Si me lo permiten, iré de lo particular a lo general. Bien. Antes de nada, tengo que reconocer mi culpa. Mientras nuestro ejército sitiaba Plevna, un agente enemigo hábil y cruel ha estado actuando contra nosotros sin que mi Unidad de Inteligencia pudiera desenmascararlo en su debido momento. Por las intrigas de este cuidadoso agente clandestino hemos perdido mucho tiempo y muchos hombres, y el treinta de noviembre estuvimos incluso a punto de perder el fruto de meses y meses de esfuerzo.

Al escuchar esta última frase, el zar se santiguó:

—Dios ha salvado a Rusia.

—Después del tercer asalto, nosotros, mejor dicho, yo, pues las conclusiones fueron mías, cometimos un error muy grave. Tomamos al teniente coronel de gendarmes Kazanzaki por el cabecilla de los agentes turcos, dejando al auténtico culpable plena libertad de acción. Ahora sí que no tenemos ninguna duda de que el hombre que nos perjudicó desde el principio fue el ciudadano británico McLoughlin. Sin duda, estamos ante un agente de primera clase, un actor excepcional, que se ha preparado para esta operación durante mucho tiempo y a conciencia.

—¿Y cómo se permitió el acceso de un sujeto así a nuestro ejército en campaña? —preguntó descontento el soberano—. ¿O es que ustedes acreditaban a los corresponsales sin investigarlos previamente?

—Los investigamos, y de manera muy concienzuda. —El jefe de la Gendarmería abrió los brazos—. Pedimos a las redacciones de todos los periodistas extranjeros una relación de los artículos que habían publicado y coordinamos las pesquisas con nuestras embajadas. Todos los corresponsales eran profesionales famosos, de renombre, y en ninguno se había advertido hostilidad hacia Rusia. Y especialmente en el caso de McLoughlin. Ya les digo que es un individuo muy hábil. Hasta el punto de que había entablado amistad con muchos generales y oficiales rusos ya durante la campaña en Asia Central. Además, los reportajes que escribió el año pasado sobre las atrocidades turcas en Bulgaria le catalogaron como colaborador de los pueblos eslavos y partidario sincero de la causa rusa. Sin embargo, es evidente que durante todo ese tiempo estuvo actuando de acuerdo con las instrucciones secretas de su gobierno que, como sabemos, muestra una abierta hostilidad hacia nuestra política en Oriente.

»Hasta un cierto momento, McLoughlin se limitó a realizar tareas de simple espionaje. Naturalmente, enviaba a Plevna información sobre nuestro ejército, aprovechando la libertad de movimientos que, con bastante imprudencia, concedimos a los periodistas extranjeros. Sí, muchos tenían sus propios contactos, que nosotros no controlábamos, en la ciudad asediada. Pero eso no despertó en nuestro contraespionaje ninguna sospecha. A partir de ahora, deberemos sacar conclusiones, en esto también soy culpable... Mientras pudo, McLoughlin actuó a través de sus agentes. Su alteza recordará al coronel rumano Lukan, en cuyo cuaderno de notas aparecía una misteriosa «J». Yo deduje a la ligera que esa inicial se refería al «gendarme» Kazanzaki, pero ¡ay!, me equivoqué. En realidad, la «J», significaba *journaliste* es decir, aludía a nuestro británico.

»Pero en el curso del tercer asalto, el destino de Plevna y de toda la guerra pendía de un hilo, y McLoughlin pasó al sabotaje directo. Estoy convencido de que no actuó así por su cuenta, sino siguiendo instrucciones concretas de sus jefes. Lamento ahora no haber ordenado desde el principio un seguimiento secreto del coronel Wellesley, el observador diplomático inglés. Ya informé a su alteza de las maniobras antirrusas de este señor, más proclive a los intereses turcos que a los nuestros.

»Ahora reconstruyamos los sucesos del treinta de agosto. El general Soboliev, actuando por propia iniciativa, rompió las líneas defensivas turcas y llegó por el sur hasta las mismas afueras de Plevna. Lo cual se comprende, porque el pachá Osmán, siguiendo las advertencias de su agente respecto a nuestro plan de ataque, había emplazado todas sus fuerzas en el centro. La maniobra de Soboliev le cogió por sorpresa. Pero ni nuestro mando conoció a tiempo el éxito conseguido, ni Soboliev disponía de los efectivos suficientes para seguir avanzando. McLoughlin y los demás periodistas y observadores extranjeros, entre los cuales, dicho sea de paso, también se hallaba el coronel Wellesley, se encontraron sin querer en el punto crucial de nuestro frente, entre el centro y el flanco izquierdo. A la seis de la tarde el conde Zurov, edecán de Soboliev, logró por fin atravesar las líneas turcas. Al pasar por delante de los periodistas, que eran conocidos suyos, les informó a gritos del éxito logrado por su destacamento. ¿Y que ocurrió entonces? Todos los corresponsales corrieron hacia nuestra retaguardia para telegrafiar cuanto antes la victoria rusa. Todos menos McLoughlin. Suvorova se tropieza con él media hora más tarde: va solo, y sale de los matorrales manchado de barro. Sin duda, el periodista tuvo la ocasión y el tiempo suficientes para alcanzar al mensajero y asesinarlo y, de paso, también al teniente coronel Kazanzaki, que había tenido la mala ocurrencia de seguir a Zurov. Los dos conocían a McLoughlin y no podían esperar de él una felonía así. Tampoco le resultó difícil simular el suicidio del teniente coronel: sólo tuvo que arrastrar el cadáver hasta los matorrales y disparar dos veces al aire con el revólver del policía. Lo bastante para que yo picara el anzuelo.

Mizinov agachó la cabeza, confuso, pero inmediatamente continuó su exposición, sin dar tiempo a que el zar le lanzara reproches:

—Por lo que se refiere al reciente intento de romper el cerco, McLoughlin actuó aquí en connivencia con el mando militar turco. Era el as que Osmán guardaba en la manga. Sus cálculos fueron sencillos y exactos: Ganetzky es un general benemérito, pero también, y pido excusas por mi franqueza, considerablemente limitado. Como sabemos, en ningún momento dudó de la información que le transmitió el periodista. Gracias a la decisión del teniente general Soboliev...

—¡Es a Erast Petrovich a quien hay que agradecerse! —exclamó Varia sin poder contenerse, molesta por la actitud que mostraban hacia Fandorin.

Lo tenían allí de pie, en silencio y sin darle ocasión de defenderse. ¿Lo habían convocado para hacer bulto? ¡Había sido Fandorin el que había cabalgado hasta las posiciones de Soboliev y le había convencido de que atacara!

El zar miró estupefacto a aquella insolente violadora del protocolo, mientras el anciano Korchakov movía la cabeza con reprobación. Incluso Fandorin pareció turbarse: al menos, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. En suma, Varia dejó descontentos a todos.

—Mizinov, continúe —indicó con la cabeza el emperador.

—Alteza, si me lo permite. —El canciller levantó un dedo torcido—. Si McLoughlin había ideado un acto de sabotaje tan importante, ¿por qué le confesó sus planes a esta muchacha? —El dedo se volvió en dirección a Varia—. ¡Muy sencillo! —Mizinov se secó la sudorosa frente—. Pensó que Suvorova difundiría inmediatamente por todo el campamento una noticia así. Y que llegaría con rapidez hasta el cuartel general. La consecuencia sería júbilo y caos. Y en un ambiente así, el cañoneo lejano se interpretaría como un saludo militar a los parlamentarios turcos. Incluso era posible que en ese clima de alegría general, no se tomara en serio el primer mensaje que enviara el amenazado Ganetzky y se perdiera tiempo comprobándolo. Es algo que confirma la capacidad de improvisación de ese hábil intrigante.

—Quizá —convino el príncipe.

—¿Y dónde se ha metido ese McLoughlin? —preguntó el zar—. Hay que interrogarle y organizar un careo con Wellesley. ¡Ah, si pudiéramos presionar al coronel!

Korchakov suspiró con aire soñador:

—Sí, como dirían los moscovitas, con un *comprometage* de esa envergadura podríamos neutralizar por completo la diplomacia británica.

—McLoughlin no estaba ni entre los prisioneros ni entre los muertos —suspiró también Mizinov, aunque con otro tono—. Al parecer, encontró la manera de escapar, aunque no sé cómo. Es muy listo, y tan escurridizo como una serpiente. Tampoco hemos localizado entre los prisioneros al consejero de Osmán, el famoso bey Alí. Ese barbudo que hizo fracasar nuestro primer ataque contra la ciudad y que suponemos que es el *alter ego* del efendi Anwar. Respecto a este último, ya presenté a su majestad un informe de servicio.

El soberano asintió.

—¿Qué dice usted ahora, Mijail Aleksandrovich?

El canciller frunció el entrecejo.

—Pues que podría resultar una combinación muy interesante, alteza. Si todo eso es verdad, esta vez los ingleses han ido demasiado lejos, se han excedido. Con un buen trabajo, todavía podríamos ganar la partida.

—¿En qué piensa concretamente? —preguntó el zar Alejandro con curiosidad.

—Alteza, con la toma de Plevna la guerra ha entrado en su última fase. La victoria final sobre los turcos es sólo cuestión de semanas. Y subrayo: sobre los turcos. Pero podría sucedernos lo que en el cincuenta y tres, cuando comenzamos a luchar contra los turcos y acabamos batallando con toda Europa. Nuestras finanzas no soportarían otro enfrentamiento de esa envergadura. Usted sabe muy bien cuánto nos ha costado ya esta campaña.

El zar arrugó la frente, como si tuviera dolor de muelas, y Mizinov movió la cabeza de lado a lado con aire contrito.

—El arrojo y la crueldad de las maquinaciones de ese McLoughlin me alarman mucho —continuó Korchakov—. Son una demostración de que Gran Bretaña, en su deseo de impedirnos el control de los estrechos, está dispuesta a tomar las medidas que hagan falta, incluso las más extremas. No olvidemos que su escuadra de guerra está anclada en el Bósforo. Mientras tanto, nuestra retaguardia está en el punto de mira de la apreciada Austria, que no dudó ya una vez en apuñalar por la espalda a su queridísimo padre. Si les soy franco, mientras ustedes peleaban aquí contra el pachá Osmán, yo no hacía más que pensar en otra guerra, la diplomática. En que quizá estemos derramando nuestra sangre y derrochando dinero y recursos enormes, para no conseguir nada al final. Esa maldita Plevna no sólo nos ha hecho malgastar un tiempo precioso, sino que también ha manchado la reputación de nuestro ejército. Alteza, perdone que un pobre anciano como yo, en este glorioso día, sólo lance malos augurios...

—¡Vamos, Mijail Aleksandrovich —suspiró el emperador—, ahora no estamos realizando una parada militar! ¿Cree usted que no soy consciente de la situación?

—Antes de escuchar las explicaciones de Lavrentii Arkadevich, mis expectativas eran bastante pesimistas. Si hace una hora me hubiera preguntado: «Dime, viejo zorro, ¿qué podemos conseguir después de la victoria?», habría respondido con honestidad: «La autonomía para Bulgaria y un pequeño pedazo del Cáucaso: ésa es la máxima ganancia que podemos obtener; un miserable botín para tantos miles de muertos y millones invertidos».

—Y, ahora, ¿cuál sería su respuesta? —El zar Alejandro echó el cuerpo hacia delante.

El canciller miró significativamente a Varia y Fandorin. Mizinov intervino, comprendiendo su mirada:

—Su alteza, creo entender lo que intenta sugerirnos Mijail Aleksandrovich.

También yo había pensado lo mismo. Por eso he traído conmigo al consejero titular Fandorin. En cuanto a la señorita Suvorova, creo que podríamos dejarla marchar.

Varia se ruborizó. Era evidente que no confiaban en ella. ¡Qué humillación: ponerla en la puerta en el momento más interesante!

—Pi-pido disculpas por mi insolencia —despegó los labios Fandorin, por primera vez durante toda la audiencia—, pero no me parece razonable.

—¿Qué en concreto? —inquirió el zar frunciendo sus cejas pelirrojas.

—Alteza, no es bueno confiar a medias en los colaboradores. No sólo provoca ofensas innecesarias, sino que puede causar gran daño al trabajo que se lleva a cabo. Además, Varvara Andreevna conoce tan bien esta cuestión que no le costaría ningún esfuerzo adivinar el resto.

—Está usted en lo cierto —reconoció el zar—. Continúe, príncipe.

—Tenemos que utilizar esta historia para deshonar a Gran Bretaña ante el mundo. Sabotaje, asesinatos, complot con uno de los bandos en guerra, vulneración de la neutralidad: son hechos verdaderamente inauditos. Para serles sincero, me sorprende la imprudencia del conde Beaconsfield. ¿Qué pasaría si lográramos atrapar a McLoughlin y confesara? ¡Qué escándalo! ¡Qué pesadilla! Para Inglaterra, naturalmente. Se vería obligada a retirar su escuadra, a justificarse ante toda Europa y a lamerse las heridas durante mucho tiempo. En cualquier caso, el despacho de Saint James tendría que abstenerse voluntariamente del conflicto de Oriente. Y sin Londres, nuestros amigos austrohúngaros se tranquilizarían de inmediato. Entonces sí que podríamos recolectar los frutos de nuestra victoria y...

—Meras ilusiones —el zar Alejandro interrumpió al anciano príncipe con excesiva brusquedad—, porque no tenemos a McLoughlin. Y la pregunta es: ¿qué podemos hacer?

—Apresarlo —respondió, imperturbable, Korchakov.

—¿Cómo, príncipe?

—Alteza, eso no lo sé, no soy el jefe de la Tercera Sección. —Y el canciller guardó silencio y cruzó los brazos beatíficamente sobre su menudo vientre.

—Aunque estemos convencidos de la culpabilidad del inglés, sólo disponemos de pruebas indirectas contra él, y ninguna de ellas terminante —recogió el guante Mizinov—. Lo que significa que hay que conseguir esas pruebas... o fabricarlas. ¡Hum!...

—Acláreme eso —le instó el zar—. Y no masculle, Mizinov, hable claro. No estamos jugando a las prendas.

—Como ordene, alteza. McLoughlin puede estar ahora en Constantinopla o, lo más probable, viajando hacia Inglaterra, ya que su misión ha concluido. En Constantinopla tenemos una red completa de agentes secretos, así que secuestrar a ese canalla no resultaría muy complicado. Por el contrario, en Inglaterra sería más difícil hacerlo. Pero si organizamos concienzudamente...

—¡No quiero escuchar eso! —exclamó el zar Alejandro—. ¡Qué mezquindades

propone!...

—Usted mismo me ha ordenado hablar sin ambages. —El general abrió los brazos justificándose.

—Bueno, traer a McLoughlin en un saco no estaría nada mal —razonó el canciller en tono reflexivo—, pero eso supondría un esfuerzo excesivo y tampoco aseguraría el éxito de la operación. Nos arriesgaríamos nosotros al escándalo. En Constantinopla podría aceptarse, pero no recomendaría esa operación en Londres de ningún modo.

—¡De acuerdo! —asintió Mizinov con vehemencia—. Si McLoughlin está en Londres, no le tocaremos. Pero sí podemos organizar un buen revuelo en la prensa británica por la fea actitud del corresponsal. Al público inglés no le gustarán las argucias de McLoughlin, porque no encajan en su famoso *fair play*.

Korchakov aprobó la idea:

—Eso resulta sensato. Un buen revuelo en los periódicos bastará para atar las manos de Beaconsfield y de Derby.

Mientras discutían la estrategia que deberían seguir, Varia se fue acercando disimuladamente a Erast Petrovich, hasta que acabó al lado del consejero titular.

—¿Quién es ese Derby? —le preguntó en un susurro.

—El ministro de Asuntos Exteriores —musitó Fandorin casi sin entreabrir los labios.

Mizinov lanzó una mirada reprobadora a los murmuradores y movió amenazadoramente las cejas.

—Por lo que se ve, su McLoughlin es un perro viejo, desprovisto de prejuicios y sentimentalismos —continuó el canciller—. Si le localizáramos en Londres, podríamos mantener con él una conversación confidencial antes de montar un escándalo. Podemos presentarle las pruebas de que disponemos y amenazarle con su divulgación... Si el escándalo se destapa, será un hombre acabado. Conozco las costumbres británicas: nadie le estrecharía la mano en público ni aunque se cubriera de medallas. Hablamos de dos asesinatos, eso no son bromas. Hasta se hablaría de juicio. Y él es un hombre inteligente. Ofreciéndole algo de dinero y una bella casa al otro lado del Volga... quizá nos proporcionase la información que necesitamos, y Shuvalov la utilizaría para presionar a lord Derby. Si amenazamos con revelarlo todo, el gobierno británico adoptaría una actitud más favorable, se pondría suave como la seda... ¿Qué opina, general, encajaría McLoughlin en la combinación de amenaza y soborno?

—No tendría otra salida —confirmó el general, muy seguro de sí—. También yo había contemplado esa posibilidad y para eso había traído conmigo a Erast Petrovich. No me atrevía a asignar a nadie una operación tan delicada sin la aprobación previa de su alteza. Nos jugamos demasiado a esa carta. Fandorin es un hombre inteligente y audaz, con una lógica muy peculiar y, lo que es más importante, ya estuvo en otra ocasión en Londres con una misión secreta y extremadamente difícil, que supo

resolver con toda brillantez. Habla inglés y conoce personalmente a McLoughlin. Si hiciese falta lo secuestraría, y si no pudiese secuestrarle, negociaría con él. En caso de no llegar a ningún acuerdo, ayudaría a Shuvalov a preparar el escándalo. Hasta puede declarar personalmente contra McLoughlin en un juicio, puesto que al fin y al cabo fue testigo directo de lo ocurrido. Su don de persuasión es algo fuera de lo común.

—¿Quién es Shuvalov? —susurró Varia.

—Nuestro embajador —le respondió distraídamente el consejero titular, que ya pensaba en sus cosas sin, al parecer, prestar mucha atención al general.

—Fandorin, ¿lo haría usted? —inquirió el zar—. ¿Está dispuesto a ir a Londres?

—Dispuesto, a-alteza —contestó Erast Petrovich—. Por ir...

El zar le miró escrutadoramente y comprendió que callaba algo, pero Fandorin no añadió nada más.

—Bien, Mizinov, actúe en esas dos direcciones —ordenó el zar Alejandro dispuesto a resumir—. Busque en Constantinopla y en Londres. Sin perder un segundo porque disponemos de poco tiempo.

Cuando salieron a la sala del edecán, Varia le preguntó al general:

—¿Y si no se logra localizar a McLoughlin?

—Confíe en mi olfato, querida —suspiró el general—. Le aseguro que veremos a ese caballero otra vez.

Capítulo Duodécimo

*En el que los acontecimientos
toman un rumbo inesperado*

*Boletín de San Petersburgo
8 (20) de enero de 1878*

¡LOS TURCOS PIDEN LA PAZ!

*Tras la rendición del pacha Vessel, la toma de Filipos y la entrega de la antiquísima Adrianópolis, que ayer abrió sus puertas a los cosacos del General Blanco, la suerte de la guerra ha quedado completamente decidida. Esta misma mañana un tren con parlamentarios turcos ha llegado al campamento de nuestro valeroso ejército. El convoy fue detenido en Adrianópolis, y los pachás enviados al cuartel general del comandante en jefe, emplazado ahora en la aldea de Germandla. Cuando el jefe de la delegación turca, el pachá Namik, de setenta y seis años, conoció las condiciones de paz preliminares, exclamó desesperado: *Votre armée est victorieuse; votre ambition est satisfaite et la Turquie est détruite!**

Pues qué le vamos a hacer, Turquía, decimos nosotros.

No pudieron despedirse. Soboliev esperaba a Varia en la escalinata del Palacio de Campo, la sedujo con el magnetismo de la gloria y el éxito, y se la llevó al cuartel general a celebrar la victoria. La joven apenas tuvo tiempo de dirigir a Erast Petrovich un movimiento de cabeza y, a la mañana siguiente, él ya se había marchado del campamento. Se lo comunicó Trifón, su asistente: «Se ha ido. Hasta dentro de un mes no estará de vuelta».

Pero pasó un mes y el consejero titular aún no había regresado. Estaba claro que encontrar a McLoughlin en Inglaterra no estaba siendo fácil.

No se podía decir que Varia se aburriera, al contrario. Tan pronto como levantaron el campamento de Plevna, la vida se hizo más atractiva. Cada día cambiaban de lugar: nuevas ciudades, extraordinarios paisajes de montaña y continuos festejos de las victorias casi a diario. El cuartel general del comandante en jefe se trasladó primero a Kazanlik, al otro lado de la cordillera de los Balcanes, y luego más al sur, a Germandla. Allí ya no se sentía el invierno. Los árboles estaban verdes y sólo se veía nieve en la cima de las lejanas montañas.

Sin Fandorin, Varia no tenía en qué ocuparse, aunque seguía en la nómina del

cuartel general. Recibió puntualmente sus salarios de diciembre y de enero, además del plus de campaña y una gratificación por Navidad. Reunió una considerable cantidad de dinero, pero no tenía en qué gastarlo. Una vez, en Sofía, quiso comprar una hermosa lámpara de bronce (casi una copia de la lámpara de Aladino) típica de allí. Pero D'Hevrais y Gridniev se enzarzaron casi en una pelea para determinar quién se la regalaba y Varia hubo de ceder.

Ah, cierto, hay que hablar de Gridniev. Fue Soboliev quien le presentó a Varia a aquel alférez de dieciocho años. El héroe de Plevna y Sheinov estaba ocupado día y noche en sus asuntos de guerra, pero no se olvidaba de Varia. Siempre que iba al cuartel general se acercaba a verla, le enviaba unos enormes ramos de flores y la invitaba a todas las fiestas (celebraron el Año Nuevo dos veces, por el calendario occidental y por el ruso). Pero hasta eso le parecía poco a aquel obstinado Michel, y decidió poner a uno de sus ordenanzas a disposición de la muchacha: «Como guardia personal y ayudante de viaje». Al principio el alférez parecía enfadado y miraba a su jefe femenino con expresión de malhumor, pero pronto se relajó y hasta se dejó dominar por sentimientos románticos, lo cual resultaba cómico pero halagaba a Varia. Gridniev era feo (el estratega Soboliev nunca le hubiera enviado a un hombre guapo), mas cariñoso y fogoso como un cachorro. A su lado, Varia, con sus veintidós años, se perfilaba como una mujer madura y experimentada.

La situación de la joven era bastante extraña. En el cuartel general la tenían por amante de Soboliev, pero como la relación de todos con el General Blanco era de absoluta admiración y tolerancia, nadie se atrevía a juzgarla. Por el contrario, daba la impresión de que una chispa del fulgor de Soboliev la había alcanzado también a ella. Seguramente muchos oficiales se habrían ofendido de saber que se negaba a corresponder al glorioso Aquiles y guardaba fidelidad a su pobre especialista en cifrado.

Mas con Petia, para ser sinceros, no le iba muy bien. No estaba celoso ni montaba escenas, pero tras su fracasado intento de suicidio, la relación se había hecho difícil. En primer lugar, porque apenas le veía: Petia «limpiaba su culpa» trabajando duro, porque purgarla con sangre en la Sección de Cifrado resultaba imposible. Hacía guardia dos turnos seguidos; dormía allí mismo, en una litera plegable; no visitaba el club de prensa ni participaba en las fiestas. En Navidad, hasta tuvo que celebrar la Nochebuena sin él. Cuando veía a Varia, su rostro se encendía con una alegría tranquila, cariñosa. Y conversaba con ella como con el icono de la Virgen de Vladimir: qué bondadosa era; ella era su única esperanza; sin ella sería un hombre perdido.

La joven sentía una enorme pena por él, pero cada vez se preguntaba con más frecuencia si debía casarse por lástima. Y se respondía que no. Sin embargo, se le antojaba más inadmisible decirle: «Petia, he cambiado de opinión y no voy a casarme contigo». Sería como rematar una pieza herida. En fin, el asunto no tenía remedio.

En el club de prensa, que también se trasladaba de un sitio a otro, seguía

reuniéndose mucha gente, pero los asiduos ya no eran tan ruidosos como en los tiempos inolvidables de Zurov. Se jugaba a las cartas con medida, en pequeñas apuestas. Con la desaparición de McLoughlin, las partidas de ajedrez acabaron del todo. Los periodistas no echaban de menos al irlandés, al menos en presencia de los rusos, pero aislaron a los otros dos corresponsales británicos y éstos dejaron de ir al club.

Naturalmente, había borracheras de cuando en cuando y se producían escándalos. En dos ocasiones faltó poco para llegar al derramamiento de sangre, y los dos incidentes, como si lo hiciera a propósito, fueron provocados por Varia.

La primera vez, aún en Kazanlik, un edecán que estaba de paso y no conocía el estatus de Varia hizo una broma desafortunada: la llamó «duquesa de Marlborough», insinuando claramente que el «duque de Marlborough» era Soboliev. D'Hevrais exigió al instante al insolente que se disculpara, pero éste, que estaba borracho, se negó y los dos hombres salieron a dispararse en duelo. En aquel momento Varia no se encontraba en el club; si hubiera estado habría impedido esa estúpida reyerta. Pero la sangre no llegó al río porque el edecán falló el tiro y D'Hevrais, en su turno, le voló la gorra de la cabeza, con lo que el ofensor se despejó y admitió su culpa.

La segunda vez fue el francés el retado a duelo, y también por una tontería, aunque en esta ocasión, en opinión de Varia, la escena resultó de lo más cómica. Ocurrió cuando ya la acompañaba a todas partes el joven Gridniev. Sin mala intención, D'Hevrais observó que «*mademoiselle Varvara*» se parecía a la zarina Ana Ivanovna con su paje negro, tras lo cual el alferez, sin amedrentarse por la temible reputación del corresponsal, le exigió una inmediata satisfacción. Como la escena tuvo lugar en presencia de Varia, al final no se abrió fuego. La joven ordenó que Gridniev guardara silencio y que D'Hevrais se retractase de lo dicho. El corresponsal rectificó en el acto, reconociendo que la comparación no había sido afortunada y que a quien recordaba *monsieur sous-lieutenant* era precisamente a Hércules después de atrapar la cierva de Cerina. Eso bastó para hacer las paces.

Varia pensaba a veces que D'Hevrais la miraba de un modo especial, pero exteriormente el francés aguantaba el tipo de un desabrido boyardo. Como los demás periodistas, también él desaparecía varios días para perderse en la vanguardia, y se veían con mucha menos frecuencia que durante el asedio a Plevna. Pero una vez mantuvieron a solas cierta conversación que Varia reconstruyó después en su memoria y anotó, palabra por palabra, en su diario (sin saber por qué, tras la marcha de Erast Petrovich le habían entrado ganas de llevar un diario: sería por la inactividad).

Se habían sentado en el interior de una posada del camino, en un paso de montaña. Se calentaban junto al fuego, bebían vino caliente y el periodista parecía algo débil por el frío.

—Ay, *mademoiselle Varvara*, si yo no fuese yo —sonrió con amargura D'Hevrais, sin darse cuenta de que reproducía casi textualmente las frases de Pierre Bezujov,

personaje de Tolstoi al que Varia adoraba—, si mi situación fuera distinta, y mi carácter y mi destino fueran otros... —Y la miró de tal manera que a Varia le brincó el corazón en el pecho, como si le estuviera saltando a la comba—. No dude que competiría con el brillante Michel. Pero ¿tendría alguna posibilidad, por pequeña que fuera, frente a él?

—Claro que sí —respondió Varia con franqueza, comprendiendo enseguida que sus palabras parecían una invitación al flirteo—. Quiero decir que usted, Charles, no tendría ni más ni menos posibilidades que Mijail Dimitrievich. Es decir, ninguna o casi ninguna.

De todas formas añadió el «casi». ¡Ay, siempre aquellas mañas puramente femeninas, odiosas, indestructibles!

Como D'Hevrais se mostraba más accesible que nunca, Varia le preguntó una cosa que hacía tiempo deseaba preguntarle:

—Charles, ¿tiene usted familia?

—Supongo que lo que a usted le interesa saber realmente es si tengo esposa —sonrió el periodista.

Varia se turbó:

—Bueno, no sólo eso; también si tiene padres, hermanos, hermanas... —Por qué tenía que fingir, se reprendió a sí misma; era una pregunta muy natural. Y añadió con decisión—: Naturalmente, también quisiera saber si tiene mujer. Soboliev, por ejemplo, no oculta que está casado.

—¡Ay, *mademoiselle* Varvara! ¡Ni mujer ni prometida! Ni tengo ni las he tenido nunca. No llevo una vida apropiada para eso, aunque, como es natural, sí he disfrutado de algunas aventuras amorosas. Le soy sincero porque sé que es usted una mujer moderna y libre de prejuicios. —Varia sonrió halagada—. En cuanto a familia... Sólo me queda mi padre, a quien amo fervientemente y echo mucho de menos. Ahora está en Francia, ya le hablaré de él algún día. Después de la guerra, ¿de acuerdo? Es una historia interesante.

Entonces, resultaba que Varia no le era indiferente, pero no quería competir con Soboliev. Por orgullo, probablemente.

Esta circunstancia, sin embargo, no impedía que el francés mantuviera unas excelentes relaciones amistosas con Michel. En aquel momento, por ejemplo, seguro que andaba por el destacamento del General Blanco, que como iba siempre a la cabeza de la ofensiva nunca dejaba de dar una primicia a los corresponsales.

El 8 de enero, a mediodía, Soboliev invitó a Varia a visitar la recién tomada ciudad de Adrianópolis y mandó un carruaje a recogerla. La carroza, que había sido tomada al enemigo, llevaba una escolta de cosacos y en el mullido asiento de cuero la joven encontró una brazada de rosas naranjas. Mitia Gridniev se dispuso a arreglar los tallos para formar un ramo, pero se rasgó los guantes nuevos con las espinas y el incidente le disgustó. Cuando Varia, intentando consolarle, le dijo en broma que le

prestaría sus guantes (el alférez tenía unas manos pequeñas, de muchacha), Mitia arqueó sus rubias cejas, respiró ruidosamente y enmudeció durante media hora, subiendo y bajando constantemente sus largas y espesas pestañas con aire ofendido. Varia pensó que las pestañas eran lo único bonito de aquel alfeñique; casi idénticas a las de Erast Petrovich, sólo que más claras. Y sus pensamientos se dirigieron del modo más natural a Fandorin, que andaría vagando Dios sabía por qué lugares. ¡Ah, ojalá regresase pronto! Con él... todo resultaba más... ¿apacible, interesante? No sabía exactamente qué era, pero en verdad con él todo parecía mejor.

Llegaron cuando anochecía. La ciudad estaba silenciosa y no se veía un alma por las calles. Sólo se escuchaba el sonoro golpeteo de los cascos de los caballos de las patrullas y el estrépito de las piezas de artillería que rodaban por la calzada.

Habían instalado temporalmente el cuartel general en el edificio de la estación de ferrocarril. Ya de lejos, Varia oyó una música ejecutada con brío: una orquesta de viento interpretaba el himno de Rusia. Todas las ventanas del edificio, nuevo y de estilo europeo, estaban iluminadas; en la plaza que se extendía delante de la estación ardían las hogueras y las chimeneas de las cocinas de campaña humeaban con ímpetu. Pero lo que más sorprendió a Varia fue ver estacionado en el andén un tren normal de pasajeros, con sus vagones brillantes y la locomotora lanzando vapor tranquilamente: como si a su alrededor no hubiera guerra alguna.

En la sala de espera de la estación la gente estaba ya de fiesta. Las mesas eran de las formas más variadas y habían sido unidas a toda prisa. Estaban cubiertas con algunas viandas sencillas y, sobre todo, con muchas botellas. En torno a las mesas, los oficiales comían. Cuando Varia y Gridniev entraron en la sala, estalló un «¡hurra!» colectivo y los presentes se volvieron hacia la mesa presidida por su comandante alzando las jarras. La famosa guerrera blanca del general contrastaba violentamente con los uniformes militares negros y grises de los cosacos. En la mesa de honor, además de Soboliev, se sentaban los jefes militares más veteranos (entre ellos, Varia sólo reconoció a Perepiolkin) y D'Hevrais. Todos los rostros se veían alegres y sonrojados: era evidente que la fiesta había comenzado hacía rato.

—¡Varvara Andreevna! —gritó Aquiles, poniéndose en pie de un salto—. ¡Me alegro de que se haya decidido a venir! Señores, ¡un «hurra» de honor para la única dama presente!

Los presentes se levantaron gritando con una voz tan ensordecedora que Varia llegó a asustarse. Nunca le habían dedicado un saludo tan impetuoso. ¿No habría aceptado aquella invitación demasiado a la ligera? La baronesa Vreiska, directora del hospital de campaña, con cuyas hermanas convivía Varia, solía dar a sus empleadas el siguiente consejo:

—*Mesdames*, manténganse lejos de los hombres excitados por la lucha, y todavía más de los excitados por la victoria. En ellos se despierta un salvajismo atávico, y cualquier varón, incluso licenciado en la Academia Payeskii, se transforma momentáneamente en un bárbaro. Déjenlos en sus celebraciones masculinas hasta

que se enfríen; cuando recuperen la urbanidad resultarán más manejables.

Pero aparte quizá de una excesiva galantería y unas voces demasiado estridentes, Varia no advirtió nada especial en sus vecinos de mesa. Le cedieron un sitio de honor: la sentaron a la derecha de Soboliev y a la izquierda de D'Hevrais.

Después de beber un sorbo de champaña y de tranquilizarse un poco, la joven preguntó:

—Dígame, Michel, ¿qué tren es ése? Ya no recuerdo el día en que vi por última vez una locomotora en sus raíles y no abandonada y destrozada en un talud.

—¡Ah, no lo sabe! —gritó un joven coronel sentado a un extremo de la mesa—. ¡La guerra ha terminado! ¡Los parlamentarios turcos han llegado hoy desde Constantinopla! ¡En tren, como en los tiempos de paz!

—¿Es que son muchos los parlamentarios? —se sorprendió Varia—. ¡Un tren sólo para ellos!

—No, querida Varia —le explicó Soboliev—. Los parlamentarios son sólo dos, pero los turcos se asustaron tanto con la caída de Adrianópolis que añadieron un vagón militar de su cuartel general a un tren de pasajeros, sin éstos, lógicamente.

—¿Y dónde están ahora los parlamentarios?

—Los he enviado al cuartel del gran duque en un carruaje. La línea del ferrocarril está cortada un poco más adelante.

—¡Ah, hace cien años que no viajo en tren! —suspiró la muchacha con aire soñador—. Recostarse en un asiento blando, abrir un libro, beber un té caliente... Los postes telegráficos apareciendo y desapareciendo al otro lado de la ventana, las ruedas traqueteando...

—Yo le ofrecería un paseo —repuso Soboliev—, pero me temo que el itinerario será muy limitado. Desde aquí sólo se puede ir a Constantinopla.

—¡Señoges, señoges! —intervino D'Hevrais—. ¡Tengo una fabulosa idea! ¡*La guerre est en fait fini*, los tugkos han ogdenado el alto el fuego! ¡El tgen, además, lleva la bandega tugka! ¿Pog qué no nos damos un viajecito de ida y vuelta a San Stefano? *Aller et retour*, eh, Michel, ¿qué te pagece? —El periodista decidió al final pasarse al francés, pues se entusiasmaba a medida que hablaba—. *Mademoiselle* Varvara podría pasearse en un asiento mullido, yo podría escribir un excelente reportaje y algún oficial del Estado Mayor que viniese con nosotros podría observar de paso la retaguardia turca. ¡Dios mío, Michel, sería estupendo! ¡Hasta San Stefano y vuelta atrás! ¡Los turcos no sospecharán nada! ¡Y si sospechan, no se atreverán a dispararnos: tenemos a sus negociadores en nuestro poder! ¡Michel, desde San Stefano las luces de Constantinopla quedan a un tiro de piedra! En realidad, ese sitio es la zona residencial de las villas de los visires turcos. ¡Ah, qué excelente oportunidad!

—Sería una irresponsabilidad y una aventura de inconscientes —atajó el teniente coronel Perepiolkin—. Espero, Mijail Dimitrievich, que tenga la prudencia suficiente para no dejarse convencer.

Aquel Eremei Perepiolkin era un hombre frío y desagradable. Varia había alimentado en los últimos meses una viva hostilidad hacia él, a pesar de que creía de buena fe en las supuestas cualidades profesionales del jefe del Estado Mayor de Soboliev. ¡Cómo no iba a mostrar celo! En menos de un año había pasado de capitán a teniente coronel, además de ser condecorado con dos medallas de San Jorge y un sable de Annienkov por las heridas recibidas en combate. Y todo gracias a Michel. Por eso siempre la miraba con ojos de lobo, como si Varia le robase algo. Una actitud comprensible: sentía celos y quería que Aquiles le perteneciera sólo a él. Quizá fuese interesante averiguar cómo le iba a Eremei Ionovich en lo relacionado con el pecado de Kazanzaki. Una vez, conversando con Soboliev, la joven se había atrevido a hacer una cáustica insinuación en ese sentido: Michel se rió tan de buena gana que terminó padeciendo un acceso de tos.

Pero el desagradable Perepiolkin tenía toda la razón en aquel punto. «La fabulosa idea» de Charles le parecía a Varia una auténtica estupidez. Sin embargo, el absurdo plan recibió el apoyo unánime de todos los comensales: un coronel cosaco incluso llegó a palmearle la espalda al francés, llamándole «magín insigne». Soboliev sonrió, pero no dijo nada.

—Deme su autorización, Mijail Dimtrievich —le pidió un apuesto general de caballería (de apellido Strukov, creía recordar)—. Meteré a mis cosacos en los vagones y nos daremos una vuelta rápida. A lo mejor apresamos a otro pachá de éstos. ¡Con todo el derecho del mundo! Todavía no nos han comunicado la orden de alto el fuego.

Soboliev miró a Varia y ésta advirtió que sus ojos brillaban con un fulgor especial.

—¡Nada de eso, Strukov!, ya tiene usted bastante con Adrianópolis. —Aquiles lanzó una risa felina y levantó la voz—. ¡Oigan lo que he decidido, señores! —En la sala se hizo un instantáneo silencio—. ¡Traslado mi cuartel general a San Stefano! ¡El tercer batallón de cazadores al tren! Que se apelonen como quieran, pero que no quede atrás un solo soldado. Después el tren regresará de inmediato a Adrianópolis por más refuerzos y hará el trayecto de ida y vuelta cuantas veces haga falta sin interrupción. Mañana a mediodía tendré un regimiento entero. A usted, Strukov, le ordeno llevar allí a su caballería mañana por la noche como muy tarde. Por ahora me bastará con un solo batallón. Según los informes de nuestras patrullas, las únicas tropas turcas con capacidad de combate que hay ante nosotros son las de la Guardia del sultán, acantonadas en Constantinopla, que tienen la exclusiva misión de proteger a Abdulhamid.

—No es a los turcos a quienes hay que temer, su excelencia —repuso Perepiolkin con voz estridente—. Puede que los turcos no le toquen un pelo porque hayan perdido su capacidad de combate, pero nuestro comandante en jefe le va a pasar cariñosamente la mano por la cabeza.

—Eremei Ionovich, eso está por ver —sonrió astutamente Soboliev—. Todos

saben que el pachá Ak es un loco y que de él se puede esperar cualquier cosa. La noticia de la ocupación de los suburbios de Constantinopla, recibida justo en el inicio de las conversaciones de paz, puede resultarle a su alteza imperial muy oportuna. Me regañarían en voz alta, pero en voz baja me darían las gracias; no es la primera vez que ocurre. Y, por favor, no me discuta una orden que ya he dado.

—*Absolument!* —D’Hevrais movió la cabeza, admirado—. *Un tour de genie, Michel!* Ya veo que mi idea no es la más fabulosa de todas. Mi *gepogtage tegminagá* siendo mejor de lo que suponía.

Soboliev se puso en pie y le ofreció el brazo a Varia ceremoniosamente:

—¿No le agradecería contemplar las luces de Constantinopla, Varvara Andreevna?

El convoy corría tan velozmente a través de la oscuridad, que Varia apenas tenía tiempo de leer los nombres de las estaciones: Babaesky, Liulieburgaz, Chorlu... Las estaciones eran idénticas a las de cualquier rincón de la región de Tambov, sólo que no eran amarillas sino blancas. Se veían farolas, cipreses de esbeltas siluetas y, en una ocasión, a través de las volutas de hierro de un puente, la faja alargada de un río brillando a la luz de la luna.

El vagón era cómodo y estaba amueblado con unos divanes de felpa y una gran mesa de madera roja. La escolta y el caballo blanco de Soboliev, *Gulnor Juerguista*, ocupaban el compartimiento destinado al séquito. De allí precisamente llegó un relincho: *Gulnor* no se había tranquilizado del todo tras su nerviosa entrada. En el salón viajaban el general, Varia, D’Hevrais y varios oficiales, entre ellos Mitia Gridniev, que dormía apaciblemente en un rincón. Los oficiales fumaban reunidos alrededor de Perepiolkin, que señalaba en un mapa el recorrido que seguía el tren. El corresponsal escribía algo en su cuaderno de notas. Y Varia y Soboliev permanecían de pie a cierta distancia, junto a la ventana, conversando sobre un tema bastante espinoso.

—... pensaba que era amor —confesaba Michel a media voz, simulando mirar la tiniebla que se abría al otro lado de la ventana, aunque Varia sabía que estaba contemplando su reflejo en el cristal—, pero no, no voy a mentirle; yo no pensaba en el amor. Mi auténtica pasión es la ambición, todo lo demás viene luego. Ésa es mi forma de ser. Pero la ambición no es un pecado si se orienta hacia un objetivo sublime. Creo en la estrella y en el destino, Varvara Andreevna, y mi estrella es resplandeciente, y mi destino, muy especial. Lo siento aquí, en el corazón. Ya entonces, cuando era cadete...

—Había comenzado usted a hablar de su esposa. —Varia lo recondujo suavemente al asunto que le interesaba.

—¡Ah, sí! Me casé por ambición, lo confieso. Cometí un error. Por ambición puedes ponerte al alcance de las balas, pero casarte, jamás. ¿Cómo ocurrió? Acababa de regresar del Turquestán. Eran mis primeros días de gloria, pero nada había cambiado: seguía siendo un advenedizo, un *parvenu*, un plebeyo. Mi abuelo ascendió

desde los empleos más bajos del ejército. Y entonces conocí a la princesa Titova, de antepasados antiquísimos. Llegaba del cuartel y me veía de pronto codeándome con la alta sociedad. ¿Cómo no iba a dejarme seducir?

Soboliev hablaba entrecortada, amarga y sinceramente, o al menos eso parecía. Varia valoraba aquella sinceridad, a la vez que comprendía claramente adónde llevaba la situación. Podía poner fin a la conversación o guiarla por otros derroteros, pero no poseía la firmeza necesaria. ¿Quién la tendría, en su lugar?

—Comprendí muy pronto que no tenía nada que hacer en la alta sociedad. Mi organismo no estaba hecho para ese clima. Y así vivíamos: yo en el frente de batalla y ella en la capital. Ahora, cuando termine la guerra, pediré el divorcio; puedo permitírmelo, me lo he ganado. Y nadie se atreverá a juzgarme: soy un héroe. — Soboliev sonrió con picardía—. Así que... ¿qué me dice usted, querida Varia?

—¿Respecto a qué? —respondió ella con expresión inocente.

Su maldita naturaleza coqueta volvía a entonar su canción. Aquella declaración amorosa iba a acabar en nada, pero al fin y al cabo estaban en una fiesta.

—¿Debo divorciarme o no?

—Eso ha de decidirlo usted. —Ahora diría las palabras concretas.

Soboliev respiró con dificultad..., la cabeza le daba vueltas:

—Hace tiempo que no puedo apartar mi vista de usted. Es inteligente, sincera, valiente, y tiene carácter; justo la compañera que necesito. Con usted yo aún sería más fuerte y usted nunca se arrepentiría, se lo juro... En una palabra, Varvara Andreevna, considere que le estoy pidiendo oficialmente...

—¡Excelencia! —gritó Perepiolkin, ¡que el diablo se lo llevara!—. ¡San Stefano! ¿Descargamos?

La operación transcurrió sin tropiezos. Desarmaron a la atónita guarnición de la estación (daba risa: seis soldados somnolientos) y se enviaron pelotones de reconocimiento por toda la ciudad.

Mientras duró el exiguo tiroteo por las calles, Soboliev aguardó en la estación de ferrocarril. Media hora más tarde todo había terminado. Las bajas habían sido mínimas, sólo un herido leve, a quien al parecer sus compañeros habían disparado por error.

El general examinó rápidamente el centro de la ciudad, iluminado con farolas de gas. Desde allí se iniciaba un laberinto de retorcidas callejuelas a las que no tenía sentido asomarse. Como residencia oficial y punto de defensa (en caso de alguna contrariedad) Soboliev eligió el sólido edificio que albergaba la filial del banco Otomano-Osmanlí. Una compañía tomó posiciones en el perímetro y en el interior, otra se instaló en la estación y una tercera se distribuyó en patrullas por las calles de las afueras. El tren volvió por refuerzos inmediatamente.

Pero no se pudo informar por telégrafo al cuartel general de la toma de San Stefano: la línea estaba cortada. Por lo visto, los turcos se habían tomado esa

molestia.

—El segundo batallón no llegará hasta mediodía —dijo Soboliev—. Hasta entonces no creo que ocurra nada interesante, así que mataremos el tiempo contemplando las luces de la ciudad imperial y charlando tranquilamente.

El cuartel general se instaló provisionalmente en el tercer piso, justo en el despacho del director del banco. En primer lugar, porque desde sus ventanas se divisaban nítidamente las luces de la capital turca, y, en segundo lugar, porque una puerta de acero conducía desde el despacho a la caja fuerte del banco. En unos estantes de hierro, colocados en filas paralelas, había unos saquitos sellados con lacre. D'Hevrais leyó las etiquetas escritas en árabe y aclaró que en cada saco había cien mil liras.

—Y decían que Turquía estaba en bancarrota —se sorprendió Mitia—. ¡Aquí hay millones!

—Precisamente por eso nos instalaremos en el despacho —decidió Soboliev—, así permanecerán intactos. Ya me acusaron una vez de robar el tesoro de un kan, es suficiente.

La puerta de la caja fuerte quedó entornada, pero nadie pensaba en los millones. Llevaron un telégrafo de la estación y lo emplazaron en el recibidor. La línea la tendieron directamente cruzando la plaza. Cada quince minutos Varia intentaba comunicar al menos con Adrianópolis, pero el aparato no daba señales de vida.

Una delegación de burgueses y del clero local fue a rogar que no se saquearan las casas ni se mancillara la mezquita, y que, a cambio, podían imponer una contribución: cincuenta mil liras era lo justo, porque los pobres ciudadanos no podían reunir más. Cuando el jefe de la delegación, un turco grueso y de nariz curva, vestido con levita y un fez en la cabeza, supo que tenía ante él nada más y nada menos que al pachá Ak, el importe de la contribución ofrecida se multiplicó inmediatamente por dos.

Soboliev tranquilizó a los vecinos y les aclaró que no estaba autorizado a cobrar ninguna contribución. El enviado de la nariz torcida miró de reojo la puerta entreabierta de la caja fuerte y puso los ojos en blanco respetuosamente:

—Comprendo, efendi. Cien mil liras es poca cosa para un hombre tan importante como usted.

Allí las noticias corrían rápido. No habían transcurrido dos horas desde que la delegación de San Stefano había abandonado el edificio, cuando compareció ante el pachá Ak otra delegación, ésta de los comerciantes griegos de Constantinopla. Ellos ya no ofrecían ninguna contribución, sino que traían dulces y vino para los «valerosos soldados cristianos». Aseguraron que en la ciudad había muchos ortodoxos y rogaron que no se disparasen los cañones. Y si era necesario, que no lo hicieran contra Perea, pues allí estaban sus tiendas y sus almacenes llenos de mercancías, sino contra el Gálata o, aún mejor, contra los barrios de los armenios y los judíos. Intentaron regalar a Soboliev un sable de oro con piedras preciosas, pero fueron puestos en la puerta y

se marcharon, al parecer más tranquilos.

—¡Bizancio! —exclamó Soboliev, emocionado, contemplando por la ventana las temblorosas luces de la gran ciudad—. El sueño eterno e inalcanzable de los soberanos rusos. Aquí están las raíces de nuestra fe y nuestra civilización, aquí está la llave de todo el Mediterráneo. ¡Qué cerca!, sólo hay que estirar los brazos y cogerla. ¿Será posible que otra vez nos marchemos con las manos vacías?

—¡Eso no ocurrirá, su excelencia! —exclamó Gridniev—. ¡El zar no lo permitirá!

—¡Ah, Mitia!, espera y verás. Los inteligentes de la retaguardia, los Korchakov y los Gnatiev, ya estarán regateando, encantados delante de los ingleses. No tienen pólvora suficiente para arrebatarse lo que pertenece a Rusia por derecho inmemorial. ¡Ah, no la tienen! En mil ochocientos veintinueve, Dibich se detuvo en Adrianópolis, y ahora nosotros hemos llegado hasta San Stefano. ¡Como dice el refrán: tendrás el codo muy cerca, pero nunca podrás mordértelo! ¡Yo creo en una Rusia grande y poderosa, que abarque todas las tierras eslavas, desde Arjanglesk hasta Bizancio, desde Trieste hasta Vladivostok! Sólo entonces los Romanov habrán cumplido su misión histórica y podrán abandonar estas interminables guerras para dedicarse al bienestar de su sufrida nación. Si ahora retrocedemos de nuevo, nuestros hijos y nietos volverán a derramar su sangre y la ajena para abrirse paso hasta estos mismos muros de Constantinopla. ¡Éste es el martirio que se le ha reservado al pueblo ruso!

—Imagino lo que ocurrirá ahora en Constantinopla —dijo distraídamente D'Hevrais en francés, mirando también por la ventana—. ¡El pachá Ak en San Stefano! El pánico reina en palacio, se ordena la evacuación del harén, los eunucos corren de un lado para otro bamboleando sus gordos traseros. Cómo me gustaría saber si Abdulhamid ha cruzado ya a la orilla asiática o sigue en ésta. Estoy seguro, Michel, de que nadie se imaginaría que se ha presentado usted aquí sólo con un batallón. En una partida de póquer, esto sería un farol genial, de esos que obligan al contrincante a tirar las cartas y salvar la piel.

—¡De mal en peor! —se alarmó Perepiolkin—. ¡Mijail Dimitrievich, excelencia, no le preste atención! ¡No se destruya usted mismo! ¡Ya se ha metido en la boca del lobo viniendo aquí! ¡Que se lleve Dios a Abdulhamid!

Soboliev y el corresponsal se miraron a los ojos.

—¿Qué podría perder? —El general apretó los puños—. Si la Guardia del sultán no se asusta y me recibe a balazos, retrocedo sin problemas. Dígame, Charles, ¿es poderosa la Guardia de Abdulhamid?

—Una tropa aguerrida, pero Abdulhamid no la dejaría marchar por nada del mundo.

—Por tanto no me perseguirían. ¡Ah, entrar en la ciudad en formación de columna, con la bandera desplegada y el toque de tambor, y yo a la cabeza, montando mi *Gulnor*! —exclamó Soboliev, que andaba exaltado de un lado a otro del despacho—. Pero tendríamos que hacerlo ahora, antes del amanecer, para que nadie notara lo pocos que somos. Derechos a palacio. ¡Sin un solo disparo! ¿Cree que me entregarían

las llaves de Constantinopla?

—¡Pues claro que se las entregarían! —exclamó D'Hevrais entusiasmado—. ¡Eso sí que sería una capitulación absoluta!

—¡Es preciso poner a los ingleses ante hechos consumados! —sentenció el general, cortando el aire con la mano—. Cuando quieran darse cuenta, la ciudad ya será rusa y los turcos se habrán rendido. Y si las cosas se tuercen, que sea lo que sea. ¡Nadie me ha autorizado tampoco a tomar San Stefano!

—¡Sería un final sin precedentes! Y yo podría ser un testigo directo —apuntó el periodista, sumido en la excitación.

—Nada de testigo, un participante directo —rectificó Soboliev, palmeándole la espalda.

—¡No le dejaré salir! —gritó Perepiolkin colocándose ante la puerta. Su gesto era de desesperación: sus ojos castaños se salían de las órbitas y tenía la frente perlada de sudor—. ¡Como jefe de su Estado Mayor manifiesto mi más firme protesta! ¡Recobre el juicio, excelencia! ¡Usted es un general del séquito del zar y no un desarrapado *bashibuzuk*! ¡Se lo ruego con todas mis fuerzas!

—¡Apártese de mi vista, Perepiolkin, estoy harto de usted! —aulló el fiero morador del Olimpo contra aquel sensato oficial—. Cuando el pachá Osmán intentó romper el cerco de Plevna, usted también me «rogó» que no actuara sin una orden por escrito. ¡Hasta me lo imploró de rodillas! ¿Y quién tenía razón? ¿Lo ve? ¡Pues ahora me verá con las llaves de Bizancio en la mano!

—¡Magnífico! —exclamó Mitia—. ¿No es fabuloso, Varvara Andreevna?

Varia no respondió porque no sabía si aquello era fabuloso o no. El valor de Soboliev le producía mareos. Además, se formulaba esta pregunta: «¿Y yo qué haré? ¿Marchar al son del tambor con el batallón de cazadores, agarrada a los estribos de *Gulnor*? ¿O quedarme sola en medio de la noche en esta ciudad enemiga?».

—Gridniev, te dejo al mando de mis escoltas para que guardes el banco. No quiero que los vecinos lo roben y luego echen las culpas a Soboliev —dijo el general.

—¡Excelencia! ¡Mijail Dimitrievich! —aulló el alférez—. ¡Yo también quiero ir a Constantinopla!

—¿Y quién va a pgotegeg a Vagvaga Andgeevna? —reprobó D'Hevrais con sus erres arrastradas.

Soboliev sacó del bolsillo un reloj de oro y abrió ruidosamente la tapa.

—Las cinco y media. Dentro de dos horas, dos horas y media, comenzará a amanecer. ¡Eh, Gukmasov!

—¡A sus órdenes, excelencia! —repuso un subteniente de cosacos entrando a toda prisa en el despacho.

—¡Reúne a la compañía! ¡Que forme el batallón en columna de marcha! ¡La bandera y los tambores al frente! ¡Y los cantores también! ¡Hay que marchar con garbo! ¡Y ensilla a *Gulnor*! ¡Rápido, partimos a las seis!

El ordenanza salió como una bala y Soboliev dijo, estirando los brazos

suavemente:

—Bien, Varvara Andreevna, o me convierto hoy en un héroe tan brillante como Napoleón o mi cabeza acaba en la calle.

—No ocurrirá eso —replicó ella, mirando al general con embeleso. ¡Ah, qué hermoso estaba, parecía un auténtico Aquiles!

Soboliev escupió supersticiosamente: «¡Puf! ¡Puf! ¡Puf!».

—¡Aún no es tarde para cambiar de planes! —intervino Perepiolkin, volviendo a la carga—. ¡Mijail Dimitrievich, permítame que vaya por Gukmasov!

Y dio un paso en dirección a la puerta, pero justo en aquel preciso instante...

Justo en ese instante se oyó en la escalera el golpeteo de unas botas, la puerta se abrió de par en par y entraron dos personas: Lavrentii Arkadevich Mizinov y Fandorin.

—¡Erast Petrovich! —gritó Varia, y tuvo que reprimirse para no arrojarse a su cuello.

Mizinov masculló:

—¡Vaya, está usted aquí! ¡Estupendo!

—¿Excelencia? —arrugó el entrecejo Soboliev, al ver detrás de los visitantes a un grupo de policías con uniformes azules—. ¿Qué hace usted aquí? Es cierto que he actuado a mi capricho, pero arrestarme por eso me parece excesivo.

—¿Arrestarle a usted? —se sorprendió Mizinov—. ¿Por qué razón? Hemos llegado de milagro, con media compañía de gendarmes, en una autovía por la línea de ferrocarril. El telégrafo no funciona y la carretera está cortada. Nos han tendido tres emboscadas y he perdido a siete hombres. Mire, una bala me ha atravesado el capote. —Y le enseñó un agujero en la manga.

Entonces Erast Petrovich dio un paso hacia delante. No había cambiado durante su ausencia, pero iba vestido de civil y en extremo elegante: sombrero de copa, capa con esclavina y cuello duro.

—Buenas noches, Varvara Andreevna —la saludó afablemente el consejero titular—. ¡Vaya, co-cómo le ha crecido el pelo! Sí, creo que así está usted mejor.

Luego saludó a Soboliev con una inclinación de cabeza:

—Le felicito por su espada de brillantes, excelencia. ¡Qué gran honor!

Saludó a Perepiolkin sólo con la cabeza, y luego, por fin, se dirigió al corresponsal:

—¡*Salam aleikum*, efendi Anwar!

Capítulo Decimotercero

Donde Fandorin pronuncia un largo discurso

Wiener Zeitung (Viena)

21 (9) de enero de 1878

... La correlación de fuerzas entre las partes en conflicto en esta fase final de la guerra es tal, que no podemos ignorar por más tiempo el peligro de una expansión paneslava que ya amenaza las fronteras meridionales de nuestro dual imperio. El zar Alejandro y sus satélites, Rumania, Serbia y Montenegro, han concentrado una fuerza de choque de setecientos mil hombres, provistos con mil quinientos cañones. Y cabe preguntarse, ¿contra quién?

¿Contra el desmoralizado ejército turco que en el día de hoy, y según los cálculos más optimistas, apenas dispone de ciento veinte mil soldados hambrientos y asustados?

¡No, la situación no produce risa! Hay que esconder la cabeza, como el avestruz, para no advertir el peligro que se cierne sobre toda la Europa civilizada. La dilación puede suponer nuestra muerte. Si nos quedamos de brazos cruzados viendo cómo las hordas escitas...

Fandorin se abrió la capa, echándola sobre los hombros, y en su mano derecha brilló apagadamente el acero inoxidable de un pequeño y hermoso revolver. Entonces Mizinov chasqueó los dedos y en el despacho entraron dos policías, que también apuntaron al corresponsal con sus carabinas.

—¿Pero qué payasada es ésta?! —gritó Soboliev—. ¿Qué *Salam aleikum* dicen? ¿Qué «efendi» es ése?

Varia miró a Charles. Estaba de pie, junto a la pared, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirando al consejero titular con una sonrisa jocosa y suspicaz.

—¡Erast Petrovich! —balbuceó Varia—. ¡Pero si usted había ido en busca de McLoughlin!

—Varvara Andreevna, viajé a Inglaterra, pero no para buscar a McLoughlin. Estaba convencido de que allí no estaba ni de ninguna manera podía estar.

—Pero usted no dijo nada cuando su alteza... —Varia se contuvo a tiempo para no desvelar un secreto de Estado.

—Carecía de pruebas que confirmaran mis sospechas. Y para conseguir esa información debía ir de todas maneras a Europa.

—¿Y qué ha descubierto allí?

—Como era de esperar, las supuestas intrigas del gobierno inglés no tenían ni pies

ni cabeza. Punto uno. Es cierto que en Londres no nos quieren y también lo es que se están preparando para la guerra. Pero eso de matar mensajeros y organizar sabotajes es excederse. Contradice el espíritu deportivo inglés. El conde Shuvalov pensaba lo mismo.

»También fu-fui a la redacción del *Daily Post* y allí me convencí de la total inocencia de McLoughlin. Punto dos. Sus co-compañeros y colegas tienen a Seamus por un hombre ingenuo y sin dobleces, opuesto a la política del gobierno inglés y, por si fuera poco, muy vinculado al movimiento nacionalista irlandés. De ninguna manera reúne el perfil de un agente del maquiavélico Disraeli.

»En el camino de vuelta, de todas formas debía pa-pasar por allí, me detuve un tiempo en París. Y me acerqué a la redacción de la *Revue Parisienne*...

D'Hevrais se movió ligeramente y los policías levantaron enseguida sus carabinas dispuestos a disparar. El periodista sacudió la cabeza expresivamente y escondió las manos a la espalda, debajo de su levita de viaje.

—Y allí me dijeron —prosiguió Erast Petrovich como si no hubiera pasado nada— que en la redacción nunca habían visto en persona al afamado Charles D'Hevrais. Punto tres. Que siempre enviaba sus brillantes artículos, comentarios y folletines por correo o por telégrafo.

—¿Y qué demuestra eso? —se indignó Soboliev—. Charles no es un chupatintas de *parquet*, sino un aventurero.

—Cierto, i-incluso más de lo que puede imaginar su excelencia. Así que me puse a husmear en la hemeroteca de la *Revue Parisienne* y encontré unas coincidencias bastante curiosas. Los primeros artículos publicados por el señor D'Hevrais fueron enviados desde Bulgaria hace diez años: precisamente cuando el bayato del Danubio estaba gobernado por el pachá Midhat, de quien era secretario el joven funcionario Anwar. En mil ochocientos sesenta y ocho, D'Hevrais remitió desde Constantinopla una serie de estupendos artículos sobre las costumbres del palacio del sultán. Justo en el período de la primera ascensión política del pachá Midhat, cuando fue llamado a la capital para presidir el Consejo de Estado. Un año después, este político reformista cae en desgracia y es enviado en exilio honorífico a la lejana Mesopotamia, y entonces, como por encanto, también la diestra pluma de nuestro talentoso periodista se muda de Constantinopla a Bagdad. Durante tres años (justo la etapa en la que Iraq estuvo gobernado por el pachá Midhat), D'Hevrais escribe sobre las excavaciones arqueológicas de las ciudades asirias, los jeques árabes y el canal de Suez.

—¡Eso es un montaje! —interrumpió Soboliev, enfurecido—. Charles ha viajado por todo Oriente, pero también ha escrito desde otros lugares que usted evita mencionar porque contradicen sus hipótesis. En mil ochocientos setenta y tres, por ejemplo, estuvo conmigo en Jiva y los dos estuvimos a punto de morir de sed y de derretirnos de calor. ¡Y le aseguro que por allí no había ningún Midhat, señor agente!

—¿Y desde dónde llegó a Asia Central? —le preguntó Fandorin al general.

—Creo que desde Persia.

—Pues yo creo que no venía de Persia, sino de Iraq. Luego, a finales de mil ochocientos setenta y tres, el periódico publica unos líricos apuntes suyos sobre la Hélade. ¿Y por qué Grecia, así, tan de repente? Pues porque al patrón de nuestro efendi Anwar lo trasladan por esas fechas a Salónica. A propósito, Varvara Andreevna, ¿recuerda aquel hermoso relato sobre unas botas viejas?

Varia asintió con la cabeza, mirando a Fandorin como hechizada. Lo que decía era una necedad, parecía claro, ¡pero se mostraba tan seguro, tan hermoso, tan rotundo! ¡Hasta había dejado de tartamudear!

—En el artículo mencionaba un naufragio que ocurrió en noviembre de mil ochocientos setenta y tres en el golfo Termaico. Y, qué casualidad, justo en las orillas de ese golfo está situada la ciudad de Salónica. También se colige de ese artículo que el autor en mil ochocientos sesenta y siete se encontraba en Sofía y en mil ochocientos setenta y uno en Mesopotamia, pues fue entonces cuando ocurrió la masacre de los miembros de la expedición arqueológica de *sir* Andrew Weyard a manos de unos nómadas árabes. A partir de ese relato, «Las botas viejas», comencé a sospechar en serio de *monsieur* D’Hevrais, pero él, con sus hábiles argucias, logró desconcertarme más de una vez... Y ahora —Fandorin se metió el revólver en el bolsillo y se volvió hacia Mizinov— hagamos un recuento de los daños que nos han causado las actividades del señor Anwar. *Monsieur* D’Hevrais se unió al colectivo de corresponsales acreditados en la guerra a finales de junio del año pasado, justo cuando nuestro ejército llevaba a cabo una victoriosa ofensiva. Se logró cruzar el Danubio; el ejército turco estaba desmoralizado; el camino hacia Sofía parecía abierto y, desde allí, directos a Constantinopla. Las fuerzas del general Gurko habían ocupado el paso montañoso de Shipkinsky, clave para alcanzar la gran cordillera de los Balcanes. De hecho, la guerra ya estaba ganada. Pero ¿qué sucedió entonces? Pues que por una confusión fatal en el cifrado de una orden, nuestro ejército ocupó Nikopol, que maldita la falta que le hacía a nadie, mientras el ejército del pachá Osmán entraba sin tropiezos en la desierta ciudad de Plevna. Recordemos las circunstancias en que se produjo aquella misteriosa historia. El cifrador Yavlokov cometió un grave descuido y dejó el mensaje secreto sobre la mesa. ¿Por qué actuó Yavlokov de ese modo? Porque estaba desconcertado por la noticia de la inesperada llegada de su novia, la señorita Suvorova.

Todos miraron a Varia, y ella se sintió el mismísimo cuerpo del delito.

—¿Y quién informó a Yavlokov de la llegada de su novia? El periodista D’Hevrais. Cuando el cifrador, loco de alegría, salió a toda prisa de su oficina, sólo tuvo que reescribir el mensaje y cambiar la palabra «Nikopol» por «Plevna». No le resultó difícil: nuestro código militar secreto, y soy benévolo al decirlo, deja mucho que desear. D’Hevrais conocía la inminente maniobra del ejército ruso, porque estaba presente cuando yo le conté a usted, Mijail Dimitrievich, lo que sabía del pachá Osmán. ¿Recuerda usted nuestro primer encuentro?

Soboliev asintió taciturno.

—Recordemos ahora aquel episodio con el mítico bey Alí, a quien D’Hevrais, al parecer, consiguió entrevistar. Pues bien, esa «entrevista» nos costó dos mil muertos y fue entonces cuando el ejército ruso se atascó en serio y durante mucho tiempo ante Plevna. Fue un truco arriesgado pues Anwar se atraía inevitablemente todas las sospechas, pero entonces no tenía otra salida. Porque los rusos podían dejar una simple barrera ante Osmán y avanzar con el grueso de las fuerzas hacia el sur. Sin embargo, el desastre del primer asalto dio a nuestros jefes militares una idea exagerada de la peligrosidad de Plevna y el ejército decidió desplegar toda su capacidad ofensiva contra aquella pequeña ciudad búlgara.

—Un momento, Erast Petrovich, ¡el bey Alí existía de verdad! —se animó Varia repentinamente—. ¡Nuestros espías lo vieron en Plevna!

—Ya hablaremos más adelante de eso. Ahora recordemos las circunstancias que rodearon el segundo asalto a Plevna, de cuyo fracaso culpamos al coronel rumano Lukan, quien nos traicionó entregando a los turcos nuestro plan de ataque. Usted tenía razón, Lavrentii Arkadevich, la «J» del cuaderno de notas de Lukan significaba «*journaliste*», sólo que no se refería a McLoughlin, sino a D’Hevrais. Reclutó al fatuo rumano sin grandes dificultades: las deudas de juego y la desmesurada ambición hacían del coronel una presa fácil. Y en Bucarest D’Hevrais utilizó hábilmente a la señorita Suvorova para desprenderse de un agente que ya no le resultaba útil y que comenzaba a representar cierto peligro. Además, supongo que a Anwar le surgió la necesidad de entrevistarse con el pachá Osmán. La expulsión de nuestro ejército, temporal y con una rehabilitación planificada de antemano, le brindó esa posibilidad. El corresponsal francés estuvo ausente un mes, y fue precisamente en ese lapso cuando nuestros espías informaron de que el comandante militar turco tenía un asesor secreto, el bey Alí. Ese bey Alí se dejó ver a conciencia en lugares públicos con su poblada barba. Tuvo que pasárselo en grande riéndose de nosotros, señor espía.

D’Hevrais no respondió. Miraba al consejero titular con mucha atención, como si esperara algo.

—La aparición del bey Alí en Plevna fue muy eficaz para eliminar cualquier sospecha sobre D’Hevrais después de aquella aciaga entrevista. Además, no tengo duda de que el mes que pasó allí fue para Anwar de enorme provecho: concertó con el pachá Osmán las futuras acciones conjuntas y se proporcionó un enlace seguro, ya que nuestro servicio de contraespionaje nunca impidió que los corresponsales tuvieran sus propios informadores en la ciudad sitiada. De haberlo querido, el efendi Anwar podía haber ido incluso a Constantinopla, porque Plevna aún no tenía cortadas las vías de comunicación. Resultaba muy sencillo: bastaba con llegar a Sofía, coger el tren y a la mañana siguiente ya estaría en Constantinopla. El tercer ataque a Plevna puso contra las cuerdas al pachá Osmán, sobre todo por la inesperada ofensiva de Mijail Dimitrievich. En esa ocasión, Anwar tuvo suerte y nosotros no. Una coincidencia funesta nos jugó una mala pasada: en su carrera hacia el cuartel general,

Zurov, su edecán, galopó por delante de los corresponsales y les gritó que estábamos en Plevna. Naturalmente, Anwar comprendió a la perfección lo que esa noticia significaba, y también para qué había sido enviado Zurov al comandante en jefe. Había que ganar tiempo a toda costa para que el pachá Osmán pudiera reagruparse y expulsar a los escasos efectivos de Mijail Dimitrievich de Plevna antes de que llegaran refuerzos. Y Anwar tuvo que arriesgar, improvisar de nuevo. De manera descarada, magistral, con mucho ingenio y, como siempre, con crueldad.

»Mientras los periodistas, al conocer la exitosa ofensiva del flanco sur, salían a la carrera para llegar cuanto antes a los telégrafos, Anwar se lanzó en persecución de Zurov y Kazanzaki. Montando al famoso *Yatagán* los alcanzó sin problemas y, cuando atravesaban un paraje desierto, les disparó a los dos. Al parecer, en el momento del ataque cabalgaba entre ambos. Para ser más preciso, el capitán iba a su derecha y el policía a su izquierda. Anwar dispara al húsar a quemarropa en la sien izquierda, y un segundo después mete una bala en la frente al teniente coronel, que había vuelto el rostro al oír el disparo. Todo ocurrió en un segundo. A su alrededor se mueven las tropas, pero los jinetes cabalgan por una depresión del terreno y nadie los ve. Además, unos disparos aislados en medio del fragor de los cañones no podían atraer ninguna atención. El asesino dejó el cadáver de Zurov donde había caído, pero antes le clavó el puñal del gendarme en la espalda. Es decir, que primero le disparó y luego le apuñaló ya muerto, y no al contrario, como supusimos al principio. Su objetivo estaba claro: hacer recaer las sospechas sobre Kazanzaki. Con esa intención llevó el cuerpo del teniente coronel a los matorrales cercanos y simuló su suicidio.

—¿Y qué me dice de la carta? —recordó Varia—. De ése, cómo se llamaba, ¿Shalunishky?

—Una jugada maestra —reconoció Fandorin—. El espionaje turco debía de conocer las inclinaciones contra natura de Kazanzaki ya desde sus tiempos de servicio en Tiflis. Supongo que el efendi Anwar contaba con el teniente coronel y no había descartado la posibilidad de chantajearle en un futuro. Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron por otro cauce y esa útil información la empleó para alejarnos de su pista. Anwar se limitó a coger una hoja en blanco y a redactar a toda prisa una misiva homosexual en tonos caricaturescos. Ahí cargó demasiado las tintas, pues la carta me pareció sospechosa desde el principio. En primer lugar, me resultó difícil creer que un príncipe georgiano escribiera tan mal en ruso: mucho más si había acabado el gimnasio, como era el caso. Y, en segundo lugar, quizá recuerden que yo le pregunté a Lavrentii Arkadevich por el sobre y él me contestó que la hoja estaba en el bolsillo del muerto sin sobre alguno. Entonces resultaba incomprensible cómo podía haber conservado el papel aquella tersura. ¡Y más si consideramos que Kazanzaki había tenido que llevar la carta consigo un año entero!

—Todo eso está muy bien —no aguantó Mizinov—, y ya es la segunda vez que me expone usted sus argumentos en el día de hoy, pero vuelvo a preguntarle: ¿por qué se anduvo usted con rodeos? ¿Por qué no me comunicó antes sus sospechas?

—Cuando se refuta una versión hay que proponer otra, y la mía no se tenía en pie —respondió Erast Petrovich—. Nuestro oponente utilizaba las más variadas artimañas, demasiadas. Me da vergüenza admitirlo, pero durante un tiempo mi principal sospechoso fue el señor Perepiolkin.

—¿Ereimei? —se sorprendió Soboliev alzando los brazos—. Señores, esto ya es paranoia.

Perepiolkin, por su parte, parpadeó varias veces y se desabrochó nerviosamente el cuello, que parecía apretarle demasiado.

—Sí, una estupidez —convino Fandorin—, pero el señor teniente coronel siempre andaba cruzándose en nuestro camino. Su misma entrada en escena fue de lo más sospechosa: prisionero y liberado milagrosamente, un disparo fallido a quemarropa... Habitualmente los *bashibuzuki* suelen tener mejor puntería. Después surgió la historia del mensaje cifrado: fue precisamente Perepiolkin quien entregó al general Kridener el telegrama con la orden de marchar contra Nikopol. ¿Y quién incitó al «crédulo» periodista D'Hevrais a visitar de tapadillo a los turcos de Plevna? ¿Y qué me dicen de la misteriosa letra «J»? Porque a Ereimei Ionovich todos comenzaron a llamarle «Jerôme» después de que Zurov lo hiciera por primera vez. Eso por un lado. Y, por otro, coincidirán conmigo en que, de haber sido así, el efendi Anwar habría escogido un escondrijo ideal.

»En fin, podía hacer todos los cálculos lógicos que se me ocurrieran, pero en cuanto miraba a Charles D'Hevrais, mis conclusiones se desmoronaban. ¡Si no, observen a este hombre! —Fandorin señaló al periodista. Todos clavaron los ojos en D'Hevrais y éste, con humildad exagerada, los saludó con una inclinación—. ¿Quién puede creer que este agradabilísimo e inteligente señor, europeo hasta la médula, y ese otro, el pérfido y brutal jefe de los servicios secretos turcos, puedan ser la misma persona?

—¡Nunca! ¡Para mí resulta imposible! —declaró Soboliev—. ¡Y todavía sigo sin creérmelo!

Erast Petrovich asintió con la cabeza, satisfecho.

—Ahora veamos la historia de McLoughlin y del fracasado intento de romper el cerco. Aquí todo resultó de lo más sencillo, sin riesgo alguno. Soplar al oído del crédulo Seamus una noticia tan «sensacional» no entrañó ninguna dificultad. Su informante de Plevna, que con tanto afán procuraba ocultar y del que tan orgulloso se sentía, sin duda trabajaba para usted, efendi.

A Varia le dio un vuelco el corazón, hasta tal punto la alteraba el tratamiento que daban a Charles. ¡No, debía de haber un error! ¡Él no podía ser ningún «efendi»!

—Manejó usted con mucha habilidad al ingenuo de McLoughlin, y también su vanidad. ¡Envidiaba tanto al brillante Charles D'Hevrais, que sólo soñaba superarle! Hasta entonces únicamente lo había conseguido jugando al ajedrez, y no siempre, ¡mas de pronto, aquella suerte increíble! *Exclusive information from most reliable sources*. ¡Qué noticia! Por una información como ésa cualquier periodista vende su

alma al diablo. ¡Ay, si McLoughlin no se hubiese cruzado en el camino con Varvara Andreevna y no se hubiera ido de la lengua con ella!... Osmán habría atacado el Cuerpo de Granaderos por sorpresa, habría roto el bloqueo y habría escapado a Shipka. Entonces el frente sí que habría quedado en situación de tablas.

—Pero si McLoughlin no es un espía, ¿dónde se ha metido? —preguntó Varia.

—¿Recuerda el relato de Ganetzky sobre cómo los *bashibuzuki* atacaron su puesto de mando y el honorable general apenas tuvo tiempo de escapar? Pues bien, creo que a quien buscaban los saboteadores no era a Ganetzky, sino a McLoughlin. Tenían que eliminarlo a toda costa, y le hicieron desaparecer. Sin dejar rastro. Lo más probable es que nuestro engañado y calumniado irlandés descansa en el fondo de algún río con una piedra atada al cuello. O quizá los *bashibuzuki*, siguiendo sus amables costumbres, lo hayan cortado en trocitos.

Varia se estremeció al recordar cómo el mofletudo corresponsal devoraba pasteles en su último encuentro. Entonces apenas le quedaban dos horas de vida...

—¿No sintió lástima por el pobre McLoughlin? —inquirió Fandorin, pero D’Hevrais (¿o se trataba, en verdad, del efendi Anwar?), con un gesto elegante, invitó al consejero a continuar y volvió a esconder la mano a la espalda.

Varia recordó que, según la ciencia psicológica, ocultar las manos tras la espalda denota en quien lo hace un carácter reservado y el deseo de ocultar la verdad. ¿Cómo era posible todo aquello? Se acercó cuanto pudo al periodista y examinó con curiosidad su cara, intentando descubrir en aquellos rasgos tan familiares algún detalle extraño o repulsivo. Pero el rostro del corresponsal era el de siempre, quizá ahora algo más pálido. D’Hevrais no respondió a la mirada de Varia.

—El cerco no se rompió, pero usted volvió a caer de pie. No sabe cuánta prisa me he dado en regresar de París al frente de batalla, sobre todo sabiendo ya quién es usted y qué peligro supone.

—Podía haber enviado un telegrama —refunfuñó Mizinov.

—¿Qué tipo de telegrama, excelencia? Uno que dijera: «¿El efendi Anwar que buscamos es el periodista D’Hevrais?» Habría pensado usted que su Fandorin se había vuelto loco. Recuerde cuánto tiempo he tenido que emplear en exponerle mis pruebas: usted no quería renunciar a su versión de las intrigas inglesas. Y vea al general Soboliev: como puede comprobar, a pesar de mis extensas explicaciones todavía no está convencido.

Soboliev movió con terquedad la cabeza.

—Fandorin, le escucharemos a usted hasta el final, pero después le cederemos la palabra a Charles. Un juicio no puede consistir sólo en el discurso del fiscal.

—*Merci, Michel* —sonrió levemente D’Hevrais—. *Comme dit l’autre, a friend in need is a friend indeed.* Tengo una pgegunta paga el señog pgocugadog. ¿En concgeto, qué le hizo sospechag de mí al pgincipio? *Au commencement?* Satisfaga mi cugiosidad.

—¡Con sumo gusto! —se sorprendió Erast Petrovich—. Cometió usted una

imprudencia. ¡No se debe ser tan arrogante ni menospreciar al enemigo como lo hizo usted! Me bastó contemplar una sola vez su firma en la *Revue Parisienne*, D'Hevrais, para recordar inmediatamente que nuestro principal adversario, el efendi Anwar, según afirman algunos cronistas, había nacido en la ciudad bosnia de Jevrais. D'Hevrais, «de Jevrais»: estará de acuerdo en que es un seudónimo demasiado transparente. Por supuesto, podía tratarse de una mera coincidencia, pero resultaba sospechoso. Con seguridad, al comienzo de su carrera periodística no podía usted suponer que un día necesitaría el disfraz de corresponsal para encubrir sus acciones. Estoy convencido de que empezó usted a escribir para el periódico parisino por razones completamente inocentes: para dar salida a sus extraordinarias aptitudes literarias y, al mismo tiempo, para interesar a los europeos por los problemas del imperio turco y, en especial, por la figura del gran reformador Midhat. La verdad es que logró con creces su objetivo. El nombre del sabio pachá Midhat aparece más de cincuenta veces en los artículos que usted ha publicado. Se puede decir que ha sido precisamente usted quien ha hecho del pachá una personalidad popular y respetada en Europa, especialmente en Francia, donde, dicho sea de paso, reside ahora.

Varia se estremeció al recordar cómo le había hablado D'Hevrais de su querido padre, que vivía en Francia. ¿Sería verdad todo aquello? Aterrorizada, miró al corresponsal. Éste seguía manteniendo una sangre fría absoluta, pero su sonrisa se le antojó ahora a Varia algo forzada.

—Por cierto, no creo que fuera usted quien traicionó al pachá Midhat —continuó el consejero titular—. En el juego turco se hila muy fino. Ahora, después de la derrota de Turquía, él regresará adornado con los laureles del mártir y volverá a presidir el gobierno. Para Europa es una figura ideal; en París lo tienen literalmente en palmitas. —Fandorin se tocó la cabeza y Varia advirtió de pronto la pálido y cansado que parecía—. He vuelto muy rápido, pero he tardado más en recorrer los trescientos kilómetros que hay entre Sofía y Germandla que los mil quinientos que separan París y Sofía. Los caminos de retaguardia están destrozados. Gracias al cielo, Lavrentii Arkadevich y yo llegamos a tiempo. Cuando el general Strukov nos dijo que su excelencia, en compañía de D'Hevrais, había salido para San Stefano, lo intuí súbitamente: era la jugada mortal del efendi Anwar. Las líneas de telégrafo no se cortaron por casualidad. Temía, Mijail Dimitrievich, que este sujeto utilizara su valentía y ambición para convencerle de avanzar hasta Constantinopla.

—¿Y por qué le alarmaba eso tanto, señor fiscal? —preguntó Soboliev con ironía—. Supongamos que las tropas rusas entraran en la capital turca, ¿qué tendría eso de malo?

—¿Y lo pregunta?! —Mizinov se llevó la mano al corazón—. ¡Se ha vuelto usted loco! ¡Habría sido el final de todo!

—¿De qué «todo» me habla? —Aquiles se encogió de hombros, pero Varia apreció en sus ojos un asomo de desasosiego.

—¡De nuestro ejército, de nuestras conquistas, de Rusia! —respondió el jefe de

los gendarmes en tono amenazador—. Nuestro embajador en Inglaterra, el conde Shuvalov, acaba de enviarnos un mensaje cifrado. Dice haber visto con sus propios ojos un memorándum secreto del gobierno de Saint James. En virtud de ese acuerdo secreto firmado entre el Imperio Británico y el Imperio Austrohúngaro, en caso de que un solo soldado ruso apareciera ante Constantinopla, la escuadra de acorazados del almirante Gornby abriría inmediatamente fuego y el ejército austrohúngaro cruzaría las fronteras de Serbia y de Rusia. Eso es lo que hubiera pasado, Mijail Dimitrievich. El desastre que habríamos sufrido habría resultado más terrible que el de la crisis de Crimea. El país está extenuado después de nuestra gran epopeya ante Plevna; no disponemos de un solo barco en el mar Negro y nuestra Hacienda no tiene un rublo. Hubiera sido una catástrofe total.

Soboliev calló, confundido.

—Por fortuna, su excelencia ha actuado con la sabiduría y el dominio suficientes para no avanzar más allá de San Stefano —señaló respetuosamente Fandorin—. Así que ni Lavrentii Arkadevich ni yo teníamos por qué darnos tanta prisa.

Varia vio que el General Blanco enrojecía como la grana. Soboliev tosió y asintió gravemente con la cabeza, mientras contemplaba con repentino interés el suelo de mármol.

Pero en aquel preciso instante entró por la puerta el subteniente Gukmasov. Miró primero con aire hostil a los policías de uniforme azul y después aulló:

—¡Me permito informarle, excelencia!

Varia sintió lástima del pobre Aquiles y se volvió, mientras el alcornoque del subteniente ofrecía su informe en voz alta:

—¡Las seis en punto! ¡Tal y como ha ordenado su excelencia, el batallón está formado y *Gulnor* ensillado! ¡Aguardamos a su excelencia para avanzar hacia las puertas de Bizancio!

—¡Alto, estúpido! —Gruñó el purpúreo héroe—. ¡Mande al diablo esas puertas!

...

Gukmasov retrocedió hasta la puerta, confuso. Y apenas los batientes se habían cerrado tras él, ocurrió algo inesperado.

—*Et maintenant, mesdames et messieurs, la parole est á la défense!* —anunció D’Hevrais en voz alta.

Sacó la mano derecha de la espalda y en ella apareció una pistola. La pistola vomitó dos veces un estampido y un fogonazo.

Varia observó que, como si se hubieran puesto de acuerdo, a los dos gendarmes se les rasgaron los uniformes a la izquierda del pecho. Sus carabinas cayeron al suelo con estruendo, mientras los hombres se desplomaban casi en silencio.

Los disparos le retumbaron en los oídos, pero Varia no tuvo tiempo ni de gritar ni de asustarse: D’Hevrais la agarró con fuerza por el codo con el brazo izquierdo, la atrajo hacia sí y se cubrió con ella como con un escudo.

La escena muda de la comedia *El recaudador de impuestos*, pensó Varia alelada,

al ver que las puertas se abrían de golpe y un espigado policía, que entraba corriendo, se quedaba de una pieza. Erast Petrovich y Mizinov seguían apuntando al frente con sus revólveres. En el rostro de Mizinov se transparentaba furia; en el del consejero titular, angustia. Soboliev abrió los brazos y permaneció inmóvil. Mitia Gridniev estaba boquiabierto, subiendo y bajando sus hermosas pestañas. Perepiolkin había levantado una mano para abrocharse otra vez el cuello del uniforme y la dejó en el aire.

—¡Charles, se ha vuelto usted loco! —gritó Soboliev, dando un paso—. ¿No le avergüenza esconderse detrás de una mujer?

—Pero si monsieur Fandoguin ya ha demostrado que soy tucos —le respondió irónicamente D’Hevrais. Varia sintió su aliento en la nuca—. Los tucos, como saben, no tienen migamientos con las mujeres.

—¡A-h-h-h! —aulló de pronto Mitia.

Y se lanzó hacia adelante, embistiendo como un toro.

La pistola de D’Hevrais retumbó otra vez, justo debajo del codo de Varia, y el joven alférez, dejando escapar un «¡Ay!», cayó al suelo de bruces.

Todos se quedaron inmóviles otra vez.

D’Hevrais empujó a Varia retrocediendo de lado.

—¡Al que se mueva, lo mato! —advirtió en voz baja.

Varia notó que algo a su espalda cedía en la pared y, de pronto, los dos se hallaron en el interior de otra sala.

¡Ah, claro, la caja fuerte!

D’Hevrais cerró la puerta de acero de un golpe y corrió el cerrojo.

Ahora estaban los dos solos.

Capítulo Decimocuarto

*Donde se injuria a Rusia
y se escucha la lengua de Dante*

*El Noticiero del Gobierno (San Petersburgo)
9 (21) de enero de 1878*

... nos lleva a tristes reflexiones. He aquí un resumen del discurso del ministro de Finanzas, nuestro secretario de Estado M. J. Reutern, pronunciado el pasado jueves en la reunión de la Unión de Bancos de Rusia. «En 1874, por primera vez después de muchos años, terminamos con un balance positivo en la cuenta de ingresos y gastos —dijo el ministro—. El Tesoro Público cifró el presupuesto de 1876 en un saldo favorable de cuarenta millones de rublos. Sin embargo, un año casi entero de guerra ha costado a la Hacienda 1020 millones de rublos, y ya no quedan recursos para proseguir las acciones bélicas. A causa del recorte de gastos en obras de utilidad pública, durante 1877 no se ha tendido un solo kilómetro de línea férrea. La suma de la deuda exterior e interior del Estado ha crecido hasta unos niveles desconocidos, y suponen, respectivamente...».

D'Hevrais soltó a Varia y la muchacha se apartó de él, aterrorizada, de un brinco.

Tras la gruesa puerta de acero se oía un sordo murmullo de voces.

—¡Díganos sus condiciones, Anwar! —habló Erast Petrovich.

—¡No hay condiciones que valgan! —Éste era Mizinov—. ¡Abra inmediatamente u ordenaré que vuelen la puerta con dinamita!

—¡Usted da órdenes sólo en su Gendarmería! —dijo Soboliev—. ¡Si utiliza dinamita, ella morirá!

—¡Señores! —gritó D'Hevrais, que, como ya sabemos, no era ningún D'Hevrais, en francés—. ¡Qué grosería! ¡Déjenme hablar tranquilamente con esta dama!

—¡Charles, o como se llame! —gritó Soboliev con una potente voz de bajo—. ¡Si toca un solo pelo de la cabeza de Varvara Andreevna, le colgaré de un poste sin juicio ni sumario!

—¡Una palabra más y primero le descerrajo un tiro a ella y luego a mí! —D'Hevrais alzó melodramáticamente la voz mientras le guiñaba un ojo a Varia, como si dijese algo muy divertido aunque un poco indecente.

Detrás de la puerta se hizo el silencio.

—No me mire usted de esa manera, *mademoiselle* Varvara, como si me hubieran

salido de pronto cuernos y colmillos —añadió D’Hevrais a media voz en su tono habitual, y, con gesto cansado, se frotó los ojos—. Claro que no voy a matarla; por nada del mundo pondría su vida en peligro.

—¿De veras? —preguntó ella sarcásticamente—. Entonces, ¿por qué ha montado esta charada? ¿Por qué ha asesinado a tres personas inocentes? ¿Qué espera conseguir?

El efendi Anwar (hay que olvidarse ya de D’Hevrais) sacó su reloj.

—Las seis y cinco minutos. Pues esta «charada» la necesito para ganar tiempo. A propósito, no se preocupe por *monsieur* el alférez. Como sé que está encariñada con él, sólo le he agujereado el muslo, nada grave. Así podrá ufanarse de una herida de guerra. ¡Y qué voy a decir de los gendarmes: gajes del oficio!

Asustada, Varia inquirió:

—¿Ganar tiempo, dice? ¿Para qué?

—Verá, *mademoiselle* Varvara, de acuerdo con nuestro plan, dentro de una hora y veinticinco minutos, es decir, exactamente a las siete y media, el regimiento de fusileros de Anatolia debe entrar en San Stefano. Se trata de una de las mejores unidades de la Guardia turca. Dábamos por sentado que a esta hora el destacamento de Soboliev habría entrado en la periferia de Constantinopla y, al ver que la flota inglesa abría fuego contra él, habría ordenado la retirada. Entonces la Guardia habría atacado por la retaguardia a los rusos, que retrocederían en desorden. Un plan precioso que estaba funcionando rodado hasta el último momento.

—Pero ¿de qué plan me habla?

—Ya se lo he dicho, un plan precioso. El primer paso consistía en que Michel se fijara en el tren de pasajeros que dejamos en la estación. Ahí usted me prestó una gran ayuda, se lo agradezco. «Abrir un libro, beber un té calentito», estuvo usted magnífica. A partir de ahí todo era más sencillo: la fuerte ambición de nuestro incomparable Aquiles, su indomable audacia y su fe en el destino bastarían para cumplir el plan hasta el final. No, Soboliev no habría muerto, nunca lo habría permitido. Primero, porque siento apego por él, y segundo, porque la captura del gran pachá Ak habría sido un inicio espectacular de la segunda fase de la guerra de los Balcanes... —Anwar suspiró—. ¡Ah, qué pena que todo se haya venido abajo! Su joven amigo Fandorin se merece un gran aplauso. Como dicen los sabios orientales, tiene el karma.

—¿Cómo, qué dice? —preguntó Varia, asombrada.

—¿Ve, *mademoiselle* Varia?, es usted una muchacha instruida e inteligente, pero no conoce los conceptos elementales —la reprendió su singular interlocutor—. El karma es uno de los conceptos básicos de la filosofía india y budista. Se parece al destino cristiano, pero tiene un contenido mucho más interesante. La desgracia de Occidente es su desdeñosa actitud hacia la sabiduría oriental, porque Oriente es un mundo mucho más antiguo, racional y complejo. Mi Turquía está situada justo en la encrucijada entre Oriente y Occidente, y por eso nuestro país podría tener un gran

futuro.

—No divague —dijo Varia interrumpiendo sus reflexiones— y dígame, ¿qué piensa hacer?

—¿Cómo? —se sorprendió Anwar—. Pues, naturalmente, esperar a que sean las siete y media. Aunque el plan inicial haya fracasado, los fusileros anatolios llegarán de todos modos. Entonces comenzará la batalla. Si vencen nuestros soldados, y tienen superioridad numérica, estaré salvado. Si la gente de Soboliev aguanta, pues... Pero no juguemos a las adivinanzas. ¡A propósito! —Y miró severamente a Varia a los ojos—, sé que es usted una mujer muy decidida, pero no se le ocurra avisar del ataque a sus amigos. Si veo que abre la boca para gritar, tendré que amordazarla, y sepa que lo haré, pese al respeto y la simpatía que siento por usted.

Con estas palabras se desanudó la corbata, hizo con ella una bola y se la metió en el bolsillo.

—¿Amordazar a una dama? —sonrió ligeramente Varia—. Me gustaba más cuando era usted francés.

—Le aseguro que un espía francés en mi situación actuaría igual si de ello dependiera algo tan importante. Estoy acostumbrado a no preocuparme por mi vida; la he arriesgado muchas veces por los intereses de la causa. Y eso hace que tampoco sienta piedad por la muerte de los demás. Esto, *mademoiselle* Varvara, es un juego equitativo; un juego cruel, cierto, pero es que la vida es cruel en sí misma. ¿Cree acaso que no sentí lástima por el valiente Zurov o por el bueno de McLoughlin? ¡Cuánto lo lamenté! Pero existen valores más importantes que los sentimientos.

—¿Qué valores son éstos?! —exclamó Varia—. Explíqueme, señor intrigante, en nombre de qué más altas ideas se puede asesinar a una persona que te considera un amigo.

—Un magnífico tema de conversación. —Anwar acercó una silla—. Siéntese, *mademoiselle* Varvara, tenemos que matar el tiempo. Y no me mire con esa cara de repulsión. No soy un monstruo, sólo un enemigo de su país. No quisiera que me considerara como ese engendro sin alma que ha descrito el extraordinariamente perspicaz *monsieur* Fandorin. A él sí que debí anularlo a tiempo... Sí, soy un asesino, pero todos en esta profesión lo somos: su Fandorin y el fallecido Zurov, y Mizinov. Y Soboliev, un macroasesino: él se baña literalmente en sangre. En las diversiones masculinas sólo se pueden representar dos papeles: el de asesino o el de asesinado. No se haga ilusiones, *mademoiselle*, todos vivimos en la jungla. Intente tratarme sin prejuicios, olvide que usted es rusa y yo, turco. Sólo soy un hombre que escogió un durísimo camino en la vida. Un hombre, además, a quien usted no le resulta indiferente. Incluso añadiría que está un poco enamorado de usted.

Varia se amohinó, ofendida por las palabras «un poco»:

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Vaya, no me he expresado con la suficiente claridad. —Anwar abrió los brazos disculpándose—. Yo no me puedo permitir enamorarme de verdad: sería un lujo

inadmisible y peligroso, pero dejemos ese tema... Será mejor que responda a su pregunta. Engañar o matar a un amigo es una experiencia dolorosa, pero a veces hay que pasar por ella. Yo tuve ocasión de... —Contrajo nerviosamente las comisuras de la boca y siguió—... Si supeditas tu ser entero aun objetivo supremo, hay que sacrificar los afectos personales. ¡Hay ejemplos por todas partes! Estoy convencido de que, como muchacha progresista que es, aprobará fervorosamente las ideas revolucionarias, ¿no? Pues bien, por lo que veo, en su país, en Rusia, los revolucionarios ya han comenzado a disparar y pronto se iniciará una verdadera guerra secreta: crea a alguien que entienda. Los jóvenes y las muchachas idealistas empezarán a dinamitar palacios, trenes y carruajes. Y allí, además de ministros reaccionarios y malvados gobernantes, habrá también inevitablemente personas inocentes: familiares, asistentes, criados... Pero por la defensa de sus ideales, creerán que tienen derecho a hacerlo. Espere un poco y sus idealistas se ganarán la confianza de la gente sencilla. Espiarán, engañarán y matarán renegados: todo por sus ideas.

—¿Y cuáles son sus ideales? —preguntó Varia con sequedad.

—Se lo diré, si me lo permite. —Anwar apoyó el codo en uno de los estantes donde estaban las sacas del dinero—. Para mí la respuesta no está en la revolución sino en la evolución. Sólo es preciso orientar ésta en el sentido correcto, ayudarla. Este siglo nuestro va a decidir el destino de la humanidad, estoy completamente convencido. Hemos de ayudar a las fuerzas de la razón y la tolerancia a ganar la batalla, o el mundo sufrirá dolorosas e innecesarias conmociones en un futuro próximo.

—¿Y dónde se hallan la razón y la tolerancia? ¿En los dominios de su Abdulhamid?

—Claro que no. Me refiero a esos países donde el hombre aprende poco a poco a respetar a los demás y a sí mismo, a vencer con la persuasión y no con la porra, a apoyar a los débiles y a tolerar a los que piensan de otra manera... ¡Ah, qué esperanzadores procesos se están produciendo en el oeste de Europa y en los Estados Unidos! Que quede claro que estoy muy lejos de idealizarlos; también en ellos hay mucha inmundicia, muchos crímenes, muchos despropósitos, pero el rumbo general es justo. El mundo debe ir por ese camino, porque de otra manera la humanidad se hundirá en el abismo del caos y de la tiranía. Esa límpida mancha es todavía demasiado pequeña en el mapa del planeta, mas se extenderá con rapidez; sólo hace falta protegerla del acoso de las tinieblas. Se está jugando una grandiosa partida de ajedrez, en la que yo muevo las blancas.

—Y Rusia, al parecer, las negras.

—Sí. Su enorme país representa hoy el principal peligro de la civilización, por su enorme tamaño, sus numerosos e incultos habitantes, y su torpe y agresiva maquinaria gubernamental. Hace tiempo que vengo familiarizándome con Rusia: he aprendido su lengua; he viajado mucho por el país; he leído muchos libros sobre su historia; he estudiado sus mecanismos estatales y conozco personalmente a sus

dirigentes. ¡Basta escuchar a ese simpático Michel, que aspira a convertirse en un nuevo Bonaparte! ¿Es la misión del pueblo ruso la conquista de Bizancio y la unión de los eslavos? ¿Para qué? ¿Para que los Romanov vuelvan a dictar su voluntad sobre toda Europa? ¡Qué horrible perspectiva! No le gustará lo que voy a decirle, *mademoiselle* Varvara, pero Rusia encierra en sí misma una terrible amenaza para la civilización. Por su país vagan fuerzas salvajes y destructivas que antes o después se abrirán paso al exterior, y cuando eso ocurra, el mundo lo pasará muy mal. Es un país inestable y absurdo que ha absorbido lo peor de Occidente y de Oriente. Hay que poner a Rusia en su sitio, cortarle los brazos. A ustedes les vendrá bien y a Europa le brindará la posibilidad de seguir avanzando en la dirección correcta. ¿Sabe, *mademoiselle* Varvara? —Y en ese momento la voz de Anwar tembló de improviso —, quiero mucho a mi desgraciada Turquía. Es el país de las grandes posibilidades perdidas, pero estaría dispuesto a sacrificar conscientemente el Estado otomano si con ello lograra apartar a la humanidad del peligro ruso. Hablando en términos ajedrecísticos, usted sabe lo que es un gambito, ¿no? En italiano, *gambetto* significa «zancadilla». *Dare il gambetto* es «poner la zancadilla». Se llama «gambito» la apertura de una partida de ajedrez en la que se sacrifica una pieza para obtener una ventaja estratégica. Yo mismo he diseñado el esquema de esta partida de ajedrez y en su apertura le ofrecí a Rusia una pieza succulenta: la jugosa, apetitosa y débil Turquía. El imperio otomano se derrumba, pero el zar Alejandro no ganará la partida. Por cierto, la guerra ha tomado ahora un cariz tan favorable, que hasta puede que Turquía no lo tenga todo perdido. Todavía le queda el pachá Midhat; es un hombre admirable, *mademoiselle* Varvara. Lo expulsé de la partida a conciencia, pero ahora lo haré regresar... si puedo, naturalmente. El pachá Midhat volverá a Constantinopla limpio de toda culpa y tomará el poder. Quizá entonces Turquía pase de la zona de tinieblas a la zona de luz.

La voz de Lavrentii Arkadevich llegó desde el otro lado de la puerta:

—Señor Anwar, ¡no perdamos tiempo! ¡Eso es de cobardes! Salga y prometo darle trato de prisionero de guerra.

—¿Y lo que dijo de la horca por lo de Kazanzaki y Zurov? —susurró Anwar.

Varia llenó los pulmones, presta a chillar, pero el turco estaba alerta: sacó la mordaza del bolsillo y movió la cabeza negativamente. Luego gritó:

—¡Debo pensarlo, *monsieur* general! ¡Le daré mi respuesta a las siete y media!

Después se quedó callado mucho rato. Y comenzó a caminar por la cámara de un lado a otro, mirando con frecuencia el reloj.

—¡Si pudiera salir de aquí! —masculló por fin aquel hombre extraño dando un puñetazo al estante de hierro—. ¡Sin mí, Abdulhamid devorará al noble Midhat!

Miró a Varia con algo de culpabilidad en sus claros ojos azules y explicó:

—Perdóneme, *mademoiselle* Varvara, estoy nervioso. Mi vida tiene su importancia en esta partida. Mi vida es también una pieza de ajedrez y la valoro más que al imperio otomano; digamos que el imperio es un alfil y yo la reina. Pero para

ganar también se puede sacrificar la reina... ¡En cualquier caso no se perderá la partida, las tablas están aseguradas! —Y se rió dominado por la excitación—. Logré detener a su ejército en Plevna mucho más tiempo del que esperaba. Han dilapidado ustedes sus fuerzas y su dinero para nada. Inglaterra ha tenido ocasión de prepararse para el conflicto y Austria ha perdido el miedo. Aunque la guerra no entre en una segunda fase, Rusia se quedará sin nada. Tardó veinte años en recuperarse de la campaña de Crimea, y pasará otros veinte lamiéndose las heridas de esta guerra. Y eso ahora, a finales del siglo diecinueve, cuando un año significa tanto. En veinte años, Europa le sacará una inmensa ventaja. Ahora Rusia sólo tiene reservado un papel de potencia de segunda clase. Corroída por la plaga de la corrupción y el nihilismo, dejará de ser una amenaza para el progreso.

En ese punto, Varia perdió la paciencia.

—¿Y quién es usted para decidir quién es el portador de las bondades de la civilización y quién de su destrucción? ¡Así que ha estudiado nuestros mecanismos estatales y ha conocido a nuestros líderes! ¿Y al conde Tolstoi, a Fiodor Mijailovich Dostoievski, los conoce? ¿Ha leído la literatura rusa? No ha tenido tiempo, ¿eh? Dos por dos siempre son cuatro, y tres por tres siempre nueve, ¿no es cierto? Dos rectas paralelas nunca se cruzan, ¿verdad? ¡No se cruzarán para su Euclides, pero para nuestro Lobachevsky se cruzaron!

—No entiendo su metáfora. —Anwar se encogió de hombros—. Claro que he leído la literatura rusa; una gran literatura, tan buena como la inglesa o la francesa. Pero la literatura es un juguete y no significa mucho en un país normal. Hasta yo soy literato, de alguna manera. Pero hay que trabajar más y escribir menos enredos sentimentales. Suiza, por ejemplo, no posee una gran literatura, pero la vida allí es mucho más digna que en su Rusia. Yo pasé en Suiza casi toda mi infancia y mi adolescencia y, créame...

No llegó a terminar la frase: a lo lejos se oyó el tableteo de unos disparos.

—¡Ya ha empezado! ¡Atacan antes de tiempo! —Anwar apretó la oreja contra la puerta; sus ojos brillaban enfebrecidos—. ¡Maldición! ¡Cómo es posible que en esta dichosa cámara no haya una sola ventana!

Varia trató en vano de apaciguar su corazón, que latía violentamente. El fragor de los disparos se hacía más cercano. Oyó a Soboliev dar unas órdenes, pero no logró distinguir las palabras. En algún sitio gritaron «¡Alá!», e inmediatamente resonó una descarga.

Anwar giró el tambor de su revólver y masculló:

—Podría intentar salir, pero sólo me quedan tres balas... ¡Detesto la inactividad!

De pronto, se animó: dentro del edificio se oían unos disparos.

—Si ganan los nuestros, la enviaré a Adrianópolis —comenzó a decir Anwar a toda prisa—. Ahora sí parece que la guerra está a punto de acabar. No habrá una segunda fase, ¡lástima! No todo sale como se planea. Quizá nos veamos otra vez. Naturalmente, usted me odia ahora, pero cuando pase el tiempo, comprenderá que yo

tenía razón.

—No siento odio por usted —repuso Varia—. Sólo me apena que un hombre de tanto talento dedique la vida a vilezas. Recuerdo la biografía suya que nos leyó Mizinov...

—¿De veras? —La interrumpió distraídamente Anwar, que sólo prestaba atención al tiroteo.

—Sí. ¡Cuántas intrigas, cuántas muertes! Por ejemplo, la de aquel circasiano, el que cantó un aria en el patíbulo. ¿Era su amigo? ¿También a él le sacrificó?

—No me gusta recordar esa historia —la cortó él con severidad—. ¿Sabe quién soy yo realmente? Una comadrona que ayuda a nacer a un bebé; la sangre me empapa los brazos hasta los codos, y la placenta...

La descarga sonó ahora justo al lado.

—Voy a abrir la puerta —anunció Anwar levantando el gatillo— para ayudar a los míos. Usted quédese aquí y, por caridad, no se asome. Pronto habrá terminado todo.

Puso la mano en el cerrojo y se quedó inmóvil: ya no se oían disparos en el edificio. Alguien hablaba, pero no se entendía en qué idioma, ruso o turco. Varia contuvo la respiración.

—¡Te partiré la cabeza! ¡Pues no se esconde en un rincón, el muy canalla! —aulló sonoramente una masculina voz de bajo.

Aquellas dulces palabras hicieron brincar el corazón de Varia con exultante alegría.

¡Resistían! ¡Los habían rechazado!

Los disparos se oían cada vez más y más lejos, y al final resonó con toda claridad un prolongado «¡Hurra!».

Anwar estaba de pie, con los ojos cerrados. Tenía el rostro tranquilo pero triste. Cuando el tiroteo cesó por completo, descorrió el cerrojo y entreabrió la puerta.

—Se acabó todo, *mademoiselle* Varvara. Su reclusión ha terminado. Puede salir.

—¿Y usted? —susurró Varia.

—Se ha sacrificado la reina sin particular beneficio. ¡Lástima! Mas el resto permanece válido. Vamos, salga, que sea usted feliz.

—¡De ningún modo! —exclamó ella evitando su brazo—. No pienso dejarle aquí. Entréguese y declararé a su favor en el juicio.

—¿Para que primero me cosan el cuello y luego terminen colgándome de la horca? —sonrió Anwar—. No, déjelo, se lo agradezco sinceramente. De todas las cosas del mundo, hay dos que no puedo soportar: la humillación y la rendición. Déjeme, necesito estar solo.

Cogió a Varia de la manga y la llevó a la puerta. La hoja de estaño se cerró inmediatamente a su espalda.

* * *

Varia se encontró delante de un pálido Fandorin y de Mizinov. Éste, de pie junto a una ventana destrozada, gritaba algo a los gendarmes que barrían los trozos de cristal. Fuera había amanecido.

—¿Dónde está Michel? —preguntó Varia, asustada—. ¿Está muerto? ¿Le han herido?

—Está vivo y coleando —respondió Erast Petrovich, mirándola fijamente—. Se encuentra en su salsa: persiguiendo al enemigo. Pero al pobre Perepiolkin han vuelto a herirle: le han arrancado media oreja con una cimitarra. Seguramente recibirá otra medalla. Tampoco se preocupe por el alférez Gridniev: también está a salvo.

—Ya lo sé —dijo ella, y Fandorin arrugó ligeramente el entrecejo.

Mizinov se acercó quejándose:

—Otro agujero en la capa. ¡Vaya día! ¿La ha dejado libre? ¡Estupendo! Ahora podremos utilizar la dinamita. —Se aproximó con cuidado a la puerta de la cámara acorazada y pasó la mano por el acero, calculando—. Quizá baste con dos cartuchos a la vez. ¿O será demasiado? Nos conviene coger vivo a ese canalla.

Detrás de la puerta alguien entonaba una melodía alegre y armoniosa.

—¡Ahora silba! —se indignó Mizinov—. ¿Qué les parece ese hombre? ¡Ahora dejará de silbar! ¡Novgorodzev! ¡Vaya al pelotón de zapadores a por dinamita!

—No hace falta ninguna di-dinamita —replicó tranquilamente Erast Petrovich, prestando atención al silbido.

—Está usted tartamudeando otra vez —advirtió Varia—. ¿Eso significa que el peligro ha pasado?

Entonces Soboliev entró en el despacho, con su blanca capa de solapas bermejas completamente abierta y clavando ruidosamente los tacones de las botas a cada paso.

—¡Se han batido en retirada! —informó, con la voz ronca por el esfuerzo de la batalla—. Hemos tenido muchas bajas, pero pronto llegará el convoy. ¿Quién canta de forma tan melodiosa? ¡Es *Lucía de Lammermoor*! ¡Me encanta! —Y el general se puso a canturrear con una ronca pero agradable voz de barítono.

*Del ciel clemente un riso,
la vita a noi sarà!*

Cuando, conmovido, acabó de cantar la última estrofa, al otro lado de la puerta retumbó un disparo.

Epílogo

Boletín de la provincia de Moscú
19 de febrero (3 de marzo) de 1878

¡SE HA FIRMADO LA PAZ!

Hoy, en el radiante aniversario de la Suprema Caridad, proclamada por la Cristiandad hace 17 años, se ha escrito una nueva y brillante página en los anales del reinado del zar libertador. Los plenipotenciarios rusos y turcos han firmado en San Stefano la paz que pone fin a la gloriosa guerra por la liberación de los pueblos cristianos de la dominación turca. De acuerdo con las condiciones del tratado, Rumania y Serbia consiguen la independencia total, se constituye el vasto Principado de Bulgaria y Rusia recibe 1410 millones de rublos como compensación por sus gastos de guerra, gran parte de los cuales serán satisfechos con concesiones territoriales, entre las que figuran Besarabia y Drobrudja, así como Ardagán, Kars, Batumi, Bayazet...

—Ahí tiene, la paz ya está firmada y ha resultado muy ventajosa. Y usted auguraba lo peor, señor pesimista —dijo Varia.

Otra vez se veía hablando de todo, menos del asunto del que realmente quería hablar.

El consejero titular ya se había despedido de Petia. Piotr Yavlovkov, antes acusado y ahora enfermo, subió al tren para localizar el compartimiento y colocar el equipaje. Coincidiendo con el final victorioso de la guerra, a Petia le habían concedido el indulto total e incluso una medalla por su celo en el servicio.

Podían haberse ido hacía ya dos semanas, de hecho el mismo Petia deseaba emprender el viaje cuanto antes, pero Varia lo había ido demorando sin saber a qué esperaba.

Era una pena que la despedida de Soboliev hubiera acabado mal: el general se había ofendido con ella. En fin, ¡qué se le iba a hacer! Un héroe como él pronto encontraría a una mujer dispuesta a consolarle.

Y llegó el día de la despedida de Erast Petrovich. Varia se despertó con los nervios a flor de piel, se irritó con el pobre Petia por un broche que se había extraviado y acabó estallando en lágrimas.

Fandorin se quedaba en San Stefano: las diligencias diplomáticas no se daban ni mucho menos por acabadas con la firma de la paz. Llegó a la estación directamente desde una recepción oficial: llevaba frac, sombrero de copa y una corbata de seda blanca. Le regaló a Varia un ramo de violetas parmesanas, suspiraba, cambiaba de pie

constantemente y no brillaba precisamente por su don de palabra.

—La paz ha sido de-demasiado beneficiosa para nosotros —explicó a Varia—. Europa no va a reconocerla. Anwar ju-jugó a la perfección su gambito y yo perdí la partida. Me han concedido una condecoración, pero en realidad debían haberme entregado a la justicia.

—¡Es usted muy injusto consigo mismo! ¡Terriblemente injusto! —repuso Varia con vehemencia y temiendo que le aparecieran lágrimas en los ojos—. ¿Por qué se culpa tanto siempre? Si no hubiera sido por usted, Dios sabe lo que habría ocurrido...

—Eso me dijo, más o menos, Lavrentii Arkadevich —sonrió Fandorin—. Y me prometió cu-cualquier recompensa que pudiera ofrecerme.

Varia se alegró:

—¿De verdad? ¡Gracias a Dios! ¿Qué le ha pedido usted?

—Que me destinen a algún lugar del fin del mundo, lo más lejos posible de todo esto. —Y agitó la mano en el aire con expresión indeterminada.

—¡Qué tontería! ¿Qué respondió Mizinov?

—Se enfadó, pero me había dado su palabra... En cu-cuanto terminen las negociaciones, saldré de Constantinopla hacia Port Said y desde allí, en barco, hasta Japón. Me han nombrado segundo secretario de nuestra embajada en Tokio. No había nada más lejos.

—A Japón... —Las lágrimas terminaron por aparecer, aunque Varia las eliminó furiosamente con su guante.

La campanita del tren repicó y la locomotora silbó. Petia asomó la cabeza por una ventanilla del vagón:

—Varia, ya es la hora. El tren va a salir.

Erast Petrovich vaciló y bajó los ojos.

—A-Adiós, Varvara Andreevna. Me alegro mucho de...

No terminó la frase.

Varia le cogió la mano con fuerza y parpadeó nerviosamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Erast... —dijo de repente, pero las palabras se le atascaron en la garganta y no llegaron a brotar.

Fandorin apretó las mandíbulas y no añadió nada.

Las ruedas rechinaron y el vagón se balanceó.

—¡Varia! ¡Que se va el tren! —gritó Petia desesperado—. ¡Date prisa!

Ella miró atrás, esperó un segundo más y por fin saltó a la escalerilla, que ya se movía sobre el andén.

* * *

—... Lo primero que haré será darme un baño caliente. Después iré a la tienda

Filippovsky a por las pastas de albaricoque que tanto te gustan. Luego echaré un vistazo a las novedades de librerías y, de allí, a la universidad. ¿Te imaginas cuántas preguntas van a hacernos, cuántas...?

De pie junto a la ventanilla del tren, Varia iba asintiendo al ritmo del feliz balbuceo de Petia. Quería seguir contemplando la negra silueta que se había quedado en el andén, pero la figura hizo algo extraño: se difuminó en un borrón como de tinta. ¿O les pasaba algo a sus ojos?

The Times (Londres)
10 de marzo (26 de febrero) de 1878

EL GOBIERNO DE SU MAJESTAD DICE «NO»

Lord Derby ha declarado hoy que el gobierno británico, apoyado por la mayoría de los gobiernos de los países europeos, se niega categóricamente a reconocer las expoliadoras condiciones de paz impuestas a Turquía por los desmesurados apetitos del zar Alejandro. El tratado de San Stefano contradice los intereses de la seguridad europea y deberá ser revisado en un congreso especial en el que tomarán parte todas las grandes potencias.